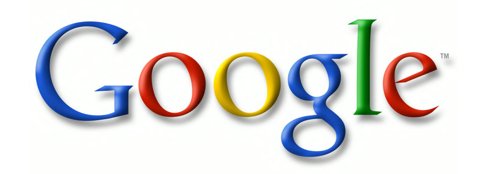
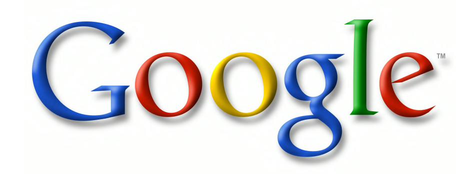
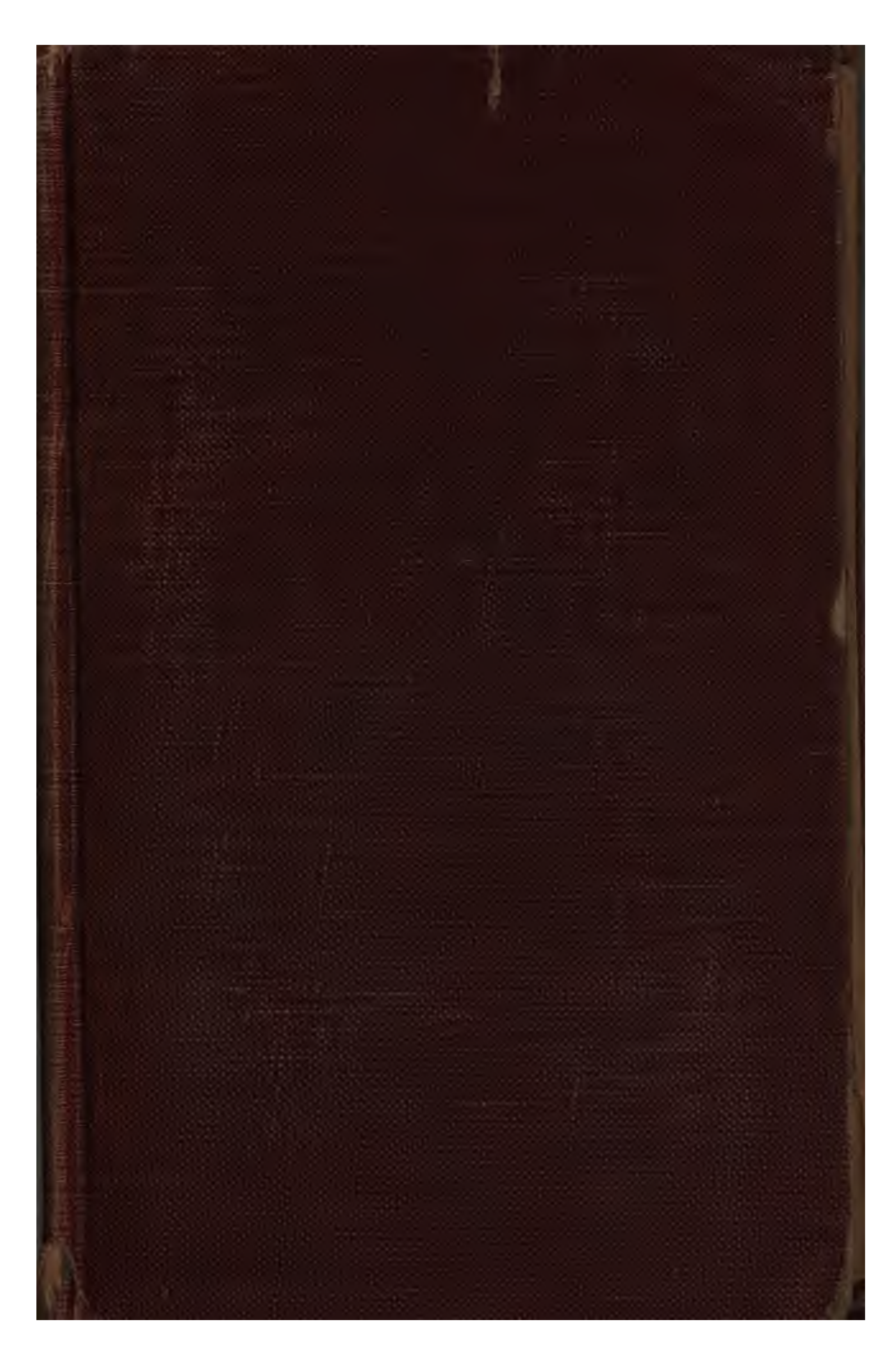
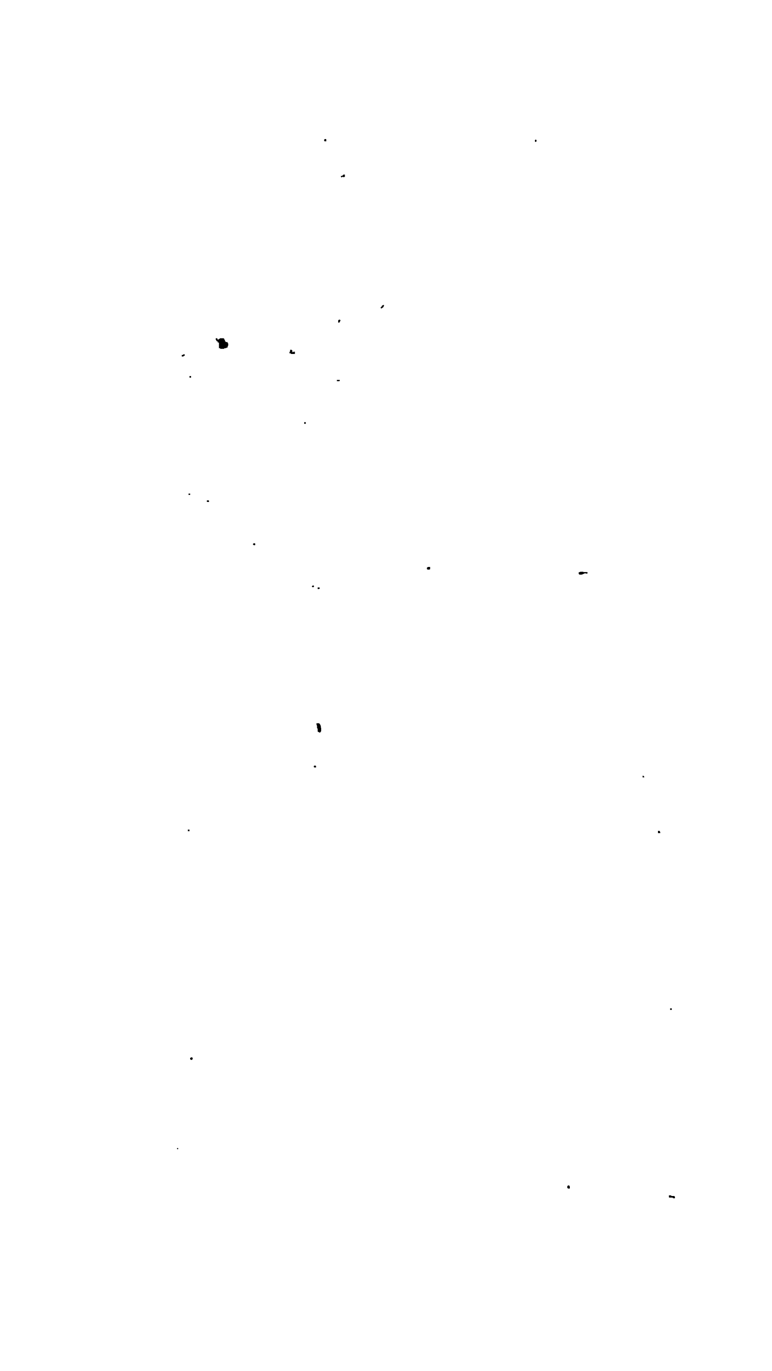







LELAND·STANFORD·JVNIOR







BIBLIOTECA

DE

AUTORES MÉXICANOS.





OBRAS

DE DON

FERNANDO CALDERÓN

1

POESIAS Y TEATRO.

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.

1902





BRAS

DE DON

NDO CALDERÓN

1

SIAS Y TEATRO.

MEXICO

DE V. AGÜEROS, EDITOR.
ca de Santo Domingo No. 4.

1902





OBRAS

DE DON

FERNANDO CALDERÓN

1

POESIAS Y TEATRO.

MEXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.

1902



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide aún humeaba en Padilla. En pos del efímero imperio de Agustín I, la República Mexicana, llena de vigor y gloria, se presentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa aureola de deslumbrante prestigio que tanto embellece á los pueblos que, á fuerza de sacrificios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existía entonces en la bella Guadalajara una asociación político-literaria, que por

sus aspiraciones de progreso, sus tendencias altamente liberales y por la ilustración y talentos que abrigaba en su seno, no podía menos que atraerse las simpatías de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de "La Estrella Polar" (tal era la denominación de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Valentín Gómez Farías, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entonces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fueron más tarde timbres de gloria para ella y motivo de justo y levantado orgullo para la patria.

A las sesiones que con frecuencia celebraba "La Estrella Polar," concurría, siempre entre los primeros, un joven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazón sensible y generoso.. Era "Fernando Calderón." El fuego patrio que abrasaba el corazón de Farías, las frases conmovedoras y elocuentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplegado la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distintivo de nuestro poeta. Alma noble y corazón lleno de ternura, Calderón recogió con religioso respeto, con la abnegación de un mártir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con

sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entonces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, serian consagrados á la causa del pueblo, y sacrificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya veremos un poco más adelante cuán bien supo cumplir su generosa promesa.

Por los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió "Reinaldo y Elisa," "Zadig," "Zeila," "Armandina," "Los políticos del día," "Ramiro," "Efigenia" y "Hersilia y Virginia," dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, pero que con mayor ó menor entusiasmo, aunque siempre con aplauso, fueron representados en los teatros de Guadalajara, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de las bayonetas la constitución democrática de 1824, y se dirigía amenazadora y sedienta de sangre contra el Estado de Zacatecas, que no había temido desafiar las iras del tirano. Calderón recuerda entonces sus promesas, su patriótico juramento, y arrojando lejos de sí la deliciosa lira, empuña denodado la espada del guerrero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada á inmediaciones de Zacatecas. Desastroso

fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de "El soldado de la libertad," herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en precioso volumen.

Apenas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza temible para la tiranía que se había enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionarse. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramírez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una de

las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunión de jóvenes ilustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas "El sueño del tirano" y "El soldado de la libertad," que, como un testimonio de gratitud y cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasión nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazón, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia: defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas, de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de "El soldado de la libertad," herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en precioso volumen.

Apenas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza temible para la tiranía que se había enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionarse. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramírez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una de

las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunión de jóvenes ilustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas "El sueño del tirano" y "El soldado de la libertad," que, como un testimonio de gratitud y cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasión nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazón, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia: defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas, de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

dor, favorecedor y amigo. Varios rasgos nobilísimos de Calderón pudiéramos referir á nuestros lectores, y ellos serian, á no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro aserto; pero ni nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirán hacerlo las pocas líneas que consagramos á la parte biográfica de nuestro inolvidable poeta. Baste para dar á conocer el magnánimo corazón y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la conmovedora relación que nos ha referido el inimitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorización bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y casi pudiéramos decir, empapada en lágrimas, nos refería lo siguiente.

"Amargos, muy amargos fueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas ¡ay! mi madre estaba enferma, y llegó un día en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situación lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escasísimo sueldo, que apenas podía medio

cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y más costosas: se agotaron, en consecuencia, mis recursos; y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor corazón con que plugo á la naturaleza do-indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba de las medicinas para mi adorada enferma.

"Además, el doctor que la curaba creía en México. Me aconsejaba que la llevase a Tacubaya; que la alimentase de una manera más conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones reclamadas imperiosamente por sus enfermedades físicas, y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu. Mi situación era horrible, y los martirios de mi corazón se multiplicaban de día en día.

"Vino al fin uno, en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me salí de la casa. Mil siniestros pensamientos cruzaban por mi mente; como un loco vagaba yo por las calles y las blasfemias se escapaban de mis labios: estaba desesperado. No sé cuánto tiempo duró aquella espantosa borrasca

de mi corazón, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre.

—"¡Señor Prieto! ¡señor Prieto! me dijo un desconocido. Va usted muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que usted me oyera. ¿Tendría usted la bondad de escucharme un momento?

—"Mande usted lo que guste,—le contesté deteniéndome.

—"Mi escritorio está ahí enfrente, y allá diré á usted el motivo que me obliga á interrumpir su marcha.

"El desconocido me indicó la casa número** de la calle de Capuchinas, en que nos hallábamos; se dirigió hacia el escritorio, yo le seguí sin decir ni una palabra

—"Entramos en el despacho, y, después de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así:

—"Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para usted, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á usted, previo el recibo correspondiente. ¿Está usted dispuesto á recibirla?

—"Pero, señor,—murmuré yo con voz casi ininteligible;—usted sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera...

—"Tal vez sea una devolución que se hace á la familia de usted.

—"Pero.....

—"Señor Prieto, usted es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca: mas no me parece un acto de cordura el que usted se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que usted extenderá de la manera que guste.

"Estas juiciosas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cuya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecisión. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido:

—"Sea enhorabuena..... ¿Por qué cantidad he de extender el recibo?

—"Por doscientos pesos.

"Con mano febril y el corazón henchido de gozo escribí y firmé el documento: recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

"El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo me había facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograse descubrir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á revelármelo. Al recibir por tercera vez una

cantidad que hacía ascender mi deuda á más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el ángel de caridad á quien debíamos, mi buena madre la salud, y yo tal vez la vida. Quise desde luego manifestarle mi profundo agradecimiento, y me dirigí á su casa.

"Cuando llegué á ella, Calderón se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara cuál era el objeto de mi visita.

"Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me había hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

"Calderón me escuchó en silencio y como preocupado.

"Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre:

—"Y bien, señor Prieto, no puedo ne-

garlo, el dinero que usted ha recibido salió de mi bolsillo, que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que usted quiere devolverme la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y usted me hará con el pago un verdadero servicio. Sírvase usted indicarme los términos en que podrá hacerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

"Estas palabras venían á destruir una de mis más bellas ilusiones: el artista, el poeta, se transformaba en el hombre de negocios, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situación.

—"Señor D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura,—grande, muy grande es el servicio que usted me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con usted he contraído, asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya usted ve cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos. Separaré para usted la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á usted como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que deseo

es cubrir el crédito de usted y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de día, de noche, á todas horas. Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere usted más?

—"Todo me parece muy bien, Sr. Prieto; pero necesito algunas seguridades.

—"¿Y cuáles podré ofrecer en mi triste situación?

"Calderón, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito:

—"Vea usted, señor Prieto,—me dijo con un tono de voz que no olvidaré nunca;—vea usted si le convienen esas condiciones.

"Tomé el papel; devoré las palabras en él contenidas, y:

—"¡Hermano mío! ¡hermano mío!—exclamé desde lo más íntimo de mi corazón. —¡Hermano! ¡Hermano querido!

"Un torrente de lágrimas inundó al mismo tiempo mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginación se lo había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veía rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

"¿Qué era, pues, lo que contenía aquella hoja de papel? Las siguientes frases,

cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos:

—"Si me das el dulce nombre de her-"mano, habrás satisfecho con usura el cor-"to servicio que me debes. ¿Aceptarás es-"ta condición de tu hermano Fernando?"

. . . .
. . . .

La relación que antecede, es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble tar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo un dón de tanto precio, y feliz también el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba á Zacatecas, cuyas puertas le abría la magnanimidad del señor General Tornel, Ministro entonces de Guerra y Marina. Este ilustrado protector de la juventud estudiosa, y Mecenas entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decía en una carta referente á Calderón: "El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por las revoluciones." Rasgo que honra al señor Tornel, y que es uno de los mejores timbres de gloria para su nombre esclarecido.

En los años siguientes, y bajo la influencia de las doctrinas y los principios literarios de la escuela romántica, dominante entonces, el vate zacatecano dió á luz los dramas "El Torneo," "Ana Bole-

[illegible]

[illegible]

[illegible]

se extinguió al fin con el último suspiro del bardo. El autor de "El soldado de la libertad" no podía sobrevivir á nuestra vergüenza, sellada por la mano del vencedor en los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo.

¡Gloria al patriota! ¡Renombre inmortal al poeta!

Ligero es el examen que nos proponemos hacer de las poesías líricas y dramáticas del poeta zacatecano. Y preciso es que así sea, ya se atienda al poco espacio de que disponemos en este libro para llevar á cabo nuestro trabajo, y ya principalmente porque ni nuestros conocimientos ni nuestra capacidad nos dan derecho para escribir un verdadero juicio crítico de las obras de Calderón.

Hecha esta advertencia, comencemos desde luego.

En toda composición literaria debemos atender á la esencia, ó sea el pensamiento, y á la forma, ó sea la manera con que se expresa aquello que se piensa, se quiere ó se siente.

Si aplicamos esta doctrina á las poesías de Calderón, preciso nos será confesar que, en su esencia, los pensamientos raras veces se levantan sobre la esfera de lo ordinario ó común; algunos otros son falsos, y pocos, muy pocos nuevos y brillantes. La forma, aunque fácil, armoniosa y abundan-

te, con frecuencia es incorrecta, particularmente en la parte prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiento, hay en ellas tal ternura, llevan consigo un "no sé qué" de divino, que no pueden menos de arrebatarnos, seducirnos y cautivarnos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías: ellas son el eco de un sentimiento, la expresión de una alma con la que gozamos ó sufrimos, con la que desfallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, días más tranquilos y felices: ellas son, en resumen, el himno, la suplica ó el gemido de un corazón que simpatiza con el nuestro, y al que acompañamos con ternura en la transfiguración brillante de su Tabor, en la crucifixión dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que "la representación sensible del bello ideal por medio de la palabra," preciso es aplicar á Calderón el epiteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no bostante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿quién no se entusiasma con la lectura de la siguiente estrofa?:

Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.
Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Esta sola estrofa, á falta de mejores títulos, valdría á su autor el envidiable dictado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atención, siquiera sea por un momento, en la poesía intitulada "El sueño del tirano." ¡Qué valentía en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripción!

......Gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados

Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor son nombres vanos
Que jamás comprendió....

Erízanse los cabellos, se experimenta una angustia horrible y se ve algo parecido á las creaciones terríficas del Dante, cuando Calderón nos dice en seguida:

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos del viento agitados
Le parece que escucha gemir....

En nuestro humilde juicio esta composición y la que intituló "El soldado de la libertad,"—de la que hemos citado ya una estrofa,—inmortalizarán á Calderón, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Escuchémosle ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcísima y terrible pasión que llamamos amor.

¡Con qué sentimiento, con qué profundo sentimiento dice el enamorado vate:

Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?

No, nuestro amor será eterno.
A otra más brillante vida
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mías!

Tierna también, intensamente tierna es la composición que lleva por título "¡Una memoria!" cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Sería, en verdad, necesario para apreciar todas y cada una de las bellezas que encierra este volumen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos á ocuparnos.

Hemos dicho que la entonación de sus versos, raras veces se levanta sobre la esfera de lo común, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta tocar en lo vulgar y prosaico. Ejemplo de ello:

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro;
Si ha exhalado algún suspiro
Después que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la señorita María de los Angeles Z. y G., siendo de notar que el último pie del cuarteto.

De María de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosaico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosaicos y cansados los primeros versos de la composición: "Brindando á las mexicanas el 16 de septiembre de 1837."

Hemos dicho ya que las poesías de Calderón presentan incorrecciones, particularmente en su parte prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad; pero de los que, en confirmación de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes:

Creen que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo:

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho sílabas en una composición formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo lejos,

verso considerado como endecasílabo, cuando tiene doce sílabas:

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el anterior.

En los romances de Calderón se encuentran con frecuencia legítimos y verdaderos consonantes donde sólo debieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, acto tercero de "El Torneo," en que consuenan "descolorido" y "marido;" en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos "serena" y "enajena;" mientras que en otro lugar supone Calderón que son consonantes "ello" y "plebeyo" (Ana Bolena, escena III, acto tercero).

Un poeta notabilísimo, cuyos juicios y amistad tenemos en mucho (1), nos ha dicho alguna vez que, en su concepto, una facilidad extraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo común al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaso no sea esto del todo exacto; pero en lo que sí no cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debieron á esa facilidad para versificar, que fué en Calderón verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba corregir sus composiciones hay que atribuir

(1) El Sr. D. Manuel M. Flores.

esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas.

Hijas exclusivamente del descuido son las siguientes incorrecciones:

> Vosotros retiraos....
> Que tendrá cuando menos....
> No tal, amigo mío....
> ¡Ah! sois vos, Kinston!...

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosílabos.

Tampoco son versos de ocho sílabas, como lo debieran ser, los que á continuación copiamos:

D. Carlos.—
"Bouquet."
D. Tim.—
Bu... ¿qué?
D. Carlos.—
—Ramillete. Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que antes hemos mencionado, que pudieron fácilmente desaparecer, diciendo v. g.:

> Creen que acaba en la tumba
> Contigo estoy despierto,
> Serpeando se oculta allá á lo lejos:

Aun tienen para mí las lindas flores
Vosotros, pues, retiraos.
Que tendrá cuando muy menos
¡Ah! ¡Kinston! Kinston ¿sois vos?
D. Tim.—
Bu.... ¿qué? No lo entiendo.
D. Carlos.—
Quiero decir ramillete.
(¡Qué impertinente es el viejo!)
"Andiamo, andiamo."
Cort. tercero.—
(Sea entre nosotros dicho.)

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderón, especialmente en las dramáticas.

La acción, por lo regular, camina en ellas con lentitud; las escenas no son siempre motivadas; los monólogos ó soliloquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen, por lo mismo, inverosímiles y fatigosos para el actor y para el público; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género lírico por los arranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderón no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparciali-

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacía ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

edad, que fué representado con regular éxito en el teatro de Guadalajara; y otros no menos felices.

Concluídos sus estudios, pasó á Zacatecas, en donde comenzó á ejercer su honrosa profesión, sin abandonar por eso el cultivo de la poesía; pues al contrario, dió á la escena en el teatro de esa ciudad nuevas piezas dramáticas que hicieron su nombre popular y apreciable. Contribuyendo, acaso principalmente, este triunfo á despertar en él deseos de figurar en otra esfera, pronto se mezcló en la política del Estado, llegando su entusiasmo por ella hasta obligarlo á tomar las armas en 1835 para defender y proteger las tendencias de su partido; en ese mismo año quedó herido gravemente en un combate. A poco fué desterrado del Estado por el gobierno del mismo; y con tal motivo vino á refugiarse á México abandonando así el manejo y administración de sus intereses. En esta ciudad, debido sin duda á sus pocas relaciones, sufrió al principio algunas escaseces; pero pronto su fama literaria le proporcionó la amistad de algunas personas ilustradas é influyentes, quienes se apresuraron á presentarlo á la Academia de Letrán, fundada hacía pooco, la cual lo recibió gustosa en su seno.

Allí, en medio de las luminosas discusiones de D. Joaquín Pesado, de Lacunza

y otros literatos inolvidables, se despertaron en nuestro Calderón nuevas y brillantes facultades; se afinó su gusto literario, estudió los buenos modelos, y se aprovechó, finalmente, de la experiencia, saber y erudición de sus nuevos amigos: las composiciones de entonces revelan estudios y detenimiento, tienen un lenguaje más cuidado y la locución es más clara y natural.

Calderón, en las consultas que hacía á aquellos distinguidos maestros, se mostraba siempre dócil y atento á sus indicaciones, aceptaba sus correcciones y seguía el camino que ellos le marcaban; en una palabra, su residencia en México le fué sumamente útil y provechosa. Por aquel tiempo corrigió y dió á la escena algunas de las obras que ya tenía escritas y otras que nuevamente compuso, como "A ninguna de las tres," "El Torneo," "Ana Bolena" y "Hermán ó la Vuelta del Cruzado." Los triunfos que Calderón obtuvo con la representación de estas composiciones, influyeron seguramente en que D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, y en todo tiempo amigo y protector de los amantes de las letras, se empeñase con el Gobierno de Zacatecas para que levantase á autor tan distinguido el destierro que pesaba sobre él, pues que "el genio"—decía—"no tiene enemigos, y los talentos

deben respetarse por las revoluciones." Oída y atendida como lo merecía esta petición, Calderón pudo ya volver á Zacatecas, en donde algún tiempo después de su llegada fué nombrado secretario del Tribunal de Justicia; en seguida electo diputado, y por último, llamado á desempeñar la Secretaría de Gobierno. Retirado á la vida privada, en donde no escasearon para él los cuidados de familia ni las tribulaciones de ingratitudes y olvido, una terrible enfermedad, que durante un año lo tuvo postrado en el lecho del dolor, lo llevó al sepulcro el 18 de enero de 1845, en la villa de Ojocaliente, lugar de su residencia, á la temprana edad de 36 años. Dejó sin concluir un drama con el título de "El Caballero Negro," y un poema con el de "La Creación." Sus obras dramáticas se publicaron dos veces: una edición apareció con prólogo de D. José Joaquín Pesado, y otra con uno de D. Manuel Payno. "Se notará en las obras de Calderón—dice el primero—algunos defectos, algunos descuidos, algunas incorrecciones, pero en cambio ¡cuánta poesía, cuánta dulzura, y á veces cuánto fuego! Su locución es clara, sus pensamientos exactos, sus pasiones nobles, y siempre caballerescos sus sentimientos. En ellos, como que se pinta ó revela el alma del autor; así es que al pasar la vista por sus pági-

nas se sienten movidos los afectos y arrebatado el corazón. Sus mismos descuidos son hijos de su facilidad, defecto común en los ingenios dotados de aquella rica prenda.

"El lector perdona los ligeros defectos que hay en la obra, en cambio del raudal de armonía que lo suspende."

Calderón es más notable y digno de admiración como poeta lírico que como dramático. Sus obras para el teatro, calificadas por el señor Couto de "ensayos felices," adolecen, por lo general, de los defectos que el romanticismo produjo en nuestra literatura: el lenguaje, si bien es fácil y animado, tiene á veces cierta profusión de adornos que le quitan la naturalidad; la acción camina en medio de muchas circunstancias, que, además de dividir la atención, dejan adivinar pronto el desenlace. Por lo demás, los versos son muy bellos, armoniosos y fluidos.

Calderón, pues, merece justamente ser contado entre nuestros mejores poetas, y la popularidad de que gozan algunos de sus dramas, acredita su mérito: conviene también no olvidar que él y Rodríguez Galván dieron eficaz impulso á nuestro teatro, en una época en que todos se dedicaban á la poesía puramente lírica.





POESIAS LIRICAS



EL PORVENIR

Tú me amas, y yo te adoro;
Pero ha de llegar el día
En que tú ó yo para siempre
Debemos dejar la vida:
Los espíritus cobardes,
Las almas bajas y tibias,
Desechan esta memoria,
Y al pensarlo se horrorizan:
Creen que acaba en el sepulcro
El amor y sus delicias
¡Insensatos! ¡no conocen
Su esencia pura y divina!
El alma jamás perece,
Pues del cuerpo desprendida
Pasa á una región suprema
De venturas y de dichas:
Y este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla
Que en nuestras almas sembrara
Del Gran Ser la mano misma,
La debe seguir, no hay duda:
El alma en amor respira,
Es su esencia, es su alimento,
Y sin él no existiría.
No temas, Almira hermosa,
De horrible muerte las iras;
Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?
No, nuestro amor será eterno:
A otra más brillante vida,
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mías.

1,825.

A AMIRA

Eres, Amira bella,
Más pura que las flores:
Tus risas son amores,
Y amor es tu mirar:
¡ Feliz cuando á tu lado
Suspiro, y tú suspiras!
¡ Oh Amira celestial!

Cuando tu mano hermosa
Toca la ardiente mía.....
¡ Cómo, cómo podría
Pintar mi sensación!
Hierve mi sangre toda
Con un ardor divino;
No cambio mi destino
Por cuanto alumbra el sol!

En todas partes miro
Tu imagen adorada:
Do quiera retratada
Te encuentra mi pasión:
Me sigues á las cortes
Y al árido desierto:
Te veo si estoy despierto,
Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa

Y en la tranquila fuente;
En la aurora luciente,
Allí estás siempre tú;
Y si en la quieta noche
Contemplo las estrellas,
Miro en sus luces bellas
De tus ojos la luz.

Imagen seductora
Del cielo soberano,
¿Podrá ningún humano
Tus gracias merecer?
¡Oh! deja el mundo, Amira,
Y elevando tu vuelo
Sube al sereno cielo,
Que tu morada es;

Mas Dios te manda al Mundo
Como genio divino,
Que vienes el destino
Del hombre á consolar.
Tus ojos ¡cuál encanto
Tienen, oh dulce Amira!
Que el que una vez te mira
No sabe más qué amar.

1,828.

A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
La que aver difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando.
Eras la reina de la selva umbría?
¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento suave
Te halagó cariñoso,
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte:
Tal vez quiso llevarte
Algún amante á su ardoroso seno;
Pero al ver tu hermosura,
La compasión sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;
El furioso aquilón te ha deshojado;

Ya nada te ha quedado,
¡O reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imagen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán enbravecido!

¿Y qué, ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra,
Un joven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Y tu última fragancia será mía.
Burlemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,

1,828.

LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma,
Decidme, amigos, que jamás la vi?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusión agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
"Al fin, exclamo, un corazón de acero
A la felicidad será mi guía."

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflexión tan terrible!
¿Puede un corazón sensible,
Ser feliz viendo llorar?

¿Cómo podéis en medio de la guerra
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!
¿Puede agradaros devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro
Sólo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.
Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso:
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman triste-
(mente,
El sabio, el rey, el hábil cortesano;
¡Necios! venid, y la veréis patente
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Queréis la dicha encontrar.
Dejad vuestro error funesto;
Bajad á ese valle umbroso;
Veréis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa..

En su habitación sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazón.
El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza:
He aquí toda su riqueza,
He aquí toda su ambición.

No eres un nombre vano, una quimera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.
¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazón ardiente!
¡Ven y consuela mi alma adolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

1,827.

LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,
A quien el odio tirano
De sus hogares lanzó:
Párase: tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el mísero exclamó:
"Al fin, ¡oh patria querida!
Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Después de tantas desgracias:
Políticas disensiones,
Persecusiones tiranas,
El furor de los partidos
De tu seno me arrancaran:
Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,
¡No puede olvidarlo el alma!
De aquel tristísimo día
En que salí de tus playas:
Yo pisé el bajel funesto
Que de tí me separaba,
Como pisa un triste reo
De su cadalso las gradas:
Yo he vagado cuatro lustros
Por las regiones extrañas,
Sin apoyo, sin asilo,

Sin consuelo ni esperanza:
El miserable alimento
Con mis lágrimas regaba,
Sin tener un solo amigo
Que mis penas consolara;
Mis hijos, mis tiernos hijos,
Mi esposa desconsolada,
Mis amigos, todos, todos,
Se presentaban á mi alma:
Eterno Dios ¡cuántas veces
Te dirigí mis plegarias
Pidiéndote que la muerte
Mis desgracias terminara!
  Vuelvo, en fin; pero ¡qué miro!
Ni aun existe mi cabaña,
Su lugar quedó desierto
Por el furor de las armas.
¡Hijos... esposa... no existen!
Nadie escucha mis plegarias:
¡Han muerto, descansan todos
En su tumba solitaria!
¡Hijos.... esposa... no existen!
Ni padre, ni esposo.... nada,
Nada soy sino un mendigo
Un extranjero en mi patria.
  Sólo queda en este sitio
El árbol que con sus ramas
Cubrió á mi cara familia,
Que á su sombra reposaba:
¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!
Mi esposa allí se sentaba,
Aquí mis pequeños hijos

En mis rodillas jugaban,
Y ahora.... ¡ahora nada tengo
Sino lágrimas amargas!
  Arbol, tú sólo me quedas;
Mas ni á tí se respetaron,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
¿Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos?
¿Su sangre aquí derramada?
¡Oh Dios! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga
De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patria."
  No pudo más el anciano,
Abrazó el árbol querido,
Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco expiró...
  Después, algún aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1,836.

LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaivén se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
"La risa de la beldad."

Despreciando los peligros
El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad:
¿Quién su corazón enciende
Cuando á la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?...
"La risa de la beldad."

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
¿Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
¿Y quién desarma la diestra?
"La risa de la beldad."

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su perdida libertad?
¿Y quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?
¿Quien sus acentos inspira?
"La risa de la beldad."

Una suerte inexorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad,
¡Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
"La risa de la beldad."

1,837.

A MI AMADA LLORANDO.

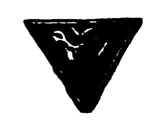
No llores, amada mía,
Que con tu llanto de fuego
Arrebatas el sosiego
De mi amante corazón;
No naciste para el llanto,
Que el placer es tu destino:
Sobre tu rostro divino
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,
Y que en su dolor no alcanza
Ni consuelo ni esperanza,
A su ardiente y fino amor.
Llore el mísero que lucha
Con una pasión insana;
Llore al que esperanza vana
Engañó su corazón.

Pero tú, mujer divina,
No naciste para el duelo;
Perteneces toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.
En tu boca purpurina
Tenga la risa su asiento:
En tus ojos el contento:
La paz en tu corazón.

No: el llanto, no, de tus ojos
Eclipse la luz fulgente;
Levanta al cielo tu frente,
Angel de dicha y amor,
Y pasa alegre tu vida
Circundada de ventura,
En tanto que de amargura
El cáliz apuro yo.

1,840.



LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,
Amira idolatrada:
Tu imagen retratada
Irá en mi corazón:
Ella será el recuerdo
De mi pasada gloria:
Amira, esta memoria
Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto
Publique mi desvelo,
Ella será el consuelo
De mi amargo penar:
¡Oh, cuántas veces, cuántas,
Engañaré la ausencia!
Creeré de tu presencia
El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
De magia lisonjera,
¿Por qué de esta manera
Me hacéis soñar placer?
¡Oh! si acaso durara
Este engañoso fuego....
Pero huye, y queda luego
Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
En lágrimas desecho,
Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá....
Mas ¿yo creerte inconstante?
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazón será.

Pero llegó el momento,
Se acerca la partida.....
¡Adiós, mi bien, mi vida!
¡Mi adoración, adiós!
No temas que te olvide,
Jamás, Amira amada;
Tu imagen retratada
"Irá en mi corazón."

1,826.

A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro;
Si ha exhalado algún suspiro
Después que me separé:
Dime si acaso inhumana
De mí se olvida engañosa;
Dime si la ves llorosa,
O si ha burlado mi fe.

Dímelo; la incertidumbre
Es más triste que el mal mismo:
Saca á mi alma de este abismo
En que sumergida está:
Pero... si fuere inconstante...
Nada digas en mi daño;
Más vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

1,826.

LOS RECUERDOS.

Estos... ¡fatal memoria!
Estos los sitios son donde algún día
De placeres purísimos colmada,
Gozó felicidad el alma mía.
Aquí está todavía
La señal de la huella idolatrada
De mi bien más querido....
¡Triste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo
Mirásteis mi ventura,
Ved ahora mi amargura,
Mi bárbaro dolor.
¿En dónde está mi amada,
Dime, bosque sagrado,
Acaso se ha ausentado,
Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,
Me olvidó la perjura;
Yo la juzgué.... ¡locura!
Yo la juzgaba fiel;
¡Ay! ¿quién pensar pudiera
Que aquel ángel mentía?
"Yo te amo, me decía,
Jamás te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!
Faltó á su juramento!
Tan pronto como el viento

Sus palabras llevó;
¿Y qué me queda, ¡cielos!
En este bosque ahora?
Recuerdo que devora
Mi mustio corazón.

Arbol, en otro tiempo
Bajo tu fresca sombra me sentaba
En el calor del día,
Y amorosas canciones entonaba,
Que inspirarme solía
La que un amor eterno me juraba:
¿En dónde está este amor? huyó ligero,
¡Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Arbol, si por acaso
Volviese mi adorada,
De mi rival burlada,
Para llorar su error,
Dile que aun en mi muerte,
Su nombre he repetido;
¡Ay! dile que el olvido
Jamás de mi triunfó.

Arbol, tú puedes verla;
Pero yo, desdichado,
Bajo al sepulcro helado
En mi florida edad;
Y ni el triste consuelo
Le queda al alma mía,
De que á mi tumba fría
Venga nadie á llorar!!!

1,827.

LA SOLEDAD

Traducción de la Meditación 1ª de M. Lamartine.

¡Oh cuántas veces sobre la montaña,
Bajo la vieja encina yo me siento
Cuando se pone el sol, mi vista errante
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,
Desenvolverse ante mis plantas veo.
Ruge aquí el río en espumosas ondas,
Serpenteando se oculta allá á lo lejos;

Más allá se descubre el lago inmóvil,
Sus dormitantes aguas extendiendo,
Donde se alza la estrella vespertina,
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,
Coronados de bosques verdinegros,
El incierto crepúsculo su rayo
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,
El carro vaporoso va subiendo,
Del horizonte al borde blanqueando
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces
Sonido religioso, y el viajero

Se detiene: de rústica campana
Se oye sonar el compasado acento.

Que á los rumores últimos del dia,
Se une formando místicos conciertos.
Pero, ¡ay de mí! que á tan hermosos cua-
(dros
Es mi alma indiferente; al recorrerlos

No experimento encantos ni trasportes;
Y como una alma errante me contemplo
En esta tierra: el sol ¡ay! de los vivos,
No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora
Hasta do el sol oculta sus reflejos:
Del Sud al Aquilón: por todas partes,
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo
¡No hay dicha para mí en el universo!
¿Qué me importan las chozas, los palacios,
Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mí se ha disipado:
¡Oh bosques, rocas, ríos turbulentos,
Soledades queridas, un ser sólo
Os falta, y todo para mí está yermo!

Que comience ó que acabe el sol su
(curso,
Con ojo indiferente lo contemplo:

Que las nubes ofusquen su faz pura,
O brille de záfir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Alguna (cosa
Ya de los días por acaso espero?
Si en su vuelo pudiera yo seguirle,
Vacío nada más, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ay! en todas partes.
¡De cuanto alumbra el sol nada deseo;
Nada le pido al mundo ni á los hombres;
Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo más allá, donde fulgura
El verdadero Sol, en otros cielos,
A la tierra dejando mis despojos,
El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura
A que aspiro, encontrando al mismo tiem- (po
La esperanza, el amor, aquel bien dulce,
Aquel bien ideal, que es siempre objeto

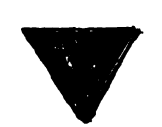
Del ardiente deseo de las almas,
Y que no tiene nombre en este suelo.
¡Que no pueda, llevado sobre el carro
De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!
Sobre este triste mundo de destierro,

¿Por qué vivo yo aún? entre él, sin duda,
Y entre mí, nada de común encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae
Por la pradera, se levanta el viento
De la noche arrancándola á los valles:
Y yo, ¡triste de mí! yo me contemplo
Semejante á esta hoja ya marchita:
Arrástrame también, aquilón fiero!

1,840.



INVOCACION.

(Traducción del Sr. Alfonso Lamartine.)

Tú que te me apareciste
De ese valle en el desierto,
Pasajera en estos sitios,
Habitante de los cielos:
O tú, que brillar hiciste,
De obscura noche en el seno,
Ante mis ojos un rayo
De un amor puro y sereno:
Dígnate á mi humana vista
Mostrarte por fin sin velo.
Dime tu nombre, tu patria,
Tu destino: dí ¿si es cierto
Que fué la tierra tu cuna,
O eres soplo del Eterno?
¿Volverás á ser mañana
El fulgor puro del cielo;
O en este lugar de luto,
De miseria y de destierro,
Debes seguir todavía
Tu fatigoso sendero?
Cualquier que sea tu nombre,
Tu patria y destino, ¡oh genio
De las mansiones divinas!
¡Oh hija de la tierra! al menos
Déjame toda mi vida

Ofrecerte amor é incienso.
Si tú debes, cual nosotros,
Acabar tu curso presto,
Sé mi apoyo, sé mi guía;
Permite que en todos tiempos,
En todas partes, el polvo
Do tus pies estén impresos
Bese ardiente el labio mío;
Pero si elevas tu vuelo,
Sé lejos de nuestros ojos,
Dentro de muy poco tiempo,
De los ángeles hermana,
Volver debes á su seno,
¡Ay, después de haberte amado
Algunos días al menos
En este mundo, de mí
Acuérdate allá en el cielo!

1,840

EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas
Un valiente veterano,
Vuelve de la guerra ufano
A los brazos de su amor:
Con el polvo de las lides,
¡Qué hermoso está su semblante!
En su frente radiante
¡Cuál brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
Sale á encontrarlo su amada,
Ruborosa, alborozada,
Palpitando de placer;
Y él estrechando en sus brazos
A su adorada María,
Siente en llanto de alegría
Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,
Toca mi frente ardorosa,
¡Oh mi amor!
Mírala, está escrita en ella
Una página muy bella
De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,
El primero á la muralla

Yo subí,
Y esta mano que te estrecha,
Supo abrir horrible brecha,
Pensando, mi bien, en tí.

Cuando á la lid me arrojaba,
¡Oh, con qué fuerza tronaba
El cañón!
Mas mi patria y mi querida,
En la lucha enardecida
Llenaban mi corazón.

Y á cada tiro escuchaba
Una voz que me gritaba,
"Vida mía:
Corre, y con ánimo fuerte
Lucha con la horrenda muerte
Por merecer á María."

Y lleno de ardor sagrado,
A las filas denodado
Me arrojé;
Mi pecho hirió hierro insano;
Pero el pabellón hispano
Sirvió de alfombra á mi pie.

Ese estandarte orgulloso
Allá en el "Pánuco" undoso
Muestra sea
De nuestro valor, en tanto
Que nuestro estandarte santo
Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenía
Que ofrecerte ¡oh mi María!
Por tu amor;
Ya soy rico; en sangre tinta
Lleva mi pecho un cinta,
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,
Puedo marchar á tu lado,
Y decir:
"Es ya mía esta belleza.
Porque expuse mi cabeza
Por merecerla ó morir."

Esta cinta es un tesoro,
Que en más que la plata y oro
Precio yo:
Y mi noble descendencia
Dirá: ¡Ved la rica herencia
Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano
Lleno de gloria decía,
Y orgullosa su María
Gozaba el triunfo con él;
Y ni por el regio trono,
Ni la púrpura brillante,
Aquel venturoso instante,
Trocara su pecho fiel.

1,840.

BRINDANDO A LAS MEXICANAS EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1,837.

¿Con que también en vuestro cuello her- (moso
Cargaba el yugo de opresión impía,
Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo
El tirano cubrir de negro velo
Esas frentes divinas
En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
La rodilla doblar ante el tirano,
Que incensaros cual diosas debería,
Y con el labio en que el amor reía,
Besar humildes la sangrienta mano.
Siglos de execración; siglos de oprobio
Que pasaron por fin; ya más sereno
Brilla la libertad el claro día;
Tornóse el lloro en cantos de alegría,
Y late el corazón de gloria lleno.

A LA JUVENTUD ZACATECANA

En el dia de la apertura del salon mandado construir por el gobierno de Zacatecas para escuela normal de primeras letras.

En medio de las hórridas borrascas
Con que la nave del Estado lucha,
¡Quién lo creyera! hoy vemos levantarse
Como una tabla de esperanza y vida,
Este edificio augusto: así el Eterno
En medio de abrasados arenales,
Hace que nazca cristalina fuente.

¿Y qué, México, digno de este nombre,
Ardiente llanto sin cesar no vierte
Al ver la patria desolada y triste
De odios civiles y discordias campo?
¿Y qué patriota no dirige al cielo
Votos fervientes porque torne un día
La era de paz, de gloria y de ventura,
Que esperar debe el pueblo mexicano?

¡Ah! sí, yo siento inspiración sagrada,
Sublime inspiración que por mi boca
Hoy te revela, juventud querida,
El futuro destino que te aguarda.
Vendrá un día, vendrá, yo lo preveo,

En que el poder terrible de las armas
Arrollado será por el torrente
De ilustración; y la pequeña chispa
Que hoy descubren apenas nuestros ojos,
Será una antorcha inextinguible y pura,
A cuya luz caminarán los pueblos.
¡Ay! nosotros tal vez no alcanzaremos
Este mágico cuadro; mas vosotros,
Niños felices, lo veréis sin duda.
¡Oh, quién pudiera descender ahora
Al seno obscuro de la tumba helada,
Y renacer después á edad tan bella!

Cuando del Septentrión los fuertes hijos
De libertad el grito levantaron,
Una parte del gótico edificio
Cayó al esfuerzo de su noble espada;
Pero quedan vestigios todavía:
A vosotros no más reserva el cielo
La gloria de arrasarlo ¡oh tiernos niños!
Y levantar el sacrosanto templo
De augusta libertad: alzad ufanos
Con esperanza tal la noble frente;
Valor, ¡oh juventud zacatecana!
Seguid la senda que á la gloria guía;
De vuestros padres realizad el sueño,
Y grande, hermoso, plácido y risueño,
Haced que luzca el bienhadado día.

Y de noble ambición animados
De la ciencia buscad el tesoro

Más brillante, más puro que el oro.
Ya os sonríe la fama inmortal.
En vuestra alma inocente grabado
Tened siempre tan plácido día:
¡ Al fin grande serás, patria mía,
Grande al fin para siempre serás !

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso
Camina un joven guerrero
Cubierto de duro acero,
Lleno de bélico ardor:
Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
Y el robusto cuello halaga,
Y la crin, que al viento vaga,
De su compañero fiel.
Al sentirse acariciado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan:
Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compás de sus pisadas,
Y al ronco son del acero,
Alza la voz el guerrero
Con un acento inmortal:

"Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.
"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso:
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso:
Ví al dejarla
Su tormento,
¡Qué momento
De dolor!
Ví su llanto
Y pena impía;
Fué á la mía
Superior.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

El artero cortesano,
La grandeza
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi trotón y humilde silla
No daré por su riqueza:
Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar;
Corcel mío,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.
"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brío,
Y hollar del tirano impío
El pendón abominado:
En su alcázar
Relumbrante

Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu heradura
Estamparás.

"Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad."

Así el guerrero cantaba,
Cuando resuena en su oído
Un lejano sordo ruido,
Como de guerra el fragor:
"A la lid," el fuerte grita,
En los estribos se afianza,
Y em-uña la dura lanza,
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,
La luz brilla de la gloria,
Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad:
Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible,
Como el huracán horrible
Que anuncia la tempestad.
Rápido vuela el caballo,
Ya del combate impaciente,
Mucho más que el rayo ardiente
Es su carrera veloz:

Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero·
Se ve aún brillar su acero,
Se oye á lo lejos su voz:
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad!"

 1,838.

EL SUEÑO DEL TIRANO

De firmar proscripciones
Y decretar suplicios, el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz ¡desventurado!
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura:
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean:
En todas partes estampada mira
De sus atroces crímenes la historia:
Su implacable memoria
Fiel en atormentarle, le recuerda
Las esposas, los hijos inocentes
Que por su saña abandonados gimen
En viudez y orfandad: gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor, son nombres vanos
Que jamás comprendió: los ojos torna:
Su cetro infausto y su corona mira;
Un grito lanza de mortal congoja;
Con trabajo respira,
Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin, un sopor espantoso,
Sus sentidos embarga un momento;
Pero el sueño redobla el tormento
Con visiones de sangre y horror:
A un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa,
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
A sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirsutas nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
Sus atroces funestas miradas,
En sus frentes de sangre bañadas,
Del infierno refleja el horror;
Y sus dientes rechinan entonces

Y sus cárdenos labios abriendo,
Este grito lanzaron tremendo:
"¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!"

Las cavernas de un monte vecino,
El acento fatal secundaron:
Largo tiempo los ecos sonaron
Repitiendo la horrísona voz;
Y el crugir de las olas y el viento.
Y el estruendo del rayo espantoso,
Parecía al tirano medroso
Que clamaban también; ¡Maldición!
Cambia luego la escena: entre tinieblas
De fuego circundado,
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcán, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
Prorumpen en horrendas carcajadas,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros: hórridas serpien
(tes
Ciñen su corazón, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera......
¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente:
Se inunda su frente
De frío sudor:
Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor:

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia;
En vano clemencia
Demanda su voz;
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios!

1,837.

A R***. O***. EN SUS DIAS

De virtud y gracias llena,
Pura, inocente y hermosa,
Eres, adorable Rosa,
La reina de la beldad:
Nacen á tus plantas flores,
A cuantos miras inflamas,
Y en torno tuyo derramas
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,
Absortos se contemplaron
A tu nacer, y entonaron
Himnos de gloria y amor:
El nombre puro que llevas,
No al acaso te lo dieron;
Sin duda te lo pusieron
Por celeste inspiración.

Como en árido desierto,
Flor balsámica se mece,
Y al triste viajero ofrece
Un placer en su beldad:
Así á tí, Rosa querida,
Para ser te formó el cielo,
De tus padres el consuelo
En la triste adversidad.

¿Qué es contigo comparado
El falso brillo del oro?
¿Puede haber mayor tesoro
Que tu risa celestial?
De tus días los autores
Cifran en tí sus delicias,
Son su existir tus caricias,
Tu amor su felicidad.

Vive, vive muchos años!
Vive feliz é inocente;
Nunca se cubra tu frente
Con el velo del dolor:
Vive, y endulza á tus padres
El cáliz de la amargura,
Objeto de su ternura,
Sus delicias y su amor.

He aquí los votos que al cielo
Por tí, ¡oh Rosa! he dirigido;
Sin duda los habrá oído,
Y venturosa serás,
Pues el Eterno sonríe
Con celeste complacencia,
Si ruegan por la inocencia
Las voces de la amistad.

A LA SRITA. Da. M. DE LAS A. Z. Y G

Parece que tus padres presintieron
Que serías de gracias un tesoro,
Y el nombre hermoso, mágico y sonoro
De María de los Angeles te dieron:

Sí, los ángeles mismos sonrieron
A tu nacer, y en el celeste coro,
Al son divino de sus arpas de oro
Tu dulcísimo nombre repitieron;

Hoy resuena de nuevo al sacro acento
Como un himno solemne de victoria:
Yo arrebatar de inspiración me siento,

De tus gracias se llena mi memoria,
Y al grito alegre del común contento,
Uno mi voz para cantar tu gloria.

A LA SRITA. MARIETTA ALBINI

En la ejecución de la ópera LA NORMA.

¡Cielos! ¿no es ilusión? ¿es ese el bosque
Sagrado de Irminsul? Sí, ved á "Norma,"
Vedla de magestad y fuego llena,
Sobre la piedra druídica elevada:
Brilla en su mano la hoz resplandeciente;
Sublime inspiración baña su frente,
¡Es un rayo del cielo su mirada!
Escuchemos su voz.... ¡divino acento!
¡Una débil mortal no puede tanto;
Es del querub el armonioso acento;
Yo arrebatar en éxtasis me siento!

¿Mas qué gemido triste
En tu labio ha sonado, "Norma" bella
¡Ay! el amor tu corazón inflama,
Amor que un tiempo tu ventura hacía;
Pero ya de "Polion" el alma fría,
No corresponde á tu sagrada llama.
¿El padre de tus hijos inocentes
Te pudo así olvidar? ¡Con qué dulzura,
Con qué magia divina
Expresas, bella Norma, tu ternura!

"¡Ay! vuelve, vuelve, ingrato,
A aquel tu amor primero,

Que un universo entero,
Tu Norma en tí cifró."
¡Oh, mujer adorable!
¿Quién puede oir tu canto
Quién presenciar tu lanto
Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;
El inocente labio de "Adalgisa,"
Viene á romper tu corazón amante;
La terrible verdad al fin escuchas,
No eres amada ya; ¡no eres amada!
De dolor y de furia combatida,
¡Con cuántos sentimientos, triste luchas!
¡Qué mirada severa
Diriges al infiel! ¡Quién tu semblante,
Quién retratar tu agitación pudiera!

Trémula luego, en tu fatal delirio,
Sobre tus hijos el puñal levantas,
Mas la naturaleza te detiene:
Tu brazo tiembla al contemplar su encanto,
Sueltas el hierro, y abundoso llanto
A mitigar tus aflicciones viene

En medio de tus males,
Compadecido el cielo,
Quiere darte el consuelo
De la santa amistad:
Tu rival generosa
Tu atroz tormento calma;
Su labio vierte en tu alma
Dulce serenidad.

La esperanza renace
En tu afligido seno,
Y de esperanzas lleno,
Late tu corazón:
En tu apacible labio
Vuelve á morar la risa,
Y estrechas á "Adalgisa,"
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la virgen generosa
Quiere volverte la pasada dicha;
El ingrato "Polión" ya no te escucha:
El nombre de firmeza
Le da á su ingratitud el inhumano:
¡Que tu justo furor al fin estalle!
¡Caiga, caiga el impío
Que así tu noble pecho despedaza!
Ya su destino pende
De tu labio no más: ya te adelantas,
El bronce sacro hieres, y de muerte
La voz resuena: ya llegó la hora
De la venganza, y el perjuro amante
Cree que tu labio nombrará á "Adalgisa:"
¡Ah, no conoce tu alma generosa!
Grande, sublime, de nobleza llena,
Tú sola te delatas,
Y "Polión," aunque tarde, reconoce
El inmenso tesoro que ha perdido.

"¡Qué corazón, le dices,
Qué corazón vendiste!
¡Qué corazón perdiste,

Oh, Romano cruel!
"¡Tarde, "Polión" responde,
Tarde te he conocido!
¡Qué tesoro he perdido,
Oh, celestial mujer!"
La sentencia está dada, triste Norma,
Muerte fatal te espera:
El momento terrible ha ya llegado
A lo menos el pecho de tu amado,
Vuelve á estrecharte en medio de la ho-
(guera.
Mas ¡ay, cuánta amargura
Llena tu corazón en este instante!
Qué será de tus hijos inocentes?
"¡Soy madre!" dices á su padre triste,
Y ya á sus pies su compasión imploras:
¡Con qué elocuencia tu afligido labio,
"¡Son tu sangre!" repite adolorido!
¡Qué sublime gemido
Lanza tu pecho de tormentos lleno!
¿Cómo pudiera resistir un padre?
¡Ah! no; ya te promete
Que de tus hijos cuidará piadoso,
Y ya al pisar la losa del sepulcro,
Una dulce sonrisa
Vaga en tu labio maternal: ¡el cielo
Recibió esta sonrisa moribunda!
Ya, ya por fin te cubre el negro velo. . .
¡Adiós, adiós, oh "Norma" idolatrada!
¡Mi alma por el dolor despedazada,
No puede ya sufrir!. . . !Morir me siento
Y á tu dolor excede mi tormento!. . .

. . . .

¿Y todo fué ilusión? ¿Y puede el arte
¿A tal punto llegar? ¡Celeste Albini,
El pueblo mexicano te tributa
Justos aplausos, y en tu noble frente
Ciñen las artes inmortal corona:
¡Yo te saludo de entusiasmo lleno!
¿Quién al oír tu canto no palpita?
¡Jamás, jamás una ilusión tan grata
Llenó mi corazón, Albini bella
De tan dulce y feliz melancolía!
Recibe, pues, la gratitud que siento,
Y de mi lira en el humilde acento
La sincera expresión del alma mía!

1,837.

A HIDALGO

En sepulcral silencio se encontraba
El pueblo mexicano sumergido:
¡Fatal silencio! sólo interumpido
Por la dura cadena que arrastraba:

Como crimen atroz se castigaba
Del triste esclavo el mísero gemido,
O de los opresores al oído,
Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:
"¡México libre para siempre sea!"
Y al tirano español guerra fulmina:
Once años dura la mortal pelea,
El trono se desploma, y en su ruina,
De libertad el estandarte ondea!

1,837.

III

HIMNO PATRIOTICO

Para cantarse el 16 de Septiembre de 1,840.

Oid sonar de los heroes las tumbas,
Y sus sombras ilustres salir,
Y mil ecos gloriosos á un tiempo
"¡Libertad!" "¡libertad!" repetir.

I

Hubo un tiempo de luto y de muerte.
En que sólo sonaba la voz
Del tirano que de oro cubierto,
Insultaba á la débil nación;
Pero se alza en Dolores un astro
Más fulgente, más bello que el sol:
¡Libertad, es tu ráfaga pura!
¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

II

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes
Alzan fuertes el noble pendón,
En que brilla con fuego, grabada
"Libertad," por la mano de Dios.
El tirano al mirar esta enseña,
Sobre el trono, cobarde tembló,
Y aunque opone sus últimas fuerzas,
Triunfa al fin del patriota el valor.

III

¡Salve, ó genio, que el árbol plantaste
Que regado con sangre creció!
¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo!
¡Salve, ó día de gloria y honor!
Y á Morelos, Allende y Aldama,
Y á mil bravos que llenos de ardor,
Con su muerte su gloria sellaron,
¡Salve! canta del pueblo la voz.

POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del

Sr. D. Francisco García.

I

De patriotismo y de virtud modelo,
Fuiste siempre ,magnánimo García,
Fuiste de Zacatecas el consuelo;
Pero marcó el Señor tu último día,
Y al cielo alzaste tu brillante vuelo.

II

Miró á su patria el inclito García,
Miróla en sangre y lágrimas bañada,
Presa inocente de facción impía,
Y su alma del dolor despedazada,
Te dejó para siempre ¡oh patria mía!

III

A su padre, á su jefe más querido,
Hoy Zacatecas llora desolada;
¡Con él sus esperanzas ha perdido!
El pueblo en torno de su tumba helada
Lanza su triste, lúgubre gemido.

IV

¡Oh, Zacatecas! cúbrete de duelo,
Murió tu padre ya, ¡murió García!
A otro mundo mejor alzó su vuelo.
¡Un héroe falta de la patria mía!
¡Un astro más fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este día,
Con lúgubre clamor el bronce suena,
¿Por qué así te entristeces, patria mía?
La patria con su faz de llanto llena,
Calla y muestra la tumba de García.

Genio que alzaste tu brillante vuelo
A otra región de luz y bienandanza;
¿Por qué dejaste nuestro patrio suelo?
De su dicha perdiste la esperanza,
Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad; negro es su manto,
Es triste su mirar, y hondo su duelo:
Al que sostuvo su estandarte santo
No halla en la tierra, y búscanlo en el cielo
Sus ojos llenos de salobre llanto.
Si te quitó el destino, patria mía,
Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza;
Si eres juguete de la suerte impía,
A lo menos te quedan por riqueza
La tumba y los recuerdos de García.

¡UNA MEMORIA!

Salí apenas de la infancia,
Sencillo, puro, inocente,
Con el candor en la frente,
La paz en el corazón:
Cuando te ví, Amira hermosa,
Y en apasionado acento
Me atreví á mandar al viento
Mi primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;
De aquel amor que derrama
En el corazón su llama,
Cual volcán abrasador:
Este amor era el delirio
Que mi existencia llenaba,
Este el númen que inspiraba
Mi primer canto de amor.

Para mí la vida entonces
¡Cuánta dulzura tenía!
¡Cuán grata me parecía
De la tierra la mansión!
¡Miraban todo mis ojos
Con tan bellos coloridos!
Todo, todo á mis sentidos
Estaba diciendo amor.

Cuando tras el cortinaje
Magnífico de oro y grana,
En la cándida mañana
Brillaba el fúlgido sol,
Yo alegre lo saludaba,
Que á alumbrar tu faz venía,
Y á ti, Amira, dirigía
Mi primer canto de amor.

¿No te acuerdas cuántas veces
De las aves el arrullo,
Del arroyuelo el murmullo
Escuchábamos los dos?
El aura blanda mecía
Tu cabellera rizada,
Aquella aura embalsamada
Por tus palabras de amor.

¡Cada gota de rocío,
Cada flor y cada fuente,
Hablaban cuán dulcemente,
A mi tierno corazón!
¡Amor las aves cantaban,
Amor las fuentes decían,
Y los ecos repetían
Por todas partes, amor!

¡Prisma brillante, pronto te rompiste,
¡Ilusiones de amor, habéis pasado,
Y al pobre corazón sólo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste!

¡Todavía tienen para mí las flores,
Y del bosque el magnífico ramaje,
Las aves y las fuentes, un lenguaje,
Lenguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavía al sol brillante
Cuando aparece en el rosado oriente;
Mas le saludo con la voz doliente,
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor?... ¡un sueño fugitivo!
¡Tus sollozos, tus lágrimas mentira!
Y yo te amaba, y... ¿lo creerás, Amira?
Falsa, aún te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria,
Porque aunque á ver no vuelva tu sem-
(blante,
Digas mi nombre y mandes á tu amante
¡Un suspiro no más, una memoria!

BRINDIS EN UN BAILE

A un tiempo, queridos,
Las copas llenemos,
Y alegres brindemos
A amor y amistad:
Del tiempo pasemos
Burlando la saña;
De hirviente champaña
La copa apurad.

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

¿Qué importa que ahora
El sol no aparezca,
Que no nos ofrezca
Su fúlgida faz?
Oculte sus rayos;
Que brillan más que ellos
Los ojos tan bellos
De tanta beldad.

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

¡Oh, vino espumoso
Tú el símbolo eres
De nuestros placeres,
De nuestra ilusión.
Gozosos, amigos,
Las copas vaciemos,
Y alegres brindemos
Al gozo, al amor;

"Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

Mirad de estas ninfas
Las cándidas frentes,
Sus bocas rientes
De hermoso carmín:
¿Quién puede, decidme,
Mirarlas sereno,
Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos,
Diciendo á una voz:
"¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!"

1,832.

BRINDANDO A UNAS SEÑORITAS

EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.

¿A quién no animan vuestros bellos ojos?
¿Quién no palpita al ver vuestra hermo (sura?
Esa sonrisa pura
Que vaga en vuestro labio purpurino,
Y el noble pecho del patriota inflama,
Es del valiente, premio venturoso. . .
¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso,
De independencia la sagrada llama!
¡Maldición al cobarde
Que para conservar vuestra pureza
Y vuestra libertad, la lid rehusa!
¡Loor eterno al valiente mexicano,
Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
La vida exhala al pie de la hermosura,
Teñido con la sangre de un tirano!

No temáis, mexicanas, que abata
La opresión vuestras cándidas frentes,
Antes, antes, de sangre torrentes
En Anáhuac correr se verán.
Compatriotas, brindad á la gloria,
De las bellas en este gran día,
E inundados en pura alegría,
En su loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

—

ROMANCE PRIMERO.

LA VIGA.

El que quiera ver la pompa,
La brillantez y riqueza
Con que en México se viste
La graciosa primavera,
Vaya al paseo de la Viga
En una tarde serena.
La multitud de canoas
Que cubren el ancha acequia,
Que van, vienen, se reúnen,
Se separan y atraviesan:
Las graciosas mexicanas,
Que colocadas en ellas
Y coronadas de flores,
Vistosos trajes ostentan:
Los acentos melodiosos
Del arpa ó de la vihuela,
Que acompañan las canciones
Que sus amores expresan:
Aquellos dichos agudos
Y oportunas ocurrencias,
Aquel desorden gracioso,
Aquella brisa ligera
Que apenas las aguas riza

Y luego en los flores juega:
La vista de hermosas quintas
Y de risueñas aldeas,
Donde de sabroso pulque
Apuran jícaras llenas:
Aquel contraste gracioso
Que forma la faz severa
De venerables ancianos
Que meditan ó bostezan,
Con el semblante festivo
De las jóvenes traviesas,
Que á sus amantes envían
Miradas de fuego llenas:
Aquellas sagradas aguas,
Que los trabajos recuerdan
(A pesar de tantos años)
De los ilustres aztecas;
El idioma mexicano
Que aquellos Indios conservan,
Y en que los remeros hablan,
Y la romántica mezcla
De las memorias antiguas
Con las costumbres modernas,
Forman un todo gracioso,
Que nunca á borrarse llega
Del alma que ha contemplado
Estas mágicas escenas.
En una de las canoas
Iba una tarde de aquellas
Un joven, tres señoritas,
Y una anciana gorda y fresca,
Aunque bien se conocía

Que rayaba en los sesenta:
Esta ostentaba un vestido
De una antigua y rica tela,
Que conservaba, decía,
Con la mayor reverencia,
Porque lo había estrenado
En las memorables fiestas
Del advenimiento al trono
De Carlos IV: tal prenda
Le servía como un libro
De memoria: su cabeza
Entre blanca y negra, estaba
De una gran falla cubierta,
Y por fin, todo su traje
Era una confusa mezcla
De las usanzas antiguas
Con adiciones modernas;
Contraste raro formaba
Con sus hijas, que pudieran
Ser modelo de las Gracias;
Mas la respetable vieja
Era de bello carácter,
Habladora sempiterna,
Buena madre de familia,
Muy amante de las fiestas,
Regocijos y convites,
A donde iba, decía ella,
Tan sólo porque sus hijas
De gusto no carecieran:
Lo cierto era que entretanto
Que las amables doncellas
En el canto ó en el baile

Ostentaban su destreza;
Ella entre muelles cojines,
Junto á alguna compañera
De su tiempo, al grande flujo
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona
En la canoa; junto á ella
Iba un joven pensativo,
Dando en su semblante muestras
De algún proyecto grandioso
O alguna aflicción secreta:
Veinticinco años tendría
Cuando más, aunque las penas
La meditación continua,
O literarias tareas,
Parecer mayor le hacían;
Pero en su frente serena,
En su mirar entusiasta
Aunque dulce, en sus maneras
Todas, y en todo su porte
Se leía la franqueza.
La anciana le amaba mucho,
Sabía la correspondencia
Que con Adela tenía,
De sus hijas la más bella;
Y esperaba que muy pronto
De Himeneo la cadena
Sus vínculos estrechara:
Alfonso (pues éste era
El nombre de nuestro joven)
Oía las historietas

De la anciana, que tenian
Más de veinte años de fecha,
Con la ligera sonrisa,
Que la distracción expresa:
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencillez y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacian
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reian,
Cantaban canciones nuevas,
O de aromáticas rosas
Coronaban sus cabezas:
Ya jugaban con el agua,
Y al inclinarse hacia ella,
Se desprendian las flores
De su hermosa cabellera:
Ya al remero dirigian
En la mexicana lengua
Algunas leves preguntas,
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando
A sus hermanas Adela,
Porque notó que en su amante
Aumentaba la tristeza,
Y fué á colocarse al cabo
Junto á la madre, que, tierna,

Al melancólico Alfonso
Hablaba de esta manera:
"¿Qué tiene usted, hijo mío?
"¿Qué tiene usted? ¿En qué piensa?
"Usted está distraído,
"No me responde siquiera:
"Sabe usted cuánto lo estimo,
"No me oculte usted sus penas.
"Estos jóvenes de ahora,
"Con tantas cosas que piensan,
"Se vuelven viejos muy pronto;
"Mi marido (que Dios tenga
"En su gloria) no pensaba
"Sino en cuidar de su hacienda;
"Pero no lo ví ocuparse
"En escribir tantas resmas
"De papel, y no es decir
"Que tuviese mala letra;
"No, señor, de Palomares
"Escribía: las esquelas
"Verá usted que me mandaba
"Cuando hice viaje á la Puebla.
"¡Qué limpias! no hay un borrón
"Desde la cruz á la fecha;
"Pero no hacía discursos,
"Ni versos, ni cosas de esas
"Que se hacen hoy. Vamos, vamos,
"Levante usted la cabeza,
"Cante usted alguna cosa,
"Acompañado de Adela,
"O solo, como usted guste.

"¡Ah! ¿Tal vez usted se encuentra
"Enfermo?"—La buena anciana
Calló en fin: en tanto inquieta
Adela, los ojos fijos
En Alfonso, medio abierta
La rosada boca, el pecho
Palpitando con violencia,
Esperaba de su amado
Sin respirar, la respuesta.
"No, señora, dijo el joven,
"No estoy malo, la vihuela
"Deme usted, Adela hermosa,
"Y cantaré lo que pueda."

El crepúsculo acababa
En este instante: desiertas
Estaban ya las canoas;
En vez del ruido y la gresca
Que se observaba poco antes,
Ora silencio se observa:
El hombre así de la vida
Por la corriente atraviesa,
Primero alegre, agitada,
Después tranquila y serena,
Cuando la vejez helada
Ya sus pasiones modera.

Trémula sobre las aguas
Brillaba la luna llena,
Que ya á salir comenzaba
Tras la torre de una aldea:

En ella fija los ojos
Alfonso, luego los lleva
A las remotas montañas
Que en el horizonte observa:
Altísimas esperanzas
Su alma generosa llenan,
De Adela estrecha la mano,
Y en voz dulce y halagüeña,
Pero sonora y sublime,
(Que por escucharla dejan
Sus juegos las dos hermanas,
Y el remero su tarea)
Estos versos canta Alfonso,
Que su sentimiento expresan:

"¡Gloria! ¡gloria! ¡Palabra sonora
Que repiten la tierra y el cielo;
Del sufrido soldado consuelo,
De los héroes brillante deidad!
Yo también por tu nombre suspiro;
Que tus alas me cubran espero,
Y en mi mano tal vez el acero
Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
Que hoy oprime con mano inclemente,
En vil polvo sumida la frente,
El escarnio del pueblo será:
Yo también á los libr^s unido
Vibraré denodado la espada,
Y mi frente será coronada
De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,
Bella joven, mitad de mi vida,
De tí sola y mi patria querida
Mi suspiro postrero será.
Ve á la tumba que guarde mis restos,
Y sobre ellos derrama tu llanto;
Mi aflicción y mi acerbo quebranto:
Con tu sombra tal vez calmará."

Calló Alfonso; sus mejillas
Ardientes lágrimas riegan,
Que cayendo sobre el rostro
De la delicada Adela,
Y juntándose á las suyas,
A la helada mano ruedan
De la anciana, que al instante
Pregunta con voz inquieta:
"¿Por qué lloráis, hijos míos?
"¡Oh! las canciones modernas
"Son muy tristes; las antiguas
"Las seguidillas aquellas
"Eran mejores; mas todo,
"Todo acaba! Vamos ¡ea!
"Muchachas, vamos á casa,
"Y acabóse la tristeza,"

Dejaron, pues la canoa,
Toman el coche, y se internan
De México en la ciudad
Por las calles opulentas.

ROMANCE SEGUNDO.

LA PRISION.

Jamás se pasaba un dia
Sin que en las alas llevado
Del amor, no fuese Alfonso
A ver á su bien más caro;
Sin embargo, en el siguiente
Al paseo de que hablamos,
Son ya las doce.... la una,
Pero Alfonso no ha llegado.
Cuenta Adela los momentos,
Le parece que oye pasos,
La respiración suspende,
Vuelve la cabeza.... en vano,
No es él: se apura, se aflige,
Mil pensamientos amargos
Se suceden en su mente.
Tal vez se encuentra postrado
Por la enfermedad... Tal vez
Ha detenido sus pasos
Un asunto de interés:....
Pero no; nunca su amado
Ha preferido otros bienes
A su amor: acaso, acaso
Una mujer más dichosa....
¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!
Adela tan baja idea
Desecha con desagrado:

Pero Alfonso no parece,
El sol va ya declinando....
¡O buen Dios! ¿le habrá perdido?...
Sale al balcón, á lo largo
Tiende la vista, cada uno
De aquellos que van pasando
Le parece que es Alfonso;
Su corazón agitado
Casi no cabe en su pecho:
La llama su madre en vano;
"Ya voy," dice, y permanece
Por todas partes mirando:
Descubre, en fin, á un amigo
De su amante. ¿Algún recado
Le traerá tal vez?.... No hay duda,
Entra en su casa: de un salto
La sala y el corredor
Pasa Adela, y preguntando
Está al amigo de Alfonso.
¡Infelice! de los labios
De aquel oye la noticia
De que está preso su amado:
Pierde su faz los colores,
Tiende los hermosos brazos,
Y faltándole las fuerzas,
Como herida por un rayo,
Cayó: la madre al momento,
Y las hermanas volando
Llegan, la encuentran tendida
En el suelo, y al infausto
Mensajero, cual si fuese

Hecho de insensible mármol.
El les repite de nuevo
Que su amigo desgraciado
Está en la "cárcel de corte,"
Por el gravísimo cargo
De ser "insurgente".... ¡Cielos!
La anciana exclamó llorando,
"¿Insurgente?"—Sí, señora,
Dijo el amigo, y acaso.....
Yo me horrorizo al pensarlo!
Ya se le sigue un proceso....
Su funesto resultado......
"No más, dijo la señora,
"¡Me está usted despedazando!
"¡Vaya usted, vaya al momento,
"Dé usted, por Dios, cuantos pasos
"Pueda en favor de su amigo,
"De ese amigo desgraciado.
"¿Necesita usted dinero?
"Yo lo daré: ¿es necesario
"Ver al virrey, á los jueces?
Pues en el instante, vamos.
"¡Oh, santo Dios! hijas mías,
"Llevemos luego á su cuarto
"A esta infeliz. ¡Oh, qué tiempos!
"Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece
Adela en aquel letargo;
Pero, por fin, poco á poco
Va volviendo: abre sus labios,

Y con voz trémula y débil,
De Alfonso el nombre adorado
Repite; los ojos gira
En derredor de su cuarto:
No está pálido su rostro,
Antes un vivo encarnado
Hermosea sus mejillas:
Bate su pulso agitado
Por la fiebre más ardiente:
Discursos mal concertados,
Palabras vagas, locuras,
Indican el alto grado
De la enfermedad: la ciencia,
Los desvelos, los cuidados,
Todo se ensaya sin fruto;
El cerebro trastornado
De Adela, ve sólo sombras;
Y la infelice, mezclando
Las más contrarias ideas,
En tropel desordenado
Habla de flores y muertes,
De amores y de cadalsos.

Por mil ochocientos trece
Es la época de que hablamos,
Epoca horrible, sangrienta,
Para el triste mexicano:
Cuando el nombre de Venegas,
Repetido con espanto,
Helaba los corazones;
Cuando algunos esforzados,
Arrostrando los peligros,

"Independencia" gritaron,
Mas no era llegado el día
Por el Eterno marcado
Para sacudir el yugo
Del Español sanguinario.

Venegas sofocar quiso
Aquel incendio sagrado,
Vertiendo sangre á torrentes,
Suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
Para mirarse arrastrado
A la prisión más estrecha
El misero ciudadano;
Bastaban sólo sospechas:
Así piensan los tiranos
Afirmar su inicuo trono,
Sin advertir que la mano
Que los golpes multiplica,
Suele fatigarse al cabo,
Y su flaqueza se aumenta
A proporción del estrago.

En la gran cárcel de corte
Se encuentran un joven cargado
De fortísimas cadenas,
Y de grillos muy pesados;
Pero en su faz no demuestra
Abatimiento ni espanto:
Es cierto que algunas veces
Por su semblante esforzado
Pasa una ligera sombra

De tristeza, y en sus labios,
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo,
La serenidad cobrando,
De inmortalidad y gloria
Brilla en sus ojos un rayo.
Así al claro sol oculta
Algún ligero nublado,
Pero pasa, y reaparece
Con más pureza brillando:
Así el árbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracán despreciando.

Seis días hace que Alfonso
Sufre su destino amargo,
Sin saber cuál es la suerte
De los objetos amados
De su corazón. Se acerca
Al fortísimo enrejado
De una ventanilla estrecha,
Y sus ojos levantando
Fija en el zafir del cielo.
Cuando el mortal rodeado
Está de gozo y ventura;
Cuando ardoroso su labio,
Entre ilusiones mecido,
Del placer apura el vaso,
Le basta sólo la tierra;
Mas cuando la helada mano

Del dolor su pecho rompe,
Cuando la ilusión pasando
Aparecen los tormentos,
Cuando no encuentran descanso
En el mundo, ansioso busca
Otra región, otro estado,
Y sus ojos en el cielo
Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne
En que el sol ha terminado
Su carrera: la hora misma
En que Alfonso, acompañado
De Adela, hace siete días,
En la "Viga" iba soñando
En felicidad, en gloria,
Que en prisiones se han tornado.
Así el viajero divisa
Altas torres y palacios,
En el lejano horizonte,
Que le prometen descanso,
Y en mirarlos divertido,
No ve la sima en que incauto
Se precipita, y perece;
Así ligero surcando
El pajarillo los vientos,
Tocar la copa de un árbol
Cree ya, cuando aguda flecha
Le derriba traspasado.
En el azul de los cielos,
Más que las otras brillando,
Estaba una estrella hermosa;

Alfonso con entusiasmo
Fija sus ojos en ella,
Como en el luciente faro
El navegante infelice,
Que está con la mar luchando:
Astro puro, ¿eres acaso
Tú la funeraria antorcha
Que alumbra mi fin cercano?
¡Pronto tal vez, en mi tumba
Tu blanda luz derramando,
Indicarás á mi Adela
El lugar de mi descanso!
Tal vez la noche siguiente,
Brillarán tus tristes rayos
Sobre su pálido rostro,
Y en las gotas de su llanto.
Cambia de pronto de ideas:
De su patria el nombre caro
Viene á su memoria: el fuego
De libertad, que abrasando
Está siempre su alma noble,
Aquel fuego sacrosanto,
Que al amor cedió un momento,
Vuelve á brillar, y doblando
Su entusiasmo, "sí; repite,
Alcese pronto el cadalso,
Venga la muerte gloriosa
Que me prepara el tirano."

Así lucha el triste preso,
Entre sentimientos varios,
Hasta que un ligero sueño

Extiende sobre él su manto.
Mas ¡ay! pronto lo despierta
Un acento destemplado,
Que le intima la sentencia
De muerte... Con firme paso
Marcha á la obscura capilla,
Donde un venerable anciano,
Un religioso, lo espera,
En caridad rebosando,
Para hacer con sus acentos
El trance menos amargo.

Tres dias después... unos tiros
En la plaza de Mixcalco,
Y unas campanadas suenan...
A esa misma hora, de blanco
Vestida, y llena de flores,
A su lecho funerario
Llevan una hermosa joven.
Es Adela, y á su lado,
De su amante, el noble Alfonso.
El sepulcro colocaron.

Enero de 1,853.

BRÁS DRAMATICAS



EL TORNEO.

A su muy amada esposa
Doña Manuela Letechipia,
dedica este drama,

FERNANDO CALDERON.

6/18-1839
Zac.

PERSONAJES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, escudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con adornos de trofeos militares en las paredes.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;
Pero ¿sabes lo que pienso?
Que á pesar de este aparato
Y preparativos regios,
Creo que tiene la tal boda
Más bien traza de un entierro

Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!

¿Un entierro? ¡mentecato!
Con un baile, y un torneo,
Y un festín, y tantos nobles
Y valientes caballeros,
Que vienen de treinta millas
Á la redonda, cubiertos
De brillantes armaduras.
Plumas y galas, y.... Pedro,
Tú no sabes lo que dices.
Ped.—Lo que digo, Timoteo,
Es, que todas esas galas,
Y esas músicas que el viento
Atruenan por todas partes,
Y el convite, y el torneo,
Todo esto de nada sirve
Si la novia......,
Tim.— Vaya, necio,
¿Y qué tienes que decir
De Lady Isabel?
Ped.— ¿Qué tengo
Que decir? que es una joven
Angelical, un portento
De virtud y de hermosura;
Pero que, según entiendo,
Ella tiene tantas ganas
De casarse, como tengo
Yo de morirme.
Tim.— Repito
Que eres un tontazo, Pedro
¡Vaya! ¡pues es nada el novio!
El más rico caballero
De Inglaterra, y el más noble

Y valiente; nada menos
Que el barón de Bohún; digo,
El que no hace mucho tiempo
Salvó la vida al monarca,
Cuando lo iba un sarraceno
Allá en Ascalón, un día,
A rajar de medio á medio:
Y por lo mismo Ricardo
Le ha concedido por premio,
Que ponga en su escudo de armas,
Aumentando sus trofeos,
Una cabeza de moro
Con sus bigotazos negros,
Que da gusto.

ed.— Yo me río:
¿Puedes pensar, majadero,
Que los bigotes del moro,
Por muy grandes y muy negros
Que sean, hayan podido
Mover á la novia? Creo
Que ni cabezas de moro,
Ni moros de cuerpo entero,
Harán que la señorita
Quiera al tal Barón.

ım.— Silencio:
Eso es otra cosa: mira,
Hace poquísimo tiempo
Que sirves en el castillo:
Tú no sabes los secretos
De la familia, y yo sí;
Mas no saldrá de mi pecho,
Ni siquiera una palabra

En asuntos de tal peso:
Eso no; soy reservado
Como un poste.

Ped.— Bueno, bueno;
Yo no digo lo contrario;
Pero si eres tan discreto
Y tan honrado, debías,
Por caridad á lo menos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas: por supuesto
Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto:
Pero al fin soy de la casa.

Tim.—Pues sírvate de gobierno.
Que el barón de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio,
Es valiente, cierto, y rico,
Y de titulones lleno:
Pero muy vano y altivo,
Regañón.... pero no puedo
Decirte más.

Ped.— Lo que has dicho
Sirve para que de nuevo
Afirme yo que la boda
No tendrá buen paradero:
Cómo nuestra señorita,
Joven, bella, cuyo genio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañón, altivo?.... ¡vaya!
Quemara yo, Timoteo,
Mis papeles, si á esta hora

No palpita ya su pecho
Por algún joven hermoso
Más digno de ella.

'im.— ¡ Silencio!
Silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aquí se mira y se calla.

'ed.—Bien está; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal barón, pudiendo
Ser tan feliz con.....,

'im.— Pero hombre,
Es imposible; si Alberto
No es más que un pobre muchacho,
Un expósito; si al menos
Tuviera algún titulillo;
Pero nada; no sabemos
Quiénes han sido sus padres.
En una ocasión, volviendo
De la caza nuestro amo,
Encontró en el duro suelo
Al pobre niño; su llanto
Le enterneció, y al momento
Le trajeron al castillo,
Le dieron por nombre Alebrto,
Y está aquí, como quien dice,
Por caridad: si un asiento
En su mesa le da el amo,
Es porque él es un portento
De valor, y porque supo

Ganar con su propio acero
De Caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco;
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

Ped.— Pues la verdad
¿Quieres que te diga? aprecio
Mucho más á los que ganan
Por sí mismo sus empleos,
Que no á esos almibarados
Orgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y sólo son caballeros
Y se llaman hombres grandes
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Barón, sólo porque es noble.

Tim.—Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? Yo me acuerdo
Que, hace poco el tal Barón
Era un segundón hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo; su viuda
También murió á poco tiempo,
Y entró en posesión de todo
Ese Walter: no, yo pienso.....

Tim.—Pedro, Pedro, en los palacios
Se ha de hablar con mucho tiento:
Tú eres novicio, y no sabes
Estas cosas.
Ped.— Pues....
Tim.— Silencio,
Que alguno viene. ¿No escuchas
Ruido de pasos?
Ped.— El miedo
Que te zumba en los oídos.
Tim.—No, no; viene alguno.
Ped.— Es cierto.
Tim.—¿Si te habrán oído?
Ped.— Mira:
Es el señorito Alberto.
¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado;
Cuán pálido y macilento
Está su rostro! ¡qué triste!
Me da lástima: ¡es tan bueno,
Tan afable! no, si acaso
Me hallara yo en su pellejo,
Te aseguro que hoy hacía
Una locura....
Tim.— Silencio,
Que ya llega.

ESCENA II.

Dichos, ALBERTO.

Alb.— Amigos míos,
(Con un aire muy abatido.)
Qué hacéis aquí?

Ped.— Sacudiendo
Este salón, porque dicen
Que dentro de poco tiempo
Estará aquí el novio.
Alb.— ¡El novio!
Tim.—Y los otros caballeros,
Que han de asistir á la boda.
Alb.—¡A la boda!
Tim.— Y al torneo:
Ya está todo prevenido
En el gran patio: tendremos
Música, baile.... quién sabe
Cuántas cosas.
Alb.— (¡Yo fallezco!)
(Se deja caer en una silla)
Tim.—Ya tiene la señorita
Muy adornado su asiento:
Ya la tienda de campaña
Del señor Barón.....
Ped.— ¡Qué necio
(Bajo á Timoteo.)
Eres! ¿no ves lo que sufre?
¿No te acuerdas del proverbio:
En la casa del ahorcado
No mentar la soga?
Tim.— Cierto:
Tienes razón.
Ped.— Pues al punto
Vámonos por allá dentro:
Dejemos al señorito
Tim.—Oye: en tiempos de festejo,
Nuestro viejo mayo-domo
Suele alvidar un momento

De la bodega la llave
Y el que es vivo....

Ped.— Ya te entiendo:
Un trago por la mañana
Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:
Vamos.

Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo!
(mirando á Alberto.)
Ves qué triste está?

Tim.— ¡Camueso!
¿Pues qué perder una novia
Es friolera?

Ped.— Por supuesto.
(Se van.)

ESCENA III.

Alb.—¡Músicas, baile, alegría!
¡En todas partes contento!
¡Todos ríen, y el tormento
Despedaza el alma mía!
¡Aciago, funesto día!
¿Qué me resta? ¡desdichado!
La muerte! desesperado,
Mi existencia maldiciendo,
Iré á buscarla, muriendo
De todos abandonado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!
¡Huérfano infeliz, proscrito!
En tí amar es un delito;

¿Habrá más horrible suerte?
Isabel, voy á perderte,
Hoy voy á perderte, sí,
Sólo porque no nací,
Conde, duque, ni barón;
Porque horrible maldición
Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?
Por el delito engendrado
Fuí tal vez, y abandonado
A llorar, á padecer:
Tal vez la triste mujer
A quien la vida debí,
Quiso arrojarme de sí
Como objeto vergonzoso,
Y entregarme al que piadoso
Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,
Sin fallecer de dolor,
Al objeto de su amor
Una madre abandonar?
¿Tu pecho despedazar
No sentiste, madre mía,
Cuando en orfandad impía
Me dejaste? ¡Desdichado!
¡Tal vez murió, y me ha llamado
En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el ser
Perdió la infeliz la vida,
O de miseria oprimida,

Está pronta á fallecer.
¡Oh, si pudiera romper
Este velo misterioso!
¡Permíteme, Dios piadoso,
Que la vea un sólo instante,
Aunque de su seno amante
Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
Este valle de dolor;
Si en otro mundo mejor,
De Dios ante el trono está;
Por su hijo rogará,
Porque se cambie mi suerte,
Porque antes, antes de verte,
Isabel, en otros brazos,
De mi existencia los lazos
Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en tí
Mi única dicha encontré;
Mis pesares olvidé
Desde el punto en que te vi;
Pero ya, ¡triste de mí!
Ya no es mía tu beldad;
La mano de la verdad
De la ilusión rompe el velo,
Vuelve á condenarme el cielo
A miseria y orfandad.

(Yéndose.)

¡Es ya forzoso partir:
Adiós, castillo dichoso,

Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo menos yo lograra!
Si á sus plantas expirara,
Feliz al morir sería,
Y la humilde tumba mía
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor
Quiere concederme el cielo;
Morir debo en otro suelo
Consumido de dolor;
El objeto de mi amor
No me verá moribundo;
En abandono profundo,
Moriré sin un testigo;
No un pariente, ni un amigo
Dejaré al salir del mundo!

¡Adiós, objeto adorado,
Que amé, que amo todavía,
Que siempre en el alma mía
Está con fuego grabado!
¡Adiós, dueño idolatrado!
¡Adiós! mas... ¿no es ella? sí,
Es Isabel: ya está aquí;
Huyamos, ¡ay! es forzoso...
No puedo! ¡el cielo piadoso
Tenga compasión de mí!

(Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento.)

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isab.—¡Alberto!
Alb.— ¡Isabel!
Isab.— ¡Yo muero!
Alb.— Con que es cierto, en fin, que vos
Hoy mismo....
Isab.— ¡Calla, por Dios!
¿También tú el feroz acero,
Que mis entrañas devora,
Quieres empujar, cruel?
Alb.—¡Ay, también mi pecho él
Está rompiendo, señora!
Isab.—¡Señora! ¿esto más?
Alb.— He aquí.
El nombre que os debo dar.
Isab.—¿Con que es fuerza renunciar
Aun á la esperanza?
Alb.— Sí:
Ya no miro en vos aquella
Que mis delicias hacía;
Hoy es el último día
Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será
A las aras conducida,
Y hoy mismo mi despedida
Este asilo escuchará.
No verán mis ojos, no,
De mi rival el contento,

Ni escucharé el juramento
Que la violencia dictó.
Furioso, desesperado,
Sin asilo, sin consuelo,
Vagaré en extraño suelo,
De mis penas agobiado:
Sobre mi caballo fiel,
Compañero de mi gloria,
Llena siempre mi memoria
Con la imagen de Isabel,
La muerte voy á buscar.

Isab.—¡Y yo aquí la encontraré!

Alb.—Tu nombre repetiré
Al momento de expirar.
¡Oh mi bien el más querido!
¡Mi delicia, mi tesoro!
La fuerza con que te adoro
Nunca cual hoy he sentido!
¡Tú ves el constante ardor
Que devora el alma mía;
Mas no sabes todavía
El exceso de mi amor!

Isab.—¡Alberto!

Alb.— Llega, Isabel,
Llega esa mano adorada
Al pecho en que estás grabada
Por un eterno cincel:
¿No sientes este latir,
Este furioso volcán?

¡Ay, de aquí te arrancarán
Cuando deje de existir!"
Ese orgulloso Barón
Obtendrá tu helada mano;
Pero nunca el inhumano
Poseerá tu corazón;
Ese corazón es mío,
Lo juraste ante el Eterno,
Y al mundo y al mismo infierno,
Por gozarlo desfío.
Recuerda, cara beldad,
Aquella noche preciosa,
En que tu boca de rosa
Colmó mi felicidad:
Cuando trémula, turbada,
Llena de pudor divino,
"Te amo," dijiste.... ¡oh des' ıc
Infeliz!
Isab.— ¡Desventurada!
¿Y podré sobrevivir
A este momento terrible?
¡Alberto, no, no es posible
Los dos debemos morir:
Sí, mi bien, la tumba mía,
Será ese lecho nupcial!
Alb.—¡Ah! calla, Isabel, ¡qué mal
Me hace esa palabra impía!
¡Lecho nupcial! no: ¡primero
Mi cadáver han de hollar;
Venga el Barón á buscar
Tu mano con el acero:
Veamos si tan fuerte es,

Como altivo y orgulloso!
¡Pronto ese rival odioso!
Quedará muerto á tus pies!
¡Pronto verás al traidor
En sangre impura bañado,
Su pecho despedazado
Por mi acero vengador,
Y el sol que debe alumbrar
Su victoria, su ventura,
Una escena de amargura
Vendrá sólo á presenciar!
¡No brillará sobre flores
Su rayo resplandenciente;
Sobre sangre solamente,
Sangre, venganza y furores!
¡En vez de cantos de amor,
De muerte se oirá el gemido!
¡Será en luto convertido
Ese soberbio esplendor!
Tiemble, tiemble ese Barón!

Isab.—¿Y mi padre?
Alb.— ¡Oh Dios!
Isab.— ¡Sabrá
Nuestro amor, y en mí caerá
Su terrible maldición!

Alb.—¡Ah! qué nombre has pronunciado!
Tu padre, el hombre que un día
Salvó la existencia mía,
¿Será por mí desgraciado?
¿Y en cambio de su bondad
Y su paternal amor,
Yo llenaré de dolor

Su cansada ancianidad?
¡No, jamás; sabré sufrir
El sacrificio cruel:
Yo te lo juro, Isabel,
Sabré callar y morir!

Isab.— ¡Morir!....

Alb.—Morir: ¿presumes que pudiera
Vivir sin tí? jamás: tú, mi esperanza,
Tú, mi consuelo, mi ventura fuiste:
Tú, tú sola pudiste
Adormecerme en dulces ilusiones,
Regar de flores el camino incierto,
Que el destino fatal me señalaba;
Isabel, ya conozco que soñaba;
Y que á la realidad por fin despierto,
Una mano de hierro me sacude,
Y á un abismo sin término me lanza:
Vuela desecha en humo mi esperanza;
¡Cómo olvidarme de mi origen pude!
¡Cómo pensar que un huérfano infelice,
Sin nombre, sin riqueza,
Su destino infeliz unir podia
A la hija de un Barón! ¡desventurado!
¡Ya la suerte castiga mi osadía!

Isab.—Alberto, cesa por piedad: ¿acaso
Necesita blasones
Un hombre como tú? ¿Cuál es más bello
Que la virtud sagrada que atesoras?
Tu generosidad, tu noble brio,
Mi corazón sencillo arrebataron,
Y mis labios, Alberto, te juraran
Unir por siempre tu destino al mio.

Alb.—¡Inútil juramento! ¡Tú olvidabas

Que yo era un miserable, sin fortuna,
De compasión y de miseria objeto:
Olvidaste, Isabel, en tu delirio,
Que de un noble la hija es una esclava,
Que de su mano disponer no puede,
Ni de su corazón!
Isab.— ¡Verdad terrible!
¡Espantosa verdad! mas al mirarte
¿En otra cosa, Alberto, pensaría,
Que en amarte sin fin? cuando tus sienes
La victoria en el campo coronaba,
Míos tus triunfos y tus glorias eran!
La voz de la esperanza me decía,
Que mi mano tal vez la recompensa
De tu valor y tu virtud sería:
¡Inútil esperar! sin consultarme
Mi padre fija mi infelice suerte,
¿Qué puedo hacer, si no esperar la muerte?
Mil veces he querido
Descubrir nuestro amor ante sus plantas,
Mas me hiela el pensar que acaso airado,
En tí descargue su furor terrible,
Y sin amigos, sin recurso alguno,
De la miseria víctima serías!
¡Alberto, Alberto, tempestad horrible
Sobre nosotros despiadada truena,
Sin poderla evitar! ¡ay! ¿Qué se han hecho
Aquellos dulces, venturosos días
De nuestra infancia? ¡Oh Dios eran un
(sueño.
Que ya se disipó!
Alb.— ¡Sí, sí, no hay duda:
A veces se suspenden mis dolores

Con el recuerdo de tan bellos días!
¿Te acuerdas, Isabel, de aquella noche
En que brillaba espléndida la luna?
Asentados los dos en la ventana
Que da hacia el bosque, y contemplando (mudos
Del firmamento la extensión inmensa,
Y á la naturaleza silenciosa,
Una vaga tristeza me oprimía:
Me contemplaba solo, abandonado
Desde que vine al mundo, en mis oídos
No habían sonado los sagrados nombres
De "hijo ó de hermano;" nunca mi cabeza
Reposó sobre el seno de una madre.
¡Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos
Mi corazón marchito consumían,
La noche aquella, que olvidar no puedo,
Que no quiero olvidar, tú penetraste
Mis tormentos atroces, tú volviste
A mí tus ojos de ternura llenos,
Y una mirada, una mirada sola
Calmó la fiebre que en mi pecho ardía!
"¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,
No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"
¡También llorabas! En aquel instante
Un Dios me pareciste, un Dios clemente,
Que á la vida de nuevo me volvía:
Mi único anhelo fué desde aquel día,
De laurel puro coronar mi frente:
Blandió mi mano la pesada lanza,
Por mi valor ansiando merecerte,
Volé á la gloria, desafié á la muerte,

Y coronó el destino mi esperanza:
Al lado de Ricardo, en Palestina,
Yo el primero al peligro me arrojaba,
Y en medio de las lides me animaba
Tu imagen pura, celestial, divina!
¡Oh, cuántas veces cuántas, esta mano
Rompió los musulmanes escuadrones,
Y sobre sus vencidos torreones
Alcé las cruces del pendón cristiano!
A mis hazañas, á mi fuerte acero,
Que no brilló sin gloria vez alguna,
Premió Ricardo, y tuve la fortuna
De verme al fin armado caballero.
Rico de gloria, ardiendo en amor puro,
Volé á tu lado, y de tu labio hermoso
Una sonrisa todos mis afanes
Coronó dulcemente; no enviadiaba
La regia pompa y esplendor del trono;
Tú sola fuiste de mi afán el centro:
Adorarte, servirte, ser tu esclavo,
Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza
De mi alma alguna vez se apoderaba,
Tu mirar la tornaba en alegría:
Tu voz en mis oídos resonaba
Como el acento de una madre tierna,
Cual de una hermana el cariñoso halago,
Como el concierto melodioso y puro,
Que ante el trono de Dios el ángel canta.
Isabel, Isabel, ¡cuántas delicias,
En solo un día me arrebata el cielo!
Acércate:

(Llevándola á una ventana.)

Contempla esas montañas

Que el sol apenas á dorar empieza:
Él no se ocultará tras esas rocas
Antes de que se cumpla tu himeneo.
Isab.—¡Calla, calla por Dios! ¿por qué re-
(cuerdas
El momento fatal de mi suplicio?
Alb.—¡Mañana se habrá alzado una ba-
(rrera
Eterna entre los dos!
Isab.— ¡Alberto, calla!
Alb.—Mañana, errante, solitario, triste,
Sin porvenir, sin esperanza alguna,
La muerte iré á buscar; y tu entretanto
De oro y púrpura un lecho ocupar debes!
Isab.—¿No tienes compasión de mis pe-
(sares?
¿Te complaces, cruel, en mis tormentos?
Alb.—Perdóname, Isabel: mi pecho triste
Hiel rebosando está, y el labio mío
Ultraja tu dolor. Adiós, amada;
Preciso es ya partir.
Isab.— ¿Te vas?
Alb.— ¡Es fuerza!
Isab.—¿Y á dónde?
Alb.— No lo sé: ¡por todas partes
Irá cual sombra mi dolor conmigo!
Isab.—Detente todavía.
Alb.— ¿A qué? ¿Pretendes
Que te mire llegar hasta las aras?
¡Jamás, jamás! si respeté hasta ahora
A mi padre adoptivo; si he ocultado
A sus ojos mi amor, ha sido sólo

Por un esfuerzo doloroso, grande,
Que concebir no puedes; pero al verte
Tender tu mano á mi rival odioso,
Pronunciar el sagrado juramento,
¿Piensas que pueda reportar mi furia?
¿Piensas que mi puñal, mil y mil veces,
El corazón del pérfido no rompa?
¡Isabel, Isabel! hoy á lo menos
Sólo nosotros infelices somos;
Pero tu padre no: tal vez un día
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros
Pago sus beneficios.
Isab.— El se acerca:
¿Cómo ocultar mi bárbaro tormento,
Ni detener mi llanto? ¡Cuánto sufro!
¡Sostenme tú, Dios mío!

ESCENA V.

Dichos, EL BARON FITZ-EUSTAQUIO

Fitz.— Hija querida:
El momento feliz es ya llegado
De ver asegurada tu ventura:
El barón de Bohún, tu noble esposo,
Seguido de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Eterno amor: el patio del castillo
Engalanado está para el torneo;
¿Pero qué miro? ¿tu semblante hermoso,
Triste y pálido está, por qué no cubren

Tu hermoso cuerpo las nupciales galas?
¿Temes este momento?
Isab.— ¡Oh, padre mío!
¡Al contemplar que voy á separarme
Para siempre de vos!.....
Fitz.— Ven á mi pecho;
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza;
De mi vejez cansada único apoyo:
Serena tu semblante, hija querida,
Pronto serás dichosa.
Isab.— ¡Oh, padre, padre...
Fitz.—Oyó mis votos el piadoso cielo:
Reflexiona, Isabel, cuánta ventura,
Cuánto brillo derrama este himeneo,
Sobre nosotros! á los altos timbres
De tus abuelos se unirán ahora
Los de un noble Barón, de un gran gue-
(rrero
Por el mismo Ricardo distinguido,
Alberto, ¿no es verdad?
Alb.— Sí, padre amado:
Decís muy bien, señor. (Infierno, infierno,
¿Por qué no me sepultas?) Este enlace
(A Isabel)
Te llena de esplendor, hermana mía;
Anímate, Isabel.
Fitz.— Hoy me parece
Que son menos mi años: la ventura
Anima el corazón de los ancianos;
Envidia tengo á tu futuro esposo;
Envidia á los valientes caballeros,
Que en el torneo lucirán ahora

Sus soberbios caballos y armaduras.
Hubo un tiempo también en que mi brazo
Lanzas rompió en honor de la belleza:
Cuando tu buena madre, en dulce nudo
Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,
En que hoy tu nombre sonará glorioso,
Yo el de tu madre con valor sostuve:
Ella mira sin duda desde el cielo
Tu ventura, hija mía: pronto en torno
Circulará la copa en honor tuyo
En el festín magnífico; las bóvedas
De este castillo, mudas tanto tiempo,
Hoy van á resonar....

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda llegan ya los caballeros:
A encontrarlos volemos, hijo mío:
Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
Cubre de hermosas flores tu cabeza:
Ostenta tu hermosura; que tu esposo
Te encuentre digna de su ilustre mano,
Pura y brillante. Vamos.

Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—¡El momento tan temido
Ha llegado ya, Isabel!
Ya se acerca vuestro reposo.
Isab.—¡A sus ojos moriré!

lb.—No; seguid, seguid, señora,
El camino que al nacer
Os señaló la fortuna;
Haced feliz la vejez
De vuestro padre, del mío,
Sí, mi padre también es;
Si no lo fuera..... ¡Infelice!
¡Qué posición tan cruel!
Cuando el pecho se me abrasa
¿Debo callar? ¡Oh, deber!
Tengo una espada y un brazo,
Tengo de venganza sed,
Tengo el infierno en el alma,
¿Y vengarme no podré?
¡Virtud fatal! Fitz-Eustaquio,
Bienhechor mío, ¿por qué,
Por qué salvaste mi vida?
¿Por qué al punto de nacer
No exhalé el postrer suspiro?
¡Desgraciado!

ab.— Yo no sé
Lo que se pasa en mi alma:
Yo me siento fallecer:
Arde mi frente, mis ojos
Todos los objetos ven
Tintos en sangre: ¡un abismo
Abrirse miro á mis pies!
Y nadie tiende la mano
Para salvarme de él;
Tú te vas, tú me abandonas!

b.—¡Infeliz, qué puedo hacer!
¿Armar mi brazo, y en sangre

Teñir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo?
¿Hacer que caiga, Isabel,
La maldición de tu padre
Sobre tí? ¡Jamás! seré
Desgraciado, pero digno
de tu amor.
Isab.— ¡Suerte cruel!
¿Con que no queda esperanza?
Alb.—Ninguna: ¡adiós, Isabel!
Tu padre me espera.
Isab.— ¿Y nunca
Nos volveremos á ver?
Alb.—Es forzoso todavía,
Porque salir no podré
Sin ser visto; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

Dichos, TIMOTEO.

Tim.—Señor, el Barón mi amo,
En el atrio del castillo
Os espera: ya se acercan
Los caballeros.
Alb.— Amigo,
Voy al instante.
(Se va Timoteo: se oye dentro una músi-

ca marcial, que indica la llegada de los caballeros.)

Señora,
Escuchad; ese sonido
Anuncia ya la llegada
De vuestro esposo.

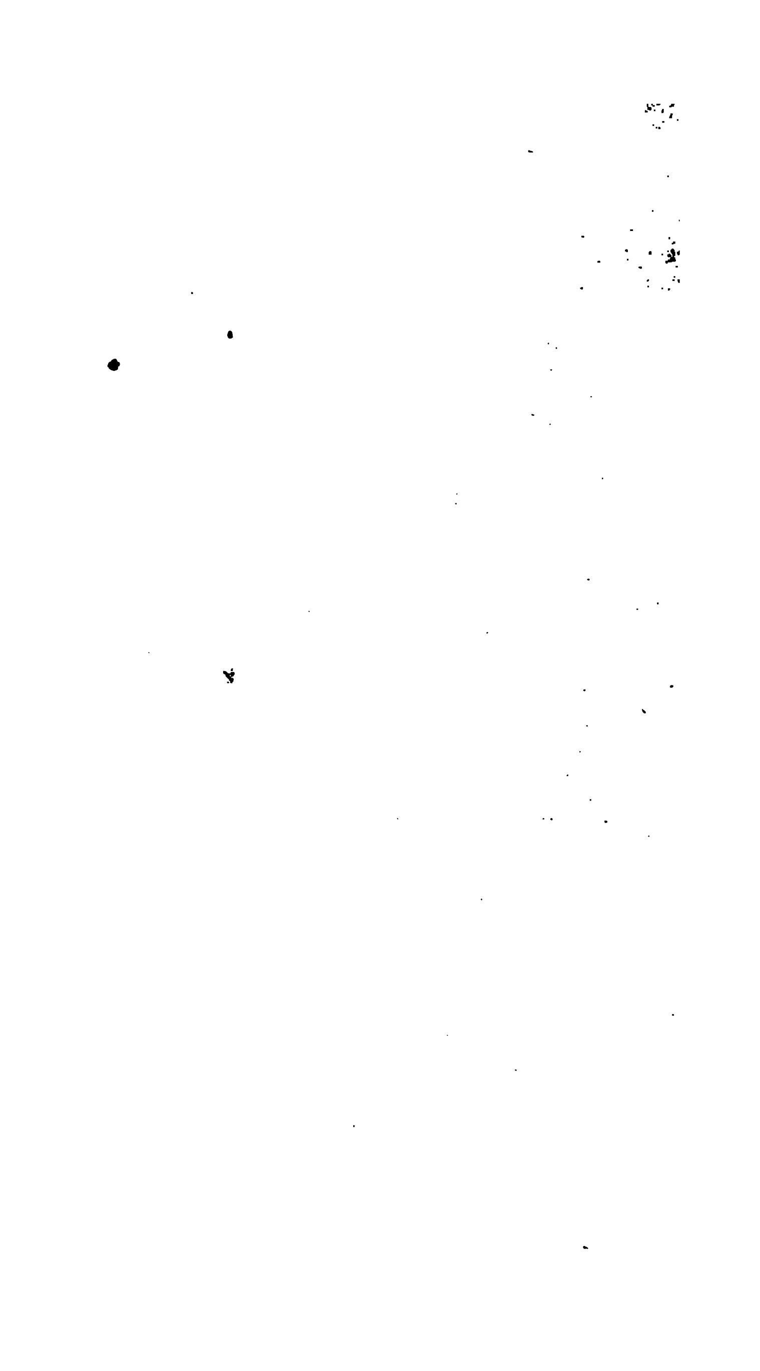
Isab.— ¡Dios mio!
¿Y no muero?

(Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

Alb.— Cada acento
De esa música un cuchillo
Es que el alma me traspasa!
Tus horrores, negro abismo,
No pueden ser más atroces
Que este momento.

Isab.—(levantándose.)
¡Oh, martirio,
Peor que la muerte ¡Alberto,
Un espantoso destino
Me conducirá bien pronto
Al horrible sacrificio:
Mi boda y mis funerales
Se unirán. Adiós, amigo
De mi infancia, hermano, amante,
Unico á quien he querido,
¡Adiós! no olvides el nombre
De esta infeliz.

Alb.— ¡No, bien mio,
Ese nombre idolatrado
Será mi postrer suspiro!





ACTO SEGUNDO.

EL RETO.

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

ISABEL, sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza.
LEONOR, componiéndole una flor.

Leo.—Dejadme, señora mía,
Que os prenda bien esta rosa:
En verdad estáis hermosa;
Hasta la melancolía
Os sienta bien.

Isab.— ¡Ay, Leonor!
¡Si mostrara mi semblante
Lo que sufro en este instante,
Lo amargo de mi dolor!
Pero no; tú conocer

No puedes la pena mía;
Es una larga agonía
Que no es fácil comprender.
Anoche pensé morir.
¡Oh, qué noche! hora por hora
Conté, esperando á la aurora,
Sin descansar, sin dormir.
¡Oh, qué penoso es el lecho
Para el que padece tanto!
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto
Me hubiera aliviado el pecho:
Al fin, ví llegar el día
Pero la esperanza no,
¡Huyó para siempre, huyó!
¿Y aun respiro, Leonor mía?

Leo.—Serenad vuestro semblante,
Considerad que es forzoso
Recibir á vuestro esposo,
Que no tardará un instante.
Tal vez el tiempo podrá
Aliviar vuestro dolor.

Isab.— (Con enojo)
Tú nunca amaste, Leonor;
Déjame, déjame ya.

Leo.—¿Os ofendí? sabe el cielo
Que os amo, señora mía:
Perdonadme; yo quería
Procuraros el consuelo:
De nuevo os pido perdón.

Isab.—Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazón.

Uno sólo conocía
Lo más secreto de él:
¡Ay! el alma de Isabel
Sólo Alberto comprendía.
Aún está aquí: ¿no es verdad?
Que no se vaya, por Dios;
Juntos podremos los dos
Arrostrar la tempestad;
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!
El debe, debe huir,
Y yo mi suerte sufrir,
Y morir desesperada:
Venga, venga ese Barón.
Que debe ser mi tirano,
Aquí está mi yerta mano,
Pero no mi corazón:
Yo se lo diré, sabrá
Lo que ha de esperar de mí,
Y que Alberto siempre aquí
(Señalando su corazón.)
Mientras yo viva estará.

eo.—¿Se lo diréis?

ab.— Sí, Leonor,
Todo lo sabrá, y después,
Morir me verá á sus pies,
Ahogada por el dolor.
Tal vez el cielo piadoso
Su corazón moverá;
Tal vez él prescindirá
De esta boda, generoso.

eo.—Desechad esa ilusión;
Esperar, señora, es vano;

De ese hombre el pecho inhumano
No abriga la compasión.
Isab.—¿Y tan bárbaro sería,
Que mirándome bañada
En llanto, desesperada
En espantosa agonía,
Jurándole que á morir
Me conduce este himeneo,
Insistiera? No lo creo;
No puede un ser existir
Tan odioso.
Leo.— A Dios pluguiera
Que no fuera así, señora;
Pero vais á verlo ahora.
Isab.—Déjame, Leonor, siquiera
La esperanza. ¿Tú también
Te conjuras en mi daño?
Mi esperar será un engaño;
Pero este engaño es un bien.
Leo.—Es un bien que poco dura.
Isab.—Es un instante de calma,
Que hace revivir el alma,
Sumergida en amargura:
Y.... ¿quién sabe? acaso el cielo
Con un rayo me ilumina:
Tal vez la bondad divina
Se apiada ya de mi duelo:
De la horrible desventura
El último punto, acaso
Es, Leonor, el primer paso
A la paz, á la ventura.
Leo.—¡Y aunque el Barón apiadado
De vuestro llanto, señora,

Quiera desistir ahora
De ese empeño desgraciado,
Vuestro padre prescindir
Querrá también cuando ya
Todo prevenido está?
Isab.—Preciso será mentir:
Fingiré una enfermedad
Que retarde el himeneo,
Y el tiempo después....
Leo.— Yo creo
Que la triste realidad
Disipará esa ilusión:
Que prescinda de su empeño
El Barón, señora, es sueño,
Me lo dice el corazón.
Isab.—Eres, Leonor, muy cruel,
Despedazándome estás;
Si este es un sueño no más,
No me despiertes de él.

ESCENA II.

Dichos, PEDRO

Ped.— (anunciando.)
El señor Barón.
Isab.— ¡Dios mío!
Llegó, Leonor, el momento
Decisivo.
(A Pedro)
Haced que pase. (Se va Pedro.)
Retírate tú. (A Leonor.)

Leo.— Los cielos
Os acompañen, señora,
Y ablanden el duro pecho
De ese hombre. (Se va)
Isab.— ¡Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Auxiliame, Ser supremo:
Mi ruego escucha. Oigo pasos...
Es él... es él! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHUN.

(Con rico traje de guerrero.)

Bohún.—Ese criado acaba ahora
De decirme que queréis
Hablar conmigo, señora:
A este mortal que os adora,
Aquí rendido tenéis.
Isab.—Sentáos. (Se sientan)
Bohún.— Al fin os veo
A solas ¡feliz instante!
¡Apenas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Ley será para un amante.
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, joven peregrina,

Quizá el cielo me destina
Á consolar la belleza.
Tal vez informada estáis
De que soy altivo, fiero;
Tal vez de mi amor dudáis,
O al ver mi rostro pensáis
Que es mi corazón de acero.
No, Isabel; desde que ví
Vuestro rostro encantador,
Mi voluntad os rendí,
Y grabada estáis aquí
(Señalando su pecho)
Por la mano del amor.
Cierto es que nunca os hablé
De este amor, Isabel mía:
Sólo á vuestro padre fué
A quien la llama mostré,
Que el alma me consumía.
El Barón me aseguró
Que vos me amábais, señora;
Decidme si se engañó:
En vuestro labio hallé yo
Mi vida ó mi muerte ahora.
Pero antes de pronunciar
El fallo, bella Isabel,
Dignáos considerar
Lo que me puede costar,
Si por desgracia es cruel.
ab.— Señor...
ohún.— Seguid; ¡qué dulzura
Tiene, Isabel, vuestro acento!
Descubridme esa alma pura.

Isab.—Veréis en ella amargura.
Bohún.—¿Quién causa vuestro tormento?
Isab.—Mi boda.
Bohún.— ¡Cómo!
Isab.— Señor.
Miradme.
(Queriendo echarse á los pies del Barón, que la contiene.)
Bohún.— ¿Qué vais á hacer?
Isab.—¡Compadeced mi dolor!
Os respeto; pero amor
Jamás os puedo tener!
Bohún.— (Con enojo)
¡Jamás! ¿Pues por qué razón
A vuestro padre, señora,
No lo dijisteis?
Isab.— ¡Perdón!
Tened, señor, compasión
De una mujer que os implora!
Noble sois y caballero,
(Se arroja a sus pies)
Mi suerte está en vuestra mano,
¡No tenéis alma de acero!
Bohún.— (Levantándose).
Una explicación espero:
Hablad, no soy un tirano.
(¡Qué sospecha... si otro amor!...
No, no puede ser verdad:
Reprimiré mi furor).
Deponed todo temor, (Con dulzura)
Habladme con claridad.
Si nace vuestro desvío;

De que no me habéis tratado,
Decídmelo, el pecho mío
Conoceréis, y confío
En que de vos seré amado.
  Esa palabra, "jamás,"
Es espantosa, es cruel!
Ha sido efecto quizás
De la turbación no más;
¿No es cierto, amada Isabel?
  "¡Jamás!" ¡ah! por compasión
Esa expresión reformad;
No hiciera más impresión
En mí la reprobación
Que oyera en la eternidad.

Isab.—Sí, fué demasiado dura,
Lo conozco, ¡qué queréis!
El exceso de amargura....

Bohún.—Basta angélica criatura,
Basta ya; no os disculpéis.
  ¿Tembláis acaso de ser
Esclava en mi compañía?
¡Qué error! ¿lo podéis creer?
Vuestro amor, bella mujer,
Será mi norte, mi guía.
  ¡Mi esclava! no; mi señora,
Mi reina seréis; mandad,
Mandad, joven seductora:
Vuestra voz encantadora
Es la voz de una deidad.
  Altivo he sido ¿por qué
Lo he de negar? hasta aquí,
Este mi carácter fué;

En adelante seré
Lo que vos hagáis de mí.
  Mis títulos, mi grandeza,
A vuestros pies están ya,
Y servirá mi riqueza
De engalanar la belleza,
Que el orbe me envidiará.
  Mármol y oro cincelado
Formarán vuestra mansión,
Diamantes vuestro tocado,
Y vuestro altar consagrado,
Mi sumiso corazón:
  Vuestra suerte envidiarán
Las esposas de los reyes:
Mil esclavos temblarán
A vuestra voz, y tendrán
Vuestros caprichos por leyes.
  Inciensos y adoraciones
Os rodearán noche y día:
Pendientes mil corazones
Estarán de las acciones
De la hermosa reina mía:
  ¡Y yo á sus plantas postrado,
En su mirar embebido,
De sus glorias embriagado
Con su ventura pagado,
Lo demás daré al olvido!
  ¡Un trono, un mundo valdría
De mi existencia un instante!
Feliz cual nadie sería,
Y mi vida pasaría
Como un ensueño brillante! (Pausa)

Pero ¿no me respondéis?
¿Nada os merece mi amor?
¿Ni ver mi rostro queréis?
¡Ah, tembláis! ¿No me daréis
Una respuesta?
Isab.— Señor....
Bohún.—Seguid.
Isab.— El cielo es testigo
De que agradece mi pecho
La bondad que usáis conmigo;
Mas....
Bohún.—Proseguid.
Isab.— Si prosigo,
Va á estallar vuestro despecho;
Pero debo con franqueza
Descubriros la verdad.
Los títulos, la riqueza,
Esa gloria, esa grandeza,
No harán mi felicidad.
¿Qué importa que mármol y oro
Formen mi augusta mansión?
Si allí me acompaña el lloro,
Me falta el mayor tesoro,
Que es la paz del corazón.
El corazón que está herido,
Bajo de un manto real,
O de un humilde vestido,
Siempre estará dolorido,
Siempre sufrirá su mal.
¿Qué me importa, ¡cielo santo
Ocupar un alto asiento,
Si no es menor mi quebranto?

¿Qué importa verter mi llanto
Sobre rico pavimento?
De vasallos numerosos,
Decís, seré respetada:
Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada:
En su corazón sencillo
Amor me alzará un altar;
Pero ni este amor, ni el brillo,
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.
¡Oh! nada le importa, nada,
El fausto, noble Barón,
A una triste aprisionada!
Será su prisión dorada;
Pero es siempre una prisión!

Bohún.—Mas no sabré....

Isab.— ¡Perdonad!
Tal vez os habrá ofendido
Mi mucha sinceridad;
Pero os dije la verdad,
Porque así lo habéis querido.
Ahora yo quiero alcanzar
De vos un favor.

Bohún.— ¿Cuál es?

Isab.— (De rodillas)
Que os dignéis renunciar
A este enlace, ó expirar
Me veréis á vuestros pies.

Bohún.— (La levanta)
Me es muy duro; pero alzad:

Yo quiero exigir de vos
Otra cosa.
Isab.— ¿Qué? mandad.
Bohún.—Que me digáis la verdad,
Como la diríais á Dios.
Isab.—Os lo prometo.
Bohún.— ¿Tenéis
Acaso alguna pasión?
¿Amáis á otro?... ¿enmudecéis?
Isabel, ¿no respondéis?
Isab.—¡Ah, sí amo!
Bohún.— (¡Maldición!
Soy infeliz: ¡pronto en mal
Mi bien convertido ví!
¡Oh, qué momento fatal!
(Con dulzura)
Mas decidme ¿mi rival?
Isab.—Miradle.
Bohún.— ¿Es Alberto?
Isab.— Sí.

ESCENA IV.

Dichos, ALBERTO.

(Entra y se sorprende al ver al Barón.)

Alb.—Isabel... perdonad, yo imaginaba..
Bohún.—Que estaba sola, ¿no es verdad,
(Alberto?
No os embarace la presencia mía;
¿No sabéis que yo soy amigo vuestro?

Sí, vuestro amigo, ¿lo dudáis? ahora
Hablábamos de vos: el labio bello
De vuestra hermana, vuestra "cara her-
mana,
De revelarme acaba su secreto.
Pero ¡con qué candor! ¡con qué ternura!
Una virtud tan pura, bajo el cielo
No es fácil encontrar: yo os felicito
De haber amado un corazón tan bello.
Alb.—Señora....
Isab.— Sí, mis lágrimas amargas
Han conmovido el generoso pecho,
Del ilustre Barón: me ha prometido
Suspender por ahora este himeneo:
¿No es cierto? el corazón me lo decía:
Tan valiente y cumplido caballero,
Abrigar no pudiera una alma baja,
Indigna de su nombre.
Alb.— ¿Es éste un sueño?
Isab.—Arrójate á sus plantas, caro amigo,
Arrójate á las plantas del más bueno,
Del más digno mortal: ¡ah! que su vida
Haga larga y feliz el Ser supremo.
¿Pero estás en estatua convertido?
¿Lo dudas todavía?
Alb.— Isabel... temo...
Bohún.—¿Qué yo no sea capaz de un sa-
(crificio
De tanta magnitud? Vano recelo:
Nada más justo, vuestra "cara hermana"
Os ama, y á mí no; ¿por qué un objeto
Sacrificar, tan cándido, tan puro?

Si vuestra "cara hermana" hubiera puesto
Su amor en un sujeto menos digno;
¡ Pero en vos, joven, vos, en cuyo pecho
Se abriga una virtud acrisolada!
Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,
Que la vida os salvó, ¡ de cuánto gozo
Se llenará al saber ese respeto
Que á sus canas tenéis! ¡ Oh, no es posi-
(ble,
Que quede oculto tan sublime esfuerzo!
¡ Sacrificio inaudito, inconcebible!
Vivir al lado de ella tanto tiempo
Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,
Al Barón lo diré, tendréis el premio
A que sois acreedores, hijos míos:
No lo dudéis.
Isab.— (¡ Qué escucho!)
Alb.— Ya entreveo
La infernal ironía que respiran,
Orgulloso Barón, vuestros acentos.
¿ Qué has hecho, desgraciada? ¿ y tú pu-
(diste
Pensar jamás que su insensible pecho
Fuera capaz de rasgo tan sublime?
Isab.—¡ Infeliz!
Bohún.— Me injuriáis sin merecerlo;
Vuestra "querida hermana"...
Alb.— ¡ Basta, basta!
No más nos insultéis. Un caballero
Usa un lenguaje franco; sus acciones
Deben llevar de la nobleza el sello;
Pero vos.....

Bohún.— ¿Y pensábais, bella jo[illegible]n
Que el Barón de Bohún puede sereno
Un desdén escuchar, que renunciara
Con tal facilidad al bien supremo
De ser esposo vuestro? Al alma mía,
Está quemando un espantoso fuego
Que excita más y más vuestro desvío,
Que no puede apagar el mismo cielo.
¡Un rival! un rival! no lo esperaba!
¡Un huérfano, un expósito!... ya veo
Qué bien cumplís vuestro deber sagrado:
Un noble anciano de ternura lleno,
Salva vuestra existencia miserable,
Cuida de vuestra infancia, os da un asiento
En su mesa, os prodiga las bondades
Que al hijo más querido un padre tierno.
Y vos, para pagar sus beneficios,
Cediendo á un loco criminal afecto,
Seducís á una hija hermosa, pura,
Que de su ancianidad era el consuelo.
Alb.—¡Cállate, miserable! ¿y tú me acu-
(sas
De seductor? ¿lo oís? ¿y sufrir puedo
Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas
De virtud? ¡La virtud! no conocieron
Lo que quiere decir esta palabra
Los mónstruos como tú! ¡Poder del cielo!
¡Yo seductor! ¡yo seductor! ¡Infame!
Bohún.—Ved, Isabel hermosa, qué vio-
(lento
Es vuestro "caro hermano:" una palabra
Le llena de furor.
Alb.— Te ha descubierto

Isabel un secreto, que debía
Para siempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,
Yo la amo, la amaré; jamás el tiempo,
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazón, donde con fuego
Grabada está su celestial imagen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razón en nuestras almas,
Tal vez desde antes, nuestros labios tier
(nos,
Que apenas balbucían las palabras,
Pronunciaron de amor el juramento:
Nos amaremos, sí, por más que airado
Hoy el destino irresistible y fiero
Nos separe; por más que tú procures
De Isabel atajar el llanto acerbo,
Y con oro cubrir quieras el yugo,
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;
Mas yo no la seduje, nuestras almas
Para adorarse hasta morir nacieron,
Y un torrente de amor irresistible
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;
Mas tú no sabes, no, cómo la amo,
¡Con qué veneración! ¡con qué respeto!
Como á una cosa pura, sacrosanta,
Como á un sagrado espíritu del cielo,
Como al ángel que manda en nuestro au-
(xilio
La bienhechora mano del Eterno.
Isab.—¡Alberto! (Con mucha ternura)
Bohún.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!
¡Qué corazón tan cándido, tan bello!

Alb.—Tú comprender no puedes este idio-
(ma;
Los tiranos jamás lo comprendieron.
Bohún.—¡Y valiente además! ¡cuántas
(virtudes!
Es lástima, Isabel, que el nacimiento
De ese joven no sea conocido:
Porque en verdad, amigo, no sabemos
Quién os ha dado el ser; pero á juzgarlo
Por vuestros elevados sentimientos,
Hijo seréis del mismo rey Ricardo:
¿No es verdad, Isabel?
Alb.— (Sacando la espada)
Sufrir no puedo.
Defiéndete malvado!
Isab.— (Queriendo contenerlo.)
¡Alberto!
Alb.— (A Isabel.)
Aparta.
Tus últimas palabras han abierto
Una profunda herida en mis entrañas,
Que con sangre no más curarla puedo:
Defiéndete, repito.
Isab.— ¡Alberto mío!
Recuerda dónde estás.
Alb.— (Con horrible despecho.)
¡Es cierto! ¡es cierto!
Este castillo es para mí sagrado:
(Envainando su espada)
Sagrado! ¡maldición! Vuélvete, acero,
Por la primera vez vuelve á la vaina
Sin vengar el ultraje de tu dueño.
Da gracias á este asilo: hoy era el día

n que exhalaras el postrer aliento
l golpe de mi espada, miserable,
otro fuera el lugar donde tu acento
ubiera provocado mi venganza;
ero saldrás de aquí, y en campo abierto
cruzará tu acero con el mío,
algún resto de honor hay en tu pecho.
diós, Isabel mía: fué posible
eportarme una vez; pero no puedo
esponder ya de mí. Barón altivo,
busa del poder, arrastra al templo
ese ángel puro; con su amargo llanto
a tu condenación se está escribiendo:
lévala ante el altar, su labio frío
ronunciará de amarte el juramento;
as no su corazón, que en él mi nombre
tu pesar ha de vivir impreso.
diós, Barón, mañana vuestra esposa
iuda tal vez será: ved este acero:
l está acostumbrado á la victoria,
l te abrirá las puertas del infierno.
(Se va.)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL

ohún.—¡Pobre joven! compadezco
Su frenesí! loco está;
Pero confío que pronto
El tiempo le ha de curar.
¡Cómo ha de ser! ha perdido

Una novia, y además
Un buen dote: el infeliz
Que lo sienta es natural.
Valor, amada Isabel,
Vuestro hermoso rostro alzad;
No más llanto, ya pasó
La escena sentimental:
Miradme, yo estoy tranquilo,
Y eso que debiera estar
Celoso: ¡qué desvarío!
Siempre en la primera edad
Hay amorcillos, que luego
El tiempo disipará:
Nos unimos este día,
Mañana estamos en paz:
Verás, Isabel hermosa,
Qué contento....

Isab.— Por piedad,
Dejadme, ¿no os basta aún
Mi corazón traspasar,
Sino que en la misma herida,
Jugando estáis el puñal?
Tanta barbarie, señor,
¡Quién pudiera imaginar!

Bohún.—Cuando vuestro padre sepa
Esta escena!... la sabrá,
No lo dudéis.

Isab.— ¡Ah! ¡por Dios!
(¡Alberto infeliz!) tomad
Mi vida, os la sacrifico;
Pero que yo nada más
La triste víctima sea:

No queráis sacrificar
(Hincándose.)
A un infeliz; yo lo pido
A vuestras plantas.
ohún.— Alzad;
Yo callaré. Ya veréis
Cómo al fin me habéis de amar:
Mis continuas atenciones
Con el tiempo ganarán
Ese corazón tan bello.
ab.—¡Ah, no lo esperéis jamás!
La víctima está dispuesta:
Pronto llegaré al altar;
Poco después á la tumba;
Esto prometo no más.
Id, señor, id, que mi padre
Tal vez os esperará.
ohún.—Me retiraré, Isabel,
Puesto que me lo mandáis.
(¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!
Bien, y después me amará.)
(Se va.)

ESCENA VI.

ab.—¡Y esta es la vida! ¿y al mirar el
(féretro
obarde tiembla el mísero mortal,
uando la tumba es el asilo único
onde se encuentra verdadera paz?
Y de la vida ¿cuál es aquella época
ue no conoce el peso del dolor?

¡Tormento siempre, en todas partes lágri-
(mas!
Tal es la suerte que al mortal tocó.
Desde la infancia hasta la edad decrépita
El niño, el hombre y la infeliz mujer,
Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha, y que jamás se ve.
El triste anciano, de su edad quejándose,
De juventud quisiera disfrutar,
Olvida, imbécil, los tormentos hórridos,
En que se agita esta infeliz edad.
Es una fiebre, es una fiebre indómita,
Es un violento, un loco frenesí,
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,
Dejando el llanto de su curso al fin.
Siempre deseos, esperanzas pérfidas,
Que nos halagan sin llegar jamás:
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,
Que se convierte en triste realidad.
Y de la vida en el cercano término,
Del desengaño á la funesta luz,
El corto espacio de la tumba lóbrega....
Un paño negro... un mísero ataúd!
Tal de la vida es el torrente rápido:
¡Ay! de la mía ya se acerca el fin;
Y yo lo espero como espera el náufrago
La amiga playa en que será feliz.
¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,
Ni tú, ni tú me quieres consolar;
Nadie se duele de la triste víctima,
Que de la vida se despide ya!
¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mí-
(sera

a losa, tú con llanto regarás,
asta que se unan nuestras almas férvidas
n las regiones de la eternidad!
Queda sobre una silla, en el mayor aba-
miento.)

ESCENA VII

ISABEL, LEONOR.

eo.—Bien dije yo; de ese monstruo
En el pecho no hay piedad:
Tu esperanza, pobre niña,
Se ha desvanecido ya.
Señorita.... no me oye:
Señorita.... qué! si está
En estatua convertida.
¡Quién lo pudiera pensar!
¡Tan amable, tan hermosa!
Y pronto acaso será
Un despojo de la muerte.
¡Horrible fatalidad!
Volved en vos, señorita;
Mirad que van á llegar
Los caballeros.
ab.— ¡Leonor!
eo.—Vuestro vestido arreglad,
Cobrad ánimo, señora:
Vuestro padre notará
Esa turbación.

Isab.— ¡Dios mio!
Mi padre!
Leo.— Pronto estará
En esta sala: venid:
En el estado en que estáis
No quisiera yo que os viesen;
Retirémonos; andad,
Que se acercan. (Está visto!
La vida le costará.
Hoy celebrarán su boda,
Mañana su funeral) (Se van.)

ESCENA VIII

FIRZ-EUSTAQUIO, DE BOHUN ALBERTO,
Caballeros armados.

(Alberto, un poco apartado de los demás, arroja frecuentemente miradas de furor sobre de Bohún.)

Cab.—¡Amor á las bellas, y gloria al va-
(lor!
Fitz.—Resuenen, amigos, las bóvedas altas
Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy
Mansión venturosa de júbilo puro,
Morada brillante de dicha y amor:
Ya todo está pronto: la trompa guerrera
Va á sonar, amigos, oigamos su voz:
Al torneo, ¡vamos! ¡honor al valiente!
Cab.—¡Amor á las bellas, y gloria al va-
(lor!

Bohún.—¿Y quién no se siente de gozo in-
(flamado?
¿Habrá, caballeros, un frío corazón,
En que la hermosura no ejerza su imperio?
A caballo, amigos, al campo de honor!
La lanza sin hierro, muy bien; mas cui-
(dado!
Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,
Derribar á muchos; cuidado, repito.
Cab.—¡Amor á las bellas, y gloria al va-
(lor!
Bohún.—Tal vez se impacienta el freno
(tascando,
Mi noble caballo, mi fuerte trotón:
Veréis qué gallardo; jamás en la guerra
Perder los estribos en él se me vió.
Corcel más hermoso, Ricardo no tiene,
Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz:
No hay otro, lo juro; su choque es terrible!
Cab.—Veremos, veremos: ¡que viva el va-
(lor!
Fitz.—¡Recuerdos de gloria! también hu-
(bo un día,
Que mi fuerte brazo valiente lidió,
Y mi vieja sangre aún hierve al oiros.
También yo pudiera combatir con vos;
Pero de mi hija sostenéis el nombre:
El cielo os ayude, valiente Barón!
La música suene, los heraldos griten.....
Cab.—¡Amor á las bellas, y gloria al va-
(lor!
Bohún.—Y luego las copas en torno vo-
(lando,

Colmadas de ardiente, sabroso licor,
Vaciemos, amigos, brindando contentos
Por la compañera que el cielo me dió.
De Isabel el nombre glorioso resuene,
(A Fitz)
De rosas corone su frente el amor.
Noble amigo, gracias por tanta ventura.
Todos.—¡Dicha á los esposos!
Alb.— (¡Y á mí maldición!)
(Suena un clarín).
Fitz.—¿Ois? han llamado: sin duda se
(acerca
Otro caballero.
Bohún.— Que venga, aquí estoy:
De Isabel me inflaman los ojos divinos:
Yo siento en mis venas desusado ardor!
Voy á armarme al punto: ya estoy impa
(ciente:
Toda la Inglaterra puede venir hoy.
Todos.—¡A caballo! battle
Bohún.— Vamos, que lidiar deseo,
Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

ESCENA IX.

Dichos, PEDRO.

Ped.—Dé llegar, señor, acaba
Una señora, cubierta
De luto, y acompañada
De un escudero: desea
Hablaros.

'itz.— ¿A solas?

'ed.— No;

Pretende, según se expresa,
De su venida la causa
Decir, ante la asamblea
De los nobles caballeros
Que en el castillo se encuentran.
Pide justicia.

itz.— ¿Justicia?

De este castillo las puertas
Al que la pide han estado
A todas horas abiertas,
Mucho más si es una dama
La que obtenerla desea.
Haced que pase.

(Se va Pedro.)

Sentáos:
Suspender un poco es fuerza

(Se sientan todos.)

El torneo.

ed, entrando.— Entrad, señora.

(¿Qué nos vendrá á pedir ésta?)

itz, á Arabela.—Sentáos

(A Pedro.)

Retírate tú.

ed.—(Algo oiré desde la puerta.) (Se va.)

ESCENA X.

Dichos, LADY ARABELA.

(Entra vestida de luto y cubierto el rostro con un velo negro: los caballeros se levantan para recibirla: el barón Fitz-Eustaquio le ofrece un asiento junto á él; ella lo toma, y todos vuelven á sentarse.)

Arab.— (Sin descubrirse)
Ilustres Barones,
Honrados guerreros,
De Inglaterra ornato,
De valor modelo!

Bohún.— (Turbado)
(¡Oh, qué voz)

Arab.— Oidme;
Oíd los acentos
De una noble dama
Que hace mucho tiempo
Oprimida gime
Por un mónstruo.

Bohún.— (¡Cielos!
Es ella; mas ¿cómo
Ha roto sus hierros?
¡Me confundo!)

Fitz.— Al punto
Romped el silencio,
Señora; sepamos

Cuál es el objeto
De vuestra venida:
Si, como lo creo,
A pedir auxilio
Venís, yo os lo ofrezco:
Y en verdad, señora,
Llegáis á buen tiempo
Aquí veis reunidos
Muchos caballeros,
Que á honrar han venido
El grato himeneo
De mi hija.

rab.— Y acaso,
Señor, mis acentos
Turbarán su gozo.

itz.—No, señora.

ohún.— Creo,
Barón, que no es hora
El mejor momento
De escucharla: todo
Está ya dispuesto:
Esta noble dama
Después del torneo
Nos dirá....

rab.— No; ahora.
—Sabed, caballeros,
Que hay entre vosotros
Un vil, un perverso,
Que sordo á las voces
Del honor, se ha hecho
Indigno del nombre
Que le transmitieron
Sus padres.

Todos.— Nombradle.
Arab, (Señalando á Bohún.)
Mirad ahí el reo.
Todos.—¿De Bohún?
Arab.— El mismo.
Fitz.—Barón, ¿será cierto?
Bohún.—¡Mentira! ¡impostura!
¿Quién os da derecho
De insultar mi nombre?
Barón, yo no puedo
Permitir....
Arab.— Malvado,
Cállate: este velo
Que cubre mi rostro,
Te da atrevimiento.
(Se alza el velo.
Pues mírame ahora.
Bohún.—(¡Ocúltame, infierno!
Arab.—Conocedme todos.
Todos.—Es ella.
Fitz.— ¡Qué veo!
La viuda de Ralfo
De Bohún? ¿es sueño?
Arab.—No, no; soy la misma,
La que ese perverso
Sepultó en prisiones,
Su muerte fingiendo.
Fitz.— (A Bohún.)
Sí, de vuestro hermano
Es la viuda: ¡cielos!
¡Barón, explicaos!
Decid, ¿qué misterio

Es éste? Hace años
Que vos, bien me acuerdo,
Celebrar hicísteis
Con pompa su entierro.

Bohún.—Y murió, no hay duda;
Cual vos me sorprendo
De que esta señora...

Arab.—Cállate, perverso:
Señorita, oídme.

Bohún.—(Queriéndo echarse sobre ella.)
Calla, ó el aliento
Te arranco, infelice.

Fitz.— (Conteniéndole.)
No, Barón: ¿qué es esto?

Arab.—¿Y no habrá, señores,
Algún caballero,
Que por mí se bata
Con ese soberbio?
¿Cuál de entre vosotros
Me ofrece su acero?

Un caballero.—Yo.

Otro.— Yo, yo,

Alb.— No, nadie,
Sino yo; y os ruego
Aceptéis, señora,
Mi brazo.

Arab.— Lo acepto.

Alb.— (Con entusiasmo.)
¡Gracias!

Arab.— ¿Vuestro nombre?

Alb.—Alberto, señora,
Nada más; no tengo

Títulos brillantes,
Ni ilustres abuelos,
Ni padres, ni nada,
Nada; no poseo
Más que un pecho honrado
De entusiasmo lleno:
Mi honor es mi padre,
Madre.... ¡no la tengo!
Mis títulos todos
En mi espada llevo.
En la Palestina
Combatí cual bueno:
Allí la fortuna
Coronó mi esfuerzo,
Y Ricardo mismo
Me armó caballero. (Con orgullo.)
Mi nombre, mi gloria,
A nadie la debo.
Me colmáis de gozo,
Señora, admitiendo
Mi brazo, ¡qué dicha!
¿Me concede el cielo
Ser de sus venganzas
Humilde instrumento?
Lo seré; no hay duda:
¡Ya hierve mi pecho!
¡Ya siento en mi alma
Sacrosanto fuego!

Arab.—Barón Fitz-Eustaquio,
Reclamo el derecho
Que le es concedido
A mi débil sexo:

Yo pido un combate;
¡Combate sangriento,
En que la justicia
Se muestre del cielo!
De Dios en el juicio
Aparezca el reo:
Señalar os toca
El lugar y el tiempo.
Fitz.—A vuestra demanda
Negarme no puedo:
El terreno mismo,
Que para el torneo
Prevenido estaba,
(A De Bohún)
Servirá al efecto.
Vos diréis la hora,
Barón.
Bohún.— ¡Al momento!
Alb.—¡Bravo! ¡en el instante!
Arab.— (Se arrodilla.)
Oye, Sér supremo,
De esta desgraciada
El ferviente ruego.
Tú que el fondo miras
De mi triste pecho,
Tú que la justicia,
Conoces que tengo,
Patente hazla al mundo,
Lanza desde el cielo,
Contra quien te ultraja,
Tu rayo tremendo:
Dale fuerza al brazo

De mi caballero;
Pronuncia tu fallo.
Señor, no lo temo,
Porque tú eres justo:
(Se levanta.)
Sumisa lo espero.
Joven, al combate
Marchad sin recelo:
En vuestras miradas
La victoria veo.
Alb.—La tendré, señora,
La tendré, lo espero.
(A Fitz-Eustaquio, doblando una ro dilla.)
Padre, bendecidme.
Fitz.—Quiera el Sér supremo
Darte la victoria.
Alb.—Mía será, lo creo.
Bohún.—¿Y sabes acaso,
Incauto mancebo,
A lo que te expones
Con ese ardimiento?
A vengarte aspiras
De agravios secretos;
No un fin generoso
Dirige tus hechos.
¡Qué loca esperanza!
Tu victoria es sueño,
Que cual humo al punto
Veráslo deshecho.
De mi espada ignoras
El terrible peso,

De mi fuerte lanza
El golpe certero.
Sin duda serías
Un infante tierno,
Cuando ya mi nombre
Por el mundo entero
Volaba, sonando
De gloria cubierto:
Mil y mil heridas
Adornan mi cuerpo,
Y siempre en las lides
Triunfante me vieron:
¿Y tú, desdichado,
Que estás aprendiendo
De la guerra el arte,
Tú te jactas, necio,
De vencerme? ¡á risa
Tu loco denuedo
Me provoca!

Ib.— Basta;
Palabras dejemos,
Y hablen en el campo
Sólo los aceros.
Voy á armarme al punto:
Armate tú presto,
Y verás tu orgullo
En polvo deshecho:
Riqueza, blasones,
No podrán tu pecho
Garantir, malvado.
¡Al campo sangriento!

ohún.—A la muerte corres:

¡Ay de tí, mancebo!
¡Tiembla!
Abl.— ¡Nunca!
Bohún.— A armarnos,
Que ansioso te espero.
Alb.—¡Isabel, venganza!
Bohún.—¡A la lid!
Alb.— Marchemos!



ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Gabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

ESCENA I.

LEONOR (Muy alegre.)

¡Qué cambio tan repentino!
¿Con que ya no hay boda? bueno!
Pues el chasco es muy pesado
Para el tal Barón; ¡me alegro!
¡Ah! mi pobre señorita
Estaba casi muriendo
De pesadumbre! ¿A qué hora

Será por fin ese duelo?
De esta ventana que cae
Para el patio del torneo,
Vamos á ver lo que pasa
(Abre la ventana y se asoma
Por allá. ¡Qué día tan bello!
¡Qué bonita hubiera estado
La función! Sí, por supuesto,
Para todos los demás;
Pero para el pobre Alberto,
Y mi señorita.... vamos,
Es mucho mejor que en esto
Haya parado. ¡Qué vista
Tan hermosa! allá á lo lejos
Se miran los pabellones
De todos los caballeros:
Aquí el dosel de mi ama
Forrado de terciopelo:
Las gradas en derredor
Para que mirara el pueblo;
Allá están ya los heraldos,
Y aún algunos caballeros,
Que pasean hablando:
Tal vez estarán sintiendo
No haberse dado porrazos
¡Jesús, qué pesados juegos
Tienen los tales señores!
¡Oh! también está allí Pedro:
Este, que todo lo escucha,
Debe de saber de cierto
La hora del combate! vamos,
Lo llamaré. ¡Hola! ¡Pedro!
(Llamándolo con palmadas y gritos).

Pedro!... nada; se hace sordo:
Eh! ya me oyó: sube presto,
Que quiero hablarte. No hay cosa
(Vuelve á la escena).
Que pase aquí, que al momento
No la sepa este criado;
Tiene el olfato de un perro
De caza. Mi señorita
Se ha entretenido allá dentro
Con lady Arabela: ¡vaya!
Pues ha venido del cielo
La tal Arabela. ¡Hola!
¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

ed.—Señora Leonor, ¿qué cosa
Se ofrece?
eo.— Mi buen amigo,
Como tú todo lo sabes...
ed.—¿Todo lo sé? ¿quién lo ha dicho?
Yo no sé nada, señora:
Es verdad que, como sirvo
En la casa y no soy tonto,
Lo que sucede averiguo,
Porque al fin.... ya me entendéis;
Pero no siempre consigo
Lo que deseo.

Leo.— Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salón
Ped.— Os digo
Que no sé nada; mi amo
Me mandó salir: no he visto
Más que entrar á esa señora.
Y que después ha salido
El Barón muy enojado,
Y un poco descolorido,
Repitiendo: "¡ morirá!"
"¡ Morirá!" y el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salió muy contento, y dijo
También "¡ morirá!"
Leo.— ¿Y no más?
Vamos, habla.
Ped.— Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dios: que el Barón mi amo
Todo se lo ha concedido,
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo.
Leo.—Todo eso lo sé; mas quiero
Saber la hora.
Ped.— ¿Pues no digo
Que ahora mismo? ya está pronto
El gran caballo tordillo
Del señor Alberto; falta
Nada más que el señorito

Se acabe de armar. ¡Dios sabe
Quién morirá!

Leo.— Pues te digo
Que eres un tonto! El Barón
Será el que quede vencido.

Ped.—¿Qué sabemos? tiene un puño,
Que es capaz de hacer añicos
Á una encina, y es valiente
Como un león.

Leo.— Pues yo afirmo
Que Alberto triunfa.

Ped.— ¡Dios quiera
¡Es tan bueno el pobrecito!
¡Ah! ¿no sabéis otra cosa
Que me han contado?

Leo.— ¿Qué?

Ped.— ¡Chito!
Por Dios, que nadie nos oiga.
Ese escudero que vino
Con la Baronesa...

Leo.— Vamos,
Habla pronto.

Ped.— Pues me ha dicho
Que el tal Barón es un monstruo,
Un bribón; el asesino
De su hermano, del buen Ralfo,
Que volviendo á su castillo,
Con Alfonso el escudero,
Fué por Walter sorprendido,
En un bosque, porque el mónstruo
Las riquezas y los títulos
Envidiaba de su hermano,
Y también porque el inicuo

Amaba á Lady Arabela,
Y como fué su cariño
Despreciado, creció el odio
De Walter, hasta que impío
En el pecho de su hermano
Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.—¡ Malvado! ¿Mas por qué causa
Ha estado oculto el delito
Tanto tiempo?

Ped.— El escudero
Era el único testigo
Del crimen, y amenazado
Por Walter, y seducido
Tal vez, ha guardado siempre
El más profundo sigilo,
Sirviendo al fiero Barón;
Hasta que hoy, compadecido
De su señora, ha logrado,
En el instante propicio
De estar el Barón ausente,
Romper los pesados grillos
De Lady Arabela, y juntos
A reclamar han venido
La protección de los nobles
Caballeros que reunidos
Se hallan aquí.

Leo.— Quiera el cielo
Dar al infame el castigo
Que merece.

Ped.— Amén. Y ahora
Me voy con vuestro permiso;
Con que hasta luego.

(Se va.)

Leo.— Que Dios
Te lleve por buen camino.
La señorita se acerca,
Aún está descolorido
Su semblante; no será
Por su futuro marido.

ESCENA III.

LADY ARABELA, ISABEL, LEONOR.

Arab.—Tranquilízate, hija mía:
El éxito del combate
No es dudoso; el mismo cielo
Debe en él interesarse:
A veces el crimen triunfa,
Triunfa, sí; pero aunque tarde,
Las iras del cielo hieren
La cabeza del culpable.
¡Ay de aquél que á su grandeza
Pone cimientos de sangre!
El negro remordimiento
Le atormenta en todas partes,
Y, cual serpiente, devora
Su corazón miserable;
Una voz terrible, fuerte,
Que acallar no puede nadie,
En su alma precita suena
Con acento formidable,
Y al fin un rayo del cielo
El abismo á sus pies abre:

Ese Barón orgulloso
Toca al fin de sus maldades.

Isab.—A vuestra voz, ¡oh señora!
Siento el pecho aligerarse,
Que mi corazón oprime:
Sois una segunda madre
Para mí, y en vuestro seno
Deposito mis pesares.
La mano de Dios, señora,
Os mandó aquí como un ángel,
Que en el borde del abismo
Viene piadoso á salvarme:
Un día tal vez, una hora
De dilación, ya era tarde!
¡Ay! vuestra bondad me anima
A descubriros mis males:
Ese joven generoso,
Que en el sangriento combate
Va á exponer por vos su vida,
Ese, señora, es mi amante.

Arab.—¿Y vuestro padre sabía....

Isab.— Nada.

Arab.—¿Y ante los altares,
En presencia del Eterno,
Ibais á jurar....

Isab.— ¡Oh, madre!
¡Compadecedme! temía
Que mi padre descargase
Sobre Alberto sus furores.
¡Ay! la maldición de un padre!...

Arab.—¿Y la de Dios?.... ¡Pobre niña
¡Una vida de pesares!

¡Un infierno! ¡y tan hermosa!
¡Tan buena! Yo á libertarte
Vengo, hija mía, no temas;
Alberto saldrá triunfante
De esta lucha, y luego...
Isab.— Luego
Me limitaré á adorarle
En secreto.
Arab.— Acaso....
Isab.— ¡Oh! nunca
Reveléis, señora, á nadie
Mi amor: á vos solamente
He podido confiarle,
Porque el desgraciado busca
Quien escuche sus pesares.

ESCENA IV.

Dichos. TIMOTEO.

Tim.—El Barón mi amo, señora,
Os busca; ya prevenido
Está todo.
Arab.— Voy al punto.
(Se va Timoteo.)
Isab.—¡Llegó el momento, Dios mío!
Arab.—Mi presencia es necesaria;
Animo, Isabel, propicio
Será el cielo: ¿venís vos?
Isab.—¿Ir yo? ¡jamás! de este sitio
No puedo moverme!

Arab.— Entonces
Quedáos. ¡Oh, Dios benigno,
Haz que la justicia triunfe!
(Se va.)
Isab.—¡Calma, señor, mi martirio!

ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

Isab.—¡Leonor, Leonor; se acerca ya la (hora!
¿Concibes tú mi situación impía?
Siento despedazarse el alma mía;
Una ansiedad horrible me devora:
¡Fatal incertidumbre! ¡quién pudiera
Adivinar el fin de ese combate!
¡Mi corazón con qué violencia late!
Al pecho el alma abandonar quisiera:
Ven á mi corazón, dulce esperanza,
Tú sola puedes sostener mi vida;
Tu voz consuele mi alma dolorida,
Que al porvenir con inquietud se lanza.
No puedo sosegar.
Leo.— Calmáos, señora,
Dentro de una hora....
Isab.— ¡Una hora todavía!
¡Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro día!
¡Ay! una eternidad será esa hora.
¿Ha sonado un clarín?
Leo.— No, nada suena;
Todo en silencio está.

Isba.— ¡Gran Dios, qué lucha!
¡No puedo más! alguno viene; escucha...
Él es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

Dichas, ALBERTO.

Isab.—¡Alberto!
Alb.— ¡Amada!
Isabel bella!
Enjuga el llanto;
La faz serena;
¿No ves el gozo
Que me enagena?
¡Cuánto ha cambiado
La suerte nuestra!
Isab.—¡Ay! que mi alma
Siempre se encuentra
Entre zozobras.
Alb.—¡Oh! ¡nada temas!
Isab.—Ese combate....
Alb.—Mi pecho llena
De una esperanza
Tan lisonjera!
Hace muy poco
Que la tristeza
Me devoraba,
¡Quién lo creyera!
Un sólo instante,

Mi suerte adversa
Cambia: ¡Dios mío!
Mi alma se anega
En gozo puro:
Ya por mis venas
La sangre corre
Con mayor fuerza.
Isabel mía,
¿Con que mi diestra
Puede de un mónstruo
Purgar la tierra?
¡Gloria, ventura!
¡Dicha suprema!
Rival odioso,
De tu sentencia
Sonó la hora,
Tu fin se acerca!
Ven, que tu sangre
Calme la hoguera
Que arde en mi alma
Con llama eterna.
Y tú, querida
Beldad excelsa,
Bálsamo dulce
De mi existencia!
No temas; alza
Tu frente bella.
¿Y era posible
Que tú sufrieras,
Tú que has nacido
Para ser reina
De los mortales,

Tú que debieras
Ceñir tu frente
De una diadema?
Isab.—¡Alberto mío!
Tu voz me llena
De una esperanza,
Tal vez incierta,
Si por desgracia...
¡Qué horrible idea!
En el combate
Tú perecieras,
¿Qué fuera entonces
De mí en la tierra?
Alb.—No, no, bien mío;
Por Dios desecha
Esos temores,
Que te atormentan:
El cielo mismo,
La Providencia,
Tu amor, tus ojos,
Me darán fuerza:
Cesen tus lágrimas,
Que está muy cerca
De tu ventura
La hora suprema.
Toca, ¿no sientes
Llevando la mano de Isabel á su corazón)
Con qué violencia,
El pecho late
Donde tú imperas?
¿Piensas que acaso
De temor sea?

No, no, querida;
Es de impaciencia,
Es que la gloria
Todo lo llena.
¿No ves mis ojos
Cuál centellean?
¿No sientes, dime,
La voz secreta
De la esperanza?
¿Ya no te acuerdas
De que á esta espada
Debí en la guerra
De mil victorias
La recompensa?
(Saca la espada
Mírala, hermosa,
¿No ves en ella
Feliz presagio,
Victoria cierta?
Esta es la misma
Que me ciñeras
Cuando animoso
Marché á la guerra
De Palestina,
¿No lo recuerdas?
Tócala, hermosa:
Tu mano bella
Le comunique
Celeste influencia.

Isab.—Sí, sí, no hay duda;
Sólo con verla,
A la esperanza

Mi alma se entrega:
Siento aliviarse
Todas mis penas.
¿Y tu armadura,
Dime, es aquella
Que antes llevabas?
Déjame verla.
(Examinando su armadura)
Sí, sí, la misma.
¡Oh! quién pudiera
Ser el escudo
De tu defensa!
Alberto mío,
Acaso es esta
De nuestra vida
La hora postrera;
Pues bien, amigo,
Quiero que sepas
De mi amor puro
Toda la fuerza.
(Con mucho fuego.)
¡Sabes que te amo;
Pero mi lengua
Nunca ha podido
Darte una idea
Del fuego activo
Que aquí me quema.
Hay sensaciones
Que no se expresan,
Que el alma toda
Nos basta apenas
Para sentirlas

Sin comprenderlas!
Nunca los hombres
Tienen idea
De lo que sienten
Las almas nuestras:
En las mujeres
Amor impera,
Cual rey despótico:
Nuestra existencia
Toda él ocupa,
El sólo llena.
Esta mañana....
¡Bondad inmensa
De Dios, perdona
Mi culpa horrenda!
Vértigo insano
De mi cabeza
Se apoderaba:
Mi propia diestra
A dar fin iba
De mi existencia:
Ya de un veneno!...
Alb.—¡Isabel, cesa!
Cesa! tus voces
De horror me llenan!
¿Con que tú misma....?
¿Y quién pudiera
Calmar entonces
Mi furia horrenda?
De sangre ríos
Correr hiciera,
Y ya cansada

De herir mi diestra,
Contra mí mismo
La dirigiera:
¡Oh! no lo dudes,
Amiga bella,
Tu propia tumba
Mi tumba fuera!
¡Ah! por fortuna,
Ya más risueña,
De la esperanza
La luz destella:
Verás muy pronto
Cuál tus cadenas
Caen á mi furia,
Rotas, deshechas.
¡Oh, cuánto tarda
De la pelea
La hora!

Leo.—(Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena.)
A la plaza
El Barón llega.

Alb.—¿Llega? ¡qué dicha!

Isab.— (Sentándose).
¡Gran Dios! las fuerzas
Me faltan...

Alb.— Calma,
Calma tu pena:
Voy á vengarte,
¡Adiós! no temas,
Leonor querida.
Cuida tú de ella.
¡Adiós!

Isab.— Escucha
Por vez primera,
Quiero pedirte....
Alb.—¿Qué? dilo, ordena:
Yo soy tu esclavo,
Dí qué deseas.
Isab.— (Con ternura, levantándose)
Dame un abrazo.
Alb.— (Abrazándola.)
¡Ah! dicha excelsa!
¡En este instante
Morir debiera!
¡Reyes del mundo,
Vuestra diadema
Por este abrazo
Trocar quisiérais!
¡Soy invencible!
¡Tirano, tiembla!
Adiós, bien mío
Adiós! me espera
Allí la gloria,
Voy á obtenerla!
(Se va precipitado)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.)

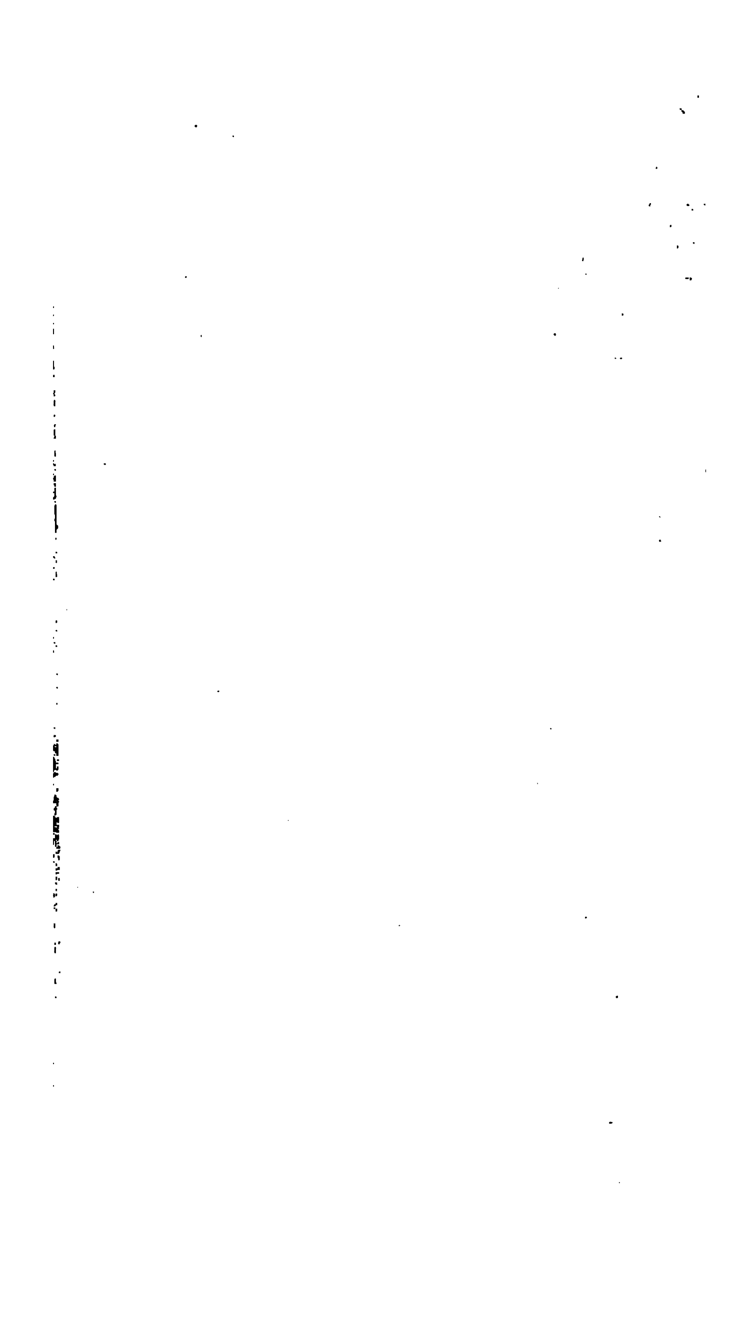
Isab.—¡Alberto! ya partió, y acaso nunca
Le volverán á ver los ojos míos:
Estos ojos de lágrimas cubiertos
En vano en esa puerta estarán fijos!
Acaso pronto, revolcado en sangre,
Aquí conducirán su cuerpo frío...
¡Ah! sobre su cadáver adorado,
Exhalaré mis últimos suspiros!
Leo.—¿Por qué pensar de un modo tan (funesto?
El triunfará, señora; y yo confío
En su justicia.
(Ruido de voces en el patio del torneo, que se oyen como de lejos.)
Isab.— ¿Escuchas esas voces?
La lucha va á empezar, ¡atroz martirio!
Ponte en esa ventana; yo no puedo,
¡Yo no tengo valor!
Leo.— (Colocándose en la ventana)
Desde este sitio
Se ve perfectamente lo que pasa:
Yo os lo referiré.

Isab.— ¡Poder divino!
Dale valor á mi angustiado pecho!
Leo.—Lady Arabela ocupa el lugar mismo
Que para vos estaba destinado.
Y vuestro padre la acompaña... el circo
Mandan los jueces despejar ahora....
Ahora lo reconocen.... ya reunidos
A la señora Baronesa se hallan
Los demás caballeros.... ahora altivo
Sobre un caballo, como su alma, negro,
Entra el Barón... da vuelta al campo...
(fijo
En su sitio está ya como una torre.
Isab. (Con inquietud.)
¿Y Alberto?
Leo.— No le veo; no ha venido...
Ya, ya llega... ya salta la estacada:
(Aplausos dentro.)
Oid esos aplausos que su brío
(Aplaudiendo)
Arranca del concurso. ¡bravo! ¡bravo!
¡Qué hermoso está!
Isab.— (Se arrodilla.)
¡Gran Dios! oye propicio
De esta infeliz el fervoroso ruego.
Tú, á cuyo acento tiembla conmovido
El universo, tú, cuya mirada
El corazón penetra de tus hijos,
Truena, Señor, contra el malvado, truena!
Un rayo lanza contra el hombre impío,
Que ultrajó la virtud; anima el brazo
Del joven caballero que ha emprendido

De la justicia la defensa. ¡Oh, padre!
¡Oh padre justo, omnipotente y pío!
Mírame aquí de lágrimas bañada,
Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu auxilio
No podré resistir á tantas penas:
Escucha de esta mísera el gemido:
Hasta tu trono refulgente suba
De mi dolor el penetrante grito.
Leo.—Ya el señorito Alberto da la vuelta:
¡Con qué destreza rige á su tordillo,
Cuya rizada crin al viento ondea!
¡Oh, qué hermoso caballo!.... todos fijos
Tienen en él los ojos... ya se para:
Para acá está mirando el señorito:
Sin duda os busca, vedle un solo instante,
Tal vez el alma os manda en un suspiro.
Asomaos.
Isab.— ¡No puedo!
Leo.— Un sólo instante,
(Se asoma Isabel.)
Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.
Isab.—¿Será la última vez? ¡Muero al pen-
(sarlo!
Leo.—Ya las lanzas enristran ¡oh, Dios
(mío!
Van á dar la señal: por Dios, señora,
Por Dios, no la escuchéis.
(Queriendo taparle los oídos. Suena un clarín.)
Isab.— ¡Ah!
Leo.— (Vuelve á la ventana).
¡Ya han partido!

Rayos parecen: ya se encuentran... ¡cie-
(los!
Las dos lanzas han dado á un tiempo mis-
(mo
En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.
Isab.— (Con la mayor ansiedad)
¡Oh, qué suplicio!
Leo.—Vuelven atrás, y nuevas lanzas to-
(man...
(Ruido dentro)
Ya vuelven á partir: ¿habéis oído
El ruido de su choque formidable?
¡Qué furia, eterno Dios!.... ¡Qué es lo
(que miro!
¡Santos del cielo!
Isab.— ¿Qué?
Leo.— El señor Alberto...
Isab.—¿Qué?
Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caído!
Isab.—¡Ah! (Cae desmayada)
Leo.— (Sin verla.)
Pero no temáis, ya se levanta....
Veo que la espada saca enfurecido...
El Barón también deja su caballo...
Ya combaten á pie... ¡Oh, Dios benigno!
Protégelo, protege su inocencia!
(Ruido de espadas).
¡Qué golpes! ¿No escucháis, señora, el
(ruido
De sus espadas?
(Viéndola.)
¡Ay! la desdichada

Al peso cedió ya de su martirio:
Señorita... está helada, es un cadáver.
Isab.—¡Leonor!....
Leo.— Ya vuelve; ¡pero qué extravío
Noto en sus ojos!
Isab.— (Levantándose)
¡El ha muerto! ¡ha muerto!...
¿El no existe, Leonor, y yo respiro?....
¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!
¡Ven, odioso Barón, el pecho mío
¡Rompe, rompe este seno que le adora!
(Con fuerza)
¡Yo te aborezco, mónstruo, te maldigo!
Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo:
Que su feroz acero, ya teñido
En la sangre de Alberto, en mí se cebe!
¡Acaben con mi muerte mis martirios!
(Con gran ternura.)
¡Alberto era mi dios! ¡lo idolatraba!
¡Vivir no quiero, si con él no vivo!
¡Alberto! ¡mi querer! ¡mi bien! ¡mi glo-
(ria!
¡Espérame un momento; ya te sigo!





ACTO CUARTO.

EL HIJO Y LA MADRE

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

PEDRO TIMOEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped.—¡Cómo pesaba el difunto!
Tim.—Cómo pesa todo muerto.
Vosotros retiraos.
(Se van los demás criados)
Ped.—¿No lo dije, Timoteo,
Que la boda parecía
Más bien que boda un entierro?
Mira si soy algún tonto.
Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!
A veces en sólo un día

Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.
Ped.—Pero viste qué denuedo
De los guerreros, ¡caramba!
Yo estaba helado.
Tim.— ¡Qué recio
Se daban, hombre! te digo
Que no he tenido más miedo
En mi vida; ni aun de niño,
Cuando me contaban cuentos
De hechiceras y gigantes.
Ped.—Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

Dichos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos.
Isab.— ¿Dónde está?
¿Dónde está el fiero Barón?
Que rompa mi corazón;
Yo no quiero vivir ya:
¡Destino fatal, impío!
¿Dónde se halla mi adorado?
Quiero morir á su lado,
Sobre su cadáver frío.
(Señalando el cadáver del Barón.)
Allí está... mi bien...
Ped.— (Conteniéndola.)
Señora,
¿Qué hacéis?

Isab.— Dejadme llegar:
Quiere con él espirar
Esta mujer que le adora.

Tim.— (Sorprendido.)
¡Que le adora!

Isab.— Sí, sayones,
Esa vida era la mía:
¿Y quién dividir podría
Jamás nuestros corazones?
¡Dejadme llegar, por Dios!
Juntos debimos vivir,
Pues ahora juntos morir
Debemos también los dos.
¡Ah! si la piedad ois,
Soltadme.

Ped.— ¿Pero qué hacéis?
Ese cadáver que veis
Es del Barón.

Isab.— (Sorprendida)
¿Qué decís?
¿Pues Alberto?

Ped.— Se halla ahora
Recibiendo el parabién
De su triunfo.

Isab.— (Admirada.)
¿He oído bien?

Tim.—Sí; no lo dudéis, señora:
En el patio del torneo
Le proclaman vencedor.

Isab.—¡Este es un sueño, Leonor!

Leo.—Sí, también soñar yo creo.

Isab.—Si es engaño, salir de él

Un punto será, y morir,
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?
Ped.—Vive, señora.
Alb.— (Dentro.)
¡Isabel!
Isab.— (Con transporte.)
El es: ¡oh, supremo Sér!
El es: ¡sostenme, Leonor!
¡Antes me ahogaba el dolor;
Ahora me agobia el placer!
(Queda desvanecida en los brazos de Leonor.)

ESCENA III.

Dichos. ALBERTO.

Alb.—¡Isabel! ¡Isabel!... ¿Pero qué veo?
Leonor, ¿qué es esto?
Leo.—El gozo la ha postrado.
Alb.—Oye mi voz, ¡oh, dueño idolatrado!
¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!
¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!
Ya palpita su seno blandamente:
Una sonrisa vaga dulcemente
En sus labios purísimos de rosa.
Alza esa frente cándida y divina,
Ya eres libre, Isabel.
Isab.—¿Y es cierto?
Alb.— ¡Es cierto!
Mírame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto,
¿Tanta ventura el cielo me destina?
No, no es una ilusión: tu ardiente mano
Torna á estrechar la moribunda mía:
¡En el sepulcro, Alberto, te creía!
¡Oh placer grande, inmenso, sobrehuma-
(no!
Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?
¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!
¡Si supieras qué instantes he pasado!
¡No sé cómo sufrirlos he podido!
¡El cielo sólo, la bondad del cielo,
Sostenerme ha podido en este día!
Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!
¡Trocó Dios en placer mi amargo duelo!
Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura
Perturba mi razón, Alberto mío:
A hablarme vuelves; dudo, desconfío:
Tanta dicha, ilusión se me figura.
Alb.—No, Isabel; es verdad.
Isab.— Mas tú caíste
Del caballo: Leonor vió tu caída,
Y al saberla pensé perder la vida;
Dime, dime por fin, cómo venciste.
Alb.—Menos fuerte mi caballo
Que el del furioso Barón,
En la segunda carrera
Por desgracia me faltó,
Y caímos; pero al punto,
Levantándome veloz,
Saco mi acero, este acero
Que jamás me abandonó:

A mi contrario me lanzo,
Que sin prever mi intención,
De su triunfo sonreía,
Lleno de orgullo feroz:
Su caballo desjarreto
En el instante: el Barón
Echa pie á tierra, y la espada
Saca ciego de furor:
El era, Isabel, más fuerte,
No más ligero que yo;
Y sus golpes evitando
Con destreza, la ocasión
Hallé al fin, que deseaba:
De cubrirse no cuidó
Por herirme, y al instante
Le traspasé el corazón.
No pudo más, y en el circo
Casi sin vida cayó.
General aplauso entonces
Sonar oigo en derredor:
"¡Victoria, honor al valiente"
Todo el concurso gritó,
Y los heraldos y jueces
Me proclaman vencedor;
Pero en medio de esos gritos
Yo no escuchaba tu voz,
Tu voz para mí más grata
Que la de la gloria.

Isab.— Yo,

Entre tanto combatida
De la inquietud más atroz,
Desde mi estancia escuchando

El espantoso rumor
Del combate: á cada instante
Sintiendo en mi corazón
Mil muertes... ¡qué no he pasado!
Los dos, Alberto, los dos
Los golpes hemos sentido,
(Señalándose el corazón.)
Tú en el escudo, aquí yo.
Cierto es que tú no escuchabas
Entre las otras mi voz,
Y sin embargo, sonaba
Con más fuerza y más ardor
Que todas; porque la mía
Por tí se elevaba á Dios.
Alb.—Sí, mi bien, y el Ser supremo
Tu ruego grato escuchó,
Porque como tú, fué puro,
Ardiente como tu amor!
Isab.—Sí, como mi amor, Alberto;
¡Oh! nunca de mi pasión
He conocido la fuerza,
Hasta el instante de horror,
En que muerto te he creído.
Alb.—¿Quién más dichoso que yo?
Aunque jamás nos unamos,
Esa sublime expresión
De tu ternura, es mi dicha:
Te lo juro por mi honor:
Por el imperio del mundo
No cambio mi suerte, no!
Pero ya tu padre llega
Con los demás.

Isab.— ¿Tanto amor
No pagaré con mi mano
Alguna vez? ¡santo Dios!!
¡No hay felicidad cumplida!
Alb.—¡Tal es nuestra condición!

ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO, PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.—Caballeros, ya habéis visto
De mi causa la justicia:
Del éxito del combate
Ninguna duda tenía:
De ese perverso en el cielo
La sentencia estaba escrita;
Llegó por fin, y ha pagado
Los crímenes de su vida.
(A Alberto)
Recibe, valiente joven,
La gratitud que me anima:
Tú fuiste el digno instrumento
De la justicia divina:
Tú rompiste mis cadenas:
Por tí cobro en este día
Mis títulos usurpados,
Y mi libertad perdida.
Alb.—Basta, señora, lo que hice
El deber me lo imponía:
Como honrado caballero,

A la virtud oprimida
Mi espada ofrecí: del cielo
Es la victoria, no mía:
¡Dichoso yo que instrumento
Fuí de las celestes iras!

Arab.—Mas no quedará sin premio,
Joven, tu noble osadía:
Por mi heredero te nombro;
Sí, yo no tengo familia:
¡Ay! me arrebató el tirano
El solo hijo que tenía!
Tú lo serás desde ahora,
Tú formarás la delicia
De mi vejez.

Alb.— ¡Ah! señora,
Tanta bondad!

Fitz.— Merecida
La tienes: como valiente
Te has portado en este día:
Bien, hijo mío, también yo
Te debo mucho; esa víctima
A la desgracia arrancaste,
También te debe mi hija
Su libertad. ¡Ah! cuál fuera
Tu suerte, Isabel querida,
Enlazada para siempre
A ese mónstruo de perfidia!
¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo
De honradez yo lo creía:
Baronesa, aquí os condujo
La Providencia divina,
Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.
Arab.—Sus crímenes espantosos
Sabéis ya: su mano inicua
Fué la que del digno Ralfo
Cortó la apreciable vida.
Ese escudero que traje
Conmigo, y que en otros días
Fué cómplice involuntario
De Walter, la historia impía
Me ha referido.
Ped.— Señora,
Vuestro escudero suplica
Que ante esta ilustre asamblea
Hablaros se le permita.
Fitz.— (A Pedro.)
Haced que pase al instante. (Se va)
Ven á mi pecho, hija mía,
Démosle gracias al cielo.
Del precipicio en la orilla
Te ha salvado: sus bondades
Hacia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA

Dichos, ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.
Arab.— Entrad; el noble Fitz-Eustaquio
De hablar en su presencia os da permiso.
Decid lo que queréis.
Alf.— Noble señora,

Y vosotros también, ¡oh esclarecidos
Caballeros! oid. Ya las maldades
De Walter conocéis, del que yo he sido
Cómplice involuntario, y vos, señora,
Perdonáis generosa mi extravío.
Pero hay otro secreto, un gran secreto,
Que esperaba, señora, descubrirlo
Después de ese combate, cuando el cielo
Castigara de Walter los delitos.
Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se-
(pas.
Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-
(tigo
Del gozo que me anima, y que en mi abo-
(no
Está escrita en el libro del destino
Una acción buena: sí, señora, Walter,
De su ambición frenética impelido,
A toda costa quiso de su hermano
Las riquezas poseer, y grandes títulos.
Vuestro hijo era el legítimo heredero;
Deshacerse intentó del tierno niño,
Y á mi me encomendó su asesinato,
Porque ya entonces me juzgó el inicuo
Incapaz de faltarle: de este modo
Logré tener en mi poder al hijo
De mi buen amo, y engañando al móns-
(truo,
Que su muerte creyó, del tierno niño
Salve los días.
Arab.— ¡Cómo! qué he escuchado!
¿Y vive?

Alf.— Vive.
Arab.— Es cierto? Dios benigno!
Cuánta ventura!... ven, que yo te abrace;
Alfonso: ven.... Mas dime, dime el sitio
Donde se encuentra; dímelo.
Alf.— Escuchadme.
Al infante tomé, cuyos gemidos
El corazón más duro conmovieran,
Y conociendo el corazón benigno
Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante
Me dirigí en silencio á este castillo:
(A Fitz-Eustaquio.)
No estábais vos en él; pero en la senda
Que á él conduce, el depósito querido
Dejé, esperando inquieto el resultado,
Observándolo todo sin ser visto,
Pues la maleza me ocultaba: entonces
Os ví llegar, señor, ví que movido
De ternura hacia el niño desgraciado,
Al pecho lo estrechábais compasivo,
Y aquí le condujísteis.
Alb.— ¡Qué oigo, cielos!
Fitz.—¿Qué dices? conque Alberto....
Alf.— Sí, ese mismo,
Ese valiente, generoso joven
Que os ha vengado....
Arab.— ¿Es él?....
Alf.— Es vuestro hijo.
Arab. (Estrechando á Alberto.)
¡Hijo!....
Alb.— (Echándose en sus brazos.)
¡Madre!...

Fitz.— ¡Qué dicha!
Isab.— (Con gozo.)
¿No es un sueño?
¿Es noble? ¡qué ventura! ¡será mío!)

(Por un gran rato queda Alberto abrazado á Lady Arabela, llorando de ternura y de júbilo; separa un poco su rostro, la contempla con una mirada ávida y llena de amor. Lo que sigue lo dice con muchísimo fuego, y ternura.)

Alb.—¡Madre!.... ¡madre! repetir
Dejadme ese nombre amado,
Y en vuestro pecho abrasado
Vuestro corazón sentir.
Sí, yo lo siento latir
Contra el mío... ¡qué placer
¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,
Ya puedes tomar mi vida!
¡Oh, madre, madre querida!
Al fin te consigo ver.
¡Cuánto, cuánto padecí
Por no conoceros ¡Dios!
Y vos entre tanto, vos,
¡Llorando también por mí!
Ah! ya me tenéis aquí:
Apenas mi dicha creo!
¡Oh madre! os escucho, os veo,
¡En vuestros brazos estoy!
Ya soy feliz, ¡ya lo soy!
¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,
A mi pecho, al mismo Dios,
Yo preguntaba por vos,
Devorado de tristeza:
¡Ay! en este instante empieza
Mi existencia, mi alegría....

Arab.— (Con transporte vivísimo)
¡Hijo!....

Alb.— ¡Madre!.... hermoso día!
Mil veces "hijo" llamadme!
Venid, todos, abrazadme:
Padre.... Isabel... Madre mía!

(Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.



A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón Pacheco, dedica el autor este ensayo cómico.

PERSONAJES.

DON TIMOTEO.
Da. SERAPIA.
LEONOR.
MARIA.
CLARA.
DON CARLOS.
DON JUAN.
DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la casa de Don Timoteo.



ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

D. TIMOTEO, Da. SERAPIA (de gala.)

D. Tim.—Vaya, Serapia, estás hoy
Muy elegante; ¡qué bello!
¡Qué rico vestido! ¡diablo!
Si no fuera por tu pelo
Un poco blanco, y las rugas
De tus mejillas, apuesto
Que ninguno te daría
Más de treinta y cinco.
Da. Ser.— ¿Cierto?
¿Con que no parezco mal?
D. Tim.—¿Cómo mal? si poco menos
Estás hoy como aquel día
Que nos casamos: me acuerdo
Como si fuera hoy.

Da. Ser.— Con todo,
Treinta y dos años y medio
Hace que pasó.
D. Tim.— Es verdad,
¡Qué pronto se pasa el tiempo!
Da. Ser.—¡Y qué tiempos!
D. Tim.— Muy felices;
No se parecen á éstos:
¡Ay! hija, por más que digan
Los pisaverdes modernos,
Aquello era mucho, ¡mucho!
¿Te acuerdas con qué salero
Bailabas una "gavota?"
Da. Ser.—Y tú también, picaruelo,
Aquel "minuet de la corte."
D. Tim.—Y el "calafat."
Da. Ser.— Y el bolero.
D. Tim.—No; pero nada, Serapia,
Como el "campestre:" me acuerdo
Que estaba yo como tonto,
Mirando tus movimientos:
Desde la primera parte,
Sentí dentro de mi pecho
Cierta inquietud.... cierta cosa...
Lo que llaman los modernos
Simpatía; pero ¡vaya!
Cuando hizo tu pie derecho
Aquel molinete, entonces
Se me trastornó el cerebro.
¡Ay! ¡y qué noche me diste!
En toda ella estuve viendo
Tus pies en mi fantasía;

Y era tan grande el empeño
De recordarlos, que dije
Al punto á mi cocinero,
Que me guisara á otro día
Unas patitas de puerco.

a. Ser.—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Tim.— Te ríes,
Y con razón, lo confieso,
Si digo que estaba loco,
Loco de remate, y luego
Con tus desdenes malditos
Me hacías rabiar.

a. Ser.— Lo creo,
Me amabas mucho, me amabas
Como se amaba en mi tiempo:
Y yo también te quería;
¿Pero, cómo luego luego
Lo había de confesar?
No, señor.

Tim.— ¡Oh! no, primero
Era preciso pasar
Unas noches al sereno,
¿No es verdad?

a. Ser.— ¡Cabal! Ahora
Todo es más pronto.

Tim.— Se han hecho
Muchos progresos en todo;
Llega un jovencillo lleno
De perfumes; media hora
De charla, suspiros tiernos,
Semblante triste; en la tarde
Una vuelta en el paseo

Junto al coche de la niña:
En la noche algún encuentro
En las "cadenas" ó el teatro:
Si un cómico dice un verso
Que hable de amor, al instante
El rendido caballero
Dirige ardiente la vista
Al palco, como diciendo:
"Esa Julieta, eres tú,
Y yo soy ese Romeo."
Con esto queda concluído
El asunto, y de concierto
Los amantes. A otro dia
Lleva el joven algún verso
A la novia: poco importa
El que sea suyo ó ageno:
Cambia el nombre si es preciso,
En vez de "Silvia," poniendo
Anastasia, porque al cabo,
Dos sílabas más ó menos
Poco importan; la substancia
Es lo esencial.

Da. Ser.— ¡Por supuesto!

D. Tim.—Por fortuna en estos dias
Hace todo el mundo versos.

Da. Ser.—Pero no en latín.

D. Tim.— ¿Latin?
¡Pues estás fresca! yo apuesto
Que no saben declinar
"A Musa Musae."

Da. Ser.— Ya; pero....

D. Tim.—Pero saben italiano,
Francés, inglés.

Da. Ser.— Mas no griego
Como en mis días.
D. Tim.— Serapia,
Para mí es un mundo nuevo
En el que vivimos hoy;
Ya ves, hasta el coliseo
Ha cambiado: ya no agradan
Las comedias de aquel tiempo:
Juana la Rabicortona,
El Mágico de Salerno,
La Fuente de la Judía.
El Príncipe Jardinero.
Estos eran comediones
Divertidos.
Da. Ser.— Y muy buenos,
Y muy morales.
D. Tim.— ¡Caramba
Si eran morales! me acuerdo
Que una vez salí llorando
Como chico de colegio,
De ver á San Agustín
Quedar convertido.
Da. Ser.— En ciervo....
D. Tim.—Qué ciervo, ni qué....
Da. Ser.— Es verdad,
Tienes razón, ya me acuerdo,
Es en santa Genoveva
Lo del venado. Ya eso
Acabó, y las tonadillas
Que llamaban "intermedios."
Hoy está en boga un tal Fugo.
D. Tim.—Hugo dirás.

Da. Ser.— ¿Yo qué entiendo
De esos nombres que no están
En el calendario nuestro?
Hasta en eso entró la moda:
A nadie le ponen Diego,
Ni Jacinto, ni Macario,
Ni Roque, ni Timoteo;
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;
En fin, santos extranjeros
Que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
A los nuestros, que por fin
Son ya conocidos viejos,
Y el refrán dice: "Más vale
Malo conocido, que bueno
Por conocer."
D. Tim.— Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿Qué disparates ensartas?
Da. Ser.— (Aflojándose el vestido)
¿Pues qué, digo mal? El cielo
Sabe mi intención. ¡Dios mío!
¡Y qué traje tan molesto
Es el vestido de gala!
Sólo por ser, Timoteo,
Día de tu santo, pude
Apretarme tanto.
D. Tim.— Cierto;
¿Y piensas tú, mona mía,
Que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo

De esposas: tengo tal gusto,
Que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el día
En que se van mis deseos
A colmar, con la elección
Que haga Juanito. Yo creo
Que la gusta más Leonor,
Que las otras dos.

Da. Ser.— Yo pienso
Lo mismo; no, y la muchacha
Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto.
Pobrecilla!

Da. Ser.— ¿Y Don Antonio
Vendrá á comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Da. Ser.—Aquí viene ya.

ESCENA II.

Dichos, DON ANTONIO.

D. Ant.— ¡Oh! vecina,
¿Pues qué tenemos de bueno
Que está usted tan adornada?

Da. Ser.—Que diga á usted Timoteo
El motivo: yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre: ya usted sabe
Que para esto del aseo
De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo: no quiero

¿Que se molesten mis hijas,
A quienes ha dado el cielo
Inclinaciones más altas.

D. Ant.— (Con ironia.)
Es verdad.

Da. Ser.— Pues hasta luego.

(Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.)

ESCENA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.—¡Pobre Serapia! está loca
Con las muchachas, y cierto
Tiene razón: cada una
Es en verdad un portento.
Mariquita toca, canta,
Baila; en fin, es un modelo
De perfección: ágil, viva,
Siempre de broma y riendo.
Clara, por distinto estilo....
¡Ah! Don Antonio, el talento
De mi Clara es mucha cosa:
Ya ve usted, siempre leyendo
Periódicos literarios
Y políticos: apuesto
Que sabe más ella sola,
Que tres ministros.

D. Ant.— (Riendo.)
En eso
No hay mucha ponderación,

Amigo Don Timoteo.
Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?
¡Oh! Leonor es mucho cuento:
¡Qué corazón tan sensible,
Tan encendido, tan tierno!
¡De cualquiera cosa llora!
Antes de ayer, por ejemplo,
Estaba triste, bajando
Los ojos cada momento:
Otras veces los alzaba
Fijándolos en el cielo;
Y por fin, la pobrecilla
Se puso á llorar: yo lleno
De inquietud.....

D. Ant.— (Con ironía.)
Ya, como padre!

D. Tim.—Yo le pregunté el objeto
De sus penas, y me dijo:
"¡Oh padre mío, yo muero
"De dolor! la pobre Clara.....
—¡Qué! le dije muy inquieto,
¿Le ha sucedido á tu hermana
Alguna cosa? Volemos
A verla. "No, padre mío,
"Me respondió, nada de eso,
"No hablo de Clara mi hermana,
"Clara de Alva... ¡Qué tormento
"Pasó la infeliz! ¡Qué lucha
"Sostuvo entre sus afectos
"Y su deber!"

D. Ant.— ¿Con que todo
Su dolor y desconsuelo

Era por haber leído
Una novela? ¡muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
A qué se reduce el cuento
De ese libro?
D. Tim.— No, señor;
Pero dicen que es muy bueno.
D. Ant.—¡Oh, sí muy bueno! Se trata
De una joven, que algún tiempo
Resistir supo á un amante;
Pero como el bribonzuelo
Era tenaz, ella en uno
De aquellos fuertes momentos.
De ternura, faltó al cabo
Al marido.
D. Tim.— ¡Diablo!
D. Ant.— Pero
Eso sí, no faltó en nada
A la virtud.
D. Tim.— No lo entiendo:
Sin faltar á la virtud
Hacer á un hombre... ¡San Diego
Nos preserve!
D. Ant.— Pero, amigo,
Si fué tan sólo un momento
De extravío.
D. Tim.— Con mil diablos,
¿Pues qué no basta con eso?
D. Ant.—No, señor, porque fué todo
Sin mala intención.
D. Tim.— Reniego
De su intención.

Ant.— Pues, amigo.
Todo esto ni más ni menos
Dice la tal novelita.
Sabe usted, Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted: yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.
Tim.— Bueno, bueno;
Siempre está usted con lo mismo.
Ant.—Sí, señor, siempre: el afecto
Que profeso á usted me hace
Hablarle así.
Tim.— Según eso,
¿Usted quiere que sofoque
De mis hijas los talentos?
¿Que laven, cosan ó planchen,
Estén siempre en el brasero,
Disponiendo la comida,
Y, en fin, que tengan empleo
De criadas?
Ant.— No, señor;
Pero que sepan al menos
Aquellas obligaciones
Que son propias de su sexo.
La música, la pintura,
El baile, todo es muy bueno,
Y sirve á una señorita
De atractivo y de recreo:
Pero, amigo, todo es malo
Cuando se lleva al exceso.
Tim.—Muy bien: agradezco mucho

Tan saludables consejos;
Mas yo tengo mis razones:
Conque así, no disputemos;
Supongo que esto no turba
Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:
Mi cariño es siempre el mismo;
Yo digo á usted lo que pienso;
Pero sólo á usted le toca
Hacer lo que quiera en esto.

D. Tim.—Bien está: pues á otra cosa:
¿Usted, según lo que veo,
No sabe por qué motivo
Estamos hoy previniendo
Una fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.—Pues, Don Antonio, yo debo
Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.—¿Cómo por qué? usted ha puesto
En olvido que hoy es día
De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:
No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien,
Ya lo sabe usted, y cuento
Que nos acompañará
Á comer hoy.

D. Ant.— Lo agradezco.

D. Tim.—Bueno; pues no esto sólo:
Tome usted ahora un asiento,
Y oiga el principal motivo

De mi gozo. En otro tiempo,
(Se sientan)
Cerca de seis meses antes
De casarme, me vi lleno
De miseria, joven, libre,
Sin algún conocimiento
Del mundo, sin un amigo
Que me mostrara el sendero
De la dicha, y entregado
A juveniles excesos,
Agoté cuantos recursos
Me habían dejado, muriendo,
Mis padres; contraje deudas,
Y, por fin, llegué al extremo
De no tener un asilo,
Ni aun el preciso sustento.
Los amigos, que algún día
Eran siempre compañeros
De mis vicios y locuras,
Que mientras tuve dinero
Solícitos me seguían,
Mis errores aplaudiendo,
Viéndome pobre, abatido,
Y sin recursos, se fueron
Retirando, y quedé solo,
De rabia y vergüenza lleno.
En medio de mi desgracia,
Me quiso mandar el cielo
Un hombre, ó más bien un ángel,
Porque tal era Don Pedro
De Miranda, rico, noble,
Con un corazón dispuesto

A hacer bien á todo el mundo:
Este amigo de colegio,
Que mil y mil ocasiones
Me reprendió mis excesos,
Viéndome luego abatido,
Me auxilió, me dió los medios
Para salir del apuro;
Y no tan sólo le debo
La riqueza que hoy disfruto,
Sino la vida.... no puedo
Recordar sus beneficios
Sin llorar.

D. Ant.— Bueno ¡muy bueno!
Esas lágrimas, que pocos
Derraman, Don Timoteo,
Honran á usted. En verdad,
(Aparte.)
Es lástima que los cielos
Como le han dado virtudes
No le den entendimiento.

D. Tim.—En aquellos mismos días,
Tuve una fiebre, y Don Pedro,
Siempre al lado de mi cama,
Siempre de ternura lleno,
Me sacó, como quien dice,
Del sepulcro.

D. Ant.— Bien, ¿y luego?

D. Tim.—Tuvo que marchar á Europa
Por asuntos de comercio.
Nos despedimos llorando,
Mas no pasaba un correo
Sin recibir carta suya

Y escribirle yo. Don Pedro
Era viudo y tenía un hijo
Que llevó á Europa. A su seno
Llamó, en fin, Dios á mi amigo,
Y durante mucho tiempo
No supe del hijo suyo
La suerte: hará mes y medio
Que él mismo vino á mi casa
A visitarme, diciendo
Que al morir su anciano padre,
Le encargó que en el momento
Que pusiera el pie en su patria
Viniera á verme: no tengo
Que decir á usted el gozo
Que tuve al punto de verlo,
Y lo he alojado en mi casa;
Juanito, á quien tanto aprecio
Tiene usted, ese es el hijo
De mi amigo.

Ant.— Y un modelo
De honradez: no se parece
A su tonto compañero,
Al Don Carlitos. ¡Caramba!
Jamás he visto un muñeco
Más fastidioso!

Tim.— Yo al punto
Concebí el mejor proyecto
Que me ha ocurrido en mi vida,
Para pagar lo que debo
Al padre de Juan, y dije
A nuestro joven: yo tengo
Tres hijas, elige una

Para esposa, y heredero
De una parte de mis bienes
Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento;
Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo
Que era preciso primero
Conocer bien á mis hijas;
Mas no me bastó con eso,
Y señalamos un plazo
Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno:
¿Y cuándo se cumple?

D. Tim.— Hoy mismo,
Que es mi santo.

D. Ant.— Pues veremos
Lo que resulta.

D. Tim.— (Levantándose.)
Ya tarda
En llegar.

D Ant.— ¿Y el embustero
De Don Carlitos vendrá
Con Don Juan?

D. Tim.— Así lo creo.

D. Ant.—Pues no cuente usted conmigo
Para comer hoy: no puedo
Sufrir á ese charlatán.
Sin cesar está mintiendo:
A título de que ha visto
A París, todo lo nuestro
Le disgusta, todo es malo
Para él, si no es extranjero.

Criticar siempre de todo
En su país, es un efecto
De una educación muy baja:
Si no encuentra nada bueno
En su patria, debería
Por gratitud, por afecto,
Callarse, disimular,
Y compadecerla: cierto
Que tenemos cosas malas,
A mi pesar lo confieso:
Pero ¿qué nación, amigo,
Hay que no tenga defectos?
No; yo soy muy mexicano.

Tim.—Pero, D. Antonio, al menos
Haga usted el sacrificio
Siquiera por hoy: sí, cuento
Con usted: por un amigo
Se pasa un mal rato.

Ant.— Cedo
Por usted; pero repito
Que soy muy duro de genio;
Y aunque quiera reprimirme,
No sé si podré.

(Ruido de coche.)

Car.— (Dentro.)
Cocheros
Más tontos que los de aquí
No se encuentran.

Ant.— Ya tenemos
Al charlatán en campaña:
Yo me voy por allá dentro
Al corredor, y me iría,

Por no verlo, al mismo infierno.
Llevaré algún diario.
D. Tim.— ¡Ya!
Como usted guste.
D. Ant.— Hasta luego.
(Vase, tomando de sobre la mesa un papel)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

D. Juan.— (A D. Timoteo.)
Muy buenos días, amigo.
D. Carlos.—(Al mismo, apretándole la mano).
Adiós, caro, ¿cómo va?
Ya nos tiene usted acá.
D. Tim.—Me alegro mucho.
D. Carlos.— ¡Testigo
Voy á ser de la ventura
De mi Juan, ¡dulce amistad!
(A. Don Juan).
Pero vamos, la verdad,
¿Quién ha de ser la futura?
¡Vive Dios, que Leonorcilla
Es la que más te ha petado!
Oh! ¿te pones colorado?
Pues la cosa es muy sencilla,
Sí: me gusta la elección;
Parece una Parisiense:
No es menester que lo piense,
Tengo gran penetración:

Es ella ¿es verdad? es ella;
Si lo dije el primer día:
Aquella melancolía,
Aquel aire ¡cómo es bella!
En fin, es una mujer
"Comme il faut;" tan sólo en Francia
Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:
Sé lo bueno conocer:
Sólo en la fisonomía
Adivino si una hermosa
Es afable ó desdeñosa,
Si es un ángel ó una harpía.
Miren ustedes: yo ví
Allá en la plaza de Greve,
Una hermosura, y muy breve
Su carácter descubrí:
Bajo un hermoso semblante
Ocultaba un corazón
"Tres méchant," era un dragón.

D. Tim.—No pase usted adelante,
Sin que se sirva decirme
Qué es eso de "tres mechant."

D. Carlos.—Vaya, si lo he dicho, Juan,
Yo no puedo discurrir
Por un momento siquiera
Sin hablar francés ¡qué diablo!
Es tan bello! yo lo hablo
Sin advertir, con cualquiera.
El idioma castellano
Es tan helado, tan frío:
(A D. Juan.)
Diera un brazo, amigo mío,

Por ser francés ó britano.

D. Tim.—Pero el "tres mechant," por fin,
¿Qué significa?
D. Carlos.— Un "fripon."
D. Tim.—Menos lo entiendo.
D. Carlos.— Un bribón,
Un hombre bajo y ruin.
D. Tim.—Lo voy comprendiendo ya.
D. Carlos.—Mas ¿dónde están las hermo- (sas?
¿En su "toilette?"
D. Tim.— En sus cosas
Que tienen ellas allá.
D. Carlos.—¡Sus cosas! Don Timoteo,
Ese es lenguaje muy llano.
D. Tim.—Hablo mal el castellano,
Pero se entiende.
D. Carlos.— Lo creo.
(A Don Juan, que se ha sentado hace algún rato á leer los impresos.)
¿Y cuál es ese papel?
D. Juan.—Es el Diario de gobierno.
D. Carlos.—¡Vaya el tal Diario al infierno!
Si fuera el "Universel."
(A D. Timoteo.)
Ese es bueno: ya se ve...
¿Y me quiere usted decir
Quién lo da? Voy á escribir
Un poco de "varietés."
D. Tim.—¿Quién lo da? el repartidor:
Y no lo da, que le vende.
D. Carlos.—Amigo, usted no me entiende:

Que ¿quién es el redactor?
D. Tim.—¡Ah! no lo sé.
D. Carlos.— (Hojeando los papales.)
¿Y está aquí?
D. Tim.—¿Para qué pagar su abono
Si no lo entiendo?
D. Carlos.— Por tono.
¿Va usted á la ópera?
D. Tim.— Sí.
D. Carlos.—Entonces hace usted mal,
Si el italiano no entiende.
D. Tim.—Fácilmente se comprende.
D. Carlos.—Bravo! y que es universal!
De la música el idioma:
¡Cuánto me agrada Rossini!
Pero es más tierno Bellini,
Más "tocante:" yo ví en Roma,
No, no en Roma, fué en Milán.
Ví "Pirata," ví "Extranjera:"
¡Oh, qué hermosas! Creo que era
Por la fiesta de San Juan.
¡Cabalmente! Pero nada
Como "Norma" ¡qué belleza!
Habla allí naturaleza.
D. Juan.— (Aparte.)
¡El tal Carlos ya me enfada!
¡Qué loco tan hablador!
D. Tim.— (Aparte.)
¡Qué joven tan estupendo!
¡Según lo poco que entiendo,
Es alhaja de valor!
Si pudiera colocar
A Mariquita con él....

D. Carlos.— (A D. Juan.)
Hombre, deja tu papel,
Y acércate á conversar.
Me maravillo que en d.a
Para tí de tal contento
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía:
Vamos, hombre, ven aquí.
¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!
D. Juan.—Si no dejas meter baza.
D. Carlos.—Pues no hagas caso de mí.
Yo soy completo francés,
Alegre, vivo, ligero:
¡Vaya! Si no hablo, me muero.
D. Juan.—Habla cuanto quieras, pues.
D. Carlos.—¿Y esta noche qué comedia
En el teatro darán?
¡A que nos encajarán
Una clásica tragedia!
¡Vaya! no se puede estar
En el teatro, ¡qué feo!
No parece coliseo,
Sino viejo palomar.
No se encuentra una nación
Más que México atrasada:
Da vergüenza: aquí no hay nada:
Ni gusto, ni ilustración,
Ni ornato, ni policía,
Ni finura, ni alegría,
Ni hermosura, ni elegancia;
Repito que sólo en Francia
Se vive con alegría.
En las "soirées" ¡qué finura!

¡Qué dulce afabilidad!
¡Cuánta sensibilidad!
¡Cuánta graciosa locura!
El amable aturdimiento,
El entusiasmo, el bullicio,
Vaya! si yo pierdo el juicio
(Mirando adentro.)
Al verme aquí ¡qué tormento!
¿Mas no es aquella Leonor?
No hay duda que es ella, sí;
Juanito, ya viene allí
El objeto de tu amor.
¿No sientes un dulce afán?
¡Qué elegante! ¡Qué bonita!
¿Tu corazón no palpita?
Eres un clásico, Juan.
Eres hijo del país,
No, no lo puedes negar.

D. Juan.— (Parándose.)
Ni tampoco remediar.

D. Carlos.—Para amar sólo en París;
Allí sí se estudia el modo
Hasta de poner el pie,
Los ojos, la boca, ¡qué!
Por principios se hace todo.
Ven, y mírala, entregada
Toda entera á la lectura:
¡Cuánto es bella una hermosura
Distraída, abandonada!

D. Tim.—Siempre usted la verá así,
No conoce otro placer.

D. Carlos.—Divina, "charmante" mujer.
¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

Dichos, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa deja el libro y representa.)

Leo.—¡Ha muerto, ha muerto el mísero
Joven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡Ay! ese pecho cándido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡Oh, vida de dolor!
¡Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mío:
Yo tu destino impío
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.)

D. Carlos.—¡Qué pecho tan simpático.
D. Tim.—Sí, es muy sensible, mucho.
Hija....
Leo.— ¡Qué voz escucho!

¡Oh padre! ¿Dónde estoy?
Mirad... Su rostro pálido:
Oíd.... ese sonido.....
¡Ha muerto! ¡Está perdido!

D. Tim.—Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡mísera!
Su corazón palpita.
¡Paloma!

D. Carlos.— ¡Señorita!

D. Tim.— (A D. Juan.)
Háblale tú.

D. Juan.— ¡Leonor!

D. Carlos.—¡Leonor! ¡Qué hombre tan (frígido!
¡Qué pecho tan helado!
Dile á sus pies postrado:
(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)
"¡Mi bien! ¡Mi dulce amor!"

Leo.—Levantándose y empujando á Don Carlos.)
Dejadme, dejadme,
¿Y es ésta la vida,
Tormentos, horrores,
Continuo penar?
¿Y el hombre se afana
Por ella? ¡Insensato!
Más vale á la tumba
Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mía,
(Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.)
La voz de tu padre.

Leo.— (Sosegándose.)
¡Oh, padre! ¿Y es cierto?
¿Fué todo ilusión?
D. Carlos.—Ya vuelve en su acuerdo:
¡Miradla qué hermosa!
(A D. Juan.)
Acércate, calma
Su fiel corazón.
¿No sientes tu pecho
Saltar de ternura?
D. Juan.— No.
D. Carlos.—¿No? Eres un mármol,
Palabra de honor.
Leo.—¡Oh, padre! perdona:
La historia de Werter
Mi pecho ha llenado
De horrible dolor,
¡Tan joven! ¡tan tierno!
¡Tan bello! ¡tan fino!
¡Qué suerte tan fiera!
D. Tim—Olvida eso ya.
D. Carlos.—Amable belleza,
Aquí está Juanito;
Miradle qué triste,
Qué pálido está!
Leo.— (Tendiéndole la mano.)
Amigo.
D. Juan.— ¿Ha pasado
El rato funesto?
Leo.—¡Oh! sí, ya ha pasado.
D. Tim.—Ya vuelve á reir.
D. Juan.—¿Y por qué leer libros
Que dan á usted pena?

Leo.—Amigo, sin ellos
No puedo vivir.
El siglo en que estamos
Carece de encantos:
Pasiones comunes
Miramos no más:
¡Mil veces felices
Los seres dichosos,
Que vieron el mundo
Mil años atrás!
Entonces, entonces
Un buen caballero,
Cifraba su dicha
Tan sólo en amar:
La voz de una amada
Mandaba en su vida,
Sabiendo por ella
La muerte arrostrar.
Diez años ó veinte
Pasaban sin verse,
Y no se entibiaba
Por eso su amor.
D. Carlos.—¡Terrible constancia!
Leo.—¡No se halla en el día!
D. Carlos.—¿Dos meses? que pase....
Leo.—¿Dos meses? ¡qué horror!
No, yo no quiero
La vida presente;
¡Helada existencia!
¡Funesto vivir!
Yo encuentro en mis libros
Un mundo más bello.

¡Oh, Werter! yo débo
Contigo morir!
D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!
¡Qué dices, muchacha!
¿Y á un padre que te ama
Quisieras dejar?
Leo.—¡Oh, padre! bajemos
Los dos á la tumba!
D. Carlos.—¡Bien dicho!
D. Tim.— ¡Mal dicho!
No quiero bajar.
Es cierto que á veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte,
Es mucho peor.
Leo.—¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.
D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.
D. Carlos.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un "pistolet."
Lo carga, y al punto
Del pícaro mundo
Se va "sans facon."
¡Oh! no hay como Francia,

Se vive contento,
Contento se muere!
Leo.—¡ Dichosa nación!
D. Tim.—Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿ Y usted, Don Carlitos?
D. Carlos.—¡ Oh! yo por mi fe,
Os juro que sólo
En ésta no he entrado.
D. Juan.—¿ De veras? (Riendo).
D. Carlos.— Te digo
Que no me maté.
No hablemos más de esto;
De amores, de gozo,
En día tan bello
Debemos hablar.
María.— (Dentro.)
Muchacha, mis flores.
D. Carlos.— (Cantando.)
"Cual voce io sento
De goia é di espeme
Mio sen palpitar."
D. Tim.— (Aplaudiendo)
Muy bien, Don Carlitos.
D. Juan.—De risa me muero.
Leo.—Dichosos ustedes
Que pueden reir.
D. Tim.— (A Leonor)
Aliéntate, vamos.
Leo.—No puedo, no puedo:
Mis nervios padecen,
Me siento morir.

D. Tim.—Pues ve con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llevadla al jardín.
D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
Iremos.
D. Tim.— Despacio.
D. Juan.— (Aparte).
¡El cielo me ampare!
Leo.—Adiós, padre amado.
D. Tim.—Adiós, serafín.
Leo.—Adiós, Don Carlitos.
D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir andando; aparte.)
Adio, cara. Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.
D. Juan.— (Aparte á Carlos.)
Si llora por Werter.
D. Carlos.—Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

D. Carlos.—¡Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza:
¡No respira, qué pureza!
!No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en París?
D. Tim.—No, señor.
D. Carlos.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portento...
¡Oh, la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en París!
¡Cómo se infalma el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río,
¿Amores yo, y á mi edad?
D. Carlos.—Pues es la pura verdad.
D. Tim.—¿Cierto?
D. Carlos.— Palabra de honor.
D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas...
D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera...
Aun aquí que es buen decir.
D. Tim.—¿Y mis arrugas?
D. Carlos.— También.
Las quitan allí al momento.
D. Tim.—Será por encantamiento.
D. Carlos.—No, señor.
D. Tim.— Quiero reir...

¿Con que es decir que en París
Entra un achacoso anciano
Y sale un mozo lozano
¿Lleno de gracia?

D. Carlos.— Cabal.

D. Tim.—Pues, amigo, digo á usted,
Que ha llegado á mucho el arte.

D. Carlos.—No hay en el cuerpo una parte
Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?....
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.

D. Tim.—¿Y las rugas?

D. Carlos.— Un licor
Hace rejuvenecer.

D. Tim.—¡Hay qué gozo! ¡qué placer!
Pues, señor, me voy allá.

D. Carlos.—¡Bravo! un hombre como us-
(ted,
Que tiene tanto dinero,
Es un tonto, un majadero,
Si no hace un viaje.

D. Tim.— Es verdad;
Pero á la mar tengo miedo.

D. Carlos.—¡Tontera! ¿Ve usted aquí
Cómo ando yo? pues allí
Hay mayor seguridad.

(Aparte.)

(Ojalá caiga este tonto,
A ver si me voy con él
Y hago un brillante papel).

D. Tim.—Me voy animando á ir.
D. Carlos.—Bien hecho, amigo, bien he-
(cho;
Pasará usted buena vida.
(Aparte.)
(Para que al fin se decida,
Voy á charlar y mentir.)
Verá usted, Don Timoteo,
Qué calles tan espaciosas,
Todos los pisos de losas
De mármol.
D. Tim.— ¡Cuánto primor!
D. Carlos.—Hay algunas que tendrán
Cuatro leguas.
D. Tim.— ¡Qué! ¿las losas?
D. Carlos.—No, las calles. ¡Y qué hermo-
(sas!
En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial:
Teatros hay en que sin duda
Podrán caber dos millones.
D. Tim.—¡Santo Dios! y qué pulmones
De los cómicos!
D. Carlos.— No tal,
Que cualquiera voz se escucha
Por todos perfectamente.
D. Tim.—¿Y cómo?
D. Carlos.— Muy fácilmente,
Por medio de un tornavoz.

D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos
Será preciso un anteojo?
D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo
Ve sin él.
D. Tim.— ¡Válgame Dios!
¿Y cómo?
D. Carlos.—Hay ciertos espejos...
Puestos de cierta manera,
Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicación:
Todo es por máquina, todo.
D. Tim.—¡Qué malditos extranjeros!
Si creyera en hechiceros,
Dijera que ellos lo son.
D. Carlos.— (Aparte.)
A fe mía no encontraba
Cómo salir del apuro.
(Alto.)
Amigo, yo os aseguro
Que hay muchísimo que ver:
Allí dinero es el todo:
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.
D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito
Nada de esto me contaba.
D. Carlos.— (Aparte.)
¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!
D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto,
Me voy á Francia, me voy.
D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

D. Tim.—Si usted también ha de ir.
D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted
Un "cicerone."
D. Tim.— ¿Qué?
D. Carlos.— Un guía.
D. Tim.—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.
D. Carlos.— (Aparte.)
Ya cayó en la ratonera.
D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.
D. Carlos.—¿Y cuándo?
D. Tim.— Ya, ya veremos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito....
Veinte años.
D. Carlos.— (Aparte.
¡Viejo maldito
¡Si los pensará vivir!
D. Tim.—Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.
D. Carlos.— (Aparte.
Pues, señor, bien he quedado
Después de tanto mentir.
(Se oye cantar dentro á Mariquita.)
D. Tim.—Ya viene allí Mariquita:
¿Oye usted? siempre cantando,
Nunca la he visto llorando;
Tiene un bello corazón.
Dejo á usted quien le acompañe,
Yo me voy con D. Antonio.
(Se va.)

D. Carlos.—"Bien, tres bien." ¡Anda al
(demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno;
He aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos, y va derecha á un tocador que habrá al frente, á componerse el peinado.)

María.—Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
"Sí, Mariquita es muy bella."
Dirán muchos elegantes
"Parece luciente estrella,
¡Que! si no hay otra como ella."
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria....
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda como avergonzada.)
¡Ay, Dios!
D. Carlos.— ¿Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?
María.—¡Ah! ¿que estaba usted aquí?
D. Carlos.—Contemplando esa hermosura
María.—¿Y me ha escuchado usted?
D. Carlos.— Sí,
Mas no tema usted de mí,
Encantadora criatura.
María.—¡Oh! yo hablaba necedades:
Cosas que en verdad no siento.
D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.
María.—No, D. Carlos, vaciedades,
De que después me arrepiento.
D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,
Por mi propio corazón,
Que no puedo adivinar
Cómo es posible encontrar
Tal gracia en esta nación.
Casi, casi voy amando
A este mísero país:
Estoy á usted contemplando,
Y en ese rostro mirando

Un destello de París.
Dejadme, ninfa del Sena,
Contemplar tanta beldad,
Esa frente tan serena.
Que brilla cual luna llena
De apacible claridad.
"Radiante," encantadora,
De gracia y beldad modelo,
¿Quién te mira y no te adora?
¿Eres Venus, ó eres Flora;
O más bien ángel del cielo?
María.—Soy sólo una mexicana.
D. Carlos.—¡Imposible! ¡No es verdad!
Eres francesa, italiana,
O siquiera de la Habana;
Pero no de esta ciudad.
María.—Pues....
D. Carlos.— No me hables castellano.
Destruyendo la ilusión;
Ese rostro soberano
No puede ser mexicano,
Lo dice mi corazón.
María.— (Enfadada.)
Buen modo de enamorar,
¡Despreciar mi patria así!
D. Carlos.— (Sumiso.)
Dígnese usted perdonar;
¡Es tan difícil hallar
Una cosa buena aquí!
María.—Pues abierto está el camino,
¡Qué pesado y qué tenaz!
Llene usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;
Déjenos usted en paz;
Si usted no está bien hallado
En el suelo en que nació,
Vaya usted al otro lado,
Que un galán almibarado,
No es mucha pérdida, no.
¿Conque quiere usted decir
Que aquí no hay una hermosura?
¿Y esto se puede sufrir?

D. Carlos.—Mas dígnese usted oir...

María.—¡Pues alabo la finura!
¿Y allá aprendió usted á ser
Tan galán? (Ríe) risa me da.

D. Carlos.— (Aparte.)
¡Oh! ¡qué maldita mujer!
Todo se ha echado á perder;
Mas todo se compondrá.
Vamos, vamos, señorita, (Alto.)
He cometido un error;
Mas una joven bonita
Perdona; sí, Mariquita,
Calme usted ese furor.
¿Con quién comprar es dado
Esa gracia, esa belleza,
Ese pie tan delicado,
Ese talle torneado,
Esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreirse, arrimándose al espejo.)

María.—¡Oh! pues hoy estoy muy mal,
Lo juro á fe de María.

D. Carlos.— (Animado)
Está usted.... angelical,
Adorable amiga mia.
María.— (En el espejo.)
Mas ¿no ve usted? esta flor
Está muy mal, ¡qué desgracia!
D. Carlos.—Mariquita, es un error ;
Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.
¡Y ese rizo tan hermoso!....
María.—El rizo está pasadero...
D. Carlos.—¡Oh! muy bello, muy gracio-
(so,
Todo, todo es delicioso.
María.—El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar:
(Mostrando los pies.)
Aquí caben mis dos pies;
Si casi no puedo andar,
¡Oh! y usted se va á admirar:
El zapatero es francés!
D. Carlos.—¡Vaya! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazón me palpita;
Esa boca tan bonita
Hable sólo del amor.
María.—Pero si no soy francesa.
D. Carlos.—Pero es usted mexicana.
María.—Es decir, tonta
D. Carlos.— ¡Traviesa!
¡Si ya digo que me pesa!
Es usted muy inhumana.

María.— (Al espejo.)
¡Oh, qué traje tan mal hecho!
Me hace desairado el talle.
D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho.
Palpitará más de un pecho
Al ver su elegancia.
María.— ¡Calle!
¿Con que más allá del mar,
Según lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular?
D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo;
¿Cree usted que es adulación?
Consulte usted á su espejo,
Verá que tengo razón:
Sólo por moderación
Otras alabanzas dejo.
Vaya, brillante hermosura,
Pues hemos hecho la paz,
Colme usted ya mi ventura,
Oiga de esa boca pura
Un "sí."
María.— ¡Y es usted tenaz!
D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea,
Cuando su rostro he mirado?
¡Ojalá fuera usted fea!
María.—¡Gracias! ¿habrá quien lo crea?
D. Carlos.—Yo estuviera sosegado,
Pero su rostro divino,
Esos ojos brilladores,
(Tomándole una mano.)
¡Ay! este cutis tan fino

Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores.
(Postrándose.)
Míreme usted á sus pies,
Alivie usted mi dolor.
María. (Riendo.)
¡ Bravo! ¡ gracioso francés!
¿A una mexicana?
D. Carlos.— Es
El ídolo de mi amor;
Deme usted por Dios el "sí,"
O de pena moriré:
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.
María.—Amigo... lo pensaré.
D. Carlos.—¡ Oh, qué respuesta tan fría
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazón doliente.
María.—Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.
D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:
¿Me verá usted padecer
Sin piedad? joven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.
María.—No.
D. Carlos.— Pues el octavo.
María.— No.
D. Carlos.—¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

María.— (Queriéndose levantar)
¿No me quiere usted dejar?
Clara.— (Dentro.)
Blasa.
D. Carlos.— Perdí la ocasión;
Pero mientras vuelvo á hallar,
Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazón.
(Quita á María un anillo de brillantes del dedo.)

ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:
¿Sabe usted algo de nuevo?
¿Qué noticas corren hoy?
¿Se ha ocupado el ministerio?
¿Esa "pauta de comisos"
Se aprobó ya?
D. Carlos.— Nunca leo
Periódicos mexicanos.
Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria: ¡venturosos
Fueran entonces los pueblos!
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancla en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustración.

D. Carlos.— Por supuesto.
Clara.—Pensaba yo redactar
Un periódico.
D. Carlos.— ¡Muy bueno!
Y el artículo de modas
Desempeñarlo prometo.
Clara.—¿Qué modas, amigo mío?
Si justamente pretendo
Criticar eso: si rabio
De ver nuestros diarios llenos
De vaciedades: ocupan
Una columnita, ó menos,
En el asunto importante,
Y lo demás en dicterios,
En insultos insufribles,
En avisos, y algún verso
Tan helado como inútil.
No, señor, no es ese el medio
De ilustrar á los mortales:
Si copian, copien al menos
A Juan, Jacobo, á Segur,
A Vattel, á algunos de estos
Cuyas magníficas plumas
Han escrito tanto bueno.
Esto sirviera de mucho,
O proponer al congreso
Alguna ley importante,
O hablar algo sobre fueros,
O los códigos antiguos
Arreglar, como el "Digesto."
D. Carlos.—Me indigesta esa palabra.
Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,

Es un cuerpo muy antiguo.
D. Carlos.—Que lo lleven al Museo.
Clara.—"Sed fugit interea, fugit"
"Irreparabile tempo."
D. Carlos.—¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara
(Conteniendo la risa)
¿Parla usted latín?
Clara.— Lo leo
Regularmente, y me agradan
Los clásicos. ¡Qué momentos
Paso leyendo á Virgilio,
A Cicerón, al modelo
De la elocuencia romana!
Vea usted qué trozo tan bello:
"Quosque tandem abutere,
Catilina,"....
D. Carlos.— (Aparte, riendo.)
¡Yo reviento!
Clara.—Patientia nostra?"
D. Carlos.— (Con ironía.)
¡Qué hermoso!
Clara.—Diga usted ¿en los modernos
Habrá una cosa tan grande?...
Mas nada como aquel verso
De Ovidio: "Cum subscit illius"...
Vaya, vaya, me enageno.
D. Carlos.—Usted, hermosa Clarita,
Puede ocupar un asiento
En la cámara.
Clara.— Mil gracias;
Algo hiciera de provecho:
No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro sexo
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razón alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.

D. Carlos.— ¡Bien dicho!

Clara.—Como si sólo el talento
Fuera exclusivo en el hombre.

D. Carlos.—Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podía
Ocupar un ministerio.

Clara.—Yo no lo digo por mí.....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada más.

C. Carlos.— ¡Caramba!
Si estoy "enchanté!"

María.—(María, que se ha estado viendo al espejo, entra en conversación.)
Yo pienso
En mis flores, en mis trajes,
Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
Porque mande Juan ó Pedro:
Todo es lo mismo.

Clara.— ¿Lo mismo?
¡Jesús! ¡qué poco talento!
No digas eso, María;

¿Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? "Amor patriae"
Como dijo.... no me acuerdo
Quién lo dijo.
D. Carlos.— Pero alguno
Lo dijo.
María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.—(Con un periódico en la mano.)
¡Albricias, hijas, albricias!
En esta noche tenemos
Comedia nueva.
D. Carlos.— ¿Es de Scribe?
D. Tim.—No, señor.
D. Carlos.— ¿O de Hugo?
D. Tim.— Menos.
D. Carlos.—¿Es un Vodevil?
D. Tim.— Tampoco:
No, señor, no es nada de eso:
Es obra de un mexicano.
D. Carlos.—Puff... ¡Qué peste!
D. Ant.— (A D. Carlos.)
¿Qué tenemos,
Que hace usted tan mala cara?
D. Carlos.—¿Por un mexicano? cierto
Que será un mamarrachón.
D. Ant.—¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un mexicano no es hombre

Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?
D. Carlos. ¡Oh! les falta
Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.
D. Ant.—Gracias, por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?
D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia
Soy mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.
D. Ant.— Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es que sufrimos, Don Carlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.
D. Carlos.—Hay muchos.
D. Ant.— Sí; por ejemplo
Usted.
D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:
Explíquese usted.
D. Ant.— Pues creo
Que hablo bien claro.
D. Carlos ¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejo
Insultar? Yo "ciño espada
Y aliento coraje."
D. Ant.— ¡Bueno!
D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.
D Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy

Las cuestiones.
D. Ant.— Si no puedo
Reprimirme; no es posible.
Que hable mal un extranjero
De algún país, es muy malo,
Pero, señor, á lo menos
Si á la política falta,
No falta al deber más bello
De un hombre, que es procurar
La fama, el nombre, el concepto
De su patria: yo me voy.
D. Tim.—No, señor.
Clara.— No.
María.— No.
D. Tim.— Dejemos.
Estas cosas, Don Antonio.
Clara.—Sí, yo también se lo ruego
A usted, y después acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.
D. Carlos.— Sí, sí, con calma,
"Parole d'honeur," lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR.

D. Juan.— (Aparte.)
¡Vaya! que por fin respiro.
D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?
Leo.—Me siento mucho mejor.

D. Tim.—Si digo que hace bien
El aire libre.
D. Carlos.— Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor.
El semblante está más bello,
Más vivo, más despejado.
D. Ant.— (A Leonor.)
¡Oh! con que usted se ha enfermado,
¿Y de qué?
Leo.— Del corazón.
María.—Nunca padezco ese mal:
Cuando más de la cabeza.
D. Carlos.—Es verdad: no, de tristeza
No morirá usted.
María.— Burlón.
D. Ant.—(A Clara que se ha ido á sentar á leer.)
¿Y usted, qué lee, Doña Clara?
Clara.—Una sesión importante.
D. Ant.—Muy bien, muy bien: adelante,
Yo no quiero interrumpir.
(Pues todos en esta casa
Debieran ponerse en cura.
Cada uno con su locura,
Me da gana de reir.)
Leo.— (A D. Juan.)
Amigo, ¿está usted cansado?
D. Juan.—Un poquito, amiga mía.
Leo.—¿Tiene usted melancolía?
Es usted de poco hablar.
D. Juan.—Sí, Leonor, yo soy así,

Casi siempre estoy callado;
Si hablo mucho, creo que enfado.

Leo.—¡Oh! no.

D. Juan.— Más vale callar.

D. Tim.—(Aparte á Don Antonio.)
¿Y qué, no le da á usted gusto
Contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien; en ello
Tengo gran satisfacción;
Es mi vejez venturosa:
Tres hijas, á cual más bella:
¡Si cada una es una estrella!

D. Ant.— (Con ironía.)
Tiene usted mucha razón.

D. Tim.— (A Leonor.)
¿En qué piensas, hija mía?

Leo.— (Después de un rato.)
¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada:
Tengo la vista clavada
Sin mirar.

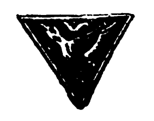
D. Tim.— (A Don Antonio.)
Esto ha de ser,
Según la experiencia mía,
Que los dos están celosos:
Pronto serán venturosos.
(A ellos.)
Vamos, hijos....

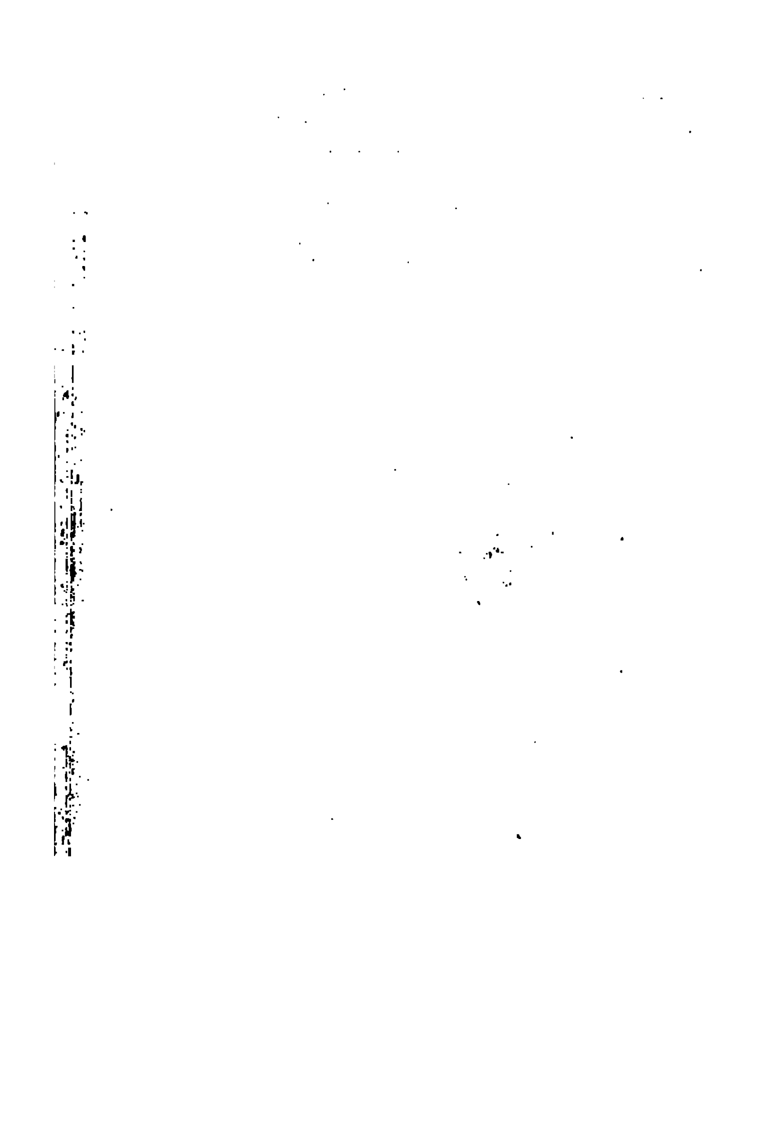
ESCENA XI

Dichos, Da. SERAFIA.

Da. Ser.— A comer;
Ya la sopa está en la mesa.
D. Carlos.—¡ Pues que viva la alegría
Da. Ser.— (A D. Antonio)
Pasará usted un mal día.
D. Ant.—Pero con satisfacción.
Da. Ser.—¡ Eso siempre! Me parece
Que estoy en mis tiempos ahora.
D. Carlos.—¡ Viva la buena señora!
D. Tim.—Vamos, como procesión,
Usted, señor Don Antonio,
Dé á mi Clarita la mano:
(A Leonor.)
Tú á Don Juan;—si yo me afano
Por darte el mejor lugar.
Usted, señor Don Carlitos,
A mi preciosa María:
(A Doña Serapia.)
Y yo á tí, paloma mía,
Hoy te debo cortejar.
(Todos se van dando á sus compañeras el brazo, como lo indica el diálogo.)
Da. Ser.— (A D. Timoteo.)
¿Te acuerdas de los piecitos?
D. Tim.— (Riendo.)
Bien me acuerdo: estás hermosa;

Si pareces una rosa
Da. Ser.—Y tú un lirio, picarón.
D. Carlos.—"Andiamo, andiamo."
D. Tim.— A comer.
D. Carlos.— (Aparte al salir.)
No me gusta el Don Antonio,
Tiene cara de demonio!
Todos.— (Haciendo carabana.)
Vamos.
D. Carlos.— Vamos, "sans facon!"







ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca vi
Un convite más gracioso:
Cierto que ha estado chistoso:
¡Oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema:
Con sus chuscadas María;
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroína de amor?
¡Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento:
—¿Toma usted de esto, Leonor?
—No, Carlitos, me hace mal.
—¿Pues de esto otro?—Nada, nada;

Está mi alma circundada
De una tristeza mortal.
Haciéndose desdeñosa;
Y tal vez en la cocina
Se ha soplado una gallina.
Pero nadie más graciosa
Que la vieja. ¡Qué tontera!
¡Qué barbarie! Qué idiotismo!
Si no la oyera yo mismo,
Juro que no lo creyera.
¿Y Juanito? Hecho un patán;
Por nada pierde su calma:
¡Ay qué Juan, si tiene una alma,
Una alma, como de Juan!
En fin, he pasado un día,
Si no bello, como en Francia,
Comiendo con abundancia,
Y charlando con María.
Bella Mariquita, yo
Para adorarte nací;
Y me quedaré sin tí,
(Viendo el anillo.)
Mas sin la sortija, no.
¡Oh prenda del amor mío!
En prueba de mi respeto,
Guardarte bien te prometo...
Mañana en el Monte-Pío.
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

DON CARLOS, DON JUAN, que ha entrado algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.

D. Juan.—Pues estará agradecida
Si te escucha, tu querida:
¡Bravo Carlitos! ¡Muy bien!
Aprecias mucho el valor
De las prendas que te dan.
D. Carlos.—Yo sé aprovecharme, Juan,
De los dones del amor;
Y te aseguro á fe mía,
Que si así no hubiera sido,
Con tantas que he recibido,
Pareciera mercería.
D. Juan.—¿Y no se puede saber
El objeto de tu amor?
D. Carlos.—¡Es una perla, una flor!
¡La más hermosa mujer!
Cierto que es un poco dura,
Algo altiva y desdeñosa;
Pero, vaya, es una rosa.
La reina de la hermosura.
D. Juan.—¿Pero es mexicana?
D. Carlos.— Sí:
¿Pues qué pensabas que fuera?
D. Juan.—Juzgué que alguna extranjera,
Pues nada te gusta aquí.
D. Carlos.—Nada me gusta, es verdad,

A excepción de las hermosas,
Los diamantes y otras cosas.
D. Juan.—Tú tienes mucha bondad.
¿Pero el nombre de tu bella
Cuál es, pcr fin?
D. Carlos.— Mariquita:
¡Ay! mi corazón palpita
Al nombrarla.
D. Juan.— ¿Con que es ella?
Y estás muy adelantado?
D. Carlos.—No; no mucho ciertamente,
Porque apenas soy suplente,
Pues la lista se ha llenado:
Siete propietarios son.
D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?
D. Carlos.—No es fácil adivinar.
D. Juan.—¡Ay, qué grande corazón!
D. Carlos.—Un corazón de oficina,
Donde hay muchos pretendientes,
Y cesantes, y suplentes;
¡Vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,
¿Elegirás á Leonor?
Tiene un rostro encantador:
Tiene un cuerpo muy bonito.
Vamos, dímelo, maldito,
¡No he visto hombre más taimado!
Eres, Juan, muy reservado;
Mas no lo seas conmigo,
Soy tu verdadero amigo,
Y estoy por tí interesado.
Vamos, dí con claridad,
¿A cuál de las tres prefieres?

D. Juan.—A ninguna.
D. Carlos.— ¡Cómo! ¿Quieres
Ocultarme la verdad?
D. Juan.—Hablo con sinceridad.
D. Carlos.—¿De veras? pues son hermosas
Y ricas.
D. Juan.— Estas dos cosas,
Carlos, no son suficientes.
D. Carlos.—¡Qué malditos pretendientes!
¿Qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.
D. Juan.— Tiene gracia,
Y un corazón excelente;
Pero si está eternamente
Hablando de diplomacia!
D. Carlos.—¿Con que aquesta es su des-
(gracia?
D. Juan.—Sí, Carlos, en mi opinión;
Habla de legislación,
De hacienda, de policía.
Ocuparse todo el día,
De Ovido y de Cicerón,
Solamente por pasar
Por erudita; y en fin,
Disparates en latín
A todas horas hablar:
No se puede tolerar,
Amigo, en una mujer.
D. Carlos.—¿Con que no puede tener
Una joven instrucción?
D. Juan.—Sí; pero no esa hinchazón
Que lo echa todo á perder. . . .

D. Carlos.—¡Muy bien! mas de Mariquita
La hermosura.....
D. Juan.— Es una flor,
Que el vientecillo menor
La destruye ó la marchita;
No basta, no, ser bonita,
Ser graciosa y elegante,
Para tener un amante
Y fijar su corazón;
Es preciso discreción,
Y no ser tan inconstante.
La que sólo piensa hacer
Diariamente una conquista,
Para tener en su lista
Un nombre más que poner:
La que no sabe querer,
Y pretende ser querida,
Pronto será conocida,
Y obtendrá en lugar de amor,
Desprecio, siendo el dolor
Patrimonio de su vida;
Aunque sea tan hermosa
Como el estrellado cielo,
Un acabado modelo
De las gracias, una diosa,
Yo no quiero para esposa
Una mujer inconstante:
La que no tiene un amante,
Sino siete y un suplente,
¿Quién duda que de repente
Deje al marido cesante?
D. Carlos.—¡Bravo! más si no te agrada

Por su inconstancia María,
La dulce melancolía
De Leonor...
Juan.— Es demasiada:
Siempre se encuentra ocupada
En llorar.
Carlos.— ¡Oh! sí, Leonor
Es un ente de dolor
Que se alimenta con llanto.
Juan.—Si no derramara tanto,
Fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
Una tan llorona esposa,
Que no piensa en otra cosa
Que en suspirar y en leer?
No, Carlos, yo quiero ver
En mi amable compañera,
La sonrisa placentera,
La dulce sinceridad
Y una sensibilidad
Moderada y verdadera.
Carlos.—Difícil de contentar
Eres, Juan: ¿mas no es aquella
Leonor? sí, mira qué bella;
(Tomando su sombrero)
Solos os voy á dejar.
Juan.— (Deteniéndolo)
No, no; tengo que acabar
Cierto negocio, y así
Con ella te dejo aquí.
Carlos.—Eres, Juan, hombre muy frío.
Juan.—Tú eres fuego, amigo mío

Enamórala por mí.
Hasta luego. (Se va.)

ESCENA III

DON CARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera
Al verlo así, pensar que de la Europa
Acaba de llegar? nada aprovecha
A ciertas gentes el viajar: en vano
Gastan en ver el mundo sus pesetas;
Van como en un baúl, vuelven lo mismo;
Siempre lo mismo, cuando no más bestias;
Pero... llega Leonor: jamás he visto
Más llorona hermosura: no, con esta
Es preciso tomar otro semblante
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!
Dejemos un momento la alegría;
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
Semblante melancólico, lenguaje
Lleno unas veces de calor y fuerza;
Otras dulce, extraviado, misterioso;
Un romántico, en fin, á la moderna,
Un héroe de Dumas, ó Victor Hugo,
Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega.
Póngome en actitud de quien medita.
(Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

D. Carlos.—¡Pues no repara en mí! ¡cómo
(se entrega
A la ternura!! Si del mismo modo
Que se ocupa en romances y novelas,
Se ocupara en leer libros devotos,
Fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atención con un suspiro.
(Suspira.)
Otro más fuerte. (Vuelve á suspirar).
Nada, ni por esas. (Alto).
¡Infelice de mí!
Leo.— (Dejando de leer.)
¡Qué voz! Carlitos,
¿Estaba usted aquí?
D. Carlos.— Sí, Leonor bella;
Pero no he visto á usted.
Leo.— Ni yo tampoco.
Ocupada en mirar las cartas tiernas
De la sensible Julia, me encontraba
Muy lejos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux, expresa su pasión terrible.
¿Mas qué milagro es éste? ¿La tristeza

Aflije á usted, Carlitos?
D. Carlos.— Sí, señora;
Sí, Leonor adorable; mi alma llena
De amargura....
Leo.— ¿Amargura? es muy extraño
En usted ese humor.
D. Carlos.— Los hombres piensan
Que otro es feliz cuando en su labio asoma
La risa: ¡cuál se engañan! si pudieran
Descubrir los horrores, los martirios,
Los atroces tormentos que se encuentran
Bajo un rostro festivo!
Leo.— ¡Desgraciado!
¿Con que padece usted?
D. Carlos.— Horribles penas,
Que procuro ocultar bajo el semblante
De la felicidad.
Leo.— ¿Podré saberlas?
D. Carlos.—¡No, no; jamás! conmigo á mi (sepulcro
Bajará mi secreto: ¡allí me espera
La dulce paz, asilo silencioso!
¡Unico asilo que mi pecho anhela!
¡Cuándo por fin, bajo tu helada losa
Lograré reposar!
Leo.— ¡Tristes ideas!
Comuníqueme usted sus infortunios:
¿No ha conocido usted cuánto consuela
Confiar nuestros males á un amigo?
D. Carlos.—¡Mujer encantadora! el alma (tierna
De usted va á conmoverse y.... ¿mas qué (digo?

Me arrojará tal vez de su presencia,
Cuando el velo se rompa que me cubre.
Me odiará usted.
Leo.— ¿Por qué? aun cuando fuera
El secreto de usted un negro crimen,
No le odiaré.
D. Carlos.— Pues bien, amiga bella,
Escuche usted mi desgraciada historia;
Penetre usted los males que me cercan.
En el asilo paterno
Pasaba alegre la vida.
¡No respiraba ¡qué gozo!
No probaba ¡qué delicia!
Ilusiones pasajeras
Que duran tan pocos días.
Leo.—Es verdad, vea usted en Julia...
D. Carlos.—¿Julia, ó "La Nueva Eloisa?"
Leo.—Sí, señor; ¡la desdichada
Unicamente veía
En lo futuro placeres!
Mas prosiga usted.
D. Carlos.— ¡Amiga!
¿Por qué no serán eternos
De nuestra infancia tranquila
Los instantes? Pero viene
La juventud, Leonor mía,
Y con ella los tormentos
Del amor; á nuestra vista
Se presenta este tirano
Como un niño, cuya risa
Nos engaña fácilmente;
Pero después su perfidia

Conocemos; es ya tarde,
Nuestra calma está perdida!
Leo.—¡Perdida; sí, sin remedio!
D. Carlos.—Nunca olvidaré aquel día,
En que ví por vez primera
Una hermosura divina,
Un ángel en el semblante,
Pero que ocultaba impía
Un corazón inhumano.
Fué... sí, fué en las Tullerías....
Perdí mi alma al miarla,
Y mi penetrante vista
Descubrió al fin su morada:
Me eché á sus pies, y creía
Ser ya dichoso: ¡inhumana!
Correspondió á mis caricias
Con palabras engañosas:
Sí, mi Carlitos, decía,
¡Cómo no amar á un Adónis!
(Pues todas, Leonor querida,
Me llamaban así en Francia.)
¡Oh mujer, mujer inicua!
Mientras á mí me engañaba,
Supe que correspondía
A otro, y para más vergüenza,
Para mayor ignominia,
Era mi rival un viejo
Setentón, que no tenía
Esta pierna, ni este talle,
Ni este corazón, querida;
Este corazón amante
Lleno de honor: la barriga

De mi rival era inmensa,
Eran sus piernas torcidas,
Apagado el ojo izquierdo:
Nariz muy larga y raída:
Usaba siempre peluca,
Pues ni un cabello tenía.
Y lo que es más, ¡oh tormento!
¡Oh colmo de la ignominia!
Era un clásico.

eo.— ¡Qué mónstruo!
¡Un clásico!

. Carlos.— Ardiendo en ira,
Pido una satisfacción
A mi gordo antagonista:
Salimos al campo; el viejo
Conservaba todavía,
A pesar de sus achaques,
Una fuerza desmedida:
El exceso de coraje
Me perdió al fin, y una herida
En el brazo, de la espada
Recibí.

eo.— ¡Suerte enemiga!

. Carlos.—Desesperado, resuelvo
Abandonar á la harpía
Que fué causa de mis males,
Y pasar siempre mi vida
Engañando á las mujeres.
Enamoré á una modista,
Luego á una vieja marquesa,
Después á una bailarina...

eo.—¡Qué inconstancia!

D. Carlos.— Si, Leonor,
Imaginé que podía
Vivir sin amar, ¡en vano!
Que los cielos me destinan
Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
Mi corazón conocía!
Una beldad, una copia
Del cielo... ved cuál palpita
Mi corazón: no, no puedo
Vivir en esta agonía;
Yo me abraso.
Leo.— ¡Desdichado!
D. Carlos.—Pronto acabará mi vida:
Pronto á la tumba bajando,
Terminarán mis desdichas.
Leo.—¿Pero quién es el objeto
De vuestro amor? ¿Quién agita
De ese modo vuestro pecho?
Decídselo á vuestra amiga.
D. Carlos.—¡Amiga, amiga! ¡oh tormen- (to!
¡Palabra fatal! ¡impía!!
¿Amiga? no. Para siempre
Adiós, Leonor! Compasiva
Derrame usted una gota
De llanto en mi tumba fría.
Leo.—¿Pero no sabré?
D. Carlos.— Señora,
Señora, no más exija
Usted que yo le descubra
Lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia

Por qué apurar? yo debía
Haber huído por siempre
De usted, fatal enemiga
De mi reposo: este objeto
Que idolatra el alma mía,
Este fuego en que me abraso,
Esta llama que me anima,
Es usted, sí, Leonor bella.
Desde aquel funesto día
En que ví esos ojos bellos,
Esa boca purpurina,
A que presta más encanto
Melancólica sonrisa,
Huyó mi razón: en vano
Ocultarlo á usted quería;
¡Era imposible! al instante
Que fijé en usted mi vista,
Olvidé mis aventuras,
Mi desafío, mi herida,
La crueldad de aquella ingrata,
La tienda de mi modista,
Los dones de mi marquesa,
Los pies de mi bailarina:
Todo, todo lo he olvidado,
Queriendo bajo la risa
Ocultar lo que padezco;
Pero en vano... siempre fija
Aquí esa imagen preciosa....

Leo.—¡Carlos!

D. Carlos.— En mi fantasía
Está usted en todas partes:
En las calles, en la Viga,

La Alameda, Bucareli,
En el portal; hasta en misa,
Me parece que estoy viendo
Esa mirada divina,
"Toujours! toujours!"

Leo.— Pero, Carlos...
Usted sin duda delira:
Yo pensé que usted amaba
A mi hermana.

D. Carlos.— ¿A Mariquita?
No, Leonor! es muy ligera,
Es un "papillon" María,
Esto es, una mariposa;
Mi corazón necesita
Sensaciones más profundas.

Leo.—Pero como usted decía
Hace poco, que dos meses
Era constancia inaudita...

D. Carlos.—Fué por sólo disimulo.
¿Dos meses? ¡ay! una vida
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar á usted: amiga,
Deme usted, deme su mano;
¿No siente usted cómo brinca
Este corazón?

Leo.— Es cierto.

D. Carlos.— (Arrodillándose)
Una palabra la vida
Me dará, mi bien amada:
"Ma bien-aimée, dona mia"...
¿En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran?

Serás mi Julia, mi Clara,
Mi Pamela, mi Malvina,
Mi Andrómaca, mi Zoráida,
Mi Adelaide, mi Etelvina;
Y yo seré tu Abelardo,
Tu Polión, tu Oscar, sería
Hasta trovador sin duda,
Si me amaras, ¿tanta dicha
No gozaré?

Leo.— No, no, Carlos:
Amo á Juanito.

D. Carlos.— (Levantándose despechado)
¡Ah! maldita,
Maldita mi vida sea!

Leo.—Cálmese usted.

D. Carlos.— Decidida
Está mi suerte: un momento
De valor se necesita
Nada más.... Adiós, señora,
(Yéndose)
Adiós; viva usted tranquila.

Leo.— (Deteniéndole.)
Oiga usted (se va á matar
Como Werter), de rodillas
Suplico á usted que no atente
Contra sus preciosos dias.

D. Carlos.—¡Levántate, ángel del cielo!
¿Tú postrada, tú abatida
A mis plantas? no; tú mandas,
Haré cuanto tú me pidas;
Hasta el sacrificio inmenso
De vivir; pero á otros climas

Marcharé, Leonor, y sólo
Por consolarme querría
Llevar conmigo una prenda,
"Un souvenir."

Leo.— ¡Alma fina!
¡Cuánto engaña la apariencia!
¡Qué mal yo le conocía!
Sí, Carlitos, es muy justo:
Tal vez esta despedida
Será eterna: daré á usted
Alguna flor, una cinta,
Algún rizo de mi pelo.

D. Carlos.— (Quitándole un anillo.)
Es mejor esta sortija,
Que llevándola en mi dedo
La tendré siempre á la vista.
Sí, Leonor, hasta la tumba
Me acompañará. (Mirando el anillo)
(¡Qué rica!)
Partiré, sí, estoy resuelto,
Dentro de muy pocos días.....
(Ruido dentro.)
¿Pero qué voces? se acercan
Los demás de la familia:
Es fuerza tranquilizarme;
Vuelvo pronto. Adiós, amiga.
(No es un comercio tan malo,
Dar suspiros por sortijas.)

———

ESCENA V

LEONOR

Pobre muchacho, me da
Su tormento compasión:
Mi sensible corazón
Se iba conmoviendo ya;
Pero es fuerza ser constante:
¿Qué se dijera de mí
Si cambiar pudiese así
De objetos en un instante?
Se contenta el pobrecillo,
Ya que no tiene mi amor,
Con engañar su dolor,
Llevando sólo un anillo:
Haga el cielo venturoso
Su corazón, entre tanto:
Por él verteré algún llanto;
Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

Clara.—Te lo repito, María,
También debe la mujer
La política entender,
Y las cuestiones del día:

¿Por qué tan sólo el varón
A esto se ha de dedicar?
Yo puedo muy bien entrar
En cualquiera discusión;
Gracias á Dios, he podido
Los publicistas mejores
Entender, y no hay autores
Graves que no haya leído.
Horacio, el gran Cicerón,
Ovidio, Petrarca, Tasso.
Cervantes, y Garcilaso,
Mariana, Solís, Buffon,
Comedias de Moratín,
Burlamaqui, Pedralieri,
De Pradt, Humboldt, Filangieri.

María.—Por Dios que ya pongas fin
A esa lista interminable:
¿Es preciso acaso leer
Tantos libros, para ser
Una joven apreciable?
Tú con todos tus autores
No tendrás un solo amante;
Yo le conquisto al instante
Con mis rizos y mis flores:
Por las estampas no más,
El "No me olvides" compré:
De mirarlas me cansé;
No le he vuelto á ver jamás.
Cantar, bailar y reir,
Debe sólo la mujer:
Esto se llama placer,
Y lo demás es morir.

Clara.—¡Qué sistema tan fatal!

Pero ha de llegar un día,
En que conozcas, María,
Que has hecho en esto muy mal:
Pensarás con madurez
En teniendo cierta edad.
María.—Goce de mi mocedad
Mientras llega la vejez:
Entonces podré pensar
En lo que tú me aconsejas,
O como otras muchas viejas,
Me ocuparé en murmurar.
Pero por hoy todavía
Sólo pienso en el paseo,
Los bailes, el coliseo.
Leo.—¡Cuán feliz eres, María!
Nunca te he visto llorar,
No conoces el dolor,
María.—¿Por qué afligirme, Leonor?
Leo.—¡Quién te pudiera imitar!
Clara.—¿Y tú qué ganas con leer
Cosas que te afligen tanto?
Leo.—Hallo en el dolor encanto,
Hallo en el llanto placer.
Clara.—A cual más incorregible;
Predicar en vano fuera:
Una en extremo ligera,
Otra en extremo sensible.
(Toma un libro.)
Mi lectura seguiré:
¡Oh, qué tesoro es la historia!
Leo.— (Toma un libro.)
Julia, vuelve á mi memoria

María.—(Toma un cuaderno que habrá sobrá la mesa.)
Yo, las estampas veré
En este diario de modas:
¡Qué bonito está este traje!...
Estos adornos de encaje
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII

Dichas, DON TIMOTEO, Da. SERAPIA, DON ANTONIO.

(Observándolas desde la puerta.)

D. Tim.— Todas
Leen; ¡oh qué satisfacción!
Mírelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educación.
Da. Ser.—¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razón de decir
Carlitos, que pueden ir
Al mismo París de Francia.
D. Tim.—¡Muy bien, hijitas, muy bien!
Excelente ocupación!
(A Don Antonio, aparte.)
¿Qué tal?
D. Ant.— Tiene usted razón.
D. Tim.—Dios me las conserve.
Da. Ser.— ¡Amén!
D. Ant.—¿Pero dónde está Don Juan?

D. Tim.—¿Y Carlitos?
Da. Ser.— ¿Qué, se fueron?
María.—Hace poco que salieron:
Pero pronto volverán.
D. Tim.—¡Es dichosa mi vejez!
(A D. Antonio, aparte)
¿Quiere usted ver la instrucción
De Clara? una discusión....
D. Ant.—Juguemos al ajedrez.
D. Tim.—Como usted guste.
Da. Ser.— Sí, sí;
Haber si sacudo el sueño
Viendo jugar.
D. Ant.— (A D. Timoteo.)
El empeño
No era malo.—Usted aquí.
(Se sientan á jugar.)
María.—¡Oh, qué traje tan magnífico!
Tiene un estilo romántico;
Es precioso, elegantísimo,
¡Si tuviera yo uno igual!
Clara.—¡A quién no le causa lástima,
Grecia, tu estado tristísimo!
¡Ya no eres hoy más que un páramo!
María.—¡Jesús, qué bonito schal!
Clara.—¿Dónde está tu furor bélico?
¿Dónde tus héroes fortísimos?
Huyeron cual humo rápido,
Al soplo del aquilón.
María.—Esto sí que está muy clásico;
Estos moños son feísimos.
Da. Ser.—Timoteo, ¡cómo, cándido!
Jaque al rey; come el peón.

D. Tim.—Es verdad; soy un autómata.
Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrísi-
(mo.
D. Ant.—No tal.
Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,
Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, cual siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida.
Bajo de un yugo despótico:
¿Y Leónidas dónde está?
En el sepulcro.
Leo.— Mis lágrimas
Corren! ¡oh joven bellísima!
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
Lucha en vano el hombre mísero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor:
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.
Ven, muerte, tu aspecto pálido
Llena mi pecho de júbilo:
Adiós, contentos efímeros,
Adiós, sueños de placer.
Clara.—Europa, Europa, levántate,
Socorre á Grecia, apresúrate;
En todo el mundo respétese
La libertad y la ley.
La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrísono
Se alce, y por do quiera escúchese
El grito de.....
D. Tim.— Jaque al rey.
Clara.—Sí, sí, que resuene el cántico
De libertad.
María.— ¡Qué diabólico
Está este sombrero!
Leo.— Víctimas
Produce sólo el amor.
Eres un sueño fantástico,
Felicidad.
Clara.— ¡Tronos góticos
De Europa, tocáis al término!
María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS

D. Carlos.—Repito que no hay en México
Ilustración; son muy bárbaros;
Todo aquí es malo, malísimo,
"Epouvantable:" ¡qué horror!
María.—Carlitos.....
D. Carlos.— ¡Estoy frenético!
¡Estoy rabiando de cólera!
¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!
¡Una mancha!
Leo.— ¿En el honor?
D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pési-
(mas!

En mi pantalón finísimo
Cortado en París... ¡Qué pérdida!
Qué pérdida, ¡santo Dios!
¡Oh, mexicanos estólidos!
María.—Pues es usted muy político:
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.
D. Carlos.—No se enfade usted, María;
Voy á contar el suceso,
Y verá usted si hay justicia
Para quejarme.
María.— Acabemos.
D. Tim.—Jaque mate, amigo mío;
He ganado á usted el juego.
D. Ant.—Es verdad.
D. Tim.— ¡Hola! Serapia,
Te has dormido al mejor tiempo.
Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto
Que te enrocaste.
D. Tim.— ¡Muy bueno!
Pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.
Da. Ser.—¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.
¿Aquí está usted, Don Carlitos?
Dió usted la vuelta muy presto.
D. Carlos.—Sí, señora, á pesar mío.
María.—¿En qué quedamos del cuento?
D. Carlos.—No es cuento.
María.— Pues será historia.
D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?
Da. Ser.— Mi asiento

Voy acercando; me gusta
Oir historias; me acuerdo
Que leí hace veinte años
Los "Doce Pares." ¡Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?

D. Tim.— Dejemos
Que nos refiera Carlitos
Esa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.

Leo.— Padre mío,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito
De distracción.

Clara.— Ya no puedo
Seguir leyendo esta historia
Sin llorar: ¡míseros Griegos!

D .Tim.—¡Pues vaya! fuera los libros,
Y á Carlitos escuchemos.

D. Carlos.—Si no es cosa de importancia,
Es un acontecimiento,
Un "événement" sencillo,
Aunque grande, si atendemos
A otra cosa.

María.— ¡Qué cachaza!
Dígalo usted, y acabemos,
Que tengo mi genio vivo.
D. Carlos.—Como yo, ni más ni menos,
¡Somos un "couple" dichoso!
D. Tim.—¿Un couple?
D. Carlos.— Un par.
María.— Yo me quemo.
D. Carlos.—Pues, señor, salí de casa...
María.—Bien, eso ya lo sabemos.
D. Carlos.—Ya estoy; pero es necesario
Un "petit" exordio.
María.— Bueno
Siga usted, por Dios.
D. Carlos.— Salía
Ocupado en pensamientos
Muy importantes: ¿qué cosa
Piensan que en aquel momento
Me ocupaba?
Leo.— Algún romance.
Clara.—O la historia de los griegos.
Da. Ser.—O la de los Doce Pares.
D. Carlos.—No, señores; nada de eso:
Pensaba en que la otra noche
Estuve en un baile, de estos
Que aquí llaman del gran tono,
Pues, de gran tono... por cierto
Que fueran en Francia nada....
En Francia, que es un portento
En este ramo, no hay duda,
La Francia que es nada menos
La nación más bailadora

Que existe en el universo;
Pues si la Italia ha logrado
Tener el lugar primero
En talentos de garganta....
D. Ant.—¡Ya escampa!
D. Carlos.— El francés ligero,
Es en el baile un prodigio.
¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
¡Qué elegancia en las posturas!
¡Qué gusto en los movimientos!
María.—Pero en fin, ¿en qué quedamos
De la historia?
D. Carlos.— No me acuerdo:
Como tengo tantas cosas
En mi cabeza, no puedo
Retenerlas todas: creo
Que hablaba á ustedes del baile
De la otra noche, ¿no es cierto?
Da. Ser.—Sí, señor.
D. Carlos.— Pues como digo,
Ocupaba yo mi asiento
Junto á cierta marquesita
Que tendrá cuando menos,
Su medio siglo.
Da. Ser.— No es mucho.
Clara.—Si tenía algún talento,
Si alguna instrucción, ¿qué importa
Esa edad?
D. Carlos.— Pues yo prefiero
La juventud y las gracias:
Perdone usted si la ofendo
Por no ser del mismo aviso.

María.—Vaya, Carlitos, ya veo
Que en tres días no llegamos
Al desenlace.
D. Carlos.— Lleguemos.
S'il vous plait".... Como decía,
Estaba yo muy contento
Mirando á mi marquesita,
Que sus descarnados huesos
Ocultaba entre brillantes,
Cuando de repente advierto
Una agitación muy grande
Y unos gritos descompuestos
Que clamaban: La Mazurca,
La Mazurca; y en efecto,
Se bailó la tal Mazurca;
Pero qué Mazurca, ¡cielos!
¡Horrendo mazurquicidio!
Ya no pude más, y lleno
De rabia, dije: Señores,
No es el baile verdadero
De la Mazurca, el que ahora
Ejecutáis. Ya sabemos,
Me dijo un elegantillo,
Que hay diferencias; mas presto
La lgítima Mazurca
Nos vendrá; pues al efecto
Un comisionado ha ido
A la Habana. ¡Bueno, bueno!
Le respondí, y al instante
Me salí de allí, riendo.
María.—¿Pero quiere usted decirme
Qué tiene que ver con eso
El lance de hoy?

D. Carlos.— Mariquita,
Espere usted un momento,—
Que no soy "foudre."
D. Tim.— ¿ Qué cosa?
D. Carlos.—Que no soy rayo.
D. Tim.— Comprendo,
Siga usted.
D. Carlos.— Cuando salía
Hoy de aquí, mi pensamiento
Estaba todo ocupado
De tan importante objeto.—
Iba recordando el aire
De la música, y en esto
Sentí un empujón horrible —
Por detrás: el rostro vuelvo,
Y vi á un aguador maldito
Que me dice muy grosero:
Quítese, Don Alfeñique,
No estorbe con sus meneos
El camino á los que pasan.
Entonces de rabia lleno
Quise castigarle: en vano;
Porque de cólera ciego,
No vi la losa de un caño
Que estaba floja, y cediendo
Al peso, se hundió, llenando
De lodo mi pie derecho.
Y no fué poca fortuna
El no caer: ¡contratiempo
Fatal, que así me ha privado
Del pantalón más bien hecho
Que se haya visto en Europa!

María.—¿Y éste era todo el suceso?
D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?
No es su valor el que siento:
Mas no sabe usted, hermosa,
Cuántos gloriosos recuerdos
Este pantalón tenía
Para mí; pues á él le debo
Muchas conquistas.
D. Ant.— No he visto
Hombre más fatuo.
D. Carlos.— ¿Y no tengo
Razones para quejarme
De este país?
Da. Ser.— Por supuesto.
D. Carlos.—No hay policía, no hay nada;
El más desdichado pueblo
De Francia es mucho mejor
Que esta ciudad: si á lo menos
Fueran las gentes tratables!
María.—Gracias por el cumplimiento.
D. Carlos.—Mariquita, yo exceptuo
Esta casa, donde encuentro
Ilustración y finura,
Sensibilidad, talento;
Pero yo hablo en general:
Aquí hay en el bello sexo
Algunas caras hermosas;
Pero sin gracia. No puedo
Dejar de contar á ustedes
Un lance que ha poco tiempo
Me pasó con una joven.
Da. Ser.—¡Qué Carlitos! es un fuego.

Como tú cuando tenías
Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

Dichos DON JUAN

D. Carlos.—Vamos, aquí está Juanito:
Llega "á propos:" un asiento
Toma, y escúchame atento;
Es un lance muy bonito.
D. Juan.—Siempre estás hablando.
D. Carlos.— Sí,
No lo puedo remediar:
Vaya! siéntate á escuchar.
Leo.—Venga usted, Juanito, aquí.
D. Juan.—Mil gracias.
D. Carlos.— Como decía:
Por la gran plaza marchaba
La otra noche, y me entregaba
A dulce melancolía;
Brillaba hermosa la luna
Como una bola "argentée."
D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice? (¿qué?
No entiendo palabra alguna
De la tal lengua francesa;
¡Qué jerigonza del diablo!
D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo
Con más gusto que la inglesa;
Es más "coulante," más hermosa.
D. Tim.—¿Más qué?

D. Carlos.— Más fácil, más bella:
Instruiré á usted algo de ella.
D. Tim.—Mil gracias.
María.— Por fin, ¿qué cosa
Nos iba usted á decir?
D. Carlos.—Es verdad, se me olvidaba;
Por la gran plaza pasaba....
María.—Ya eso está.
D. Carlos.— Voy á "finir:"
De Catedral la banqueta
De gente se fué llenando;
Yo, con mi lente, pasando
Una revista completa:
Todos fijaban la vista
En mi "frac" de última moda;
Ví la concurrencia toda,
"Et" hice más de una conquista:
Cuál al pasar yo, decía:
"¡Qué joven tan arrogante!"
"Es un francés elegante,"
La vecina respondía:
"Mira, mira la cadena
En que lleva el lente, hermana."
Dijo otra....
María.— ¿De aquí á mañana
Acabará usted?
D. Carlos.— Sirena,
No se enfade usted: preciso
Es contar los pormenores;
Pues, como digo, señores...
D. Juan.—Hombre, sé por Dios, conciso,
Que ya es mucha pesadez
Ese continuo charlar.

D. Carlos.—Al punto voy á acabar.
D. Ant.—Saldrá con una sandez.
D. Carlos.—En el paseo se hallaba
Con su familia una hermosa,
Tan fresca como una rosa:
Yo enamorarla pensaba.
Estaba de gracia llena,
De blanco lino vestida,
En mecerse entretenida
Sobre una dura cadena;
Ha poco la conocía,
Y á saludarla llegué;
A su lado me fijé;
Dispuse mi batería,
Y en un discurso elegante,
Y como mi pecho ardiente,
Le hice mi pasión patente,
Declarándome su amante:
Por más de un cuarto de hora
Escucharme parecía;
Fijos sus ojos tenía
En la luna brilladora:
Yo su respuesta esperaba,
O una lágrima siquiera,
Que venturoso me hiciera,
Y rendido la miraba.
Pero su meditación
Por nada se interrumpía,
Y le dije: Amada mía,
¿Cuál es tu resolución?
¿Seré por fin venturoso?
¿Debo bendecir al hado?

¿O estaré al fin condenado
A no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna;
Vuelve á mí tus ojos bellos,
Que encuentre Carlos en ellos
Su placer y su fortuna;
Paga mi constante afán.
Ella entonces me miró:
¿Tres eclipses, preguntó,
Pone en este año Galván?
¡Oh, alma frígida, exclamé
Entre mí, cómo es posible!
¡Tan bella y tan insensible,
Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaría usted en francés
Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no;
Le hablé en castellano.

D. Tim.— Pues!
Pero será castellano
Mezclado de esos "méchants,"
Y esos "foudres" y "coulants,"
Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma
Que hablamos todos aquí:
Yo de pronto presumí
Que le gustaba la broma,
O que el romántico hablar
Al clásico prefería,
Y le dije: Amada mía,
No me es posible explicar
Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante:
Mi corazón palpitante
Salir del pecho quisiera.
Muy temprano esta mañana
Por aliviar mi tormento,
Para mirarte un momento
Fuí al frente de tu ventana;
Mas se engañó mi deseo;
La puerta estaba cerrada,
Tú aún estabas entregada
En los brazos de Morfeo.
Poco á poco, interrumpió,
Poco á poco, caballero,
Ya usted pasa de grosero,
¿Y he de sufrir esto yo?
¿Yo dormir con Don Morfeo?
¿Yo en sus brazos entregada?
No, señor, soy muy honrada,
Y no dar motivo creo
Para que traten así
De ajar mi reputación.
No conosco al picarón
Que usted me ha mentado aquí;
Sí, señor, yo soy doncella,
Y muy bien lo saben todos,
Deje usted, pues, esos modos
De hablar. Basta, basta, bella,
Le dije, y sin esperar
Me retiré muy de prisa,
Pudiendo apenas la risa
En las calles sujetar.
Da. Ser.—¡Qué Carlitos tan gracioso!

Se conoce luego, luego,
Que ha estado en toda la Europa,
Y en Paris; ¿ves, Timoteo,
Lo que aprovechan los viajes,
Y no que ni hablar sabemos,
Ni contar cuentos graciosos
Los criollos, que jamás vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro niño.......

D. Ant.— Es difícil

Da. Ser.—Ya; pero hablo suponiendo;
Aunque mire usted: al cura
Del Sagrario ha poco tiempo,
Le oí hablar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, ó Lara; mas el cuento
Fué que parió uno, muy grande.

Clara.—Fué, Sara, mamá.

Da. Ser.— Yo tengo
Mala memoria, pues, ahora.
Que cuando chica, en un credo
Como quien dice, aprendía
Cualquier cosa: por ejemplo:
Nada más que en quince días
Aprendí los Mandamientos;
En dieciocho los Artículos,
Y á los dos años y medio,
Ya sabía el Catecismo
De Ripalda todo entero.
Sin contar con que bordaba,

Cosía en blanco; un puchero
Componía, como dicen,
Que se chupaban los dedos.

D. Tim.—Y bailabas, hija mia,
El "Mambrun," que era un contento.

Da. Ser.—Y cantaba seguidillas,
Muy bonitas.

D. Tim.— Bien me acuerdo.

Da.. Ser.—Cuando tú me echabas ojos,
Picarón.

D. Tim.— Sí, sí, ¡qué tiempos!

María.—Pero, ¿mamá, ¿en qué ha quedado
Lo del niño?

Da. Ser.— ¡Ah! sí, pues bueno:
Como decía, si acaso
Tuviera otro hijo, á un colegio
De Europa, ó si no de España,
Lo mandaba en el momento
Que estuviera mancebito,
Aunque también y recelo
Por otra parte, que allá
Lo hicieran hereje.

D. Ant.— ¡Bueno!
¿Conqué todos los de Europa
Son herejes?

Da. Ser.— Yo no veo
Que oigan misa, sobre todo
Los angulos

D. Carlos.— (¡Qué talento
Tiene la buena señora!)

Clara.—Los anglos, mamá: (¡me quemo
De oir hablar á mi madre

Entre gentes, me avergüenzo
¡Válgame Dios! ¿de qué modo
Cortara yo en el momento
La conversación?) Señores,
Vamos un rato á paseo
Al jardín.
D. Carlos.— Bravo. Clarita!
Después de "la table" es bueno
Pasear.
D. Tim.— ¿Después de qué cosa?
D. Carlos.—De la mesa.
Leo.— Sí, yo encuentro
La dulce melancolía
En las flores y en el viento
Embalsamado que corre
En el campo.
María.— Bueno, bueno;
Vamos al jardín, y sirve
De hacer un ramito nuevo
Para mi peinado.
D. Carlos.— Hermosa,
Yo soy quien me encargo de eso:
Le haré á usted el más hermoso
"Bouquet."
D. Tim.— Bu.... ¿qué?
D. Carlos.— Ramillete (viejo
Más preguntón y más tonto!
Siempre me sale al encuentro.)
"Andiamo, andiamo."
D. Tim.— Sí, vayan;
Yo con Juanito me quedo
A tratar de cierto asunto.

Y usted, Don Antonio, espero
Que se quede con nosotros,
Pues estimo sus consejos.
. Ant.—Como usted guste.
. Carlos.— Pues, vamos.
a. Ser.—Vamos, vamos á paseo,
Que empiezo á sentir el cólico
Y el ejercicio es muy bueno.
(Vanse.)

ESCENA X

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

.Tim.—Por fin, Juanito, ha llegado
El venturoso momento
De darte el nombre de hijo,
Que con tanto ardor deseo.
Habla sin rubor, declara
Sin disfraz tu pensamiento:
¿Cuál de mis hijas te agrada?
Dímelo, Juanito, ruego.
Don Antonio es un amigo
De confianza, y los secretos
De mi casa le confío
Sin reserva alguna.
. Juan.— ¡Cielos!
Llegó el momento temido!
. Ant.—Sí, Don Juan, yo aprecio
A usted, y estoy pronto
A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,
Siquiera con mis consejos,
Se halla usted, amigo mío,
En un crítico momento:
Piense usted bien lo que diga;
Piense usted que son eternos
Esos lazos; que es preciso
Hablar con franqueza.

D. Tim.— Cierto:
Habla sin rubor, querido.
¿Cuál de mis hijas tu afecto
Ha ganado? dilo pronto:
Por el colmo á mi contento.

D. Juan.—¡Oh padre! si acaso el nombre
De padre, dar á usted puedo,
Cuando rehuso el beneficio
Que me propone: mas debo
Ser franco, y sufrir ahora
Su cólera y menosprecio,
O resignarme á pasar
Una vida de tormentos,
O á lo menos de fastidio,
Con una esposa de un genio
Distinto del genio mío.
Perdone usted si le ofendo;
Sabe el cielo cuánto estimo
Ese cariño: cuán lleno
Mi pecho de sus bondades,
Prueba el agradecimiento.
Toda mi vida no basta
Para pagar lo que debo
Al que me ama como padre;

Pero, señor, yo no puedo
Resolverme á ser perjuro.
¿Pronunciaré el juramento
De amor eterno á una esposa,
Cuando en mi pecho no siento
Este amor? es imposible.

Tim.—¡Imposible! ¿Con que debo
Renunciar á la esperanza
Que alimentaba mi pecho?
Mas, dime ¿qué te disgusta
En mis hijas? ¿Qué defectos
Tienen que yo no he notado?
Yo las juzgaba un modelo
De perfección.

Ant.— Es preciso,
Amigo Don Timoteo,
Que escuche usted de mi boca
La verdad, aunque su acento
Le parezca duro; acaso
Todavía será tiempo
De corregir unos males,
Que si tomaran más cuerpo,
Incorregibles serían.
Lo he dicho á usted, y de nuevo
Lo repito. Usted adopta
Un gran error, suponiendo
En sus hijas cual virtudes,
Lo que sólo son defectos..
La falsa instrucción de Clara;
De Mariquita ese genio
Ligero que no se fija
En cosa alguna; el [illegible]

De la sensibilidad
De Leonor, Don Timoteo,
Son faltas, y faltas graves,
A que usted debiera cuerdo
Haber atajado el curso;
Un hombre de juicio recto
Elegirá por esposa
Una mujer que cumpliendo
Su deber, cuide su casa;
Que cultive su talento
Con gusto; que si dedica
A la lectura algún tiempo,
No quiera pasar por sabia;
Que no esté siempre gimiendo
Por personajes ficticios;
Que no ocupe su cerebro
Solamente con las flores,
Los bailes y el coliseo:
Ser sin ficciones sensible:
Ser instruída, sin empeño
De parecer literata.
La compostura, el aseo,
Usar sin afectación,
Y vivir siempre cumpliendo
Las dulces obligaciones
De su estado y de su sexo:
He aquí una joven amable!
He aquí, amigo, en mi concepto,
Las virtudes de una esposa.
Usted sin duda está lleno
De bondad; su noble alma
Merece ser el objeto

De una constante ternura;
Pero escuche usted, le ruego
Los consejos de un amigo;
Corrija usted los defectos
De sus hijas, aún es dable.
Tienen un corazón recto,
Y escucharán de un buen padre
Los saludables preceptos:
Tal vez pronto corregidas,
Serán de todas modelo,
Y harán á usted venturoso,
Tanto cual merece serlo.
Vaya, enjugue usted el llanto,
Que todo tendrá remedio:
Cuenta usted con un amigo.
Juan.—Y con un hijo; yo espero
Merecer tan dulce nombre
Por mi cariñoso esmero;
Joven soy; aún es posible
Que de otro viaje volviendo
Que voy á emprender ahora,
Pague á usted lo que le debo,
Halle en Leonor una esposa
Tal como yo la deseo;
Si acaso usted, padre mío,
Me juzgare digno de ello.
Ant.—Sí, Don Juan, Leonor es joven
De buen corazón, yo espero
Que si nuestro buen amigo
No desprecia mis consejos,
Será muy pronto una esposa
Inimitable.

D. Tim.— Comienzo
A creer que usted, Don Antonio,
Tiene razón.
D. Ant.— ¡ Bueno, bueno !
Ya lo esperaba.
D. Tim.— Juanito,
A pesar del sentimiento
Que tu conducta me causa,
Tienes razón, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamás olvidarme puedo
De lo que debo á tu padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.
D. Juan.—Sí, señor, yo lo deseo.
D. Tim.—Vengan los dos á mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La lección, yo la agradezco.

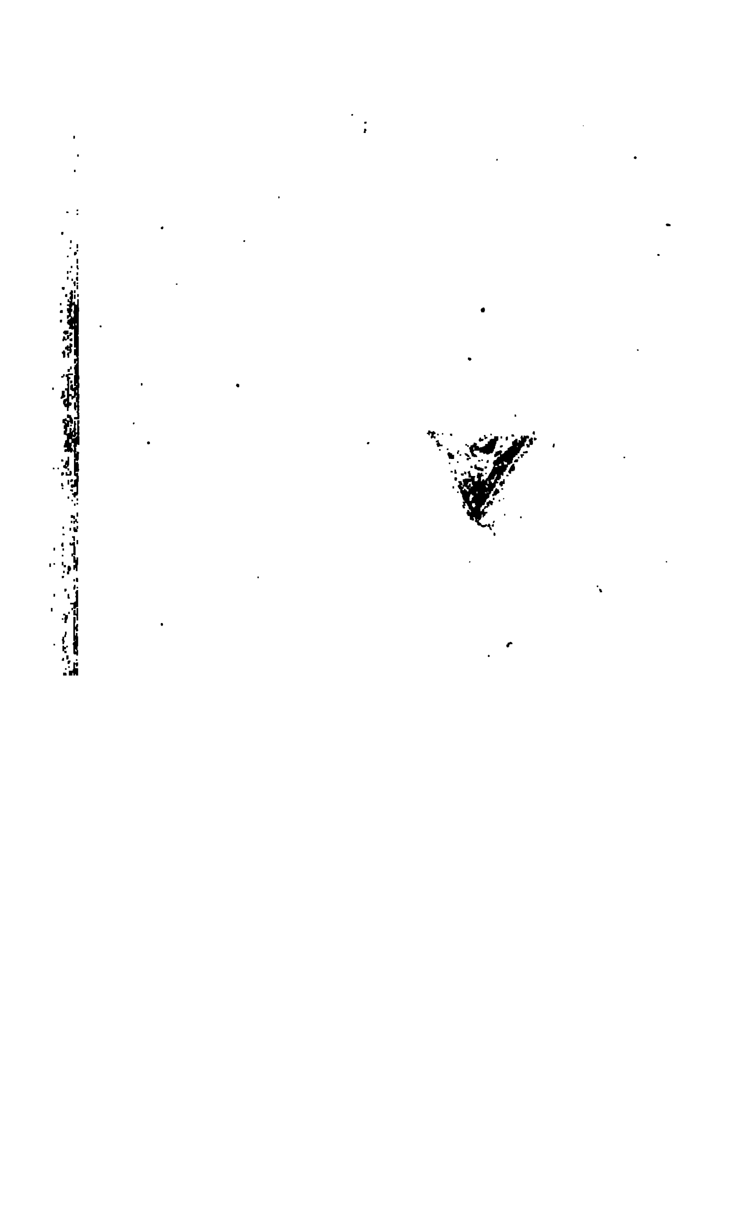
ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA, LEONOR, MARIA, CLARA.

D. Carlos.—¡ Bravo! ¡ bravo! esto va bien;
Ya tendremos desposorio;
¿Cuándo es por fin el casorio?
¿Quién es la dichosa, quién?
¿Conque habrá "danse," festín;
Vaya, qué gusto tendré,

La Mazurca bailaré.
¿Cuál es la "fiancée," por fin?
Ya están danzando mis pies.
Da. Ser.—¿A quién eligió?
D. Juan.— Señora...
Todos.—¿A quién, á quién?
D. Ant.— Por ahora,
A ninguna de las tres.





ANA BOLENA.

A su querida hermana
Doña Guadalupe Calderón, dedica este drama

EL AUTOR.

PERSONAJES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR é ISABEL PRESTON, damas de la reina.
JORGE SMETON, paje de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS que hablan.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO I.
SOLDADO I.

Londres, 1,536.



ACTO PRIMERO

EL BAILE.

Gran salón en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salón también iluminado, en donde se da el baile; al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salón que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas, á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. prim.—Sméton, á vos os toca
Jugar; ¿pero estáis dormido?

Cort. seg.—Es que se halla aquí su cuerp
Pero su alma, ¿eh?
(Risa maliciosa de inteligencia, entre los cortesanos que están con Sméton.)
Sméton.—(Turbado.)
Pues, amigos,
Os engañáis, nunca ha estado
Mi corazón más tranquilo:
No pienso más que en el juego.
Cort. prim.—¿Pero en cuál juego? infinitos
Hay: unos de cartas, otros
De manos, otros... querido,
Ya me entendéis; mas cuidado,
Porque hay algunos prohibidos.
Sméton.—No os entiendo.
Cort. prim.— Vaya, Sméton:
Ese semblante encendido
Os hace traición: tres veces
La partida habéis perdido,
Porque casi no miráis
Los naipes, y de continuo
Volviendo estáis la cabeza
Hacia aquella puerta; os digo
Que sois poco diestro.
Cort. seg.— Bueno;
Si á los naipes ha perdido,
Conseguirá otras ventajas;
Pues dice un proverbio antiguo,
Que es en amores dichoso
El que en el juego....
Los Cortesanos.—(Riendo.)
Bien dicho.

Smétón.—Señores, basta de burlas,
Y si queréis divertiros
A costa mía, os prevengo
Que no podréis conseguirlo.
Con que juguemos.
Todos.— Juguemos.
(Siguen jugando.)
Cort. terc.— (En la mesa de la izquierda.)
Pues, señores, como os digo,
Pero guardad el secreto;
Mirad que corro peligro
Si no sois discretos.
Cort. cuarto.— Vamos,
Hablad sin temor, amigo,
Y contad con la reserva.
Cort. terc.—Pues escuchad. He sabido
Que nuestro buen soberano
Se va cansando un poquito
De su adorada consorte,
Y anda asestando sus tiros
A Lady Seymour. ¡Caramba!
Tiene unos ojos divinos
La tal Juana: lo gracioso
De la historia, es que el ministro,
El astuto Cromwell, tiene
Más empeño que el rey mismo.
Cort. cuarto.—La quiere hacer una reina
A su modo.
Cort. terc.— No, querido;
Quiere vengar el ultraje
Que Ana Bolena le hizo
En público una ocasión.

Cort. cuarto.—¿Cómo?
Cort. terc.— No sé qué le dijo
De plebeyo y despreciable;
Y desde entonces, me han dicho
Que ha jurado la venganza.
Cort. cuarto.—El es un zorro maldito
Que dará al diablo lecciones.
Cort. terc.—Y como (entre nosoros sea (dicho)
Nuestra reina Ana Bolena
Ha dado más de un motivo
Para atacarla, y se habla
De secretos favoritos,
De Sméton, Norris y Bréreton,
Y hasta de su hermano mismo;
Quién sabe si al fin.....
Cort. cuarto.— Y luego
Debe pagar lo que hizo
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Haptill. ¡Pobre Catarina
De Aragón! Pero el castigo
Caerá sobre Ana Bolena.
Cort. terc.—¡Oh! ¡pobre Ana! ella ha te- (nido
Sus faltas.
Cort. cuarto.— Si, por su causa
Han muerto ya en un suplicio
Tomás Morris y otros muchos.
Cort. terc.—Tal vez ella no ha tenido
Parte en esto; sus parientes...
Cort. cuarto.—Pero ella debió impedirlo.

Sméton.—(En la otra mesa.)
Es mia la basa.
Cort. seg.—(Jugando.)
No,
Que yo tengo al rey conmigo.
Sméton.—¡Maldito rey! pues parece
Que con él estoy reñido.
Cort. prim.—Con la reina... de los naipes
No fuera Sméton lo mismo,
Pues de las hembras parece
Que sois muy favorecido.
Sméton.—Basta de burlas. El juego
Me va causando fastidio:
(Se levantan.)
Dejémoslo.
Todos.— Sí, sí; al baile.
Cort. prim.—Mas no os enfadéis conmigo;
Ya sabéis que siempre os hablo
Como camarada antiguo
De colegio, y en verdad
Corren ciertos rumorcillos
Sobre vos y cierta dama
De un rango muy distinguido.
Sméton.—¿Pero quién es esa dama?
Cort. prim.—¿Y si os enfadáis?
Sméton.— Decidlo,
Por Dios, y decidlo pronto.
Cort. prim.—¿El nombre de ella?
Sméton.— Repito
Que sí: acabad, ó dejadme.
Cort. prim.—Bien, os lo diré al oído.
(A los cortesanos.)

No os lisonjéis, señores,
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir: es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz alta, ni exponerlo
A vuestros sangrientos tiros:
Adivinad si queréis,
Y en malicias divertíos.

Sméton.—Acabad.

Cort. prim.— Pues bien: se llama,
Os lo diré muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

Sméton.—(Furioso.)
La palabra que habéis dicho
Pide sangre, caballero.

Cort. prim.—(Riendo.)
No tal, amigo mío,
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea, vamos,
Vamos al baile, queridos.

(Se van todos los cortesanos; Sméton quiere seguirlos, y luego se contiene).

ESCENA II

SMETON.

Esperad..... ¿Qué voy á hacer?
¡Oh! ¡maldita sea mi estrella!
Ni aun puedo morir por ella;
Callar debo y padecer.

Y es cierto que la amo, sí:
Yo la idolatro, la adoro;
Su sonrisa es un tesoro,
Es el cielo para mí.
El cetro y pompa real,
¡Oh, cuánto son inferiores
De sus ojos brilladores
A la luz angelical!
Sobre su célica frente
Brilla un genio soberano:
Marcóla Dios con su mano
Para hacerla omnipotente;
Y dijo á la humanidad:
"¡Ved en el mirar divino
De esa mujer, el destino
Del justo en la eternidad!"
Y yo, mísero de mí,
Que siempre estoy á su lado
Para amarla, ¡desgraciado!
Sin esperanza nací:
A ver sin cesar en ella
Un objeto sacrosanto,
Y á regar con triste llanto
De su hermoso pie la huella;
Mas su rostro encantador
Por mi mano retratado,
Siempre en mi pecho guardado,
Es mi delicia, mi amor.
(Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro.)
Ven, ¡oh sacro talismán,
Ven y consuela mi alma,

Tu poder mágico calma
Mi desventurado afán!
Deja que el labio abrasado
De un esclavo que te adora,
En tu frente seductora...
(Desde antes de los tres últimos versos, Cromwell se ha acercado con mucha precaución detrás de Sméton, y ha visto el retrato de la reina; después se retira con cuidado y le habla á Sméton.)

ESCENA III.

SMETON, CROMWELL.

Cromwell.—Cuidado, Sméton, cuidado.
Sméton.—(Sorprendido.)
¡Cielos! el ministro.....
Cromwell.— Y bien,
¿Por qué os sorprendéis así?
¿Contemplábais el objeto
De vuestro amor? bien, vivid,
Y amad: tal es el empleo
De la juventud feliz.
Ese es sin duda el retrato
Del hermoso serafín
Que preside vuestra suerte:
Que le mire permitid.
Sméton.—Conde de Essex, dispensadme:
(Ocultando el retrato.)
Este es mi secreto.
Cromwell.— ¿Sí?

Pues guardadlo: sois discreto.
(Es tarde, que ya lo ví).
Pero la reina os buscaba;
Parece que os quiere oir
Cantar: sabéis lo que gusta
De vuestra voz: pronto id,
Que no es justo retardarle
Este placer.
méton.—(Tomando su sombrero.)
Permitid...
romwell.—Id con Dios, hermoso joven;
Sed en amores feliz.
(Váse Sméton.)

ESCENA IV.

GROMWELL

Mancebo incauto, ya estás
En el borde y no lo ves;
Con un sólo paso más,
Horrible abismo verás
Abierto bajo tus pies.
¿Tú amas á la reina? sí:
¿Y ella te ama? tal vez no;
No importa; un retrato vi
Que es una arma para mí
Una arma que busco yo.
Reina orgullosa, insultado
En público fui por vós,
Por mi origen ignorado;
Pues bien, quedaré vengado,

Y muy pronto ¡vive Dios
El plebeyo se alzará.
Este gusanillo vil,
De una reina triunfará:
Serpiente se tornará
Este mísero reptil.
Enrique llega: ¡valor!
El apasionado está
De Lady Seymour. ¡Oh, amor!
Tú serás mi vengador:
Ana Bolena caerá.

ESCENA V

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Cromwell, yo te buscaba: ¿has visto (á Juana?
A esa Juana Seymour, á esa hermosura
En cuya frente pura
Brilla el pudor con todos sus encantos.
Jamás, jamás tan bella,
Conde, me pareció como este día:
Atónita mi vista la seguía;
No he podido apartar mis ojos de ella:
Un impulso secreto, sobrehumano,
Un mágico poder irresistible
Arrastra á tu potente soberano,
Y Enrique VIII que á la mar domina,
A cuyo cetro el mundo viene estrecho,
Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,
A una débil mujer la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana.
Cromwell.—¿Y Ana Bolena?
Enr.— ¡Calla! ¡Ana Bolena!
La tempestad sobre su frente truena:
Ella es culpable, Cromwell: esa Ana
En quien mi honor depositaba un día,
Es infiel.
Cromwell.— ¿Es infiel?
Enr.— Se ha roto el velo
Que mis ojos cubría, y aclarando
Se van ya mis sospechas: ya la corte
Su liviandad murmura.
Cromwell.— ¿Y el objeto
De su culpable amor, ¿quién es?
Enr.— Son muchos
Los que se nombran: Bréretron, Sméton,
Su mismo hermano, ¡oh, conde! ¿lo cree-
(ríais?
Yo lo descubriré, y entonces ¡tiemble,
Tiemble el objeto de las iras mías!
Cromwell.—¡Rochford, su mismo herma-
(no! ¿y es creíble?
Enr.—¿No has observado tú, no has descu-
(bierto
Alguna cosa que aclarar consiga
Del todo la verdad?
Crom.— Mi soberano,
Os debo lo que soy: el labio mío
Nunca os hará traición. Ana Bolena.....
Yo la amo y compadezco su destino;
Pero ahora mismo...
Enr.— Acaba pronto, y deja

De piedad esa máscara engañosa;
Yo te conozco, Cromweell. Habla al punto,
Y háblame con franqueza.
Cromwell.— En este instante,
De la música huyendo y del bullicio,
En esta sala Sméton se encontraba
A un retrato de lágrimas cubriendo.
Era el de vuestra esposa...
Enr.— ¡Cómo!
Cromwell.— El mismo:
Pude verlo muy bien sin ser notado;
Si V. M. pretende ahora
Comprobar la verdad de mis palabras,
Haga llamar á Sméton: de su cuello
Una cadena pende de oro puro:
En su extremo hallaréis ese retrato.
Yo me indigno, señor, al acordarme;
Lo ví, y callé, que sólo á vos os toca,
Tamaña injuria castigar: llamadlo,
Llamad á ese traidor: vuestra justicia
En su cómplice y él, sin piedad caiga
Enr.—Basta, Cromwell, no pido tus conse-
(jos;
Sé lo que debo hacer.
Cromwell.— ¡Oh, cuán distinta
Es de la reina, la inocente Juana!
Sin artificio, sin doblez alguno
Su puro corazón en sus miradas
Se está leyendo.
Enr.— Sí, su dulce nombre
Me hace olvidar á todo el universo.
Caiga la que mi honor ha mancillado,

Y Juana suba de Inglaterra al solio.
Escucha, conde, ya hace muchos días
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, antes que al trono
Fuese llamada: si esto fuese cierto
Mi matrimonio es nulo.
Cromwell.— Sí.
Enr.— Y entonces
Puedo unirme con otra. El conde se halla
En sus estados, lejos de la corte.
Haz que le llamen, Cromwell.
Cromwell.—Voy al punto.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.—De Northumberland el conde,
De llegar, señor, acaba,
Y hablaros desea.
Enr.— ¿El conde?
¿Qué casualidad tan rara
Le conduce en tal momento?
Que pase al punto (Vase el page.)
¿Qué causa
Le puede traer? Ha tiempo
Que de la corte se aparta.
Cromwell.—V. M. al punto
Lo sabrá; ya se adelanta.

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE PERCY.

Enr.—Noble conde, llegad: ¿á qué debe-
(mos
El placer de miraros este día?
Percy.—Señor, ved la tristeza en mi sem-
(blante.
Mirad en él la fúnebre noticia
De que soy mensajero: la princesa
Vuestra primera esposa, Catarina,
La augusta desterrada, ha muerto.
Enr.—¡Ha muerto!
Percy.— Terminó su carrera de
(desdichas.
Yo he presenciado su postrer instante
Y yo os traigo, señor, su despedida.
Siempre noble y magnánima, ni un punto
Desmintió su virtud: era la misma
En su lecho de muerte, que en el trono
En que Inglaterra la admiró algún día.
Enr.—¡Buena mujer! Por su piedad in-
(mensa
El Eterno en su seno la reciba.
Percy.—No hay duda; ya su espíritu celeste
En las regiones de la luz habita:
Mucha fué su virtud: amargo llanto
Inundó largo tiempo sus mejillas:
Privada de su rango, desterrada

Del trono augusto de que fué tan digna;
Privada, en fin, de todo lo que amaba,
Y á vivir entre angustias reducida,
Jamás su labio articuló una queja,
Y al cielo, generosa, le pedía
Que sobre su hija y sobre vos vertiese
Con franca mano inacabables dichas:
Tal vuestra esposa fué: ya al acercarse
El término temprano de su vida,
Se dignó suplicarme que viniese
Para recomendaros á su hija.
He cumplido, señor, sus voluntades:
Extended vuestra mano compasiva
A esa niña inocente, protegedla;
Recordad que sois padre de María.
Aquí queda mi encargo terminado:
Permitidme volver.

Enr.— Será cumplida
La voluntad de Catarina, conde;
Mas retardad aún vuestra partida.
Cuestiones de importancia quiero haceros:
Vedme en palacio el venidero día.

Percy.—Vendré á veros, señor.

Enr.— El cielo os guarde.

Percy.—El proteger se digne vuestra vida.

(Vase.)

ESCENA VIII

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enr.—Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos:
De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, conde, mañana
Será un día muy funesto
Para muchos: mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ¡desgraciados
Los que aparecieren reos!
Cromwell.—La reina llega.
Enr.— Su vista
Me sirve ya de tormento.

ESCENA IX

Dichos, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR. ISABEL, DAMAS, CORTESANOS, SMETON,

Ana.—Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?
Enr.—(Con sequedad.)
—Sí, no tengo
Motivos para alegrarme.
¿Sabéis, señora, que ha muerto

Vuestra reina?
Ana.— ¿Quién?
Enr.— La heroica
Catarina, la que un tiempo
De Inglaterra sobre el trono
Fué de virtudes modelo.
Ana.—Si la princesa de Gales
No existe ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.
Enr.— Sí,
Sin dificultad lo creo,
¡Porque sois tan compasiva!
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello
¿No me entendéis hoy? Mañana
Que me comprendáis espero.
Ana.—¿Mañana? señor, mañana
Está dispuesto un torneo
En Greenwich.
Enr.— ¡Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.
Ana.— No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Norris, Bréreton, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentiréis.
Cromwell.— (Aparte.)
¿Qué importan

Unas horas más ó menos?
De Greenwich hasta la Torre
De Londres, no está muy lejos.
Enr.—Dices bien. Sea, señora,
Como vos queráis. Tendremos
Mas tiempo de hacerlo todo
Con calma. Guárdeos el cielo.
(Váse.)

ESCENA X

Dichos, menos ENRIQUE VIII.

Ana.—Despejad: Cromwell, oíd.
(Vanse todos, menos Cromwell.)
¿Por qué causa el rey se muestra
Tan severo? ¿lo sabéis?
Cromwell.—¿Qué queréis que os diga, oh
(reina?
¡Es tan sombrío el carácter
De Enrique VIII!... Una nueva
Pasión tal vez... ¡qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina,
Y hoy en su trono se sienta:
Vos tenéis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella:
No puedo explicarme más;
Entended, si sois discreta:
Guárdeos Dios. (Váse.)

ESCENA XI

ANA BOLENA.

¡Cielos! ¡qué oí!
Era cierto mi temor:
¿El rey tiene un nuevo amor?
¡Desventurada de mí!
¿O ese ministro feroz,
Ese Cromwell infernal,
Lo supone por mi mal?
Es una venganza atroz;
No puede ser, no será;
El rey me ama todavía,
Calma el temor, alma mía,
Mi hermosura triunfará.
¿Pero esa Juana, esa Juana
Es por acaso tan bella,
Que el rey me deje por ella?
Puede ser, ¡duda inhumana!
Despreció Enrique por mí
A su esposa Catarina;
Quizá el cielo me destina
Una suerte igual, ¡ay! sí.
De esta princesa la muerte
Es una lección terrible.
Fuí á su dolor insensible...
Yo tendré la misma suerte:
Ana olvidada será;
Pero no; ¡qué desvarío!

Levántate, orgullo mío;
Mi hermosura triunfará:
Y pronto al monarca inglés,
Por mi beldad arrastrado,
Le veré al fin humillado
"Pedir perdón á mis piés."



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillón forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los pies del sillón un gran cojín de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demás piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta también con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Roch.—Horrible tempestad nos amenaza,
Hermana mía: ese fatal ministro,
Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
Contra nosotros.
Ana.— Sí, su orgullo herido
Por mi desprecio, la venganza anhela:

Vil mezcla de bajeza y de perfidia
Es ese hombre feroz; nada perdona
Para perderme: el rey dócil escuha
Sus horribles consejos; ¡pero tiemble!
Enrique me ama aún.
Roch.— ¡Oh, hermana mía!
Tal vez te engañas; esa dama tuya,
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique
Ha sabido agradar: Cromwell fomenta
Esta nueva pasión, y pronto acaso,
Ana Boleno bajará del trono,
Como bajó la reina Catarina.
Se te acusa de un crimen horroroso:
¡De adúltera!
Ana.—¡Gran Dios! Rochford, ¿quién pudo
Esa palabra pronunciar?
Roch.— Enrique,
El mismo rey se dice que te acusa.
Tus ligerezas se han interpretado
Como muestras de amor: en el torneo,
Ayer mismo en Greenwich, cuando dejaste
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho
Que era señal de tu pasión á Norris.
Él rey se retiró con el ministro
Lleno de indignación: yo tiemblo, Ana;
A mí mismo me acusan, ¿lo creerías?
De un criminal amor á tu persona.
Ana.—¿Conque también de incesto se me
(acusa!
Tú deliras, Rochford; el mismo infierno
No pudiera inventar tan vil calumnia.
¡Me haces temblar! ¡escucha! en esta no-
(che..

¿Será un aviso del airado cielo?
Me estremezco, Rochford: ¡visión horrible
De mi imaginación se apoderaba!
¡Sueño espantoso que olvidar procuro,
Y no puedo olvidar! Oyelo, y tiembla.
Yo soñaba que el trono ocupando
A mis pies la Inglaterra veía:
Todo en torno á mis ojos reía,
Todo en torno era dicha y amor:
Cetro de oro en mi mano brillaba,
La corona adornaba mi frente,
Un gran pueblo á mi voz obediente,
Escuchaba temblando mi voz.
Mil guerreros, mil héroes ilustres,
Mis caprichos humildes servían,
En mi risa su gloria veían,
Y venían mi mano á besar:
En mil partes mi nombre grabado,
Centellaba entre piedras preciosas,
Y sentí de jazmines y rosas
Dulce aroma en el viento bajar.
Mas, ¡oh, Dios! esta atmósfera pura,
De zafiro este cielo esplendente,
Roja nube cubrió de repente,
Que torrentes de sangre vertió:
Un relámpago lívido alumbra
De la tierra el funesto desmayo,
Y retruena mil veces el rayo
Con horrible funesto fragor.
La diadema que adorna mi frente
En mi cráneo se ciñe, se hunde,
Y mi cetro en mi mano se funde,

Y me abrasa el ardiente metal:
Y mi manto de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte:
En horrible dogal se convierte,
De mi cuello el soberbio collar.
Se hunde el trono con hórrido estruen-
(do,
Veo á mis pies una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me muestra el sudario fatal.
¡Catarina! Era suya esta mano.
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha muerto!
En sudor inundada despierto,
Sin poder á la calma tornar.
Roch.—¡Desventurada! tal vez
Se realizará este sueño:
La tempestad se aproxima,
Oigo resonar el trueno.
Tres dias hace que sólo
Miro presagios funestos.
De Cromwell el regocijo,
Del rey el rostro severo,
El amor que tiene á Juana,
Todo, en fin, está diciendo
Que se aproxima la hora
De la muerte ó del destierro.
Ana.—No, tal vez, hermano mio,
No es tan grande nuestro riesgo.
¡Enrique me amaba tanto!
¿Y podrá en tan breve tiempo
Aborrecerme? ¡imposible!
No, Rochford, yo no lo creo.

Hace tres días me hablaba
Con el cariño primero:
Antes de ayer en el baile
Y en el crítico momento
De que la muerte escuchaba
De Catarina, el torneo
De ayer le anuncié; quería
Que se suspendiese, y luego
Que le rogué, á mis instancias
Condescendió; sí, yo pienso
Que conservo todavía
Sobre su alma el mismo imperio.
Dicen que á Lady Seymour
Ama Enrique; no lo creo:
Es obra de Cromwell todo,
De ese odioso consejero.
Cuando el rey mire mi llanto:
Cuando con mágico acento
Le recuerde aquellos días,
Aquellos dulces momentos
De ventura, que en su alma
Tantas delicias vertieron:
Cuando me mire á sus plantas
Invocando al Sér supremo
Por testigo irrecusable
De mi conducta, y el velo
De la impostura se rompa;
Cuando mire, en fin, mi afecto
Siempre puro, inalterable,
En mis lágrimas de fuego,
¿Quién duda que entre sus brazos
Vaya á recibir el premio

De mi inocencia? ¡Oh, hermano!
Ligera soy, lo confieso:
Educada en Francia, acaso
La circunspección no tengo
De una inglesa; ¿mas qué importa?
¿Es menos puro por eso
Mi corazón? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

Roch.—¿Y tu inocencia qué importa,
Si ya del rey el afecto
No es el mismo?

Ana.— Hermano mío,
No conoces el imperio
Del llanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.

Roch.—¿Sabes que á Lady Seymour
Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretexto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour. . . .

Roch.— Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazón. ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos!

(Váse.)

ESCENA II

ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR,

(que entra al mismo tiempo que sale Rochford. Ana se sienta en el sillón con mucha seriedad.)

Ana.—Acercaos: no tembléis;
Respondedme con verdad.
Juana.—Siempre la sinceridad,
Señora, en mi alma veréis.
Cierto es que tiemblo al mirar
Vuestro semblante severo,
Y saber, señora, espero,
En qué os pude agraviar.
Tiemblo, sí, porque tal vez
Sin saberlo os ofendí,
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,
A Dios pongo por mi juez.
Ana.—(¿Tan joven y artificiosa
Hasta tal punto sería?
No puede ser.) Hija mía,
Tú eres buena, candorosa:
En tu noble corazón
Sólo habita la pureza:
Respóndeme con franqueza,
Calma, Juana, mi aflicción.
¿El rey te ha llamado?
Juana.— Sí,

Ricas joyas me ha mandado,
Y el conde de Essex....
Ana.— (¡Malvado!)
Juana.—Casi me ha arrastrado allí.
Dijo que era mi deber
Dar gracias al soberano;
Dudé yo: tomó él mi mano,
Fué preciso obedecer.
Ana.—(Infame.)
Juana.— Ya en la presencia
Del rey, tímida, turbada,
Parecía condenada
Que escuhaba su sentencia.
Yo no sé lo que sentí
Cuando el monarca me habló;
Pero el conde respondió
Con mucha bondad por mí:
¡Es el conde tan afable!
Ana.—(Se levanta furiosa, y se pasea po
el gabinete).
¡Mucho, sí! ¿mónstruo infernal,
Te abortó para mi mal
El averno? ¡Miserable!
¿Posible es tanta bajeza?
¡Pero al rey le pasará
Este capricho y caerá
Ante mis pies tu cabeza!
Tú volverás á la nada,
Cromwell infame y traidor:
¡Tú temblarás al furor
De una mujer ultrajada!
¡Veré á Enrique, le veré;
Mis quejas escuchará,

Su gracia me volverá,
Y al fin vengada seré!
¡Vengarme! vengarme yo.
El tiene la culpa, él:
Me obligan á ser cruel;
¡Pero no he de serlo, no!
Venga ese ministro, sí,
Venga á implorar su perdón;
Conocerá el corazón
Que siento latir aquí.

(Se sienta)

uana.—Tal vez sin saberlo yo,
Señora, os habré ofendido:
Si es así, perdón os pido.

Ana.—Tú no me ofendiste, no:
También tú víctima eres
Como yo, de un vil engaño:
Se conjuran en el daño
De dos míseras mujeres.
Juana, acaso no sabrás
Lo que es ese brillo falso
Del trono: de él al cadalso
Hay un paso, nada más.
Hoy te quieren elevar
Sacrificándome á mí;
¡Ay! también después á ti
Te sabrán sacrificar.

uana.—Señora, yo al esplendor
Del trono nunca aspiré.

Ana.—Lo sé, Juana, sí, lo sé;
Abusan de tu candor:
Mas la tempestad sombría
Yo sabré al fin conjurar:

Lo espero: vuelva á reinar
En mi pecho la alegría.
Haz que entre mi corte aquí,
Y de Sméton los acentos
Disipen los sentimientos
De tristeza que hay en mí.
(Váse Juana.)

ESCENA III

ANA BOLENA.

¡Oh, sueño, sueño cruel!
Déjame por compasión;
No inundes mi corazón
Con tus recuerdos de hiel.
Siempre en mi memoria fiel
Está la visión fatal:
Siento en mi cuello el dogal,
Siento quemarse mi diestra;
Veo la mano que me muestra
El sudario funeral.
Pero no, no, sueño fué,
Sueño que pasó veloz:
Pronto este recuerdo atroz
De mi pecho borraré;
La calma recobraré;
La dulce paz, el contento;
De la poesía al acento,
Huirá la melancolía:
Vuelva á reinar la alegría;
Demos las penas al viento.

ESCENA IV

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL,
Después SMETON, JUANA SEYMOUR,
DAMAS Y CORTESANOS.

(Enrique y Cromwell aparecen en la puerta, á la espalda de Ana, y pasan rápidamente á ocultarse en la puerta del costado izquierdo.)

rom.—Nadie nos ha visto entrar,
Entrad, señor, y veréis
Comprobada la verdad.
nr.—(Al pasar.)
¡Ana Bolena, temblad!
rom.—Pronto la conoceréis.
na.—Venid, señores, hoy siento
Una tristeza mortal:
Sméton, tu dulce acento
Disipe este sentimiento
Con su influjo celestial.
Mi joven poeta, dí:
¿Sabes alguna canción
Nueva?
méton.— Sí, señora, sí;
Una hermosa letra oí,
Que habla con el corazón:
Está llena de ternura
Es la voz de la verdad,

De una alma tímida y pura,
Que habla llena de amargura
A su adorada beldad.
Es de un pobre trovador
Lleno de melancolía,
Porque á su constante amor,
El rango harto superior
De su dama se oponía.

Ana.—¿Ella no lo amaba?
Sméton.— No.
Ana.—¿Sabía ella que era amada?
Sméton.—El su cólera temió;
Gimiendo siempre, calló
Su pasión desesperada.
Ana.—El se debió declarar.
Sméton.—Si era un pobre trovador,
Y ella ocupaba un lugar
Tan alto, ¿podía esperar?...
Ana.—Todo lo iguala el amor:
¿No es verdad, hermosa Juana,
Que amor no conoce ley?
Todo, su poder lo allana,
Y hasta la distancia es vana
Que hay desde el vasallo al rey.
Mas recitad la canción,
Que muy hermosa será
Si la dictó el corazón.
Sméton.—Señora, esa es mi opinión,
V. M. la oirá. (Se sienta, y recita la si-
(guiente.)

Es hermosa la diadema
Que brilla en tu frente pura;

Pero es más de tu hermosura
El bellísimo esplendor:
Yo quisiera, amada mía,
Más y más engalanarte;
Pero nada puede darte
Un humilde trovador.
Toma el arpa con que canto
Las hazañas de los reyes,
Y de amor las dulces leyes,
Y tu imperio seductor:
Yo no tengo más riqueza,
Yo no tengo plata ni oro;
He aquí el único tesoro
De un humilde trovador.
Un poder irresistible
Reina, hermosa, en tu mirada
Y en tu boca nacarada
La sonrisa del amor.
Brilla en tu cándida frente,
Del cielo puro la calma:
Tú eres la vida, tú el alma
De este humilde trovador.
Yo te amo sin esperanza,
Tú eres una gran señora,
Yo soy un triste que llora
Su desventurado amor.
Y á pesar de la distancia
A que nos puso la suerte,
Te ha de amar hasta la muerte
"Este humilde trovador."
(Se levanta.)
Ana.—Hermosa letra, y sin duda

La habéis recitado bien.
Sméton.—Por vuestra bondad, señora.
Ana.—Algún premio merecéis:
(Le da un anillo, que él recibe de rodillas.)
Esta sortija tomad,
Sméton.
Sméton.— ¡Tanta merced!
¿Una sortija, señora,
De vuestra mano? ¡oh placer!
Enr.— (Sale y Cromwell.)
También yo quiero, buen paje,
Danos algún premio.
Todos.— ¡El rey!
(Se pone Ana en pie.)
Ana.—¡Señor!....
Enr.— Me alegro, señora,
Que tan divertida estéis;
Mas permitidme premiar
Al paje. Conde de Essex,
Traed lo que os dije. Sméton,
(Váse Cromwell.)
Otra habilidad tenéis
De que no me habéis hablado:
Sois un buen pintor también.
¿No lo sabéis vos, señora?
Ana.—No, Enrique.
Enr.— (A Sméton.)
Dejadme ver
Ese retrato que al cuello
En la cadena tenéis.
Sméton.— (Turbado.)
Yo... señor...

Enr.—Sois muy modesto,
Dádmele: miradlo, es
(Se lo arrebata y enseña á la reina.)
El vuestro, señora.
Ana.— ¿El mío?
Enr.— (Con risa maligna.)
¿Conque vos no lo sabéis?
Ana.—(Arroja á Sméton una mirada severa y éste se echa á sus pies.)
No señor.
Sméton.— ¡Ah! perdonadme:
Vedme, reina, á vuestros pies.
Sin saberlo vos, señora,
Sin saberlo vos, osé
Retratar vuestras facciones.
(Aparece Cromwell con soldados.)
Enr.—¿Ya estás aquí, Cromwell? Bien;
Prended á la reina, á Sméton,
A todos cuantos estén
Comprendidos en la lista
Que arreglábamos ayer.
Ana.—¿Qué es esto, señor? oidme.
Enr.—La cámara oirá después
Vuestros descargos.
Ana.— (¡Gran Dios!
Aviso mi sueño fué.)
Enr.—Tú de todos me respondes,
¿Lo entiendes, conde de Essex?
Quita á Sméton ese anillo,
Toma el retrato: veréis
Si impunemente se ultraja
A Enrique VIII. Sabed

Que ha mucho tiempo examino
Vuestra conducta, mujer.
Norris, Bréretron, Rochford,
Os aman, todo lo sé.
Caerá en todos los culpables
La cuchilla de la ley.
A la Torre conducidlos.
Juana hermosa, no tembléis,
Que como la reina dice,
"Amor no conoce ley:"
De la vasalla al monarca,
Nada la distancia es. (Váse.)

ESCENA V.

Dichos, menos ENRIQUE.

Crom.—Reina, conmigo venid.
Ana.—Ya se cumplieron, traidor,
Tus esperanzas, ya triunfas,
Plebeyo infame y feroz.
¡Sáciate en tu triunfo, impío!
¡Tú que no tienes valor
De medir jamás la espada
Con aquellos que ultrajó
Tu lengua mordaz: por cierto
Te ha llenado de esplendor
Esta hazaña, miserable!
Crom.—No he tenido parte yo,
Y siento....
Ana.— ¡Cállate, infame

Que la cólera de Dios
Te castigue.

Crom.— ¿Vamos?

Ana.— Vamos,
Que no hay suplicio mayor
Para mí, que tu presencia:
Yo soy la culpable, yo,
Que permití te elevaran
Sobre tu vil condición.

Crom.—Gracias, señora.

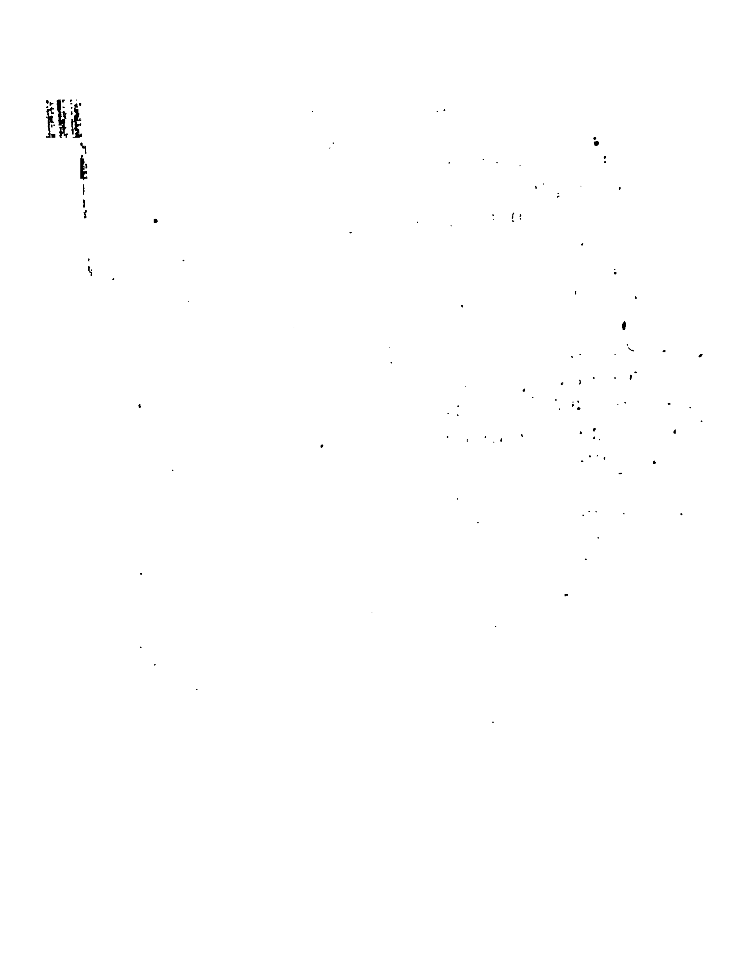
Ana.— ¡Dios mío!
¡Qué sangre fría! ¡oh furor!
Tú eres el genio del mal.

Crom.—Pues así lo queréis vos,
Lo seré por complaceros.

Ana.—¡Te burlas de mi dolor!

Crom.— (Señala á los soldados.)
Estos señores aguardan,
¿Vamos?

Ana.—(Tirándole con un guante en la cara.)
¡Confúndate Dios!!!





ACTO TERCERO,

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

ESCENA I

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy extraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los Siete Sacramentos
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyes!
De católico, tornóse
En protestante: mañana,
Si lo exigen sus amores,
Defenderá el Alcorán.
Bien, así te quiere Cromwell.

Enr.—(Viéndolo.)
¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aquí?
¿Están cumplidas mis órdenes?

Crom.—Sí, señor, ya se hallan presos
Los cuatro gentiles-hombres
De la reina.

Enr.— Bien; ¿quién falta?

Crom.—Falta solamente el conde
De Rochford: no está en palacio;
Pero irá pronto á la Torre,
Porque los guardias le buscan.

Enr.—¿Qué dice el pueblo de Londres,
De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

Enr.— (Mirándolo fijamente.)
¿Me adulas?

Crom.— (Bajando los ojos.)
No, señor.

Enr.— ¡Cuidado, conde!
¿Y Lady Seymour, qué hace?

Crom.—Lady Seymour es tan joven,
Tan tímida, que sin duda
La habrá aterrado este golpe
De justicia. ¿Lo creeríais,
Señor? Ha llorado.

Enr.— Cromwell,
Haz que venga á mi presencia:
Preciso es que sus temores
Con la dulzura se calmen.
Crom.—La inocente no conoce
Su bien: el trono la asusta
Enr.—Pronto probará sus goces.
Haz que citen á los pares
Que la cámara componen,
Para decidir la suerte
Hallarás en esta lista.
(Le da un papel)
Crom.—Se hará como lo dispone
V. M. (Leyendo.) "El duque
De Nonfolk preside." Este hombre,
Aunque es tío de la reina,
Está irritado, y supone
Que el crimen es cierto. ¡Bien!
"Suffolk, Worcester, el conde
De Derby, Tomás Andley,"
Este es mi criatura. "Morley,
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,
Mordaut, Dacres el lord Pouiviz."
¡Bien, muy bien! La mayoría
Es excelente. ¡Oh! ¿el nombre
De Northumberland también?
(Tanto mejor: este conde
Es amante despreciado;
Se vengará de ella.)
Enr.— Cromwell,
¿Qué te parecen los jueces?
Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.
Enr.—Que se circulen las órdenes
En el instante; y no olvides
Que vengan aquí Juana, conde. (Váse.)

ESCENA II

CROMWELL,

Vuela, navecilla mía
Con viento en popa. ¡Qué júbilo!
Ha llegado en fin el día
Que tanto tiempo anhelé.
Mira ya, reina orgullosa,
Cómo este plebeyo mísero,
Que tú hollaste desdeñosa,
Hoy derriba tu poder.
Bajo mi triunfante planta
Te mirará el mundo atónito:
Así el genio se levanta
Ayudado del rencor.
Vamos, nueva soberana,
Ocupad el trono espléndido;
¡Mas, cuidado, hermosa Juana!
¡Cuidado, que aquí estoy yo!
¡Cuánto he trabajado, cuánto!
¡Lady Seymour es tan tímida!
Fué preciso al ver su llanto,
Esforzarme á no reír.
¡Es tan niña todavía,
Tan inocente, tan cándida!

Mas con la experiencia mía
Será una gran reina, sí.

ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD.

Roch.—A buscaros he venido
Hasta palacio, milord.
Crom.—También yo os busco, señor;
Encontraros dicha ha sido,
Y de no haberos hallado
Ciertas gentes que mandé,
Me admiro: acaso....
Roch.— No sé:
Ya nos hemos encontrado;
Mi nombre y el de mi hermana
Habéis manchado, traidor;
Yo soy un hombre de honor,
Y ella vuestra soberana.
Al rey quejarme no quiero,
Porque caballero soy,
Y á vengar mi nombre voy
Sólo como caballero.
En vuestra casa os busqué,
De ella hace poco salí:
Pensé que estábais aquí,
Y por fin os encontré;
Y supuesto que infamáis
A quien vale más que vos,
Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,
O si para vuestra mengua,
Para vuestra confusión,
Tenéis corto el corazón
Y larga sólo la lengua.
Porque un hombre para hablar
Debe primero saber
Si puede al fin sostener
Lo que quiere aventurar;
Ni vuestra clase elevada,
Nada os podrá garantir,
Porque también sabe herir
En los ministros mi espada.
Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablaremos más despacio:
Ved que ahora estáis en palacio,
De aquí vais á la prisión;
Pero si acaso, después
Que os absuelvan, deseais....

Roch.—¡A una prisión! ¿os burláis?

Crom.—No, señor, la verdad es;
Pero cuando más un día
Estaréis con vuestra hermana.

Roch.—¿Está presa también Ana?

Crom.—No hace una hora todavía:
Viendo estoy que no sabéis
Lo que en palacio ha pasado:
Toda la escena ha cambiado,
Señor conde, ya lo veis.
Privada de libertad,
A mi pesar, vuestra hermana,
Y una nueva soberana,
Según se dice....

Roch.— Callad!
Crom.—Guardias.
Roch.— Sin duda el infierno,
Hombre inicuo, te abortó,
O á la tierra te mandó
En su cólera el Eterno.
(Aparecen en la puerta los guardias.)
Crom.—Os perdono: con razón
Habláis, señor conde, así.
Roch.—¡Huye, apártate de mí,
Ministro de maldición!
Crom.—Como ministro, la ley
Debo á mi pesar cumplir;
Yo la quisiera eludir;
Pero así lo manda el rey.
Una ocasión vuestro labio
En público me ultrajó;
Mas no la recuerdo, no,
Yo sé olvidar un agravio.
Y que, en fin, en realidad
¿Qué venía á ser todo ello?
Nada: que yo era plebeyo,
Y bien, esa es la verdad.
Pero ved, señor, la suerte
Qué injusta fué con los dos:
Yo estoy junto al trono, y vos
Tal vez cercano á la muerte.
Pero si mi valimiento...
Roch.—¡Y lo puedo tolerar! (Quiere sacar la espada: Cromwell hace una seña á los guardias, que lo sujetan.)
Vamos, llevadme á espirar

En un potro de tormento,
¡Si, del abismo el horror
Prefiro al verte, malvado!
Crom.—Seréis, señor, bien tratado,
Porque sois "hombre de honor."
Roch.—Sólo asi puedes tener
Tanta audacia; si estuviera
Libre yo, temblar te viera
Como cobarde mujer.
Haz que me maten, traidor:
Pues si me librara un día,
Tu sangre no bastaría
Para saciar mi furor.
Ni quedar impune creas,
Aunque muera yo, malvado,
Que el cielo por fin cansado...
Crom.—Llevadle.
Roch.— ¡Maldito seas! (Váse)

ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día;
Yo el vuestro sufrí con calma;
Fortuna es tener una alma...
Una alma... como la mía.
Es preciso activo ser;
Hay mil cosas que arreglar:
Una reina que quitar,
Otra reina que poner.

¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!
El rey juega con las leyes,
Los ministros con los reyes...
¿Y lo sufren las naciones? (Váse.)

ESCENA V

ISABEL PRESTON Y UN PAJE.

sab.—Decid á S. M.
Que de parte de la reina
Vengo á verle.
'aje.— ¿Vuestro nombre?
sab.—Isabel Préston. ¡Oh! quiera,
(Váse el paje.)
Quiera el cielo bondadoso
Que la triste Ana Bolena
Recobre el favor de Enrique!
¡Quién de tan duro se precia,
Que al ver á esta hermosa joven
Tan inocente y tan bella
En aquella obscura torre,
Llanto de piedad no vierta?
Tal vez esta triste carta,
Esta carta cuyas letras
Están regadas con llanto,
La gracia del rey le vuelva.
Gran Dios, extiende tu mano;
Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI

ENRIQUE VIII, ISABEL PRESTON.

Enr.—Lady Préston, bien venida.
Isab.—Ojalá que en hora buena
Llegase, señor.
Enr.— Decid,
¿Qué os conduce á mi presencia?
Isab.—Permitid que de rodillas
Os haga, señor, entrega
De esta carta.
Enr.— Levantad.
Isab.—No, gran rey: también mi lengua
Por la verdad, animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta más fuerza.
Enr.—Levantad, os lo suplico.
Isab.—V. M. lo ordena.
Enr.—¿Qué carta es ésta?
Isab.— ¿Es posible
Que desconozcáis la letra,
La letra que en otros días
Hizo palpitar con fuerza
Vuestro corazón amante?
Abrid la carta, y en ella
Veréis el idioma santo
Con que la verdad se expresa.
Es de vuestra fiel esposa,
De la triste Ana Bolena.

nr.—¡ Fiel!
ab.— (Hincándose.)
Sí, señor, yo lo juro
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi existencia,
Por cuanto hay de más sagrado
En el cielo y en la tierra.
nr.—Levantaos.
ab.—(Levantándose.)
Yo he vivido
Ha mucho tiempo con ella:
Sus costumbres, sus palabras,
Sus acciones más secretas
He presenciado, y repito
Que es imposible hallar pruebas
Del crimen que se le imputa:
Que la atroz maledicencia,
Y la envidia y la venganza
Por todas partes la cercan.
Y, sin embargo, á excepción
De una que otra ligereza
Excusable, que ni crimen
Ni aun falta llamarse pueda,
No hallarán en su conducta
Sino verdad y pureza.
Por desgracia en todas partes
Se alza el odio contra ella,
Porque en su nombre, señor,
Se han cometido violencias.
Cuando el huracán combate
A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza
Para tomar su defensa;
Cuando entre prisiones gime
Sin un amigo siquiera,
¿No le tenderéis la mano?
¿En su favor no resuena
Alguna voz en el fondo,
Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Préston, basta;
Nada ya que hacer me resta:
La cámara va á reunirse;
Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.— Basta, digo,
Y á la triste Ana Bolena,
Esto mismo que os he dicho
Repetidle por respuesta.
Guárdeos Dios.

Isab.— ¡Desventurada!
Ningún recurso le resta:
Sólo Dios le hará justicia.
¡Temblad, reyes de la tierra! (Váse.)

ESCENA VII

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento
Turba mi serenidad?
¿Es el amor? ¿la piedad?
¡Acaso el remordimiento!

¿Puedes juzgar con razón
Que Ana Bolena es perjura,
Enrique? ¿Quién lo asegura?
Registra tu corazón.
No; tu capricho es la ley,
Hablan sólo tus pasiones,
¡Y hay un Dios que las acciones
Juzgará por fin del rey!
Quisiera salvarte, Ana;
Pero es á mí superior
Este frenético amor...

ESCENA VIII

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR,
CROMWELL.

Crom.—Aquí está la hermosa Juana.
Enr.— Llegad, bella Juana,
Dejad el temor:
Temeis mi presencia?...
Juana.—¡Oh! temerla, no;
Pero....
Enr.— ¿Tiemblas, Juana?
Qué amable candor;
Más hermosa eres
Que el brillante sol:
Siéntate y escucha
Tranquila mi voz.
Juana.—¿En vuestra presencia?
Enr.— Sí, lo mando yo.

Crom.—El rey os lo manda,
Y es vuestro señor.
Juana.—Obedezco.
Enr.— ¡Oh, Juana!
De mi corazón
Los ocultos senos
A mostrarte voy.
Joven, yo te amo;
Pero esta pasión
No es de afecto débil
Centella veloz;
Es un incurable
Frenético ardor:
Te amo, como aman
Las flores al sol,
A la madre el hijo....
¿Mas qué digo? No,
Para lo que siento
No hay comparación.
¡Te amo, como ama
El ángel á Dios!
¿Ves de esa corona
El regio fulgor?
¿Ves ese respeto
Que una gran nación
Me tributa? ¡Oh, Juana
Por el esplendor
De tus ojos bellos
Los trocara yo!
Sí, por un cayado
De humilde pastor
Dejara mi cetro,

Si tu corazón
En cambio me daba
Dulcísimo amor!
Respóndeme, Juana,
Responde á mi voz.

Juana.—Señor, no merezco....

Enr.— No digas señor,
Que tú eres mi reina,
Yo tu esclavo soy.
Ha llegado el día
Que el cielo marcó
Para que ocuparas
Un puesto mejor.
De simple vasalla
No es tu condición:
Sube al trono augusto
Que te brindo yo.

Juana.—(Levantándose.)
¡Un trono! ¡Qué escucho!
¡Un trono! ¡Gran Dios!
Siento arder mi frente.
Jamás la ambición,
Jamás, pobre Juana,
En tu pecho entró:
Y ahora... de improviso...
Tal declaración...
Me parece sueño;
No sé dónde estoy.

Crom.— (A la simplecilla
Le falta valor;
Preciso es que acuda
En su auxilio yo.)

Señor, la sorpresa
Embarga su voz;
Mas tantas bondades
Pagará su amor.

Enr.— ¡Oh! mírala, Cromwell:
Con su agitación,
Sus vagas miradas,
Su hermoso color,
Parece á mis ojos
Celeste visión.
Fantástica forma
Que un mago invocó:
¡Oh, sueño brillante
De dicha y amor!
¿Juana, di, me amas?

Juana.— Pero... sí... ¡Gran Dios!
¡No sé lo que digo!

Crom.— ¿Lo escucháis, señor?
Os ama.

Enr.— Bien, basta:
En otra ocasión
Hablarán sus labios
Sin tanto rubor.

ESCENA IX

Dichos. UN PAJE.

Paje.—(Anunciando.)
El conde de Northumberland.

Enr.—Que pase. (Váse el paje.)
Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto
Recibe de mi mano esta sortija.
(Se la pone.)
Juana.—Gracias, señor.
Enr.— ¡Oh Cromwell! más que
(nunca
Siento arder en amor el alma mia.

ESCENA X

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Enr.—Llegad, mi querido conde:
Tengo gran placer de veros,
Sabéis que os aprecio.
Percy.— Yo
Tanta bondad agradezco;
Mas hoy, señor, á quejarme,
Y sólo á quejarme vengo.
Enr.—¿De quién, conde?
Percy.— De vos mismo.
Enr.—¿De mí mismo? no os entiendo.
Percy.—Bien sabéis, señor, que antes
De subir al trono excelso
Vuestra infelice consorte
(Que gime hoy en un encierro)
Fué mi esposa prometida.
Enr.—Bien lo sé, conde, y sobre esto
Quiero, como os dije ya,
Ciertas preguntas haceros.
Proseguid.

Percy.— Yo amé á esa joven:
La amé con tan grande afecto,
Que es difícil describirlo,
Más difícil comprenderlo;
Pues decir que la adoraba,
Que ella fué el primer objeto
Que encendió en el alma mía
De amor el sagrado fuego,
Que mi luz eran sus ojos,
Su sonrisa mi recreo,
Mi cielo su frente pura,
Y mi música su acento,
Son débiles expresiones
De lo que sintió mi pecho;
Que hay cosas que no se explicar
En el humano dialecto.
Sólo en Ana estaba fijo
Sin cesar mi pensamiento,
Como en la estrella del Norte
Los ojos del marinero:
De día era mi esperanza,
Mi ocupación, mi embeleso,
Y de noche embellecía
Mis dulcísimos ensueños.
Enr.—¡Mucho la amabais!
Percy.— ¡Oh! tanto,
Que no basto á encarecerlo.
Mi alma entonces se gozaba
En un porvenir risueño,
Que se disipó cual humo
Á los impulsos del viento:
Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempo;
Todo, pues en esa jóven
Se cifraba mi universo.
Se ofuscó la desdichada
Con el esplendor del cetro,
Y por ocupar el solio,
Olvidó mi amor sincero:
Este amor era tan puro,
Tan fino, tan verdadero,
Que si perderle sentia,
Me consolaba á lo menos
La idea de que era un trono
De sus virtudes el premio.
Su dicha, señor, su dicha
Era mi mayor anhelo,
Aunque yo sufriera en cambio
Una vida de tormentos.
Subió Ana Bolena al trono
Entre públicos festejos;
Yo, triste y desesperado,
Partí para mi destierro.
¿Qué me importaba la corte,
Músicas, bailes y juegos,
Si el alma del alma mia
Me arrebataron los cielos?
Así he vivido, señor,
Rogando siempre al Eterno
Que sobre Ana derramase
La dulce paz y el contento.
¿Y pensáis que el que la ha amado
¡Oh gran rey! con tal extremo,
Pueda tornarse en verdugo?
(Saca un papel.)

Al ver este nombramiento
Que de recibir acabo
Para ser juez.... ¡vive el cielo,
Señor, que toda mi sangre
Sentí en mis venas ardiendo!
¿Pensáis...? Pero no sois vos,
Es el ministro perverso
Que ha dirigido esta trama;
Él solo quien ha supuesto
Que Enrique Percy podría
Abrigar un sentimiento
Innoble, y que se prestase
A sus infames deseos.

Enr.—¡Conde!

Percy.— Sí, señor; suponen
Que aquel pasado desprecio
De mi amor, á la venganza
Conduzca mi airado pecho.
Por Dios que no me conoce
Quien tal infamia ha supuesto.
Regístrense los anales
De mi familia, y en ellos
Se verán, señor, virtudes,
Heroicidad, altos hechos,
Y en muchas generaciones
No se encontrará un ejemplo
De bajeza, ni una mancha
Que empañe su brillo terso.
De Northumberland los condes,
Nobles siempre y grandes fueron;
Y yo que heredé su nombre,
También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada
Pronta para defenderos;
Si es necesaria mi sangre,
También, señor, os la ofrezco;
Pero mostradme enemigos
Dignos de mi noble esfuerzo,
Empresas grandes mandadme,
Que esta mano y este acero
Ni subscriben una infamia,
Ni hieren al indefenso.
Nombrad para juez á otro;
Pares hay en vuestro reino,
Que con pureza y justicia
Desempeñen este empleo,
Sin tener para rehusarlo
Los motivos que yo tengo.
Pero querer que el amante
Se convierta en juez severo,
Y que en su alma resuciten
Antiguos resentimientos,
Es pretender que mi nombre
Se cubra de oprobio eterno.
Dispensadme.

nr.— Os he nombrado
Porque sois, conde, muy recto
Y el triunfo de la justicia
Es lo único que deseo.
Pero dejando esto á lado,
Decid, conde, ¿en aquel tiempo
Que amasteis á esa infelice,
Hubo acaso de por medio
Esponsales?

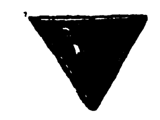
Percy. No, señor;
Fué un solo sencillo afecto;
Ni otro lazo nos unía,
Que un amor puro y sincero.
Enr.—Aceptad, pues, os repito,
Aceptad el nombramiento,
Sed superior á las voces
Del amor; así lo espero....
Este es un servicio, conde,
Que le haréis á todo el reino.
(Váse.)

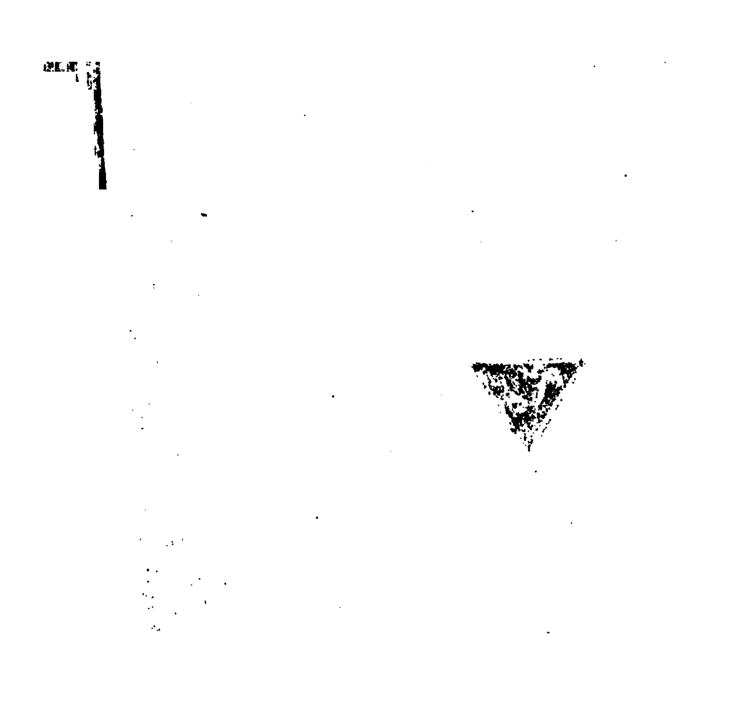
ESCENA XI

PERCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fría!
¿Y pudo el rey un momento
Imaginar que su intento
Apoyase la voz mía?
El nombramiento de juez
Acepto, ¡oh desventurada!
La verdad será escuchada,
Y te salvaré tal vez.
Sí: será tu defensor
El mismo á quien despreciaste:
Hoy que del trono bajaste,
Hoy te sostendrá mi amor.
¡Ah! si te puedo salvar,
Si hago respetar la ley,
Aprenda de mí ese rey

Cómo se debe portar.
  No me importa su furor;
Adule otro con bajeza;
Yo perderé mi cabeza,
Pero salvaré mi honor.







ACTO CUARTO.

LA SENTENCIA.

Gran sala en la Torre, llamada "Sala del rey." En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I

CROMWELL.

Cromwell, unas horas más,
Y tu obra será completa:
Ya de los gentileshombres
Se pronunció la sentencia.
¡Muerte! ¡Gran Dios! Esta sangre

Tal vez sobre mi cabeza
Caerá! Tiemblo, á pesar mío.
A mi pesar se apodera
Cierta inquietud de mi alma....
Pero no; vanas quimeras.
La fortuna se declara
Por mí: cada instante aumenta
Mi valimiento en la corte.
Pronto esa orgullosa reina,
Aquí mismo en esta sala
Escuchará su sentencia.
La cámara va á reunirse;
Esa soberana nueva
Me deberá su fortuna:
Cuando en el trono se vea,
No puede olvidarse... ¡ah! sí,
Sí, no será la primera
Que los servicios pasados
Desconozca en la opulencia.
¡La suerte de un favorito
Suele ser tan pasajera!
Volseo también gozaba
Una privanza completa:
También como á mí del polvo
El rey lo elevó á otra esfera,
Y cayó al fin. Ese Enrique
Tan inconstante se muestra
En mujeres y en ministros,
Que vivir temiendo es fuerza.
¡Animo, Cromwell! De otros
Te servirá la experiencia,
Y de la fortuna instable
Tal vez fijará la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PERCY.

Percy.—Os buscaba.
Crom.— ¿Vos, señor?
¿En qué puedo yo serviros?
Percy.—Cosas tengo que deciros
De alta importancia, milord.
Crom.—(Tiene un aire de grandeza,
Una superioridad.....)
Percy.—Hablaré con claridad,
Ya conoceis mi franqueza;
La misma espero de vos:
Solos estamos aquí.
¿Me conoceis, conde?
Crom.— Sí.
Percy.—Nos conocemos los dos.
Ocupais hoy un lugar,
Sin duda muy elevado;
Mas no al ministro de estado,
Sino á Cromwell quiero hablar:
¡A Cromwell! ya me entendeis.
No sois un necio, milord,
Y al través del esplendor
Que os circunda os conoceis.
Esa efímera grandeza
En que os hallais, es prestada;
Vos salisteis de la nada.....
Crom.—¡Yo!

Percy.—Perdonad mi franqueza.
La posición en que os veis
Acaso no es duradera,
Y de la misma manera
Que subisteis, bajareis;
Porque de un rey el favor
Es sombra que pronto huye,
Débil flor que se destruye
Al vientecillo menor.
Hombres de antigua nobleza
El favor han obtenido,
Y, sin embargo, han perdido
El favor y la cabeza.
Así, Cromwell, no podeis
Sobre esta verdad cegaros,
Y otros bienes procuraros
Para este caso debeis.
Porque hablando con verdad,
Esas palabras, milord,
De patriotismo y honor,
Nada son en realidad
Para vos, y apreciareis
En más un rico diamante,
Que esa placa deslumbrante
Que sobre el pecho teneis.
Crom.—¿Me insultais?
Percy.— No, conde, no:
No tenemos un testigo,
Os hablo como un amigo;
Ni soy indiscreto yo:
Hablad con franqueza, pues,
Para que nos entendamos:
Todos, Cromwell, procuramos

Nuestro privado interés.
En público no hablaremos
De esta manera jamás,
Pero es comedia no más
Lo que ante el público hacemos.
Grande riqueza teneis;
Pero muy mal adquirida,
Y en caso de una caida,
Vuestros bienes perdereis.
Vos debeis, Cromwell, buscar
Para este caso un amigo.

Crom.—Sí.

Percy.— Podeis contar conmigo,
Si me quereis ayudar.
No perdais esta ocasión:
Además de mi amistad,
De mis bienes la mitad
(Saca un papel.)
Ved en esta donación.
Vuestra será si quereis.

Crom.—¿Con qué condición, señor,
Debo obtener tal favor?
Espero que os expliqueis.

Percy.—Cromwell, tomad el partido
De la reina.

Crom.— ¡No, jamás!

Percy.—Os daré mil veces más
De lo que os tengo ofrecido.
Ya conoceis mi opulencia,
Vuestra será desde hoy;
Todos mis bienes os doy
Si defendeis la inocencia.
Cromwell, Cromwell, bien sabeis

Que no es Ana criminal;
Decidlo en el tribunal,
Y grande y rico sereis.
Pero decidlo; por Dios,
Salvad á esa desgraciada.
Crom.—No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscais la franqueza,
Os descubro el alma mia:
Por perder á Ana, daría
Mis bienes y mi cabeza.
Percy.—¡Qué escucho!
Crom.— No hay esperanza,
Señor.
Percy.— Me ciega la ira:
¡Bárbaro! ¿quién os inspira
Tanto rencor?
Crom.— ¡La venganza!
Esa reina y sus parientes
Mi destrucción meditaban.
En público me ultrajaban
Con sus lenguas maldicientes:
Toda la corte reía
Al ver mi ridiculez;
Pues bien, ya llegó mi vez;
Yo aprovecharé mi día.
Era una lucha, señor:
Si yo la hubiese perdido,
Tal vez no se hubiera oído
Una voz en mi favor.
Como un perro hubiera muerto,
De todos menospreciado;
Pero, señor, he triunfado,

Me aprovecharé por cierto.
Percy.—Reflexionadlo: yo espero
Que mudareis de opinión.
Crom.—No: mi eterna salvación
Porque cambie, no la quiero.
Percy.—¡Hombre bárbaro y criiel,
Hombre de sangre y horror!
¡Tú provocas mi furor!
¡Guárdate, infeliz, de él!
Tu soberbia aniquilada,
Tu odioso nombre en olvido,
Y tú á polvo reducido
Quedarás si alzo mi espada.
Y pues prefieres así
Mi furor á mi amistad,
¡Tiembla! Ya la eternidad
Se está abriedo para ti.
La sangre que se derrama
Por tu culpa, se alzará,
Y tus huesos quemará
Como abrasadora llama:
La cólera del Eterno
Caerá sobre ti, malvado,
Y allá en su seno abrasado
Te recibirá el infierno.
Crom.—No extraño vuestro furor:
Si en mi poder estuviera....
Percy.—¿Y no te veré siquiera,
Triste objeto de mi amor?
Crom.—(Esa rica donación,
¡Cómo dejarla escapar!)
Percy.—(Ana, por ti á suplicar
Me abato en esta ocasión.)

Cromwell, debeis dispensar
Mi funesto frenesí,
Tened compasión de mí,
¿No sabeis lo que es amar?
Os suplico por el cielo,
Ya que tanto os obstinais,
Que al menos me concedais
Dar á esa infeliz consuelo.
Para entrar á su prisión
Dadme una orden, os lo pido
Con llanto y agradecido
Os cedo esta donación. (Se la da.)
Tomadla: no me la deis,
Cromwell, no me la volvais.
La orden, la orden, ¿me la dais?
Crom.—No soy mármol, la obtendreis.
Percy.—¡Gracias, gracias! Ana mía,
Mía la desgracia te ha hecho:
Yo te estrecharé á este pecho,
Que tú rompiste algún dia.
Yo suspiraré contigo,
Yo recibiré tu llanto,
Consolarán tu quebranto
Las lágrimas de un amigo.
Crom.—Los pares van á llegar;
Moderad vuestro dolor.
Percy.—Triste objeto de mi amor,
¿Y no te podré salvar?
¡Tormento, tormento atroz!
¡Mundo injusto, mundo impío!
La hora va á llegar, ¡Dios mio!
Dale elocuencia á mi voz.

ESCENA III

Dichos. EL DUQUE DE NORFOLK.

(Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.)

Nor.—Guárdeos Dios: señor conde,
Mucho me complazco en veros.
Hace tiempo que en la corte
No habitais, Enrique.
Percy.— Es cierto.
Me disgusta tanto el mundo,
Que he preferido el destierro.
Nor.—¡Tan joven!
Percy.— Duque de Norfolk,
Desde los años primeros
De mi existencia, he probado
El cáliz del sufrimiento.
Dulcísimas ilusiones
Me halagaron en un tiempo:
Pero pasaron, pasaron
Tan rápidas como el viento.
Un destino inexorable
Vino con mano de hierro
A romper mis esperanzas,
A despertarme del sueño.
Mis ojos vieron entonces,
En su aspecto verdadero
Del mundo las ilusiones,
Y su falsedad huyendo

En mis tierras he vivido,
Donde no miro á lo menos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.
Nor.—Joven, de vuestra familia,
Sois el único heredero:
La gloria debe animaros.
Percy.—¿La gloria, señor? ¡Es cierto!
Yo probaré que soy digno
Del nombre de mis abuelos.
El valor y la justicia
Siempre de mi casa fueron
Las principales virtudes:
Yo las tendré, lo prometo:
Animado de la gloria
Haré escuchar mis acentos
En favor del desgraciado.
Me vereis, duque, muy presto
Desafiar los furores
De un rey irritado y ciego.
Nor.—Qué decís?
Percy.— Que no es culpable
Ana Bolena. Yo espero
Que vos también, señor duque,
Unireis vuestros esfuerzos
A los míos, y salvarla
Acaso conseguiremos.
Nor.—¿Salvarla, milord? ¡salvarla!
¿Estais en vos? ¡Vive el cielo,
Que no será! Por lo mismo
Que es mi parienta, deseo
Que lave su sangre impura
La deshonra que ha cubierto.

El nombre de mi familia.
Sepa, conde, el mundo entero,
Que inflexible en la justicia,
Fuí superior al afecto.

Percy.—El crimen no está probado,
Señor.

Nor.— Uno de los reos
Ha confesado.

Percy.— ¡Qué escucho!

Nor.—No lo dudeis, conde: Sméton
Lo ha dicho todo.

Percy.— ¡Imposible!

Nor.—¡Yo, señor conde, no miento!
Mi cabeza ha emblanquecido
En la virtud; más respeto
Se me debe.

Percy.— Yo no digo
Que mintais; pero sostengo
Que estais engañado, duque.
Esa confesión de Sméton
Será del infame Cromwell
Algún artificio nuevo.
La promesa de salvarle
La vida, tal vez lo ha hecho
Decir cosas que no existen.

Nor.—Bien: ha llegado el momento
De decidirlo: ya el número
De pares está completo.
Ana Bolena bien pronto
Aparecerá: la oiremos.

Percy.—¡Tú que eres verdad y vida,
Salva á la virtud, Dios bueno!

Nor.—¡Hola! pónganse las guardias.
Nuestras sillas ocupemos.

Crom.—(A un par).
No olvideis, milord, lo dicho.
(A otro).
Contad con aquel empleo.
(A otro).
El rey es muy generoso,
Y está de vos muy contento.
(Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado; se abre la puerta grande del salón; se colocan centinelas en ella, así como en los extremos de la sala.)
Nor.—Abrase la sesión. Ilustres pares,
Ya el motivo sabeis que os ha reunido;
Ana Bolena, reina de Inglaterra,
Se encuentra hoy acusada del delito
Espantoso y terrible de adulterio:
El lustre del Estado, el puro brillo
De la corona, la moral sagrada,
El nombre de Inglaterra, el honor mismo
De vosotros, Milores, se interesa
En que probado el crimen, sin castigo
No quede, con escándalo del mundo.
Cada uno de vosotros habrá visto
La causa, con la calma y la prudencia
Que exige el caso: oigamos al ministro;
Después á la acusada, y vuestros votos
Recibiré por fin. ¡Ilustres hijos
De Inglaterra! ¡que el cielo os aconseje!
Obrad sin prevención. Hable el ministro.
Crom.—Doloroso es, Milores, en tal causa
Ser el acusador: el labio mío
No sé si articular podrá las voces
Que por orden del rey debo deciros.

Esa reina es tan bella, tan graciosa,
Tiene en torno de sí tal atractivo,
Que parece imposible que su alma
Haya sido capaz de tal delito.
Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo
Hace que con prudencia y con sigilo
Sigue los pasos de su infiel esposa.
La noble alma de Enrique no ha querido
Obrar con ligereza; él adoraba
A esa infeliz mujer: yo era testigo
Del amor que el monarca le tenía.
Un esposo jamás hubo tan fino
Como Enrique lo fué. Pruebas muy gran-
(des,
Pruebas irrefragables del delito
Han sido necesarias á irritarlo.
Enrique, largo tiempo los oídos
Cerró á la acusación; pero en la corte
Con escándalo grande, en mil corrillos
Se murmuraba ya de su clemencia.
Indagar el origen fué preciso,
De estas hablillas, y encontró las pruebas.
En la causa, milores, habreis visto
Varias declaraciones, que contestes
Prueban los vehementísimos indicios
Del crimen de la reina, y finalmente,
Mirad este retrato y este anillo
Por el rey mismo á Sméton arrancados.
Ellos prueban, milores, el cariño
Que á su paje tenía Ana Bolena.
El mismo Sméton francamente ha dicho
Por su propia conciencia estimulado,
Que de la reina fué correspondido.

Percy.—¿Y esa declaración dónde se en
(cuentra?
Crom.—La retractó al momento, seducido
Por agentes tal vez de Ana Bolena.
Mi narración, milores, he concluido:
Decidid este asunto: el rey espera
De vuestra rectitud un fallo digno.
Percy.—Nobles pares, oíd: la verdad santa,
La verdad sola dicta mis acentos.
Ana Bolena tiene acusadores,
Pero no un defensor de sus derechos.
Examinad con rectitud la causa,
Examinadla, jueces; que ni el miedo,
Ni la lisonja vil, en vuestras almas
Influyan en tan crítico momento.
Aquel que tenga una alma tan mezquina,
Que la verdad sagrada conociendo
Tema irritar al rey, y la justicia
Tuerza tal vez por tan innoble miedo,
Deje la vestidura respetable,
Y desocupe el elevado asiento,
Que yo no temo al rey ni á sus ministros:
Sólo la infamia y la vergüenza temo.
¿Cuáles las pruebas son de este delito
Que en la reina suponen? Yo no veo
Sino sospechas, y sospechas vagas,
Calumnia y nada más: he aquí el proceso.
¿Qué dicen los testigos? que la han visto
Reir con Wáston, elogiar á Sméton,
Que al caer en Greenwich el bravo Norris.
Echó sobre él la reina su pañuelo:
Que han visto algunas veces á su herma-
(no

Junto á la cabecera de su lecho.
¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese
(retrato
Que el rey halló de Sméton en el cuello,
Y esa sortija de que tanto alarde
Ha hecho el ministro, son los documentos
Que prueban el delito? ¿Desde cuándo
Es vedado á una reina dar en premio
Una sortija suya, estimulando
De algún poeta ó músico el talento?
Si esta acción un motivo menos noble
Tenido hubiese, hiciérala en secreto,
No ante toda su corte, que el delito
La soledad procura y el silencio.
¿Y ese retrato?.....Fuerza es confesarlo:
El rey tiene un bajísimo concepto
De los nobles Ingleses que me escuchan,
Si alegar quiere como prueba este hecho.
Si sin su aprobación se le retrata,
O con ella también, ¿qué prueba esto?
Dése una nueva ley, y en adelante
Lleve siempre la reina con un velo
Cubiertas sus facciones. ¡Ah, milores!
¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cie-
(los!
Que si por esta acusación se juzga
Sin agregar mejores fundamentos,
La sangre de esa víctima infelice
Caerá sobre vosotros, y el Eterno
Terrible cuenta os tomará algún día.
Jueces, temed su tribunal tremendo;
Temed el deshonor de vuestro nombre;
Temed la excecración del universo.

Nor.—Que se presente al punto la acusada,
Y lo que tenga que decir oiremos
Para fallar mejor: vos entretanto
Las suertes repartid.
Percy.— ¡Piadoso cielo,
Qué horrible situación! Dígnate darme
Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV

Dichos, ANA BOLENA.

(Que aparece seguida de sus damas, entre las que están Lady Seymour é Isabel Préston; Ana vestida de negro y cubierta con un velo negro.)

Nor.—Llegad, señora: ya el crimen
De que os acusan sabeis.
Ana.—Sí, señor.
Nor.— Los nobles pares
Que ha comisionado el rey
Para juzgaros, os oyen:
Si defenderos quereis,
Hablad; pero hablad, señora,
Con candor y buena fe;
De este modo el soberano
Os perdonará tal vez.
Ana.—¿Perdonar? ¿De qué delito?
Si por crimen entendeis,
Milores, leves indicios
Contra el texto de la ley
Y sospechas infundadas

Qúe á pesar del interés
Que en perder se haya tenido
Á esta infelice mujer,
Nada prueban: si es acaso
Un crimen alegre ser:
Si reir es un delito,
Si amar á su hermano lo es,
Yo soy crminal sin duda,
Y no me avergonzaré
De confesar estas faltas,
Si por faltas las teneis.
¿Pero esto prueba, milores,
Que esta desgraciada fué
Reo del crimen espantoso
De adulterio? ¡Eterno Sér!
Esta acusación horrible
Es sin duda más criiel
Que el suplicio. Nobles pares,
En vuestra mano teneis
Mi suerte: como os agrade
De mi vida disponed.
Pero por el cielo os juro,
Por aquel Supremo Juez,
Ante quien todos nosotros
Debemos comparecer:
Por mi vida y por mi alma,
Os juro que no manché
Mi honor; que nunca un esposo
Tuvo una esposa más fiel.
Esta es la verdad, milores.

Nor.—¿Ese anillo conoceis?

Ana.—Era mío: la habilidad
De Sméton con él premié
Públicamente.

Nor.— Sin duda
Reconocereis también
Ese retrato.
Ana.— Es el mío.
¿Acaso es delito ser,
Sin saberlo, retratada?
Ni aun sabiéndolo lo es.
Nor.—Sméton ha confesado
Que correspondido fué
Por vos, señora.
Ana.— Mintió,
Y se retractó después.
Norris, Bréreton y Wáston,
Han sabido sostener
La verdad, y aunque el perdón
Se les ofrece tal vez
Por premio de la calumnia,
Quieren antes perecer
Que subscribir á la infamia.
Milores, hay otro Juez,
Que es superior á vosotros:
Si vuestro fallo crüel
Mancha mi nombre, algún día
Conmigo aparecereis
Ante su eterna justicia.
Jueces, apelo ante él:
Resentimientos injustos
Del señor conde de Essex,
Que ha jurado mi rüina;
Nuevos amores del rey,
He aquí mi crimen, ¡oh pares!
Condenadme si quereis:
Me resigno, y os perdono.
Dios os juzgue.

Nor.— ¿No teneis
Más que decir?
Ana.— Sí, milores,
Que también perdono al rey.
Nor.—Salid, señora.
Ana.— Gran Dios,
Que el fondo del alma ves,
Tú mi inocencia conoces;
Dígnate, ¡oh Dios! sostener
A esta desdichada. ¡Oh Cromwell!
Yo te perdono también.

ESCENA V.

Dichos, menos ANA BOLENA Y SUS DAMAS

Nor.—Sentenciad, ¡oh nobles pares!
(Toca la campanilla, y aparece un paje.)
Los votos ya recoged.
(Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk)
Percy.—¡Dios mío! ¡Qué agitación!
¡Ana, cuál será tu suerte!
Nor.—(Vaciando la urna, en que aparecen muchas bolas negras con algunas blancas).
He aquí la sentencia.
Percy.— ¡¡Muerte!!
(Cae en una silla.)
Nor.—Se levanta la sesión.
(Se levantan todos.)
Percy.—Saciad, bárbaros, saciad
Vuestra furia: hollad la ley,

Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.
Nor.—Reportaos, conde.
Percy.— No:
Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.
Nor.—Basta ya.
Crom.— De su aflicción.
Compadeceos: venid.
Nor.—Sí, vamos.
Percy.— Cromwell, oid.
Cromwell, Cromwell, ¡¡maldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de Londres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada exterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!

Nada tengo que esperar
De este mundo, y todavía
Existe en el alma mía
La esperanza. ¡Hija del cielo!
Tú eres mi último consuelo,
Tú mi sola compañía.
¡Morir; ¡morir! ¡Es tan dura
Esta palabra! ¡Dios mío!
¡Siento al pronunciarla un frío!
¡Contiene tal amargura!
¿Conque pronto esta hermosura,
A quien Londres admiraba,
Que el cetro de oro empuñaba,
Será en polvo convertida?
¿Le diré adiós á la vida
Cuando todo me halagaba?
¡Espantosa situación!
Siento mi frente abrasada,
Siento aquí una mano helada
Que me abruma el corazón:
¡Oh jueces! por compasión
No me debeis descubrir
Mi sentencia, si á vivir
No me destina la suerte,
Que esperar la horrible muerte
Es muchas veces morir.
¡Ay! morir es descansar:
¿Por qué temer tal momento?
No sé; pero es un tormento
Si se tiene que esperar.
¿Y te atreves á quejar
De tu suerte, Ana Bolena?
Sufre tú la misma pena

Que otros por ti habrán sufrido:
Tomás Morrus, tu gemido
Hoy en mis oídos truena.
¡Piedad, piedad, Dios de amor!
Perdona á esta desgraciada:
Mírame á tus pies postrada,
Compadece mi dolor. (Ruido dentro.)
Llega alguno: ¡qué temblor!
Acaso el verdugo.....sí:
Aquí está mi cuello, aquí;
Mas no me hagais padecer,
Soy una débil mujer,
Tened compasión de mí.
(Se cubre el rostro con las manos, y queda así algunos momentos.)

ESCENA II.

ANA, Sir WILLIAMS KINSTON.

Kin.—¡Héla allí: pálida, triste,
Sin amigos, sin consuelo!
¡Cambio espantoso! Del trono
Bajar al horrible seno
De esta prisión: la infelice
No sabe del parlamento
La decisión: todavía
Acaso late su seno.
Animado de esperanza.
Yo, yo soy el mensajero
De su sentencia. ¡Dios mío!
Dame para verla esfuerzo.

Ana.—¡Ah! ¿sois vos, Kinston?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrima; si acaso.....
Hablad: ese aire funesto...
Ese silencio, ¡Dios mío!
Todo lo adivino, ¡cielos!
¿Conque ya no hay esperanza?
Kin.—No, señora.
Ana.— ¡Oh Sér Supremo!
Sostén la flaqueza mía,
Anímame: yo fallezco.
(Se sienta.)
Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El cáliz de los dolores.
¡Muerte! ¡muerte! La merezco.
No por lo que se me imputa;
Otros crímenes horrendos
Se han cometido en mi nombre;
No los evité pudiendo.....
Los autoricé. Decidme,
¿Ocupabais ya el empleo
De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomás Morrus?
Kin.—Sí, señora. ¡Qué recuerdos!
Ana.— Los visteis?
Kin.— Sí.
Ana.— ¡Desgraciados!
Kinston, ¿no es verdad que debo
Ocupar el mismo sitio
Que antes ocuparon ellos?
¡Dios es justo! Amigo mío,

¿No podré ver á lo menos
A mi hija, á mi triste padre,
A mi hermano, á estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mí será un consuelo
Su presencia. ¡Oh! no es posible
Deciros lo que padezco;
¿Los podré ver?

Kin.— No, señora;
El rey lo ha prohibido. Tengo
Ordenes tan terminantes,
Que nadie puede á los reos
Ver, sin firma del ministro.

Ana.—Hágase en todo, Dios bueno,
Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En expiación. Sir Kinston,
Decid, ¿cuántas horas tengo
Que vivir aún?

Kn.— Señora,
Menos de doce.

Ana.— ¡Oh! qué tiempo
Tan corto! Mi buen amigo,
¿Es el verdugo muy diestro?
Yo necesito tan poco
Para morir; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe más pequeño.
¿No es verdad, Kinston?

Kin.— Por Dios,
No me hableis así, os lo ruego.
Me olvidaba de un encargo,
Señora; un servidor vuestro

Que está preso en esta Torre
Quiere hablaros un momento.
Si lo permitís, al punto
Le vereis.

Ana.— ¿Quién es?

Kin.— Sméton,

Ana.—¿Sméton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi nombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, sir Kinston, deseo
En mis últimos instantes
Tener otros pensamientos.

Kin.—El mis pasos ha seguido:
¡Si vierais con cuánto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere morir perdonado.
Sí, llegad, llegad, Sméton.

ESCENA III.

Dichos. SMETON.

SMETON (se precipita á los pies de la reina.)
Señora, miradme aquí,
En mis lágrimas bañado:
Quiero morir perdonado,
¡Cuánto, cuánto os ofendí!
¡Oh! perdonad mi flaqueza!

Perdonadme, reina mía,
Si manchó mi lengua impía
Vuestra celestial pureza.
Yo me arrepentí.....

Ana.— ¡Traidor!
Os arrepentisteis tarde:
Vos me amabais, ¡ah cobarde!
No conoceis el amor.
¿Y piensan que á mi deber
Por vos hubiera faltado?
¡Ah! si á un hombre hubiese amado,
Más hombre había de ser.
Tomad lección de firmeza
De mis otros servidores;
Ellos no serán traidores
Por libertar su cabeza.
A vos reservada estaba
Esta vergonzosa acción.
¿Y es tân débil corazón,
Quien de amarme se jactaba?
¿Cómo en mi presencia os veis
Sin espirar de rubor?
¡Hombre vil y sin honor,
Dejadme, no me insulteis!

Sméton.—¡Perdón, señora, por Dios,
O espiraré á vuestros pies!
Si grande mi culpa es,
Mucho más grande sois vos.

Kin.—Sí, señora, perdonad.

Ana.—Me olvidaba donde estoy,
Y que á comparecer voy
Muy pronto á la eternidad.
Yo os perdono, ¡desgraciado!

¡Cuánto mal me hicisteis vos!
Perdone mis culpas Dios,
Como yo os he perdonado.

Sméton.—¡Ah señora! ¿y es verdad
Que olvidais la falta mia?
Es hasta el último dia
La misma vuestra bondad.
Ya late mi corazón
Más tranquilo; ya la muerte
No me es tan dura, y mi suerte
Sufro con resignación.
Angel puro, ¿así pagais
Tanto mal con tanto bien?
¡Oh! ¿quién os iguala, quién?
¿Y por mi culpa llorais?
¡Qué débil, que ingrato fuí!
Y, sin embargo, señora,
Vuestra imagen seductora
Era todo para mí.
Un instante de temor.....
¡Temor infame! Yo diera
Mil vidas si las tuviera,
Por olvidar este error.

Ana.—¡Pobre Sméton!

Sméton.— ¿Derramais
Lágrimas de compasión?
¡Oh cuánto á mi corazón,
Cuánto bien le procurais!
"¡Pobre Sméton!" ¡Qué palabra!
Repetidla todavia,
Y luego la suerte impia,
El abismo á mis pies abra.
"¡Pobre Sméton!" ¡Pobre, sí,

Muy pobre, muy desgraciado!
De una fiebre devorado,
Siempre gimiendo viví.
Ana.—Basta, Sméton; olvidar
Debeis ya lo que pasó:
Ya nuestra hora sonó;
En Dios debemos pensar.
Kin.—Es tiempo ya de partir.
Sméton.—Por el cielo soberano
Dadme á besar vuestra mano.
Ana.—Adiós.
Sméton.—Ya puedo morir.
(Váse y Kinston.)

ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presuroso,
La noche se acerca ya.
¡Qué pensamiento espantoso!
Ya tu luz ¡oh sol hermoso!
Para mí no brillará!
Sí, brillará todavía,
Pero por última vez,
En la hora de la agonía,
En que vuele el alma mía
Ante su terrible Juez.
Poco tengo que vivir.....
Unas horas ¡oh dolor!
¡Morir tan joven, morir!
¡Ah! yo no puedo sufrir

Esta idea de terror.
Tú sólo, Dios de piedad,
Eres la vida y la luz.
¡Ah! es tanta mi maldad,
Que ni á implorar tu bondad
Me atrevo al pie de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.—Ana.
Ana.— ¿Quién es?
Percy.— ¿Desconoceis, acaso,
La voz que un tiempo os halagó el oido?
Ana.—¿Sois vos, Percy?
Percy.— Yo soy, y que he venido
A veros, Ana, en la hora del dolor.
Ana.—¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,
Vos mi juez?
Percy.—¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:
¿Ya no me conoceis? Dios es testigo
De que he sufrido tanto como vos:
Nombróme el rey porque tal vez pensaba
Que una venganza vil fuese mi guía.
Yo acepté por salvaros; la voz mía
Despreciando los riesgos esforcé.
¿Y vos pensáis que el que os amó tan fino,
El que por vos perdiera su existencia,
Pudo firmar la bárbara sentencia?
Ana, ¡qué mal, qué mal me conoceis!
Ana.—Percy, ¿es posible? ¡Percy, á quien
(un dia

Yo desprecié por la ambición cegada!
Vuestra noble conducta me anonada;
Miradme aquí cubierta de rubor;
Digna no soy de afecto tan sublime,
Abandonadme á mi espantosa suerte.
Percy.—Jamás, Ana, jamás: la misma
(muerte
Entibiar no podrá mi corazón.
Cuando sentada en el augusto trono
Te circundaba el fausto y la alegría;
Cuando en torno de ti todo reía,
Jamás con quejas tu placer turbé.
Yo triste y solo en fatigosa vida,
Horas pasé de amargo desconsuelo;
Siempre invocando en tu favor al cielo;
Llorando siempre mi perdido bien.
Hoy, que tu dicha se trocó en tormento,
Y tanto bien en hórrido quebranto;
Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:
Tu llanto es mío, si tu dicha no.
Ana.—¡Yo no merezco tu piedad, Enrique!
¡Qué criminal, qué criminal he sido!
El llanto que mis ojos han vertido
No aplacará la cólera de Dios.
¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,
Por esos calabozos he pasado
De Morrus y Rochester: he temblado;
Me pareció escuchar su maldición.
Sus sombras contra mí se alzan airadas,
Y si á los pies de Dios me precipito,
Parece que oigo un espantoso grito:
"¡¡No hay para ti misericordia, no!!...."
Y de mis huesos se apodera un frío

Que hasta en mi corazón mi sangre hiela.
Siento mi frente arder, y todo vuela
En torno mío en vértigo fatal.
Y mil recuerdos en tropel confuso
Hierven tal vez en mí extraviada mente:
Lo pasado se mezcla á lo presente
Sin poder los objetos separar.
Miro un cadalso, un cetro, una diadema,
Y una frente con sangre á un tiempo mis-
(mo.
Un alto trono, un espantoso abismo,
Un regio manto, un mísero ataúd.
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,
Mi razón perderé.
Percy.— ¡Calla, infelice!
Alza tus ojos. ¿Qué, nada te dice
Aquel Dios que por ti murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu razón, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.
Ana.—¿Recuerdas la canción que me can-
(tabas
En el país de Kent? ¡con qué ternura!
¡Yo era entonces tan cándida, tan pura!
Percy.—¡Qué recuerdos, gran Dios!
Ana.— Aquí, aquí están,
Parece que despierto de un gran sueño,
¡Sueño brillante á un tiempo y espantoso!
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,
Aquella dulce paz que antes gocé.
En mi sueño también me parecía
Que era en brillantes himnos celebrada;

¿Pero qué puede compararse, ¡nada!
Con lo que tú cantabas á mis pies?
Ni el incienso que mandan á los reyes,
Con aquellos gratísmos olores
Que despedían las hermosas flores
Con que ornabas mi frente virginal.
Yo era entonces hermosa: cuando el aura
De mi semblante separaba el velo,
¿Ves, me decías, ese hermoso cielo?
No puede compararse á tu beldad.
Percy.—(¡Infeliz! ¡A lo menos un instante
Roban á su dolor las ilusiones!
¡Joven desventurada!)
Ana.— Estos salones
Son de un palacio: vámonos de aquí.
No, no; son las paredes de una Torre,
De la Torre de Londres; ¡desdichada!
Estoy á muerte, á muerte condenada,
Y mañana, ¡gran Dios! voy á morir.
Percy.—(¡Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla!
Al rey veré, y acaso todavía
Esa sentencia revocar podría.
Yo me siento inspirado. Le veré.)
Calma tu agitación, Ana querida,
Abre tu corazón á la esperanza,
Deposita en mi amor tu confianza,
Procuraré salvarte: veré al rey.
Ana.—Será inútil, Enrique; necesaria
A sus nuevos amores es mi muerte;
Ya resignada esperaré mi suerte:
Más tranquila estoy ya con tu perdón.
Ora por mí: por tu virtud acaso,
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento
Del sacrificio me dará valor.
!Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!
Por ti sólo tal vez seré llorada,
Y en mi tumba de todos despreciada,
Vendrás á orar, amigo, alguna vez.
¡Qué injusta fuí contigo! ¡Tú me amabas!
¡Cómo conozco ahora tu ternura!
Y tu alma franca, generosa, pura,
A consolar viene hoy á esta infeliz!
Percy—¡Oh si mi sangre por la tuya diera!
Ana.—No, vive, vive, pues vivir mereces,
Y á Dios por mi dirigirás tus preces;
Nunca se olvide tu piedad de mi.
Nada tengo que darte: ha poco tiempo
Que estaba de riquezas circundada:
Hoy me hallo pobre, sola, despreciada...
Ni un anillo que darte me quedó.
Guarda ese crucifijo en mi memoria:
En él está la fecha en que he nacido;
Tú grabarás aquella en que ha salido
Esta infeliz del mundo engañador.
Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,
Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idola-
(trada;
Aquí á tus pies en lágrimas bañada
Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.
Percy.—¡Levántate, por Dios!
Ana.— Amigo mio,
Bendito seas por tu gran clemencia,
Tú, sólo tú conoces mi inocencia,
Libra de infamia á esta infeliz mujer.

ESCENA VI.

Dichos, KINSTON.

Kin.—Perdonad, si á pesar mío
Vengo á deciros, señor,
Que es hora de retiraros.
Ana.—¡Ay! ya el momento llegó
De perder cuantos objetos
Aliviaban mi dolor.
Percy.—No perdais la confianza;
Todavia espero yo,
Con el ruego (ó con el oro)
Sacaros de esta prisión.
Veré al rey: el cielo acaso
Dará poder á mi voz.
Mostraos, ¡oh reina! digna
Del rango á que os destinó
El Eterno: El fortifique,
Señora, vuestro valor.
Ana.—Nada espero, nada, Percy;
Pero en este corazón
Grabadas vuestras bondades
Estarán, y vuestro amor.
Adiós, mi mejor amigo,
Mi ángel tutelar, adiós.
Percy.—Nos veremos todavía.
Ana.—En este mundo ya no.
Percy.—Lo espero, sí, nos veremos.
Ana.—En la eternidad.... ¡¡Adiós!!

SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Enr.—¿Qué falta, Cromwell?
Crom.— Señor,
Vuestras órdenes siguiendo,
El conde Rochford y Norris,
Wáston, Bréreton y Sméton,
Han sido decapitados
Dentro de la Torre.
Enr.— Bueno.
¿Y esa mujer?
Crom.— Ya está todo
Para el suplicio dispuesto.
Hice venir al verdugo
De Calé, que es el más diestro,
Porque la pobre señora
Tenga que padecer menos.
Enr.—¡Eres muy piadoso, Cromwell!
¡Y te negarán tus émulos
Esta virtud!
Crom.— Es el mundo
Siempre muy injusto.
Enr.— Cierto.

Crom.—Traigo á V. M.
Aquel otro documento
Que esperaba.
Enr.— ¿Cuál?
Crom.— El fallo
Del primado, cuyo objeto
Es anular vuestro enlace
Con Ana Bolena: vedlo;
Se funda la decisión
En que contrajo en un tiempo
Ana Bolena esponsales
Con Enrique Percy.
Enr.— Creo
Que esta decisión no agrade
Á ese bravo caballero;
Pero á mí me importa: ¡bien!
Pon allí ese documento.
¿Qué te parece del drama
Que representamos?
Crom.— Pienso
Que está cerca el desenlace.
Enr.—Debe terminarse presto.
¿No tendrá segunda parte?
¿Un ministro, no es un bello
Personaje?
Crom.— Sí, señor,
Con tal que el drama funesto
Con su muerte no termine:
Y mejor fuera por cierto
No ejecutar ya más dramas
Trágicos.
Enr.— En este has hecho
Un papel muy distinguido.

Crom.—Sin embargo, ya deseo
Que acabe.
Enr.— Cuidado, Cromwell;
No sea que en un día de estos
Haya otro drama, llamado:
"Muerte de un ministro."
Crom.— Espero
Que no lo habrá, porque nunca
Será el ministro indiscreto.
Enr.—Está bien; pero ya es tarde,
Y muchas cosas tenemos
Que hacer hoy. Haz que apresuren
Esa ejecución, y luego
Que se arreglen esos trajes
De boda: que esté dispuesto
El altar para mañana,
Pues mañana mismo quiero
Unirme á Lady Seymour.
Que haya un aparato regio:
Músicas, bailes, convites,
Espectáculos y fuegos:
Que la nueva soberana
Todo lo encuentre risueño
Y hermoso cual su semblante.
Crom.—Sereis, señor, satisfecho.
Enr.—¿Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa mujer? Es precisa
Una señal.
Crom.— El momento
De su muerte un cañonazo
Os lo hará saber.
Enr.— Entiendo.

¡Oh mi antiguo
Y buen servidor! ¿Qué nuevas
Os traen por estos sitios?
¿Venis á darme las gracias
Tal vez, porque compasivo,
De vuestra querida Torre
Cinco huéspedes os quito?
Hablad.

Kin.— Vuestra augusta esposa....

Enr.—¿Cuál de ellas? porque he tenido
Dos, y espero que mañana
Otra ha de ocupar el sitio.

Kin.—La infeliz Ana Bolena,
Que en este momento mismo,
Vuestra voluntad cumpliendo,
Camina para el suplicio,
Me ha encargado que os trajese
Con sus últimos suspiros
Un triste mensaje.

Enr.— ¿Cuál?

Kin.—Dejadme para decirlo,
hacer lo que me mandó.
(Hinca una rodilla.)

Enr.—¿Qué haceis?

Kin.— La reina me ha dicho:
"De rodillas ante el rey
Postraos, mi buen amigo,
Y decidle que si acaso
Alguna vez á su oido
Fueron dulces mis palabras,
Si un resto, no de cariño,
Sino de piedad, conserva,
Por acaso en favor mío,
Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico
Que sobre mi hija no caigan
Sus furores; que el delito
Que me suponen es falso;
Que yo de nuevo lo afirmo
En el instante solemne
En que á la tumba camino:
En fin, le direis que sufro
Los más horrendos martirios;
Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias. Levantaos, Kinston.

Kin.—No, gran rey; si de la reina
El triste encargo he cumplido,
Quiero, señor, que escucheis
Lo que yo quiero deciros.
Esa joven desgraciada
Es inocente: yo he oido
Las palabras que pronuncia
Cuando se halla sin testigos:
He observado atentamente
Si en sus frecuentes delirios
Se le escapaba un acento
Que indicase su delito;
Pero en vano, es inocente,
¡Inocente! yo lo afirmo
Por mi honor. El sacerdote,
Gran señor, que la ha asistido,
Lo dice también. Os ruego
Que suspendais el suplicio,
No caiga luego esa sangre
Sobre vos y vuestros hijos.

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:
(Se levanta.)

Ya ha decretado el destino
La muerte de Ana Bolena.
Cúmplase, pues.

Kin.— (¡Qué tranquilos
Mandan la muerte los reyes!)

(Suena la campana, que seguirá por intervalos hasta el fin.)

¡Oh cielos! ese sonido
Es señal de que la reina
Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mío!

ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON.

Enr.—¿Quién llega?

Isab.—(Hincándose).
Vedme otra vez,
¡Oh gran rey! á vuestras plantas.
Y bien que tan poco influjo
Tengan, señor, mis palabras,
Ya resistir no he podido
El impulso que me arrastra.
¡Señor, por el alto cielo,
Por la Omnipotencia santa,
Por vuestros hijos queridos,
Trocad la sentencia infausta
De la reina: ¡es inocente!
En este instante la arrastran
Al suplicio: todo el pueblo
Llanto de piedad derrama.
Salid á verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma
Se conmoverá á su vista.
Oid, oid la campana
Que los corazones hiela;
Señor, corred á salvarla:
¡Es inocente, inocente!
Que su cabeza no caiga:
Corred, todavía es tiempo.

Enr.—(Queriéndola levantar.)
Basta, Lady Preston, basta.

Isab.—¡Ah! no, monarca clemente,
No dejaré vuestras plantas.
Piedad, señor, piedad piden
De Ana Bolena las damas,
Y otros muchos por mi boca
Vuestra clemencia reclaman.

Kin.—Sí, perdonadla, señor.

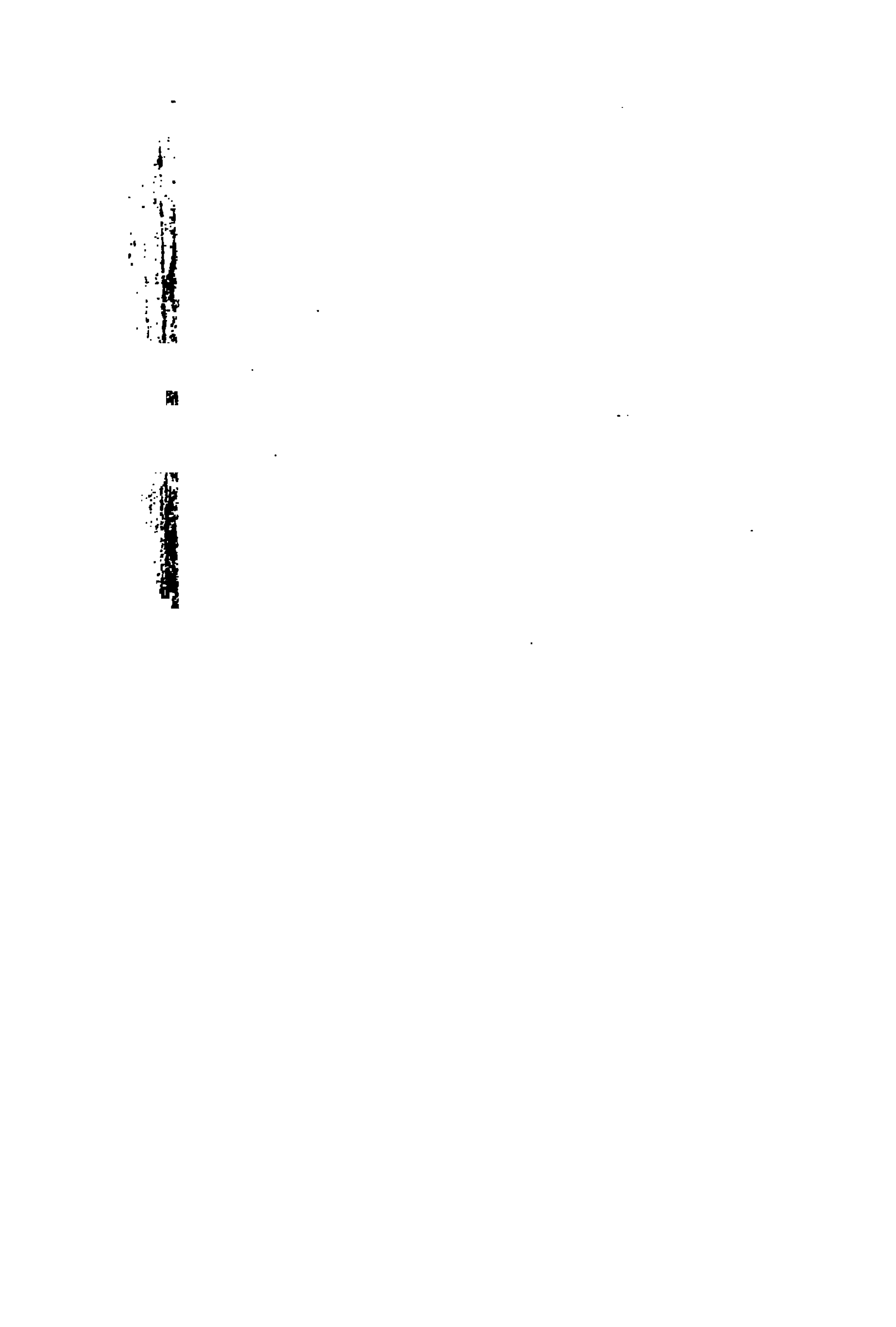
Enr.—Ya vuestro ruego me cansa
Inútilmente: es preciso
Que muera esa desdichada.

ESCENA V.

Dichos, PERCY.

Percy.—Enrique, Enrique, es tiempo to-
(davía:
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.
Si apreciais vuestro nombre, si los gritos
De la conciencia ois, si al Juez severo
Ante quien parecer debeis un dia,
Algún temor conserva vuestro pecho,

Impedid que esa sangre se derrame,
Impedid que los siglos venideros
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos
Sufran de la ignominia el duro peso.
¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día
En que comprar querreis á cualquier precio
Un momento de paz; ¡será ya tarde!
Un implacable, atroz remordimiento
Vuestras entrañas romperá, y en vano
Demandareis piedad al justo cielo.
La sangre de esa víctima infelice
Se alzará contra vos, y vuestros huesos
Quemará, y gemireis, y esos gemidos
Con risa horrible aplaudirá el infierno.
Enr.—¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia
Vais apurando ya, ¡vivien los cielos!
Temed mi indignación.
Percy.— Nunca he temblado:
Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo;
Mas yo defiendo la justicia santa,
Yo la inocencia y la virtud defiendo.
Arrancadme la vida si así os place:
Dividid mi cabeza de mi cuerpo;
Temblar no me vereis en el suplicio,
Mi nombre cubrireis de lauro eterno.
¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!
¡Ana infeliz! ¡se acerca ya el momento!
¡Oh rey! jamas un Percy la rodilla
Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto,
Enrique clama en lágrimas bañado,
¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.
No derrameis la sangre de una esposa.



HERMAN,

O LA VUELTA DEL CRUZADO

PERSONAJES.

HERMAN.	SOFIA
EL DUQUE.	ANA.
GUSTAVO.	IDA
JORGE.	UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.



ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO.

Habitación gótica en el Castillo del duque: puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior: ventana con reja, á la derecha: puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I

SOFIA, ANA. (La primera, junto á la ventana; la segunda á alguna distancia
ventana; la segunda á alguna distancia.)

Ana.—No vuelve el duque; tal vez
Distraído con la caza
Se alejó mucho: ya es tarde.
(Ruido de viento, no muy fuerte.)
Y el ruido sordo que vaga

En el bosque, y esas nubes
Una tempestad presagian.

Sofía.—Verdad es: ¡oh cuán hermosa
Es la tempestad!

Ana.— ¡Caramba!
¿Hermosa? ¡Dios nos asista!
Cuando el viento se desata,
Y temblar parece el suelo,
Y el rayo furioso estalla,
¡Ay Dios mio! estar quisiera
De la tierra en las entrañas,
Para no escuchar los truenos.
¿Y á vos, señora, os agrada?

Sofía.—Sí, Ana, sí; cuando los vientos
Silban sobre las murallas
De este castillo, y las nubes
Rayos á la tierra lanzan,
Y oigo el trueno que retumba
En las vecinas montañas,
Me parece que ese ruido
La voz del dolor acalla,
Que en mi pecho á todas horas
Contra mi quietud se alza:
Cuando escucho esa armonia
Salvaje, pienso que me habla
Dios mismo, que me recuerda
Que El existe, y que mis ansias
Tendrán término algún día,
Ante su presencia santa.
Pero ¡ay! cuando todo en torno
En el silencio descansa,
Cuando nada á turbar viene
Mi reflexión solitaria,

Sólo á mi deber escucho,
Y mil memorias amargas,
Mil ilusiones perdidas,
De mi vida en la borrasca,
Vienen de nuevo á mi mente,
Y mi corazón desgarran:
Tú la calma sólo buscas
Porque tu pecho esta en calma;
Pero á mi que tanto sufro,
A mí el silencio me mata.
Ana.—¡Pobre señora! y con todo,
¿Quién al veros no se engaña?
Esposa de un noble duque,
De riquezas circundada;
Hermosa, joven, y llena
De virtudes y de gracias,
¿Qué más feliz ser podría?
Sofía.—Ana mía, ¡cuál te engañas!
¡Pobre niña! estás ahora
En la edad afortunada,
En que en dorados ensueños
Se mece tranquila el alma.
Yo también, como tú sueñas,
Soñé ventura, esperanzas:
También un tiempo á mis ojos
El horizonte brillaba,
Puro, esplendente y hermoso,
Sin la más ligera mancha;
Pero se alzaron un día
Las nubes de la desgracia:
De mis ensueños la flores
El huracán arrebata,
Y la realidad ¡ay triste!

Con su mano descarnada
Me sacude, y mi destino,
Mi horrible destino marca.
¿Piensas tú que de duquesa
Esa corona envidiada,
Estas joyas que me adornan,
Estas esplendentes galas,
Estos salones soberbios
Con sus techumbres doradas,
Y esos vasallos que humildes
Se prosternan á mis plantas,
Piensas tú que todo esto
Puede hacerme afortunada,
Cuando el alma gime opresa
Por una pasión insana;
Cuando una imagen querida
Aqui se encuentra enclavada,
Sin que el tiempo haya podido,
Ni mis lágrimas, borrarla?

Ana.—¿Una pasión?

Sofía.— ¡Sola, eterna!
¡Una pasión cuya llama
Era mi gozo, mi vida,
Mi porvenir, mi esperanza!
Por mi padre moribundo
Yo juré sacrificarla:
Bajó él tranquilo á la tumba,
Y yo cumplí mi palabra
De unirme al duque; cumplíla:
Corrí de Dios á las aras,
Y allí pronuncié unos votos
Que el corazón reprobaba.
Salí de mi estado humilde,

Dejé mi sencilla casa,
Y allí la paz deliciosa,
Compañera de mi infancia.
Llena de joyas y honores
Fuí á la corte de Alemania,
Con la tristeza en la frente,
Con el infierno en el alma.
Los festines, los torneos,
Y la música y la danza,
No podían ni un instante
Acallar la voz amarga
Del atroz remordimiento.
En todas parte hallaba
De Hermán los airados ojos,
Que en mis ojos se clavaban.
De Hermán que tanto sufriendo
En Palestina, lidiaba
Para conquistar honores
Que ofrecer ante mis plantas.
Y yo del noble guerrero
Traicionando la esperanza,
Yo, perjura.....¡Dios! ¡Dios mío!
¡Esta memora me mata!

Ana.—¡Pobrecita! Y yo creía
Que el amor.....

Sofía.— ¡Desventurada!
¡El amor, niña inocente!
¡No conoces cuán amarga
Es la copa en que nos brinda
La felicidad! ¡cuán cara!
¡Ay! una hora de dicha,
Con mil tormentos se paga.

Ana.—Pero ese joven, señora,

Ese guerrero que causa
Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto
Desde entonces á su patria?

Sofía.—Nada sé, Ana querida;
Entre las paredes altas
De este lejano castillo,
¿Qué puedo saber? ¡oh! nada.
Tal vez Hermán habrá vuelto
Lleno de gloria á Alemania,
Y al saber que soy de otro,
Me aborrece, y á otra ama.
Sus laureles eran míos,
Para mí los conquistaba;
Era mío su cariño,
Era mía toda su alma.
Y ahora.....otra ....¿y yo respiro?
¿Y Dios un rayo no manda?
¡Celos! ¡celos! yo creía
Que ya otro afecto no entrara
En mi corazón marchito,
Que el del dolor.

Ana.— ¡Desgraciada!
Tranquilizaos: tal vez
El tiempo.....

Sofía.— ¡El tiempo! ¡insensata!
Dos años hace que gimo,
Siempre esperando á mañana,
Para ver si el nuevo día
En mí el consuelo derrama:
Para ver si tantas horas
Que sobre mí, lentas pasan,
Me hacen olvidar al menos
Sus facciones, sus palabras;

Pero en vano: aquí, aquí tengo
Siempre su imagen grabada,
Y su voz en mis oídos,
Y su amor en mis entrañas
(Truenos sordos.)
¡Ay! tal vez el infelice
Murió en alguna batalla,
Y sus últimos suspiros
Dirigió á Sofía ingrata.
¡Ah! si es cierto, si ya habitas
En las regiones sagradas
De la luz, de allí dirige
A esta infeliz tus miradas:
Verás que si fuí perjura,
Fuí también desventurada.
(La tempestad se aumenta: truenos.)
Ana.—Señora, señora.... oid;
Ya la tempestad estalla;
La lluvia cae á torrentes.
¡Ay de aquel que en tal borrasca,
Solo y perdido en los bosques,
En esta noche se halla!
Sofía.—¡Ay de aquel que vaga huyendo
De los terribles fantasmas
Del remordimiento, y busca
La quietud, sin encontrarla!
Ana.—¿Qué será del duque?
Sofía.— El cielo
Con felicidad le traiga
Her.—(Dentro).
Dad asilo al peregrino.
Sofía.—¿No escuchas esa plegaria?
Mira quién es.

Ana.— ¡Imposible!
¡Si la obscuridad es tanta!....
Del relámpago á la luz......
Ya.... ya le ví.
Sofía.— ¿Quién es? habla.
Ana.—Es un infeliz, vestido
Como aquellos que llegaban
De Palestina.
Her.—(Dentro.) Un asilo
A la caridad cristiana
Pide un pobre peregrino.
Sofía.—¡Desgraciado! Corre, Ana,
Di que se le abran las puertas,
Y condúcele á esta sala.
(Vase Ana.)

ESCENA II

SOFIA.

De Palestina, ¡oh Dios! ¡cómo ese nombre
Me hace temblar! Tal vez el peregrino
De allá vendrá; tal vez alguna nueva
Tendré de Hermán, que calme mi martirio:
¿Qué lo calme? ¡infeliz! ¿De qué manera?
Que viva Hermán, ó muera, lo he perdido.
Un bien sólo me resta, que es la muerte:
Un consuelo no más, el llanto mío.

ESCENA III

ANA, SOFIA, HERMAN.
(Con traje de peregrino.)

Her.—Dios mande paz y salud
Sobre la joven beldad
Que abriga tanta virtud,
Y á la triste senectud
Acoge con tal bondad.
Sofía.—Salud y paz, buen anciano:
Las puertas de este castillo
El pobre no toca en vano,
Y á falta de otra, mi mano
Fuera á levar el rastrillo.
Aquí descanso hallareis,
Y aunque el duque no ha venido,
Servido en todo sereis:
Ved si entretanto quereis
Cambiaros ese vestido.
Her.—Gracias, señora, he jurado
No quitarme este sayal,
Hasta que un voto sagrado
Cumpla.
Sofía.— Será respetado
Vuestro voto como tal.
¿Y hacia dónde se encamina
Vuestro paso, padre mío?
Her.—Voy á la ciudad vecina.
Sofía.—¿Y venís?.....
Her.— De Palestina.

Sofía.—¡Ah!
Her.— ¿Temblais?
Sofía.— Sí, tengo frío.
Her.—(¡Recuerda con amargura
Tal vez su primer amor!
¿Quién al ver á esa hermosura,
Creerla pudiera perjura?
Es el áspid en la flor.)
Sofía.—¿Habeis sin duda lidiado
Mucho en Palestina?
Her.— Sí.
Del emperador Conrado
El estandarte sagrado
Siguiendo, señora, fuí.
He visto muchas batallas,
Lidiando cual buen guerrero:
Asalté algunas murallas,
Y he pasado fuertes mallas
Con la punta de mi acero.
Mas no siempre la victoria
Coronó nuestro valor;
Cara compramos la gloria:
¡Y yo, infeliz! ¡oh memoria
Que me llena de dolor!
Un fiel amigo tenía
A quien amé como hermano;
¡Ay! su vida era la mía!
Arrebatómelo un día
Hierro de enemiga mano.
Perdonad mi negro afán.
Señora, ¡le amé tan fino!
Sí, sin cesar correrán
Mis lágrimas, caro Hermán,
Por tu funesto destino.

Sofia.—¡Hermán! ¿Hermán se llamaba
Vuestro amigo?
Her.— Sí, señora.
¡Oh qué valor desplegaba!
Qué mucho si lo animaba
Esperanza seductora:
Su premio debía ser
La mano de su querida;
Y nadie supo querer
Como Hermán: una mujer
Era el norte de su vida.
Sofía.—(¡Cielos!)
Her.— De la gloria el prez,
Por ella sólo anhelaba;
Conmigo más de una vez
De sus proyectos hablaba.
¡Pobre Hermán! ¡con qué ternura,
Con qué respeto tan santo,
La prenda que su hermosura
Le dió en señal de fe pura,
Regaba con triste llanto!
Un bucle de hermoso pelo
Era esta prenda, señora,
Que él guadaba con un celo....
Sofía.—(¿Dónde están tus rayos, cielo,
Que no me abrasan ahora?)
Her.—Bella joven, perdonad:
¡Os cansa esta narración!
Sofía.—No, no, anciano; continuad.
(Todo el cáliz apurad
Del veneno, corazón!)
Her.—¡Pobre Hermán! caer le ví,
De Cristo soldado fiel;

Mi dicha con él perdí;
El con gloria yace allí;
Yo vivo á llorar por él.
Sofía.—Y yo, anciano; sí, los dos
Lloraremos noche y día;
Por ser vuestro amigo, vos,
Y yo porque era mi Dios,
Porque era la vida mía!
¿Tú no sabes, peregrino,
Que eres el genio del mal,
Que te arroja mi destino
De mi vida en el camino
Para clavarme un puñal?
¿Y yo vivo? ¡cielo santo!
Anciano, ¡qué narración!
Ana, no te acerques tanto,
Que te quemará este llanto
Que brota mi corazón.
Ana.—Calmad vuestro afán, señora,
Vuestra pena moderad.
Her.—(¿Y llora la ingrata, y llora
Después que faltó traidora
A sus votos?)
Sofía.— Perdonad,
Anciano, este frenesí
De una alma desesperada.
¡Le adoraba, y le perdí!
Her.—Mas, ¿cómo, si esto es así,
Con otro estais desposada?
Sofía.—Sí, pero lo que ha pasado
No puedes tú comprender;
Con otro me he desposado.....
Her.—Y vuestro amor ha volado;

Amor, en fin, de mujer.
Si Hermán hoy se levantara
De la tumba, ¿qué diría?
En vos sus ojos clavara,
Y terrible os preguntara:
"¿Dónde está tu fe, Sofía?
¿Dónde está el eterno amor
Que al partir me prometiste?
Te ha cegado el esplendor;
Tú, tú el sepulcro me abriste,
Y no el hierro matador.
¡Qué premio diste á mi anhelo!
¡Qué bien pagaste mi afán!
Mira esta prenda, este pelo.
Mírame...." (Se descubre.)
Sofía.— ¡Valedme, cielo!
¡El es, él es, es Hermán!
Her.—Hermán, Hermán que viene á re-
(clamarte
La pura fe que le juraste un día.
¿Dónde está tu promesa? di: la hollaste.
¿En dónde está tu amor? ¡Responde, im-
(pía!
¿Tú pudiste llegar hasta las aras,
Y ante un Dios de verdad, le prometiste
A otro hombre eterna fe y amor constante?
¡A tu esposo engañaste, ó á tu amante!
Del crimen en la senda me pusiste:
Sí, yo era generoso é inocente,
Tú un ángel de virtud que me guiaba;
Hoy está escrito el crimen en mi frente.
Sí, sí: tu misma mano aquí lo ha escrito:
Virtud un tiempo el adorarte fuera,
Y hoy el amarte ¡ingrata! es un delito.

Sofía.—¡Hermán!
Her.— ¿Ya no recuerdas aquel día,
En que de amor y de esperanza lleno,
Vine á decirte "adiós," cuando en tu seno
Me estrechaste, jurándome ser mía?
"Parte, parte á la guerra, tierno amante;
Me dijiste llorando, y vuelve luego
A recibir de mi amoroso fuego
El premio digno de tu fe constante."
Y yo partí, colmado de esperanza,
Y en tu amor puse la confianza mía!
¿Cómo de un ángel desconfiar podía?
¿Cómo esperar tan bárbara mudanza?
Cuando amor me juró tu boca pura,
Cuando mi mano trémula estrechabas,
Cuando copioso llanto derramabas,
¿Quién te pudiera imaginar perjura?
¿Y así se viste la mentira aleve,
Con el ropaje de verdad augusta?
¡Ah! si en aquel instante me dijera
El mundo, el mundo entero, que Sofía
Por galardón ingratitud me diera,
Al mundo le dijera que mentía;
Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,
Y sueño me parece cuanto veo.
Sofía.—Hermán, Hermán, escúchame sí- (siquiera.
Her.—Es ese mismo el seductor semblante
Del serafín que por mi mal adoro;
Ese su talle esbelto y elegante;
Es ese mismo su cabello de oro;
El mismo cuello de marfil, que un día
Yo enlacé tantas veces con ternura:

La mano hermosa que estrechó la mía;
La boca que me hablaba con dulzura:
Toda es la misma, y sólo...¡Desgraciado!
Su corazón infiel sólo ha cambiado!
Sofía.—Hombre cruel: escúchame á lo
(menos,
Y condena después á esta infelice:
¡Oyeme por piedad!
Her.— ¡Bella duquesa,
Habitais un magnífico castillo,
Artesones dorados, ricos muebles,
Finas alfombras, oro, pedrerías,
Timbres soberbios, armas y blasones:
¡Cuánto vuestro destino se ha cambiado!
Elegisteis muy bien; sois muy prudente.
Es mejor este alcázar esplendente,
Que la pobre cabaña de un soldado.
Sofía.—¡Oh cielos! ¿esto más? ¿quieres
(matarme?
¿Quieres que ahogada de dolor espire?
¿Ni mi llanto de fuego te conmueve?
¿Y ni tu compasión siquiera alcanzo?
¡Ah! por enorme que el delito sea,
Se escucha al criminal.
Her.— ¿Y qué dirías?
¿Qué puede ¡desdichada! disculparte?
Sofía.—La voluntad de un padre mori-
(bundo.
Ausente tú, creyó que su Sofía,
Sola y abandonada quedaría
En el mar borrascoso de este mundo:
Y agitado, frenético, llorando,
En su lecho de muerte se incorpora,

Y sus rugadas y convulsas manos
A mí tendiendo, me conjura y ruega
Que al duque Othón me uniese en el ins-
(tante;
Yo resistí, grabada aquí con fuego
De Hermán la imagen sin cesar estaba:
Yo resistí; y el cielo me es testigo
De que la muerte preferido hubiera
A ese enlace fatal.
Her.— Y bien, prosigue.
Sofía.—Pero mi padre en su postrer ins-
(tante,
Fijaba en mí sus lacrimosos ojos;
Retorcía sus manos venerables;
Se arrancaba la blanca cabellera;
Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,
Salta del lecho y ante mí se postra,
Por mi madre pidiéndome cumpliese
Su postrer voluntad. ¡Cómo! ¿Quién puede
Conservar su razón en tal instante,
Y resistir tan espantosa prueba?
Aquel anciano, á quien el sér debía,
Esperando á mis pies, desesperado,
Llenos de llanto sus hundidos ojos,
¡Oh Dios! ¿qué pude hacer? tú ausente es-
(tabas
Un año hacía, sin noticia alguna
De tu destino, todo se reunía,
Todo contra mi suerte conspiraba.
Mi frente ardiendo, mi razón perdida,
Mi corazón partido en mil pedazos,
Yo á mi padre juré lo que quería,
Y en aquel punto el duque apareciendo,

Mandó mi padre que la mano mia,
De otros testigos ante la presencia,
Se uniese á la del duque, y en los labios
Del moribundo anciano, una sonrisa
Vagó un momento; levantó la mano,
Mi cabeza estrechó contra su pecho,
Y me bendijo, y espiró tranquilo.
Su alma voló de Dios á la presencia,
Y yo quedé para vivir llorando....
Her.—Y de Alemania luego allá en la (corte,
De oro cubierta y ricas pedrerías,
Envuelta en seda y en incienso vano,
Pronto olvidaste el sacrificio horrible;
Y el dulce peso de ducal diadema
Tu frente refrescó, secó tu llanto.
Sofía.—¡Injusto, injusto! mis mejillas (mira:
Perdieron su color y su frescura:
Repara de mis lágrimas la huella;
De correr no han cesado un solo dia.
Dejé la corte y vine á este castillo,
La paz buscando en su silencio al menos:
¡La paz, la paz! dos años han pasado
Sin que un momento disfrutarla pueda;
Tu imagen siempre viva me seguía,
Y á Dios iba á rogar que la borrase,
Y entre mí y el altar se interponía.
¡Oh! calcular no puedes mis tormentos!
Si penetrar mi corazón pudieras,
En vez de ese furor que te arrebata,
Sólo piedad de mi dolor tuvieras!
¡Piedad, Hermán! piedad de una infelice,

Aquí á tus píes humilde te lo ruego:
Ten compasión de quien amaste tanto:
Oiga yo tu perdón, y muera luego.
Her.—¡Levántate, Sofía!
Sofía.— Una mirada,
Una mirada de piedad te pido,
¿Y me la negarás?
Her.— ¡Ah! ¡desgraciada!
Ven á mi corazón, todo lo olvido.
Pero salgamos de aquí,
Salgamos luego, Sofía;
Tú me juraste ser mia,
Dios tu juramento oyó.
Dejemos estos salones:
Sencilla, humilde te quiero,
Como el pobre caballero
A quien le juraste amor.
Tres años en Palestina
Combatí por merecerte,
Por ti desprecié la muerte,
¿Y no me querrás seguir?
¿Qué tiene que ver contigo
Esta frívola grandeza?
¿Necesita tu belleza
Del oro para lucir?
Vamos.
Sofía.— ¡Imposible!
Her.— Vamos.
Sofía.—Recuerda que estoy casada:
Yo moriré desgraciada,
Pero pura moriré.
Her.—Es verdad: tú me recuerdas
Lo que yo valgo, Sofía;

Y yo necio que creia.....
¡Ilusión, todo ilusión!
¿Cómo has de cambiar tu rango,
Y tu nombre, y tu grandeza,
Por Hermán, que otra riqueza
No tiene que su valor?
Sofía.— ¡Hermán!..... (Ruido.)
Ana.— Ahí el duque viene.
Sofía.—¡Santo Dios! ¡eres perdido!
Cúbrete.
Her.— No; ya he vivido
Bastante, y quiero morir.
Quiero, duquesa, mirar
Cara á cara á vuestro esposo;
Le veré.
Sofía.— ¡Dios poderoso!
¡Ya llega; triste de ti!
Her.—Ved que traje mi armadura.
Ana.—¿De qué os servirá? de nada.
Her.—Tengo aquí también mi espada.
Sofía.—¡Cúbrete, Hermán, por mi amor!
Her.—¡Tanto me amais?
Sofía.— Te idolatro.
Her.—¿Me seguirás?
Sofía.— Todavía
No puedo.... sí.... tu Sofía
Te jura volverte á ver.
Pero cúbrete, por Dios,
Hermán, después hablaremos.
Her.—En el parque nos veremos
Mañana al anochecer.
Vuelvo á tomar mi disfraz.
Sofía.—Ana, por Dios, el secreto.

Ana.—Sí, señora; yo os prometo
Que nunca saldrá de mí.
Her.—Conoceré á mi rival;
Aunque más bien prefiriera,
Por Dios, que de otra manera......
Ana.—Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.
Qué tempestad!
Jorge.— Estupenda.
Duque.—¿Quién es este hombre, señor
Sofía.—Un peregrino que llega
De Palestina: pasaba
Por aquí cuando más recia
La tempestad desplegaba
Su furor; y yo las puertas
Del castillo mandé abrirle.
Her.—¡Es la señora tan buena!
Duque.—¿Y qué cosa habeis traído
De allá? Relaciones nuevas
De batallas, y reliquias
De aquella bendita tierra.
Her.—Sí, señor duque.
Duque.— Los niños
Y las mujeres encuentran
Gran diversión en oiros:
Contais cosas que las llenan
De admiración, y en verdad

Os sale muy bien la cuenta,
Pues así pasais la vida
Sin trabajar; os respetan,
Os hospedan, os regalan,
Y os oyen como si oyeran
Un oráculo: en verdad
Es una vida muy buena.
En fin, llegad en buen hora.
¿No habeis mandado, duquesa,
Que le den alguna cosa
Á este anciano?

Her.— Yo á las puertas
Del castillo no he llamado
Para recibir afrentas,
En cambio del pan que sobra,
Señor duque, en vuestra mesa.

Jorge.—¿Así respondes al duque?
¡Insolente! todos tiemblan
Aquí de su enojo.

Duque.— Basta:
Yo la perdono.

Her.— ¡Ah! pudiera....
Mas un soldado de Cristo,
Que por su gloria pelea,
Debe reunir, señor duque,
A su valor la paciencia.
Busqué un asilo entretanto
Que pasaba la tormenta:
Ha calmado ya: las gracias
Recibid, ¡oh joven bella!
Voy á seguir mi camino,
Señor, con vuestra licencia.

Sofía.— (A Ana).
Conduce á ese peregrino.

Duque.—Id con Dios.
Her.— (Que su promesa
No olvide vuestra señora.
Arrojadme por la reja
La llave del parque.)
Ana.— Sí.
(Vase, y Hermán.)
Vamos, Jorge nos observa.
Sofía.—(Ya era tiempo, que su arrojo
Temblé que le descubriera.)
Adiós, duque: Dios os guarde.
Duque.—Dormid bien, bella duquesa.
(Vase Sofía.)

ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

Jorge.—¿Observasteis, señor?
Duque.— ¿Qué?
Jorge.— Vuestra esposa
¡Qué abatida y qué pálida se hallaba
Cuando entramos aquí! y el peregrino....
Su ademán altanero, sus palabras....
No sé, pero se oculta algún misterio
En ese hombre, señor. Cómo clavaba
En vos sus ojos, que brotaban fuego.
O mis sentidos esta vez me engañan,
O he visto en la duquesa algunas señas
De inteligencia.
Duque.— ¡Desdichado! ¡calla!
¿Qué osas tú sospechar?
Jorge.— Perdón os pido.

Mas recordad que la duquesa amaba
A un tal Hermán, que estaba en Palestina,
Antes que vuestra esposa se llamara.
Duque.—¿Y qué?
Jorge.— De la duquesa ví en el rostro
De un reciente dolor señales claras,
Y ví que había en sus hermosos ojos
Una gota de llanto.
Duque.— Y bien, acaba.
Jorge.—Ese anciano tal vez alguna nueva
De su amante le trajo... ó se ocultaba
Bajo el disfraz del viejo peregrino
El mismo Hermán.
Duque.— ¿Qué dices? ¡Desgraciado!
¡Jorge! ¡si fuese cierto!.... No es posible.
¡Qué mortal es capaz de tanta audacia?
¡En mi propio castillo, en mi presencia!
¡Oh! ¡no es posible!
Jorge.— Parecióme que Ana
Con él hablaba al tiempo que salía.
Duque.—Pues bien: sigue al instante sus
(pisadas;
Observa si se aleja del castillo,
O en qué lugar cercano se recata:
Vuela, Jorge. ¡Si fuere...! Jorge, escucha:
Si es él...si se detiene....Observa; nada
Le digas tú....Ven luego á mi presencia,
Que tal temeridad, audacia tanta,
De que ejemplo no ha habido en mis domi-
(nios,
A mí mismo me toca castigarla.
Jorge.—Se hará como mandais.
Duque.— ¡Tiembla, Sofía!
¡Tiembla si eres infiel, desventurada!





ACTO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othón: reja con puerta en el foro: á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da sobre el parque: árboles y arbustos á los lados: un banco de césped: la luna brilla, alumbrando la escena.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Jorge, ¿es cierto?
Jorge.— Sí, señor:
Yo al peregrino seguí,
Su armadura descubrí
De la luna al resplandor,
Que ya serena brillaba
Después de aquella tormenta.

Duque.—¿Me engañó, Jorge, y alienta?
¡Oh furor! ¿y me engañaba
También Sofía? Por Dios,
Que es mucho su atrevimiento.
Pero se acerca el momento,
Jorge, morirán los dos.
Quien así insulta mi nombre,
Y así mi furor desprecia,
O tiene una alma muy necia,
O debe de ser muy hombre,
¿No sabe que el duque Othón,
Antiguo y noble guerrero,
No trae al cinto el acero
Para servir de irrisión?
¿Y aquí han de venir, aquí?
Jorge, ¿no te has engañado?
Jorge.—Para el parque se han citado;
Me oculté, y todo lo oí.
Ese guerrero es Hermán.
Duque.—¡El amante de Sofía!
Jorge.—¡Y robárosla quería!
Duque.—¿Robármela? ¡morirán!
¿Dispusiste alguna gente
Con armas?
Jorge.— Dispuesta se halla
Allí, junto á la muralla,
Y á vuestra voz obediente.
Duque.—No escapará ese traidor;
Pero es fuerza aprisionarle,
Porque de un golpe matarle
No le basta á mi furor.
Sufra una larga agonía,
La horrible muerte esperando,

Y la suerte contemplando
De su adorada Sofía.
A mis plantas los veré,
Temblando, descoloridos,
Y escucharé sus gemidos,
Y en ellos me gozaré.
Jorge, yo siento un volcán
Ardiendo en mi corazón.
¡Han manchado mi blasón!
¡Lo han manchado! ¡morirán!
(Se oye abrir la puerta que está al fin de la escalera que baja del castillo: el duque y Jorge se ocultan entre los árboles, después de sus últimos versos.)
Jorge.—Alguno llega, señor:
Ocultémonos aquí.
Duque.—¡Y ella es la primera, sí!
Jorge.—Reprimid vuestro furor.
Duque.—No los podremos oir.
Jorge.—Pero los podremos ver.
Duque.—¡Oh! ¡tiembla, infame mujer!
¡Tiembla, Hermán, vais á morir!
(Se ocultan.)

ESCENA II.

SOFIA, ANA. (Baja Sofía poco á poco la escalera apoyada en Ana.)

Sofía.—Yo tiemblo
Ana.— Valor, señora.
Sofía.—¡Siente una inquietud mi alma!

Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿Segura estás de que el duque
Tranquilo duerme en su estancia?

Ana.—Si, señora, duerme.

Sofía.— Duerme:
Mientras que yo, desdichada,
Velo y gimo, y me consumo,
Sin poder hallar la calma!
¡Qué noche pasé, qué noche!
Mi corazón palpitaba
Con una horrible violencia:
De una fiebre devorada,
Me retorcía en mi lecho,
Maldecía la hora infausta
De mi nacer, y á la muerte
Con voz convulsa llamaba:
Acusaba al cielo, al duque,
Al mundo, á mi padre.....¡Ana,
Tú no puedes comprenderme!
¡Ay! ¡morir! morir es nada;
Pero este insomnio, esta fiebre
Que nos quema las entrañas,
Este padecer eterno
Sin alivio ni esperanza,
Es como un clavo de fuego
Que el corazón nos traspasa,
Una maldición horrible
En nuestra frente grabada.
¡Un demonio que al abismo
Lentamente nos arrastra!

Ana.—¿Quién al miraros y oiros
No siente vuestras desgracias?
¿Y así la virtud padece?

Sofía.—¿Y cuándo la virtud halla
Su recompensa en la tierra?
¿Qué hice yo, desventurada,
Para que implacable el cielo
Me abrume así con su saña?
Yo de la virtud ni un punto
Dejé la senda sagrada;
Hoy, Ana, es la vez primera
Que mi conciencia se alarma:
Mal hice en venir aquí.
¿Mas qué medio me quedaba
Para evitar que el despecho
De Hermán lo precipitara
A perder por mí la vida,
La vida que veces tantas
Generoso y noble expuso
Por ser digno de una ingrata?
Ana.—Esto consolaros debe,
Señora: vuestras pisadas
El crimen no ha conducido;
Antes vuestra noble alma
Hace un esfuerzo inaudito,
Un sacrificio á que nada
Es comparable: decirle
Al hombre que se idolatra:
"Huye, no vuelvas á verme,
Huye, que el deber lo manda;
Déjame aquí sola y triste,
Sin consuelo ni esperanza."
Sofía.—Sí, se lo diré, y el cielo
Dará valor á mi alma:
Se lo diré, aunque el tormento
Deba matarme mañana.

Y así será, porque ahora
Que sé que vive, que me ama,
Que he vuelto á verle y á oirle,
¡Oh! yo no sé lo que pasa
En mi corazón! Al menos
Cuando su suerte ignoraba,
Me consolaba la idea
De que allá en la Tierra Santa,
Bajo una tumba gloriosa,
La dulce paz encontrara.
Que no sufriera cual sufro;
Mas ¡ay! que como fantasma,
Amado á un tiempo y temido
Le ví en la noche pasada
Cubierto de honor y gloria,
Reclamando mi constancia,
Pidiéndome ¡ay Dios! el premio
De sus ínclitas hazañas.
Siempre noble y generoso,
¿Le viste? Mi llanto, Ana,
Calmó su enojo terrible,
Y me perdonó mi falta.
¿Y hoy para siempre le pierdo?
¿Y vivo? ¡desventurada!

Ana.—¡Sólo Dios puede, señora,
Consolar vuestras desgracias!

Sofía.—En medio de mis tormentos
Entreveo una esperanza.

Ana.—¿Cuál es, señora?

Sofía.— He sufrido
Tanto, tanto, que cercana
Debe estar mi última hora.
¿Qué naturaleza basta

Para sufrir lo que sufro,
Sin morir? Quizá mañana
Me dará el cielo por premio
Una tumba solitaria.
Esta idea me reanima;
Parece que Dios me manda
Este rayo de consuelo.

na.—¡Callad por Dios! ¡qué palabras
Tan tristes!

ofía.— Ana, ¿te acuerdas
Cómo en la noche pasada,
Feroz el viento rugía,
Las negras nubes bramaban?
Todo era espanto; y ahora
¡Mira qué solemne calma
Reina en la naturaleza!
Todo en silencio descansa.
Por el zafir de los cielos
Esa luna plateada
Camina, sin que una nube
Vele su faz: dulce el aura,
Apenas las flores mece
Que duermen también: las ramas
A las aves dan asilo:
Todo en la quietud se halla;
¿Y yo entre todos los seres
Solamente destinada
Estaré á sufrir por siempre?
¡Ah! no, ya Dios me señala
El sepulcro como un puerto
De mi vida en la borrasca.

na.—¡Me haceis llorar!

ofía.— Padre mío,

He cumplido mi palabra.
Pronto me uniré contigo;
Mas qué rumor.....¡cielos!

Ana.— Nada,
Nada se mueve, señora.
No temais.

Sofía.— Si por desgracia
El duque me sorprendiese,
¡Cuán criminal me juzgara!
Sobre la triste Sofia
Y sobre Hermán descargara
Su furor! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.
Yo entretanto aquí á los cielos
Dirigiré mis plegarias:
La oración me dará fuerza
Para sufrir mis desgracias.

Ana.—Sí; nada temais, señora:
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.

Sofía.— Ana mía,
Eres para mí una hermana.

Ana.—Me avergonzais; voy, señora.
Que la Providencia santa
Os dé valor. (Tú, Dios mío,
Su noble proyecto ampara.)

(Vase.)

ESCENA III

SOFIA. (Se arrodilla al pie de la escalera, y levanta sus ojos y sus manos al cielo.)

¡Virgen, madre de Dios! ¡Virgen María!
Tú que miras, Señora, mi agonía,
Mi profunda aflicción:
Escúchame piadosa desde el cielo
Y derrama una gota de consuelo
Sobre mi desgarrado corazón.
A aquel Señor que sus divinas huellas
Estampa sobre el sol y las estrellas,
Ruega, ¡oh Madre, por mí!
Por mí, que devorada de tormentos,
Débil caña, juguete de los vientos,
Siempre en el valle de la tierra fuí!
Mas yo he sufrido la tormenta impía
Sin mancharme jamás; siempre mi guía
Fué ¡oh Virgen! la virtud
Ante el lecho de un padre moribundo,
Sacrifiqué los bienes de este mundo,
Y de duelo cubrí mi juventud!
En la fogosa edad de las pasiones,
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,
Sola y triste gemí,
Cual flor en el desierto abandonada,
Cual barquilla á las olas entregada.
¡Nadie ha tenido compasión de mí!

Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho
Por borrar una imagen de mi pecho,
Y olvidar un amor?
Inútil todo por mi mal ha sido;
Tu Hijo, Madre de Dios, cerró el oído
Al profundo gemir de mi dolor!
Agobiada de bárbaros pesares
Fuí á llorar hasta el pie de los altares,
Pidiendo compasión:
Y allí abrazada de la cruz, gemía,
Y allí por él lloraba el corazón!
Tú, Omnipotente Dios, que me criaste,
¿Acaso de la nada me sacaste
Para gemir así?
¿Para gozarte acaso en mis martirios?
Perdona ¡oh Dios! perdona mis delirios,
Mira mi llanto, ten piedad de mí!
Y desde tu alto trono de diamante,
Dirige una mirada un solo instante
Sobre mí, sobre Hermán;
Dale valor, y á mí la tumba fría:
Sí, yo lo espero: el venidero día
Mis cenizas en paz reposarán!
(Queda algunos momentos arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofía.)

Her.—Mírala Gustavo, allí,
Como una visión de amor,
Como un ángel de dolor,
Orando tal vez por mí.
¡Y yo de su corazón
Pude dudar un instante!
Mira en su hermoso semblante
Retratada su aflicción.
Gus.—Llega, que es tarde: yo aquí
Los caballos cuidaré.
Prevenido esperaré.
Her.—Gracias, hermano: por mí
Tu vida expones ahora:
¿Cómo sabré agradecer.....
Gus.—Calla, Hermán; es un deber:
Llega, que viene la aurora
(Se retira.)

ESCENA V.

SOFIA, HERMAN. (Sofía, á los pasos de Hermán se levanta, y vuelve la cabeza á mirarle.)

Her.—Gracias, gracias, Sofía.
Sofía.— ¡Hermán!
Her.— Te miro,
Te miro al fin, hermosa,
Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:
Todo, todo lo olvido
Cuando estoy á tu lado,
Cuando siento el aliento embalsamado
Que tú, mi bien, respiras,
Y al través de tus lágrimas me miras.
Esa inefable, angélica ternura
De tu mirar; tu palidez, tu llanto,
Tienes no sé qué encanto
Melancólico, dulce, indefinible!
Oculto allí, mi bien, te contemplaba,
Tu oración respetando fervorosa:
Sobre tu frente cándida y hermosa,
El rayo de la luna resbalaba.
Jugaba el aura con tus bucles de oro,
Y con tu blanco trasparente velo:
Tus ruegos elevabas hacia el cielo
Por mí, por mí, Sofía! ¡Yo te adoro!
La lágrima que tiembla en tu mejilla,
Es la gota de bálsamo que calma

La agitación frenética de mi alma.
Ven a mi corazón, toca mi frente:
¡Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!
¡Pero te veo, y mi dolor olvido,
Y sueña dicha el corazón doliente!
Sofía.—¡Dicha! ¡dicha! ¿qué dices, desgra-
(ciado?
En este valle de amargura y duelo
¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo
Hallará nuestro pecho desgarrado?
Condenados los dos á eterno lloro,
No nos queda siquiera una esperanza.
¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,
Vivir eternamente separados,
Lejos uno del otro, condenados
A arrastrar en silencio las cadenas,
Cadenas pesadísimas que pronto
Acabarán con la existencia mía!
Her.—¡Ah! no, jamás! unámonos, Sofía:
Yo, ser tuya juré; por ti he vivido:
Y á arrancarte de aquí sólo he venido:
Ven, abandona esta prisión dorada:
Dejemos esta atmósfera maldita
Que te sofoca, y tu beldad marchita:
Busquemos otra pura, embalsamada,
Digna de ti, Sofía: de tu frente
Arroja esa diadema que te humilla;
La guirnalda sencilla
De violeta, y jazmín, y mirto y rosa,
Que mi amorosa mano te ceñía,
Brillaba más hermosa
Sobre tu frente cándida, Sofía!
Sofía.—¡Ay! verdad es, Hermán; aquellas
(flores

No quemaban mi frente cual la quema
Esa ducal diadema.
Tú no sabes, Hermán, lo que ha pasado
En este corazón! gota por gota
Ha ido cayendo en él cuanta agargura
Puede haber en la vida : ¡ oh ! cuántas veces,
Cuántas pensé que mi razón perdía!
Un recuerdo de fuego me quemaba,
Mi pecho con mis manos destrozaba,
Y tu nombre entre llanto repetía!
Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,
Cuya huella jamás el tiempo borra,
Que seca el corazón, ruga la frente!
¡Y tener que ocultarlo, y el contento
Aparentar, y parecer en calma
Cuando está ardiendo y desgarrada el
(alma.
Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frívola corte sonreía
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mía!
Cuando mi traje recamado de oro,
Era un paño de muerte que abrumaba
Mi débil cuerpo; cuando yo regaba
El rico mármol de mi estancia, en lloro!
Y tu imagen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!
Her.—¡Y yo soñando amor, buscando glo-
(ria,
Sin sospechar siquiera mi tormento,
Intrépido al peligro me arrojaba :
Un nombre ilustre conquistar quería,

Un nombre que ofrecer á mi Sofía,
Cuya celeste imagen me animaba.
¡Oh! dulces eran para mí las penas,
Y leve la armadura:
De la abrasada Siria en las arenas,
Pensando en la ventura
Que tu amor me guardaba!
Tus últimas palabras repetía;
De mi alazán el cuello acariciaba,
Y el noble bruto ufano relinchaba,
Y yo mi lanza intrépido blandía.
Aprovechando á veces una tregua,
Bajo la sombra de una hermosa palma
Pulsaba mi laúd, y en dulce trova
Mis ardientes suspiros te mandaba,
Que en el desierto inmenso se perdían,
Y mi laúd con lágrimas regaba!
Sofía.—Pero era dulce tu llorar al menos:
La gloria te seguía,
Una grata esperanza te animaba;
Pero yo triste, yo, que ni un momento
Gozaba de quietud, que á todas horas
Escuchaba una voz que me decía:
"¿En dónde está, perjura,
La eterna fe que me juraste un día?"
Y mis ensueños espantosos eran:
Ya muerto en Palestina te veía;
Ya llegar á tu patria, y despechado,
Mi nombre maldiciendo,
Del fiero duque provocar la saña;
Y tu acero cruzarse con el suyo
En lid horrenda, y salpicada en sangre,
En la sangre de Hermán y de mi esposo

Entre tumbas vagar sola en el mundo!
¡Oh Hermán, cuánto he sufrido!
Her.— Sí, Sofía;
Pero ya más felices viviremos:
De nuestra patria lejos estaremos
Cuando luzca la luz del nuevo día.
Que allí mi corcel está
Tascando el el freno impaciente:
Pronto la aurora vendrá:
Ven, su rayo lucirá
Sobre tu cándida frente.
¡Ven, mi vida, mi tesoro!
Ven, adorada beldad,
Ven, enjugaré tu lloro:
No tendrás mármoles ni oro,
Pero tendrás libertad.
Sofía.—¡Ah!
Her.— De tu esposo tirano
Burlaremos el furor:
Sobre mi trotón lozano,
Mi fuerte lanza en la mano,
Yo defenderé á mi amor.
No temas, hermosa, ven;
¿Quién puede vencerme, quién?
Nadie; la victoria es mía,
Porque defiendo á Sofía,
Porque lidio por mi bien!
Sofía.—¡Infeliz!
Her.— Todo mi afán
Será sólo tu ventura,
Y de mirto y de arrayán
Mis manos coronarán
Tu frente angélica y pura.

A tu canto, la armonía
Juntaré de mi laúd.
Yo seré tuyo, tú mía,
Y un ensueño de alegría
Será nuestra juventud.
¿Mas nada respondes, nada?
¿Desoyes mi ardiente ruego?
¿Vuelves de mí tu mirada,
Y siento tu mano helada
Entre mis manos de fuego?
Temes ¡ay! participar
De mi pobre humilde suerte?
Sí, yo lo debí esperar:
Tú viniste á este lugar
Para anunciarme la muerte;
Porque mandarme vivir
Sin ti, adorada Sofía,
Es condenarme á morir....
¿Lo quieres? Voy á partir.....

Sofía.—(Volviendo el rostro anegado en llanto.)
¡Hermán!

Her.— ¡Lloras, vida mía!

Sofía.—¡Eres, Hermán despiadado!
Mirando estás mi dolor,
Mi rostro en llanto bañado,
¿Y dudas, desventurado,
Del exceso de mi amor?
¿Por quién he venido aquí
Los peligros arrostrando?
¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?
Por ti, ingrato Hermán, por ti,
Que estás de mi amor dudando.

Her.— No dudo ya, no, Sofía.
Sofía.—Por ti, Hermán, despreciaría
Los peligros y la muerte;
Porque mi delicia es verte,
Tú, el alma del alma mía.
La humilde cabaña fuera
Para mí grata mansión,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí tranquilo estuviera
Mi llagado corazón:
Porque no puedo olvidar,
Porque te amo todavía,
Porque te amo á mi pesar,
Porque no puedo arrancar
Tu imagen del alma mía.
Her.—Angeles que la escuchais,
¿En la sagrada mansión
De ventura que habitais,
Esta delicia probais
Que prueba mi corazón?
¡Encantadora mujer,
Si vieras qué hermosa estás!
Tiene tu llanto un poder
Que no puedo comprender;
Y dime, ¿me seguirás?
Sofía.—Oye, Hermán; voy á morir,
Que sin tí no podré yo
Por largo tiempo vivir;
Mas no te puedo seguir.
Her.—¿No puedes seguirme?
Sofía.— No.
Her.—¿Quién te lo impide, Sofía?
¿Quién te lo impide?

Sofía.— El deber:
Juré.......
Her.— Juraste ser mía.
Ven.
Sofía.— ¿Y criminal sería?
¿Me quieres envilecer?
Un impuro corazón
No fuera digno de ti:
¡Hermán, Hermán, compasión!
De un padre la maldición
No caiga ¡ay Dios! sobre mí.
Hoy puedo por ti rogar
A Dios; hoy puedo mi frente
Sin crimen al cielo alzar;
Hoy puedo, en fin, espirar
Infeliz, pero inocente.
Tú en mi sepulcro vendrás
A colocar una flor,
Y mi virtud amarás,
Y enternecido dirás:
Murió digna de mi amor.
En otra mansión un día,
En otra región de luz,
Inundada de alegría,
Se unirá por fin Sofía
Al soldado de la cruz.
Her.—Es cierto, tienes razón:
No podemos ya vivir
Juntos en esta mansión
De luto y de maldición;
Pero podemos morir.
¡Morir, morir por tu amor,
Y á tu lado, vida mía!

¿Dónde habrá dicha mayor?
Hacia otro mundo mejor
Volaremos en un día.
Siéntate junto de mí:
Pronto la aurora vendrá:
Te buscarán, ¿no es así?
Y vendrá el duque, y aquí
A los dos nos matará.

Sofía.—No, no; yo tengo valor
Bastante para morir
Del fiero duque al furor;
Pero no quiero ¡oh mi amor!
Verte á mis ojos sufrir.
Huye, que ya llega el día:
Huye al instante, por Dios:
Te lo ruega tu Sofía.

Her.—¿Y á dónde iré, vida mía,
Si no partimos los dos?
¿En dónde vivir pudiera
Si mi universo es aquí?

Sofía.—Sigue de Dios la bandera:
Tal vez la gloria te espera.

Her.—No quiero gloria sin ti.
(Ruido de pasos dentro.)

Sofía.—¿Escuchas ese rumor?

ESCENA VI

Dichos, GUSTAVO (Precipitado.)

Gus.—Hermano, somos perdidos;
Entre esas ramas dos hombres
Se ocultan.

Her.— ¡Cómo!

Sofía.— ¡Dios mío!
Será el duque!
Her.— Nada temas
¿No estás con Hermán, conmigo?
Venga el duque, de mi espada
Probará el agudo filo;
¿Ni quién vencerme pudiera,
Si estoy, mi amada, contigo;
Si me anima de tus ojos
El fulgor puro y divino?
¡Al arma, Gustavo, al arma!
Gus.—Morir antes que rendirnos.
Her.—¿Dos no más? ¡desventurados!
Sofía.—Deja que vuelva al castillo,
Y huye tú.
Her.— ¿Huir? ¡oh! nunca.
Ven, Sofía, ven conmigo,
Que será cierta tu muerte
Si ya el tirano te ha visto;
Logremos ganar la puerta:
Sobre mi alazán querido
Te colocaré, y entonces,
Adiós, hermoso castillo,
Adiós, prisiones doradas,
Que ya hemos roto los grillos.
Sofía.—Y adiós, también, virtud santa:
¿Tras de tantos sacrificios
Te perderé? ¡No, no, nunca!
Hermán á tus pies te pido
Oue te salves, y me dejes
Sufrir sola mi destino.
Huye.
Her.— Contigo.

Sofía.— No.
Her.— Entonces
Sálvate tú, hermano mío.
(Arroja la espada.)
Mira, ya no tengo espada.
Morir aquí determino.
Gus.—¡Ah! no; toma: á pesar suyo
Sálvala: toma, te digo,
Que ya vienen; ya se acercan.
Her.—Salvémosla, pues, amigo.
Gus.—Dos para dos, no hay ventaja.
Sofía.—¡No sé dónde estoy, Dios mío!

ESCENA VII.

Dichos, EL DUQUE, JORGE [c n espadas desnudas].

Duque.— ¡No podeis huír, malvados!
Sofía.—El es, ¡oh Dios!
Duque.— Foragidos,
Que de la noche en las sombras
Ocultais vuestros delitos:
¡No escapareis, no, lo juro!
¡Morireis entre martírios!
¿Y pensabais engañarme,
Y burlar el furor mío
Con la fuga? ¡no, cobardes!
Her.—¡Cobarde! ¡cobarde has dicho?
Pronto lo veremos, duque.
Paso.
Duque.— ¡Eh, atrás!

Her.— Paso, os digo,
O lo abriré con mi espada.
A ellos, Gustavo.
(Lidia Gustavo con Jorge, y Hermán con el duque.)
Duque.— ¡Atrevido!
Ríndete.
Jorge.— ¡Guardias!
(Gritando.)
Duque.— No, calla;
Mire el soldado de Cristo
Que el duque Othón solo basta
A desarmarle y rendirlo.
Sofía.—¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárba-(ros!
Her.—No temas, estás conmigo.
Gus.— (A Jorge que cae.)
¡Muere tú, muere, malvado!
Jorge.—¡Guardias!
Gus.— Cállate, maldito,
Si quieres que te perdone:
Calla.
Duque.— (Soltando la espada).
Pese al furor mío.
Her.—Duque, ¿quién es el cobarde?
Ya tengo libre el camino.
Pronto á caballo, Gustavo.
Duque.— (Gritando.)
¡Guardias!
Her.— Aún no te han oído.
Sofía (Queriendo soltarse).
¡Hermán, por piedad!
Her.— Marchemos:

A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno ¡Guardias!

Her.—Adiós, duque Othón.

(Se van por el foro derecho.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE.

(Después de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Hermán.)

Duque.— ¡Malditos!
¿Estais sordos? ¡Ah! se escapan.
(Salen los guardias
Corred, y muertos ó vivos
Vengan aquí: pronto, pronto.
Que Hermán toma ya el estribo.
(Se van los guardias.)
¡Jorge, Jorge! Mi caballo:
¡Sigamos á los bandidos!



ACTO TERCERO.

LA REVELACION.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Si tardamos un instante,
Los fugitivos se escapan.
¡Vive el cielo! no creía
Que tal valor se encontrara
En ese obscuro guerrero:
¡Qué serenidad, qué audacia!
¿Y quién es el otro joven
Que al cruzado acompañaba?
Jorge.—Un hermano menor suyo,

Según parece: ¡por mi alma!
Que los dos son muy valientes,
Y por poco nos despachan!

Duque.—Es fuerza hacerles justicia:
Manejan muy bien las armas;
Y burlado nos hubieran,
Si mis guardias no llegaran.

Jorge.—Y si no es por vuestra esposa,
La victoria nos costara
Mucha sangre; pero viendo
Que la duquesa se hallaba
En peligro, el mayor dijo:
"Gustavo, deja la espada:
La resistencia es inútil,
No lograremos salvarla;
Rindámonos, quizá el duque
Escuchará mis palabras."
Entonces llegasteis vos.

Duque.—Y me rindieron las armas:
Quizá esperan que sus ruegos
Desarmarán mi venganza;
¡Ah! si tal esperan, Jorge,
Vive el cielo que se engañan!
El duque Othón sabrá pronto
Lavar con sangre las manchas
De su honor. ¿Y qué dijera
La nobleza de Alemania
Si esta osadía insolente
Yo sin castigo dejara?
No; morirán los traidores,
Pagarán cara su audacia;
Pero antes verlos deseo
En mi presencia, á mis plantas

Arrastrarse, y confundirlos
Con mis severas miradas.
Ve pronto, Jorge, y los presos
Conduce luego á esta sala.
(Se va Jorge.)
Hola...venga aquí Sofía.
(Llamando á la puerta izquierda.)
Temblar la veré á mis plantas.

ESCENA II.

EL DUQUE

¿Y es esta la mujer? vaso precioso
De vil ponzoña, de amargura lleno:
Risa sus labios, falsedad su seno,
De bien y mal conjunto misterioso.
¡Oh! quién pensar pudiera que Sofía,
Con aquel aire tan ingenuo y puro,
Así ocultase un corazón perjuro,
Que virtud y modestia así mentía!
¡Maldito el hombre que su honor entrega
A una débil mujer! ¡Oh! sí, maldito!
Un baldón en la frente lleva escrito,
Y la hora al fin del desengaño llega.
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,
Y en su amor puse la confianza mía.
¡Ah! me faltó la infiel! ¡tiembla, Sofía!
¡Muera la esposa que mi honor manchaba!

ESCENA III

EL DUQUE, SOFIA.

Sofía.—¿Qué me quereis· ¿Llegó ya
De mi suplicio el momento?
Libradme de mi tormento,
La víctima pronta está.
Duque.—Infiel esposa, ¿tu frente
No se cubre de rubor?
Sofía.—Nunca se cubre, señor,
De rubor el inocente.
Duque.—¡Inocente! ¿tú, Sofía,
Cuando os encuentro á los dos
En una cita? Por Dios,
Tal audacia no creía!
¡Inocente, y de otro dueño
En los brazos te entregabas
Cuando á tu esposo juzgabas
Hundido en profundo sueño!
¡Cuándo con Hermán reías
De mi necia estupidez!
¡Cuándo mi nombre tal vez,
Y tu suerte maldecías!
¿Y por qué? ¿qué te hice yo
Para aborrecerme así?
Riqueza y nombre te dí,
¿Ya lo has olvidado?
Sofía.— (Con firmeza)
No.

Duque.—¿Recuerdas que en orfandad
Hubieras siempre gemido;
Que sin mí hubieras vivido
En profunda obscuridad;
Que yo me compadecí
De aquel tu penar doliente,
Y lleno de amor, tu frente
Con mi diadema ceñí?
¿Y cuál es el galardón
Que tú me has dado, Sofía?
Una mancha en la honra mía,
Sobre mi timbre un borrón!
¡Ah! si no la gratitud,
Falsa y traidora mujer,
Te debieran ocntener
El deber y la virtud;
Mas todo lo has olvidado;
Cubres de oprobio tu nombre,
¿Por qué? por seguir á un hombre,
A un vil y obscuro soldado.
Sofía.—Basta, duque, basta ya,
Que no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muerte al momento,
Dios después nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido delincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrirme de rubor.
Fuí á una cita; ¿pero vos
No sabeis á lo que fuí?
A decir á Hermán: De aquí
Huye: para siempre adiós!
Duque.—¡Cuánto heroismo!

Sofía.— Bien sé
Que crédito no me dais:
De mi virtud os burlais.

Duque.— (Con ironía.)
¿Burlarme de ella? ¿por qué?
Digo que estoy convencido
De vuestra lealtad, señora,
Y lo vais á ver ahora:
Injusto con vos he sido;
Mas un momento de error,
¿Quién no lo tiene, Sofía?
Ya vereis en este día
Cómo pago tanto amor:
Porque no es posible ya
Dudar de que me amais, no;
¡Quién más dichoso que yo!
Tu esposo te pagará
Ese cariño.

Sofía.— Señor,
Basta; dejad la ironía:
Sé cuál es la suerte mía;
La sufriré con valor.
¿Creeis que temerá morir
Quien ha llamado á la muerte
Tres años, porque su suerte
Era llorar y sufrir?
Sí, duque, la vida mía
Era un eterno tormento.
Y anhelaba este momento
Como el fin de mi agonía.
Y puesto que cerca estoy
De tocar la eternidad,
Oye, duque, la verdad,
Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,
Bajo del techo paternal vivía:
Un dulce porvenir me sonreía,
Un porvenir de dichas y de amor.
Ese guerrero que llamais obscuro,
Y hoy teneis en prisiones aherrojado,
Era un mancebo noble y esforzado,
Idolo de mi ardiente corazón.
Le amé, señor, le amé desde la infancia,
Fué de mi juventud el dulce ensueño,
Y juré hacerle de mi mano dueño,
Como era dueño de mi pura fe.
Mas para ser más digno de mi afecto,
Fué á Palestina en busca de la gloria,
En su pecho llevando y su memoria,
La imagen ¡ay! de su adorado bien.
Vos entretanto por desgracia mía
Me mirasteis, ¡momento malhadado!
Y de pasión fatal arrebatado,
A mi padre dijisteis vuestro amor.
Y el pobre anciano, próximo á la tumba,
Y temiendo que Hermán no volvería,
Vuestro amor escuchó con alegría:
¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.
Mil veces me propuso vuestro enlace,
Y mil veces le dijo el labio mío
Que no era dueña yo de mi albedrío;
Que era mi corazón sólo de Hermán.
Él insistió, yo resistí, y un día......
¿Os acordais? su vida se apagaba,
Y ante mis pies, llorando se arrastraba....
Y....yo juré cumplir su voluntad.
Sí, lo juré; mas desde aquel instante
No supe más de mí; yo fuí arrastrada

Y ante mis pies, llorando se arrastraba....
Sin saber lo que el labio pronunció.
Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble se-
(ñora?
Jurasteis ante Dios ser sólo mía.
Sofia.—A la luz de una fúnebre bujia,
Que alumbraba una estancia de dolor.
Si, lo recuerdo como ensueño horrible;
Recuerdo que mi frente toqué luego,
Y una diadema me encontré de fuego
Que me quemaba la convulsa sien.
Y comprendí lo que jurado había,
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!
Y fuí al altar y le regué con llanto,
Y á vivir infeliz me resigné!
¡Ah! vos visteis mis lágrimas amargas,
Y me cubristeis de diamantes y oro:
"Al fin, dijisteis, calmará su lloro
El título pomposo que le doy."
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran?
(¡nada!
Para el alma que está despedazada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazón mis joyas ocultaban
Por horribles tormentos carcomido:
Mi habitación magnífica, ¿qué ha sido?
Una prisión; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado;
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado
Por un instante solo á la virtud.
Duque.—Calla, calla, mujer; ¿ya no re-
(cuerdas

Que yo estaba allí oculto, y te veía?
Que el cruzado tus manos oprimía.
Que en tu semblante el júbilo brilló?
¡Oh! yo sé bien que las mujeres usan
De mágicas palabras que adormecen:
Que inocentes y puras aparecen,
Cuando el crimen está en su corazón.
Mas no me engañarás, no; de tu amante
Verás rodar primero la cabeza:
Tú morirás después.
Sofía.— Y con firmeza
Arrostrar esa muerte me verás:
Porque soy inocente: porque sólo
En otra vida mi esperanza fundo:
Porque un mar de dolor es este mundo,
Y mi puerto hallaré en la eternidad.
Pero si alguna vez te fuí querida,
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,
Mi último ruego: evítame el tormento
De ver morir al infeliz Hermán:
Concédeme, señor, que yo primero
Baje á la tumba, y en aquel instante
Yo rogaré por ti, y en mi semblante
El perdón de tu crimen mirarás.
Duque.—¡Perdón! ¡perdón! señora, os (agradezco
Tanta bondad; mas no la necesito:
Vereis morir á Hermán, os lo repito,
Y en vuestro acerbo llanto gozaré:
¡Tú no sabes, mujer, lo que sufría
Cuando en el parque oculto os contempla- (ba!
Mi corazón la fiebre devoraba
Cuando las muestras de tu amor miré.

Sofía.—Señor, señor, ¿mi muerte no es
(bastante
A saciar vuestra furia?
Duque.— No, señora.
Sofía.—A vuestros pies una mujer que
(llora,
¿No hallará ni este rasgo de piedad?
¡Duque.......
Duque.— Dejadme; vuestro ruego
(irrita
Más y más mi furor; el ruego es vano:
No hay piedad para ti.
Sofía.— Pues bien, tirano,
Sacia, sacia tu bárbara crueldad.
Duque.—¡Oh! ya llega tu amante con su
(hermano,
¿No palpita tu seno de ternura?
Sofía.—¿Tienes, destino atroz, más amar-
(gura
Que verter en mi pobre corazón?
No puedo más; las fuerzas me abandonan:
Hasta las fuentes de mi amargo llanto
Agotadas están. ¡Dios justo y santo!
¿No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO (con cadenas.)
JORGE, GUARDIAS

Her.—Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á
(mirarla!
Duque.—Llegad, noble y valiente caba-
(llero:
Digno soldado de la cruz, miradla:
He aquí de vuestro amor el dulce objeto.
Venid, venid, para enjugar el llanto
De este ángel de bondad.... pero, ¿qué es
(esto?
¿Tan frío ahora y tan ardiente antes!.....
¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego
De aquel amor ardiente, inextinguible?...
¿Bajais los ojos y tembláis, mancebo?....
¿Un valiente guerrero así se abate?
¿No teneis que decir?
Her.— Que te desprecio.
Duque.—¿Y nada más?
Her.— Que te desprecio, duque:
Que tu ironía y tu ademán soberbio,
Con el que está cargado de prisiones,
Es muy digno de ti. Buen caballero,
Es más diestra tu lengua que tu mano:
Manda, tirano, manda que estos hierros
Me quiten un instante; al campo vamos;
Solos allí los dos, y cuerpo á cuerpo

Nos batiremos, y verás entonces
Quién tiembla de los dos: ¿así tan presto
Has olvidado, duque, que mi mano
De la tuya saltar hizo el acero?
Te perdoné la vida, miserable:
Eres cobarde, duque, y te desprecio.
Duque.—A una casualidad debiste el
(triunfo,
A una casualidad, ¡viven los cielos!
Si fueras tú mi igual, si fueras noble,
Yo lidiara contigo en campo abierto,
Y allí la fuerza vieras de mi brazo,
Y el filo allí probaras de mi acero;
Pero el que entra de noche en mi castillo,
Su edad, su nombre y condición fingiendo:
El que intenta robarme así la esposa,
De la profunda noche en el silencio,
Debe morir en un cadalso infame,
No cual mueren los nobles caballeros:
Sí, morirás, y morirá contigo,
De tu pasión el criminal objeto.
Her.—¡Criminal! ¡criminal! ¡oh! no la ul-
(trajes.
Duque; tu esposa un ángel es del cielo,
Es la misma virtud: en este instante
Solemne para mí, por el Eterno,
Juro que es inocente, sí, lo juro:
De mi vida en el último momento
Lo tornaré á jurar: salva su vida,
Sálvala, duque, sólo yo soy reo:
Yo, sí, que á arrebatártela venía,
Porque desde la infancia un juramento
Nuestras almas ligó: lazo sagrado,
Que tus riquezas, tu poder inmenso,

Un "sí" arrancando en medio de un delirio,
Nada bastó á romperle, porque el cielo
Grabó el amor en nuestras tiernas almas,
Con caracteres de imborrable fuego.
Duque.—¡Oh! yo lo borraré! la losa fría
De tu sepulcro apagará ese incendio;
Y lo que no ha podido la distancia,
Ni el deber, ni el transcurso de los tiempos,
La muerte alcanzará.
Her.— No, de la tumba
A la región celeste volaremos,
Y allí de Dios en la presencia augusta,
De aquel Dios que en nuestra alma está (leyendo,
De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,
Y la grandeza de los hombres viento,
Premio dulce hallará nuestro martirio,
Y allí por siempre á unirnos volveremos.
Y tú, Sofía, pura como el ángel
Que gira en torno al trono del Eterno,
Alza tu frente cándida y sublime;
No temas el morir.
Sofía.— ¡Ah! no lo temo:
La muerte es mi consuelo, mi esperanza:
Sí, morir juntos, mi único deseo;
Pero verte sufrir ¡oh! no es posible,
Hermán; no tengo para tanto, esfuerzo.
¡Duque! ¡Señor! que caiga á un tiempo (mismo
La cuchilla fatal en nuestros cuellos.
Duque.—¿No te lo dije ya? soy inflexible.
Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:
Que arreglen los negocios de su alma:

Un cuarto de hora sólo les concedo:
Cuando suenen las once en el castillo,
Cumpla el verdugo su deber.
Jorge.— Entiendo.
(Sofía corre hacia Hermán: Jorge y los guardias se lo impiden.)
Her.— Adiós, Sofía.
Sofía.— ¡Hermán! á mi llevadme,
Arrastradme con él!
Her.— ¡Pesados hierros!
¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!
Duque.—Separadlos.
Her.— Confúndante los cielos!
Vamos, Gustavo.
Gus.— (¡Oh madre mía!
¿Quién te consolará?)
Jorge.— Vamos.
Her.— Marchemos.
(Se van).

ESCENA V.

EL DUQUE, SOFIA.

(Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperación.)

Sofía.—¿Estás contento ya?
Duque.— (Con calma.)
Lo estaré pronto.
Sofía.—Yo también lo estaré, porque los (cielos
Harán que alguna fibra se me rompa

Del corazón en su latir violento:
Sí, pronto moriré; pero tú, duque,
De tu riqueza y tu esplendor en medio,
¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra
Te seguirá, y en torno de tu lecho
Nuestros espectros clamarán: "¡Vengan-
(za!"
Y al fin nos vengará el remordimiento.

ESCENA VI.

Dichos, UN PAJE.

Paje.—Señor: á vuestro castillo,
Una miserable anciana
De llegar acaba ahora,
Y pide que á vuestras plantas
Arrojarse le permitan.
Duque.—En una ocasión muy mala
Pide audiencia: despedidla;
Vuelva otro día, mañana,
Hoy á nadie escuchar quiero.
Paje.—Es urgente y de importancia
Lo que tiene que deciros,
Según se expresa.
Duque.— Por mi alma
Que es muy necia esa mujer.
Haced que pase á esta sala.
(Se va el paje.)
Oigámosla brevemente.
Paje.—Entrad ya, señora.
Ida.— Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA,

Ida.—Permitid que de rodillas....
Duque.—Levantad, buena mujer.
¿En qué os puedo complacer?
Ida.—Pronto lo sabreis, señor.
Duque.—Sentaos.
Ida.— Así lo haré,
Porque estoy muy fatigada:
Es muy larga la jornada
Que he tenido que hacer hoy.
Duque.—Sed breve, mujer, que tengo
Poco tiempo de escucharos.
Ida.—Procuraré no cansaros:
Ya empiezo mi narración.
A algunas millas de aquí,
Hace tiempo que existía
Una joven, que vivía
En su tranquila mansión.
Sus padres eran honrados,
Pero pobres; su ventura
Se cifraba en la hermosura
De la hija de su amor.
¡Pobre niña! la inocencia
Sobre su frente brillaba,
Y la risa se ostentaba
En su labio encantador.
Era hermosa como el cielo,
Y como el cielo era pura;

Mas ¡ay! por su desventura
Un señor noble la vió.
La vió, y en su seno ardiente
Latió el corazón malvado,
De un amor desenfrenado,
Y hacerla suya juró.
Y con la risa en los labios,
Un amor puro mintiendo,
Poco á poco seduciendo
Fué su noble corazón.

Duque.—¡Pobre niña!

Ida.— ¿No es verdad
Que fué un infame aquel hombre
Que fingió su estado y nombre
Para cubrir su intención?
Y ella la pobre, inocente,
Alma de cándido niño,
Aquel mentido cariño
Sedujo su corazón.
Tímida, sin experiencia,
Sin mundo.....¡desventurada!
Fué por el noble burlada.

Duque.— (Con agitación.)
¡Dios mío!

Ida.— ¡Horrible traición!
No es esto todo; el malvado,
Ya que consiguió su intento,
Huyó, dejando el tormento
En el pecho que rompió:
Huyó, y dejó á la infelice
Con su vergüenza y su luto,
Y en su triste vientre el fruto
De aquel desdichado amor.

(Observándolo.)

¿Temblais, señor?

Duque.— (Con interés.)
Proseguid.

Ida.—La joven desventurada
Echó al mundo una mirada,
Y vió vergüenza y dolor:
En lo pasado, recuerdos
De virtud y de ventura;
En lo presente, amargura;
En el porvenir.....¡oh Dios!
¿Concebís, señor, la suerte
De esta infelice? gemia,
Y su nacer maldecía,
Y del cielo blasfemó.
Una noche.....¡noche horrible!
Las estrellas no brillaban,
Los huracanes bramaban,
Todo era espanto y horror!
La joven en su vergüenza,
Loca, ciega, delirando,
Huyó, su casa dejando,
La casa donde nació;
Donde sus padres ancianos
Con su cariño vivian,
Y otro hijo ¡ay Dios! no tenian
Que aliviase su dolor!
Donde dormian tranquilos
Junto á su hija descansando,
Tal vez con ella soñando,
Y ella.... ¡miserable, huyó!....
Y al despertar los ancianòs
A la infeliz llamarian;

¡Míseros! no encontrarían
Sino el lecho que dejó.
El lecho humilde en que un día
Tranquilo sueño gozaba,
Cuando su alma pura estaba,
Sin crimen su corazón.
¿Lloráis?

Duque.— (Con mucha turbación.)
Seguid, buena anciana,
Seguid esa triste historia.
(Es un sueño.... ¡oh! ¡qué memoria!....
Seguid, anciana, por Dios.

Ida.—La pobre joven en tanto,
Sin recursos, sin abrigo,
Ni un hermano, ni un amigo
En quien hallar compasión:
Sus cabellos en desorden
Errando á merced del viento,
Con el rostro macilento,
Devorado el corazón.
Lejos de su patrio suelo,
De puerta en puerta buscaba
Un pobre pan, que regaba
Con lágrimas de dolor.
En tanto el tiempo pasaba,
Y llegó por fin el día
En que dar á luz debía
La causa de su rubor.
En una triste cabaña,
Sin más testigo que el cielo,
Llorando, en el frío suelo
Un triste niño nació.
Y el angelito de hambre

Junto á la madre gemía.....
¡Ay! la madre no tenía
Leche que darle......

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.—Y sangre en vez de alimento
Mamaba el niño.

(Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.)

Duque.— ¡Dios mío!

Ida.—Hasta que en el suelo frío
La triste madre cayó!

Duque.—Esa historia es espantosa,
Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera.

Duque—Proseguid...¿de qué manera?...
Decid lo que sucedió.

Ida.—Un hombre, ó más bien, un ángel,
Por allí entonces pasaba:
Oyó al niño que lloraba,
Y en la triste choza entró.
Este hombre, este hombre benéfico
Miró á la madre espirante,
Y al tierno mísero infante,
Y todo lo comprendió.
Este hombre de bondad lleno,
Volvió á la vida la madre,
Y al niño sirvió de padre,
Y con la joven se unió.
Dios bendijo las virtudes
Del amable y buen esposo,
Y otro hijo el cielo piadoso
Benigno le concedió.
Pero Dios escrito había
En el libro del destino,

Que la esposa en su camino
Hallara siempre dolor.
Y un funesto, horrible día,
La muerte con mano helada,
A la esposa desdichada
Su bienhechor le robó.

Duque.—¡Infeliz! ¿sabeis el nombre
Que aquella mujer tenía?
Decidmelo.

Ida.— Todavía
No acabo mi narración.
Esta mujer, esta madre,
Halló en sus hijos consuelo,
¡Angeles puros del cielo,
Dignos de suerte mejor!
Pero hay seres infelices
Nacidos para el quebranto,
Amasados con el llanto,
Marcados con el dolor.
Esta madre desgraciada,
En lo último de su vida
Recibió una nueva herida,
Herida la más atroz.
Aquel noble, aquel malvado
Que la arrastró hacia un abismo,
El mismo, señor, el mismo,
Sus hijos le arrebató:
Sus hijos, que eran su escudo.
¡Sus hijos! ¡mísera anciana!
Ya no los tendrá mañana;
Todo para ella acabó.
Mañana en mísero lecho
Morirá desesperada,

Sin tener la desgraciada
A quien decirle un adiós.
(Echándose á sus pies.)
A vuestras plantas la pido,
Contra el malvado que ha sido
Causa de tanto dolor.
Duque.—Levántate y dime el nombre
De esa mujer, por tu vida.
Ida.— (Con firmeza.)
Su nombre, señor, es..... ¡Ida!
Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?
Ida.— Yo soy.
Duque.—¡Cielos!
Ida.— Conoceis la víctima;
Mas no me habeis preguntado
Yo vengo á pedir justicia;
Por el nombre del malvado:
Se llamaba....el duque Othón.
Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,
Déjame ver tu semblante.
Sofía.—¡Gran Dios!
Ida.— Yo fui vuestra amante:
¿Me reconoceis, señor?
Difícil es en mi rostro
Que reconozcais á Ida,
Ya rugada, envejecida
Por el tiempo y el dolor.
Pero soy la misma.
Duque.— Sí.
Y aquel niño ¡oh Dios! será....
Ida.—¿Vuestro hijo?
Duque.— Sí, ¿dónde está?
Ida.—En una obscura prisión.
¡Oh fatalidad horrible!

Su mismo padre inhumano
Descarga la cruda mano
Sobre su hijo.

Sofía.— Eterno Dios!

Duque.—(Gritando con la mayor ansiedad.)
¡Jorge! ¡Jorge! ¡padre inicuo!
¡Jorge! ¡Jorge! ¡horrible día!
¿Será tiempo todavía?........
¡Jorge!

Jorge.— (Saliendo.)
Mandadme, señor.

Duque.—Vuela, suspéndase al punto
El suplicio.
(Se va Jorge.)

Ida.— ¿Qué he escuchado?
¡Conque á muerte condenado!....

Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!
Pero es tiempo todavía.
No ha sonado la campana.
(Suena un reloj lejano, las once.)

Todos.—¡Ah!

Ida.— (Cae desmayada.)
¡Gran Dios!......
(Después de un rato.)
Mísera anciana,
Todo para mí acabó.
(Gran pausa.)

Duque.—¡Silencio! silencio! ¡oid!
¡Ah! si á tiempo habrá llegado
Jorge!.... ¡callad!.... se ha salvado.
Miradle.

(Se oyen pasos á lo lejos, que se van acercando.)

Ida.— (Cayendo de rodillas.)
Gracias, señor.

ESCENA VIII.

Dichos, HERMAN, GUSTAVO, JORGE, GUARDIAS.

Her.— (Corriendo á sus brazos.)
¡Ah! ¿vos aquí, madre mia?
Gus.—¡Madre, madre!
Ida.— ¡Hijos! ¡Dios bueno!
¡Ah! los estrecho en mi seno,
Y lo dudo todavía!
¡Ingratos! dejarme asi
En abandono profundo!
Dejarme sola en el mundo
Sin tener piedad de mí!
Her.— (Al duque.)
¡Perdón, madre! Y tú, tirano,
¿Por qué suspender ordenas
El suplicio?
Duque.— (Con calma.)
Esas cadenas
A él quitadle, y á su hermano.
(Le quitan las cadenas.)
Her.—¡Qué escucho! ¿es un sueño? ¡Madre!
¡A vos os debo el vivir?
¡Ah! no; dejadme morir.....
(Al duque).
Bárbaro.....

Ida.— ¡Calla! ¡es tu padre!
(Pausa.)
Her.— (Con sorpresa.)
¡Mi padre!
Duque.— Tu padre.....sí...
¿Lo dudas?
Her.— ¡Mi padre!....¿vos?
Ida.—Sí, Hermán, tu padre.
Her.— ¡Gran Dios!
¿Quereis burlaros de mí?
¿Mi padre?.....¿Es cierto, Sofía?
Sofía.—Sí, Hermán: él tu padre es.
Ida.—¡Hijo, arrójate á sus pies.
Her.—¡Perdón!....(¿Sueñas, alma mía?)
(A los pies del duque.)
¡Perdón!....
Duque.— (Levantándolo á sus brazos.)
Hermán, ven aquí:
Hijo, ya estás perdonado.
¡Ah! yo también te he ultrajado,
¿Me perdonarás tú á mí?
Her.—¿Y lo dudais? ¡oh! mi frente
Está sin juicio....abrasada!
¡Oh Sofía desgraciada!
¡Oh padre! ha sido inocente
Vuestra esposa; padre mío,
No os ha faltado, lo juro
Por mi madre; es ángel puro.
Duque.—Dios te bendiga, hijo mío.
Her.—¡Oh madre! ¿soñando estoy?
¡Qué desdichada es mi suerte!
¡Y mi amor! ¡mi amor! la muerte!
¡La muerte! ¡á buscarla voy!
¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adiós!

¡Adiós, padre! ¡adiós, Sofía!
Olvidad la pasión mía,
Y sed venturosa vos.
¡Oh! yo no debo vivir!
Vuelvo á la Tierra sagrada,
Y allí una tumba ignorada
Hallaré donde dormir.

Duque é Ida.—¡Hijo!

Gus. Sofía.— ¡Hermán!

Her.— A ti confío
Nuestra triste madre, hermano:
(De rodillas.)
Dadme á besar vuestra mano.

Ida.—¿Te vas, te vas, hijo mío?

Gus.—¿Te vas?

Her.— Para siempre, sí:
Adiós, padre.... Hermano.... Madre.
(Hermán va abrazando á todos cuando los nombra; va á abrazar á Sofía....se detiene y dice los últimos versos).
¡Ah!.... tu amor para mi padre.
Y un suspiro para mí!

FIN.

INDICE.

	Págs.
Biografía del autor..............	V

POESIAS LIRICAS.

El porvenir....................	3
A Amira........................	5
A una rosa marchita............	7
La felicidad...................	9
La vuelta del desterrado........	12
La risa de la beldad............	15
A mi amada llorando	17
La despedida...................	19
A un amigo en mi ausencia......	21
Los recuerdos..................	22
La soledad (Traducción de Lamartine)	24
Invocación (Idem)..............	28
El veterano....................	30
Brindando á las Mexicanas el 16 de Septiembre de 1837........	33
A la juventud zacatecana........	34

Pags

El soldado de la libertad........ 37
El sueño del tirano............ 42
A R*** O*** en sus días...... 46
A la señorita Doña María de los A. Z. G.................... 48
A la señora Marieta Albini...... 49
A Hidalgo 54
Himno patriótico 55
Poesías escritas en los aniversarios del Sr. D. Francisco García....................... 57
Una memoria.................. 59
Brindis en un baile............ 62
Brindando á unas señoritas...... 64
Adela (Romance).............. 65

OBRAS DRAMATICAS.

El torneo (drama en cuatro actos). 84
A ninguna de las tres (comedia en dos actos)................. 189
Ana Bolena (drama en cinco actos) 293
Herman ó la vuelta del cruzado (drama en tres actos)......... 405



on

